

PABLO DE AGUILAR GONZÁLEZ

# LA SINAGOGA DEL AGUA



rocacolibertat

**D.J.57**

# **LA SINAGOGA DEL AGUA**

**PABLO DE AGUILAR GONZÁLEZ**



**Rocaeditorial**

© 2019, Pablo de Aguilar González

Primera edición en este formato: septiembre de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[info@rocaebooks.com](mailto:info@rocaebooks.com)

[www.rocaebooks.com](http://www.rocaebooks.com)

ISBN: 978-84-17805-58-6

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

## **LA SINAGOGA DEL AGUA**

Pablo de Aguilar González

1391, DURANTE EL POGROMO, LOS CRISTIANOS ATACAN LA SINAGOGA DONDE UN JUDÍO ESCONDE A SU HIJO DAVID, RECIÉN NACIDO, JUNTO A SU HERMANO.  
ÉPOCA ACTUAL, ÚBEDA. EN UNAS EXCAVACIONES ENCUENTRAN RESTOS DE AQUELLA SINAGOGA DESTRUIDA.

Francisco, un albañil de Los Cerros, acaba de perder a su hijo recién nacido. Antes de poder tomarlo de los brazos de su madre para enterrarlo, un grupo de cristianos exaltados por las arengas de algunos predicadores mendicantes que culpan a los judíos de haber emponzoñado los pozos llaman a su puerta armados con aperos de labranza para animarlo a seguirlos. Es el pogromo de 1391.

Francisco, en mitad de la masacre dentro de la sinagoga, encuentra escondido a Abraham con su hermano bebé en brazos. En ese momento, cree ver el remedio a toda su pena, a toda su frustración y a los reproches de su mujer. A pesar de la oposición del hermano mayor, que había prometido cuidar de él, Francisco se lo lleva para sustituir al hijo muerto. Desde ese momento, la vida de Abraham se centra en cumplir la promesa que le hizo a su madre antes de morir y llevar de nuevo a David al sitio que le pertenece para cuidar de él y devolverlo a su verdadera fe.

El día en que David fue arrancado de los brazos de su hermano, nadie era consciente de a cuántas personas y durante cuántos siglos tendría repercusión tal acto.

Seis siglos después, unas obras descubren lo que parece que pudo ser una sinagoga junto a la casa del inquisidor. Dante y Mara van a Los Cerros a trabajar en las excavaciones. Poco a poco irán descubriendo por qué aquella sinagoga no fue destruida y cómo aquellas viejas piedras les cambian la vida igual que a sus antiguos habitantes.

**ACERCA DEL AUTOR**

**Pablo de Aguilar González** (Albacete, 1963) reside actualmente en Molina de Segura (Murcia), donde trabaja como analista y programador de *software*. Es autor de varios libros y cuentos que le han valido numerosos premios. *La Sinagoga del Agua* es su última novela.

### **ACERCA DE LA OBRA**

«Ante todo, no te deja indiferente. Me encanta su estilo, su forma de narrar tan diferente a lo leído habitualmente. El autor es arriesgado, vital y produce emociones y sensaciones a flor de piel. Una gratísima sorpresa. ¡Por favor, no dejes de novelar de esta manera tan diferente y hermosa!»

JORGE CHARLAN

## NOTA DEL AUTOR

*Un agradecimiento muy especial a la Sinagoga del Agua, lugar mágico en Úbeda que me regaló el embrión de esta novela. Un lugar que no me cansaré de recomendar ni de volver a visitar cuando me sea posible.*

Esta no es la historia de su descubrimiento. Ni de lo que sucedió entre sus misteriosos muros siglos atrás. Tampoco existe ninguno de los personajes que pueblan estas páginas. La sinagoga de esta novela no es la Sinagoga del Agua. Ni Los Cerros es Úbeda. Pero sí que hay homenajes a ambas. Y, casi en cada línea, mi pensamiento y mi imaginación volaban hacia ellas.

# 1

2007

*Hace* quinientos años una simple frase escrita en un documento perdido definió mi futuro. O al menos, señaló un camino que yo no hubiera encontrado solo.

«En diciéndome la verdad y entregándome el papel lo digo todo.»

Parece complicado, pero no más que ese aleteo en el otro extremo del mundo que cambia nuestra existencia.

Una flor de cerezo que llama la atención de un pequeño y este sale a la carretera a cogerla. Un ejecutivo que lee los mensajes del móvil. Un atropello. Una transacción que no se realiza. Una crisis financiera.

Un estornudo en cualquier país de África, cientos de miles de virus volando, un turista americano. Una epidemia global.

Un inquisidor con remordimientos, una sinagoga que no se destruye. Unas ruinas descubiertas quinientos años después.

Efectos mariposa.

1391

—Está muerto, mujer —dice el hombre intentando desanudarle los brazos que rodean al pequeño inerte.

La mujer solloza, se resiste, pide explicaciones al cielo y vuelve a acariciar el cabello del niño. Besa sus mejillas ya sin color, frías, saladas de lágrimas ajenas. Levanta la cabeza al cielo y exige la respuesta a un por qué que no llega. El hombre la mira desde su altura, ante la última de sus desgracias, dejando libres unos lamentos que habían resistido el hambre, la miseria y la enfermedad. Él

tampoco entiende por qué el Señor los castiga de este modo. Siempre han sido buenos cristianos, han respetado los domingos, escuchado los sermones del párroco, obedecido los mandamientos.

—¡Es por tu culpa! —grita la mujer con ojos que disparan odio.

El hombre agacha la cabeza. Quizá tenga razón, quizá debería haber hecho caso a ese predicador mendicante. Quizá, quizá... Ahora ya no tiene remedio. En el fondo, ninguno de los dos piensa de verdad que los judíos emponzoñaran los pozos: al fin y al cabo, a ellos también les afectan la peste y la sequía. Aunque ahora duda de si Dios los estará castigando por convivir con el pueblo que mató a su hijo. Así lo predica el arcediano de Écija, ese que dice transmitir la palabra del Señor. El hombre vuelve a levantar la mirada hacia su propio hijo muerto. Puede que sea culpa de esos judíos, lo único cierto es que no es culpa suya.

Unos rumores encolerizados atraviesan las rendijas de la puerta. El hombre se acerca y la abre. Encuentra a sus vecinos agrupados, provistos de aperos de labranza, antorchas y un odio en los ojos más mortífero que cualquier arma. «¡Muerte al judío!», gritan. No son solo campesinos, también los hay comerciantes e hijos de buenas casas. «¡Muerte al usurero!», gritan. Vuelve la mirada hacia su mujer. Ella, todavía con el cadáver de su hijo entre los brazos, lo dice todo con la mirada. El hombre agarra la azada, observa de nuevo al pequeño muerto, y se une a la muchedumbre tras cerrar la puerta.

Abraham se puso de puntillas para pasar los dedos sobre la *mezuzá* antes de entrar a la casa. Corrió a la habitación de sus padres, observó por una rendija a las mujeres ir y venir con vasijas de agua caliente. Si su padre se hubiera percatado de que estaba espiando, le habría dado un pescozón y lo habría mandado a estudiar; pero estaba demasiado preocupado. Paseaba de un lado a otro y murmuraba, sin apenas mover los labios, unos versículos del Pentateuco. Él ya conocía de memoria aquella parte del Génesis: «Yo establezco mi alianza entre nosotros dos y te multiplicaré sobremanera». Casi movía los labios para recitar junto a su padre. Nadie reparaba en ese niño de ocho años que asistía a todo con la curiosidad de la primera vez. No le gustó que su madre le dedicara menos atención cuando empezó a engordar, ni que su padre estuviera más pendiente de ese desconocido que de él, que aprendía las Escrituras de un modo que hasta al rabino asombraba. Pero ellos se ocupaban más de un hijo que aún no les había dado motivos de orgullo. Ese que, de repente, surgió de entre el corro de mujeres, cogido por las piernas, amoratado, húmedo..., feo. Y que recibió sus primeros azotes nada más llegar a este mundo.

Y hoy, ocho días después, aquí, en la sinagoga, es el día en que su hermano va a seguir acaparando el protagonismo. Aunque sus únicos actos hasta ahora hayan sido llorar, mamar y ensuciar.

La sinagoga se ilumina con los rayos de sol que entran desde la puerta, los hombres charlan antes de empezar la ceremonia del Brit Milá. Su padre le ha permitido asistir. Abraham adopta un gesto de gravedad pretendiendo parecer adulto, disimula su alegría por que ya lo consideren mayor como para estar entre los hombres. Aspira hondo el aroma de las velas encendidas, acaricia uno de los muros de piedra mientras se entretiene, como tantas otras veces, en contemplar los dibujos de los capiteles de las columnas que sujetan la *azará*. El árbol de la vida. Se detiene en cada una de las diez esferas, recorre los veintidós senderos. Su padre le explicó que cada uno representa un estado que acerca a la comprensión de Dios, que es el mapa de la Creación. Abraham recorre el mapa hasta que el rabino comienza la ceremonia:

—Bendito eres tú, Señor, nuestro Dios, rey del mundo, que nos has santificado con tus mandamientos y nos ordenaste hacer entrar al niño en el pacto de nuestro padre Abraham.

—Amén —contestan todos.

Y sus pensamientos se pierden entre los susurros de la oración de respuesta.

Un murmullo proveniente del exterior comienza a crecer en el momento que el rabino succiona la sangre del prepucio de David. Los hombres se miran nerviosos, algunas mujeres empiezan a llorar sin que Abraham sepa qué ocurre. El rabino corre a la puerta de la sinagoga y la atranca con un madero. Dentro solo se oye el llanto de David, en brazos de su madre, todavía dolorido por la herida de la circuncisión. Abraham, libre de la rigidez de la ceremonia, sin ser consciente del nerviosismo de los mayores, se entretiene en contemplar la corriente del pozo de verano. El rabino le había explicado que tienen un pozo de verano y otro de invierno. En verano, el agua se mueve fresca en el de la esquina oeste. En invierno, cambia por algún designio de Adonai que el rabino todavía no había sabido explicar, al del otro extremo en diagonal de la nave.

Las voces de fuera aumentan de volumen junto a la puerta de la sinagoga. Los asistentes a la circuncisión siguen en silencio, y Abraham se percata de que sucede algo fuera de lo normal. Su madre ha bajado para tomar a su hermano, que no deja de llorar, mientras los hombres discuten entre susurros qué hacer. Ella intenta calmarlo de todos los modos que se le ocurren; su mirada se cruza con la de Abraham; comienzan a brotar lágrimas de miedo. Los golpes en la puerta lo terminan de asustar.

—¿Qué pasa, madre?

Ella le pide silencio con un gesto mientras acuna al pequeño David, que no calla. Un golpe en la puerta los sobresalta y dirigen las miradas a la entrada. Los hombres gesticulan y hablan más alto, otro golpe hace temblar los tablones y sus cuerpos. Otro y otro más. Todos observan el madero, que empieza a ceder, como si con su mera atención pudieran reforzarlo. Abraham se acerca a su madre, le limpia las lágrimas que manchan sus mejillas, acaricia al pequeño David, y este busca el dedo de su hermano creyéndolo el pezón que aliviará su llanto. La madre le dirige una sonrisa triste, envuelve un poco más al pequeño en sus telas y se lo entrega a Abraham.

—Tu hermano está bien contigo. Baja a la bodega del rabino con él y espera allí. Tienes que prometerme una cosa... —Los ojos de Abraham esperan en las lágrimas de su madre—. Prométeme que vas a cuidar siempre de tu hermano pequeño.

Abraham contempla a David y después de nuevo a su madre. Se siente orgulloso de que ella ya lo considere mayor como para poner al bebé bajo su protección. Asiente con la cabeza.

—Ahora baja a la bodega y escóndete. Pase lo que pase, no salgas de tu escondrijo hasta un rato después de que ya no oigas ningún ruido. Yo te buscaré después. Prométeme que no subirás...

Abraham vuelve a asentir.

Otro golpe, este casi definitivo, los levanta del banco.

—¡Corre!

Abraham corre con su hermano en brazos. Alcanza la bodega bajando los escalones de un salto, mira a un lado y a otro, no decide qué lugar es el adecuado para esconderse. Teme que su madre después no los encuentre. Puede oír un último golpe en la puerta y, de pronto, una estampida de gritos que proceden de arriba. Abraham busca alrededor, corre hacia una esquina, después hacia la otra. Por fin, se fija en una de las tinajas a medio llenar de grano, se encarama hasta su boca con cuidado de que su hermano no se le caiga, salta dentro y se agacha; susurra cánticos de las oraciones aprendidas con el rabino que logran adormecer al pequeño.

El hombre entra a la sinagoga cegado por la tristeza, el odio y las consignas de la muchedumbre. Distingue a un grupo de judíos en mitad de la nave y a sus mujeres en una esquina abrazadas unas a otras. El rabino se dirige hacia él con

las manos en alto, en gesto de paz. Paz. No habrá paz para los culpables de la muerte de su hijo. Levanta la azada. El rabino se detiene, no así el hombre, que avanza hacia él. El primero pronuncia unas palabras que el otro no oye, o no escucha, y junta sus manos a modo de súplica. El atacante desvía la mirada a un lado, sus compañeros de turba están arrasando la sinagoga. Uno de ellos ensarta a uno de los judíos con un tridente. La madre de Abraham y David grita al ver a su marido caer. El hombre vuelve a mirar al frente y descubre el miedo en los ojos del rabino, ese miedo que él también conoce, ese miedo que se le acomodó dentro el día en que su pequeño enfermó, y que todavía no lo ha abandonado. Con un impulso de los brazos, la azada vuela hasta alcanzar la cabeza del rabino con el reverso de la pala. Este cae al suelo y el hombre se queda quieto, a su lado, contemplando el torrente de sangre que brota de la oreja. Uno de los cristianos, con una antorcha en la mano, lo felicita con dos palmadas en el hombro y continúa su avance acercando el fuego a cualquier objeto inflamable.

No sabe cuánto tiempo ha estado allí, con el rabino a sus pies, los gritos de odio y de pánico han cesado y el calor en su rostro le devuelve la consciencia. Observa los cuerpos tendidos en el suelo, muertos. Intenta huir, pero las llamas lo rodean. Escapa escaleras abajo, hacia lo que parece ser una bodega. Encuentra una sala llena de tinajas, el aroma de la carne seca le hace olvidar por un momento su situación y le recuerda cuánto tiempo lleva sin comer. Piensa que si al menos puede llevar a casa una ración de comida, si su mujer es capaz de alimentarse un poco, quizá, solo quizá, pueda aliviar algo su dolor, su odio... Mete la mano en una tinaja llena de olivas en salmuera, se lleva un puñado a la boca y, mientras mastica, se acerca a la siguiente tinaja. Lamenta no haber traído el zurrón. Se quita la camisa y la anuda para formar un saco. Salta de una tinaja a otra con la desesperación del hambriento, con la locura de la sangre, con el sabor de las olivas y el odio secándole la boca. Al llegar a la de la esquina, el blanco de unos ojos grandes lo asusta. Retrocede para coger la azada. El corazón tamborilea sonidos de guerra en su pecho. Al mirar dentro de la tinaja de nuevo, descubre que el blanco de esos ojos se ha vuelto vidrioso. El brazo que sujeta el arma afloja los músculos sin bajar la guardia. Se da cuenta de que es un muchacho, no alcanzará todavía los diez años. Y abraza un bulto contra su pecho. Un sonido lo vuelve a tensar, algo como un maullido; no, no es un maullido, es el llanto de un bebé. Se fija mejor en el bulto que sujeta el niño, un bulto que ahora se mueve. Suelta la azada, intenta sonreír al pequeño para aliviarlo de su miedo, le extiende una mano, después la otra, invitándolo a que le pase al bebé. Abraham niega con la cabeza, las lágrimas recorren sus mejillas. El

hombre repite la invitación con un movimiento de brazos. Abraham vuelve a negar. El hombre mira hacia el hueco de la escalera, las llamas remiten.

—Esos hombres van a volver a por esta comida —dice.

Abraham duda, pero nunca rompería la promesa que le ha hecho a su madre. Solo a ella le entregaría a su hermano.

—Si tus padres estaban arriba, ahora sois huérfanos... —dice el hombre.

Los labios de Abraham ya no pueden disimular el llanto.

El hombre teme que los demás regresen. Pierde la paciencia.

—¡Dámelo de una vez, judío mal nacido! ¿O quieres que entre ahí a por él?

Abraham se levanta asustado, abraza a su hermano, que llora más fuerte por culpa de los gritos. Cuando el hombre lo tiene al alcance de sus manos, agarra el bulto envuelto en telas. Abraham intenta resistirse.

—¡No! ¡Es mi hermano! ¡Se lo prometí a mi madre!

—Ahora ya no tienes madre —dice el hombre y consigue arrebatarse al bebé.

Se da la vuelta, se dirige a la salida. Al llegar al primer escalón se detiene. Mira al pequeño, que llora impotente sobre el borde de la tinaja.

—Será mejor que te vayas de aquí. Si vuelven y te encuentran, te harán lo que al resto.

Y desaparece con el bebé oculto bajo su camisa.

En la calle, una mariposa ajena a la violencia remolonea entre las flores de un macizo.

## 2

2007

*Mi efecto mariposa* fue algo mucho más modesto.

Yo ni siquiera fui consciente hasta mucho después; puede que hasta este mismo momento en que lo cuento. Por aquel entonces, solo dos obsesiones: la granja de mi padre y Mara. Alejarme de la primera cuanto pudiese. Acercarme a la segunda todo lo posible.

Mara. Cuando te hablo de Mara, una sonrisa melancólica se dibuja en mi rostro. Ya te contaré cómo es Mara.

Y Ermelindo se presentó en mi facultad aquel último año para abrirme una puerta.

Pero todo comenzó unos meses antes.

Quizá seis siglos antes.

Ermelindo, su socio y sus albañiles; un solar en la zona antigua de Los Cerros. Calles angostas. Unas antiguas casas que derribar.

El capataz detuvo la demolición al encontrar aquella pequeña cajita de cerámica. Llevaba trabajando con Ermelindo los suficientes años como para saber que cualquier antigualla podría interesarle.

Al final, quizás no se trate de un simple aleteo. Un capataz, una sencilla cajita de cerámica. Y una vieja leyenda.

Ermelindo llevó el objeto a quien más sabía de la historia de Los Cerros. Adnan. Este contempló los dibujos que lo decoraban.

—¿Sabes qué es?

—Una *mezuzá*.

—¿Dónde la has encontrado?

—En la obra en la que trabajamos ahora.

Adnan tensó la espalda, volvió la cabeza hacia Ermelindo:

—¿La de al lado de la casa del inquisidor?

Ermelindo asintió.

—¿La has abierto? ¿Sabes si todavía contiene dentro la oración?

—No..., lo primero que he hecho es venir a mostrártela.

Adnan manipuló la cajita, que se abrió y dejó caer dos documentos. Los recogió con mucho cuidado y leyó el primero de ellos.

—Es hebreo —dijo—. Los dos primeros párrafos de la plegaria del Shemá. —Se fijó en el segundo y frunció el ceño—. Esto sí que es raro... —Y se los tendió a Ermelindo—. Mira, la plegaria está en pergamino, como debe ser. El otro es papel.

Ermelindo leyó el mensaje de ese último: «En diciéndome la verdad y entregándome el papel lo digo todo».

—¿Qué crees que significa?

—Mucho más importante: ¿qué hacía una *mezuzá* junto a la casa del inquisidor? Ese nunca fue un barrio judío —dijo Adnan.

—¿Crees que al fin la hemos encontrado?

Y así fue como Mara y yo llegamos a Los Cerros. Ermelindo nos seleccionó, no sabría decir muy bien por qué, entre los pocos estudiantes que contestamos a aquel anuncio que colgó en el tablón de la facultad, entre otros tantos papeles de colores de los que podías recortar tiras con el teléfono de contacto hasta que tomaban el aspecto de sonrisas melladas. El tablón de mis pesadillas. Era Mara la que se detenía siempre a leerlos. «Uno nunca sabe dónde esperan las cosas importantes», decía. Yo intentaba pasar de largo. En una de aquellas sonrisas desdentadas Mara encontró a Marco, su compañero de piso el tercer año. Dos años llevaba yo suspirando por ella, y a Marco le bastó una sonrisa desdentada de papel. Cuando lo dejaron, meses después, Mara necesitó otro compañero. Me ofrecí para buscar algo, se entusiasmó y volvió al tablón de papeles de colores. Uno amarillo fue el que nos llevó hasta nuestro piso. Nosotros siempre necesitamos dos cuartos. Muchas noches me habría gustado que el mío hubiera estado mucho más lejos. O más insonorizado.

La seguí a aquella entrevista. La seguí con el temor de que la seleccionaran a ella sola y se marchara lejos, con la esperanza de que nos aceptaran a ambos y aquel trabajo retrasara la inevitable separación al terminar la carrera. La seguí también porque así podría aplazar unos meses más el regreso a la granja, a las

presiones de mi padre, a hacerme cargo de lo que me había sido reservado desde niño. Del ya es hora de que hagas lo que debes.

Nada más entrar, Ermelindo se levantó para presentarse y estrecharme la mano. Apretón firme, alto, sonrisa que invita a confiar. Vaqueros y polo amarillo con cocodrilo.

Ermelindo. Cuando te hablo de Ermelindo, es como si la ilusión y el entusiasmo se solidificaran.

No entendí muy bien qué querría un constructor de un estudiante de Historia. Casi, más que una entrevista, fue una exposición en la que él intentaba convencerme a mí. Alojamiento y comida fue el ofrecimiento. No muy tentador.

El entusiasmo de Ermelindo...

Contagiaba su solidez.

Su cocodrilo verde subiendo sobre su pecho hinchado, bajando al soltar tanto aire. Para cuando terminó, mi sonrisa intentaba imitar la suya. Y entonces me hizo la primera pregunta:

—¿Siempre pensaste en estudiar Historia?

Supe que mi respuesta me dejaría fuera; pero Ermelindo te mira a los ojos con una franqueza e ilusión que resulta difícil escatimarle la verdad.

—En realidad, siempre pensé que estudiaría Ingeniería agrícola...

Levantó las cejas y no le hizo falta preguntar nada más para invitarme a continuar:

—Elegí Historia el mismo día en que fui a hacer la matrícula. Mi padre montó un buen pollo. Él está deseando que vuelva y me haga cargo de la granja de una vez. Empecé el primer año y, bueno..., me gustó.

—¿Y ahora qué es lo que más te gusta?

—El primer día de clase, un profesor nos dijo que la historia no son solo fechas y hechos señalados, ni los grandes actos de los grandes hombres. La historia es la vida de las personas normales; de los que, como nosotros, apechugaban con los actos de los notables. Sabemos que Tariq derrotó a Rodrigo en Guadalete. Pero ¿nos preguntamos por la gente, por sus vidas, qué supuso esa batalla para ellos? Esa es la parte que me gusta.

Ermelindo sonrió.

—Dime, ¿qué compañero elegirías para trabajar codo a codo?

—Si me pregunta a mí, le diría que llevo toda la carrera con la chica que acaba de entrevistar.

—¿Mara García? —dijo con la mirada puesta sobre sus papeles.

—Sí.

—¿Sabes a quién ha elegido ella?

—Pues... —dije, y percibí el calor en mis mejillas—. ¿A mí?

Ermelindo rio con una carcajada limpia.

—No no. A José del Monte. El catedrático.

—¡Ah! Se refería a gente importante —dije todavía más colorado—. Sí, a mí también me gustaría trabajar con alguien así.

—Tu respuesta me ha gustado mucho más. ¿Cuándo podríais venir?

—¿Los dos?

—Mara y tú.

Ermelindo devolvió la amplia sonrisa que se había dibujado en mi cara.

Al día siguiente nos llevó hasta Los Cerros en su BMW. Ni siquiera nos dejó parar en el piso donde nos alojaríamos. Llegamos a media mañana, nos presentó a su socio, Ladislao, al capataz y al resto de albañiles. Pude percibir en Ladislao cierto gesto mohíno al darle la mano y, cuando apareció Mara, una gran sonrisa de seductor apareció en su rostro.

Ladislao. Cuando te hablo de Ladislao se me contrae el entrecejo.

Me fijé en ella. Como me temía, las señales de seducción apuntaban en ambas direcciones.

El capataz interrumpió las presentaciones:

—Don Ermelindo, debe ver lo que hemos encontrado.

—¿Más objetos? —El entusiasmo casi quebraba su voz.

—No no, venga.

Nos invitó a acompañarlo, atravesamos una habitación de tabiques forrados con azulejos de diseño sesentero, sorteamos escombros y herramientas, llegamos hasta una de las paredes a medio derrumbar y unos escalones de piedra que bajaban a ningún sitio visible.

—Ahí abajo —dijo el capataz— hay una cantina llena de escombros y tierras. Y mire. —Señaló las vigas de la cubierta.

Ermelindo abrió mucho la boca y nos miró:

—¿Qué pensáis?

Ahora me avergüenza reconocer que yo no veía más que unas vigas viejas de madera. Fue Mara la que se fijó un poco más:

—Madera policromada. Está claro que conserva unas inscripciones...

Yo intenté no parecer un estúpido.

—Parece como si se hubieran quemado.

—¡Bueno, pues las quitamos, te las guardas y seguimos con esto, que ya nos está costando bastante dinero! —dijo Ladislao sin apartar la mirada de su socio. Luego se dirigió al capataz con tono de mando—: Ahí abajo van las plazas de garaje, así que rapidito.

Y sin decir nada más, se marchó, no sin antes echar un último vistazo a Mara. Ermelindo pasó un brazo sobre los hombros del capataz:

—Ya sabes... Que estos dos expertos —remarcó la palabra, como deseando halagarnos o imponer respeto ante el obrero. A mí casi me hizo reír, Mara se encogió de hombros con una sonrisa— revisen los escombros por si encontraran algo de valor. Tened mucho cuidado y no os preocupéis por Ladislao. Quiero enseñaros algo.

Ya íbamos detrás de él por el solar cuando oímos una voz a nuestra espalda:

—¡Jefe!

Ermelindo volvió al interior. Mara y yo nos miramos y decidimos seguirlo. En la boca de los escalones que se dirigían a aquel sótano con vigas policromadas, lo vimos desaparecer. Poco después nos llegó su primera orden:

—¡Bajad!

Tuvimos que entrar a aquella cámara agachados, y avanzar casi en cuclillas hasta donde uno de los albañiles sostenía una bombilla. Entonces vimos aquello que ambos contemplaban. El canto de una tinaja. La luz de la bombilla iluminaba también la sonrisa de Ermelindo y, de no haber parecido la de un niño ilusionado, habría resultado tenebrosa.

—¡Mirad qué tamaño! ¡Ahí podría caber una persona!

1391

El humo invade cada rincón de la sinagoga, se adentra en sus pulmones, le araña los ojos; trepa abrazado a las columnas que sujetan la *azurá*. Las llamas ya lamen la celosía tras la cual su madre y él habían escuchado al oficiante tantas veces. Puede distinguir, entre lágrimas de humo y miedo, los cuerpos de sus vecinos, regueros de sangre que van a parar bajo sus pies. Encuentra a sus padres, uno al lado del otro, con los ojos, ya sin vida, abiertos; se arrodilla junto a ellos, sus pulmones intentan evacuar el hollín a base de toses que le rasgan el pecho y la garganta, zarandea primero a su padre, después a su madre. No obtiene respuesta. El sudor negro le resbala por la frente y se mezcla con las

lágrimas de ceniza en sus mejillas. Los vuelve a zarandear. Sus piernas ceden, sus músculos ya no lo sujetan. Pierde la mirada entre los rescoldos de una viga a medio arder. Se tiende en el suelo. Necesita sentir sus tactos para aguantar el temblor de cada uno de sus músculos, para calmar el hipo de su llanto, de su desesperación. Vuelve a mirar la cara de su madre y la ve tal como era un rato antes. Rosada, cariñosa, alegre... Entonces recuerda su petición: «Prométeme que vas a cuidar siempre de tu hermano pequeño». Se seca las lágrimas y descubre su mano tiznada de hollín; se moja los dedos con saliva, pero lo único que consigue es ennegrecerla aún más. La tos aumenta, apenas puede respirar ya. Su mente empieza a pedirle descanso. Tenderse y dormir... Aspirar más humo y descansar. Es lo que necesita: dormir y despertar de esta pesadilla. Vuelve a recostarse contra el pecho de su madre hasta que el estruendo de una viga quemada contra el suelo lo obliga a abrir los ojos. Un sinfín de pavesas incandescentes lo hipnotizan con sus dibujos rojos suspendidos en el vacío, con el calor arañando su rostro, con el olor del carbón instalado en su pecho, el sabor salado de las cenizas en su garganta. Más toses. Se da cuenta de que apenas puede respirar, la claridad que lucha contra el humo desde la puerta llama su atención. Se incorpora despacio, gatea hacia la luz, apenas puede ya ponerse en pie, las quejas de sus pulmones le doblan el cuerpo. Por fin alcanza la calle y una bocanada de aire limpio invade su pecho. Camina trastabillándose y descubre un panorama de casas quemadas y cuerpos tendidos, de voces y llantos. Un hombre con la cabeza ensangrentada intenta meter las manos en una hoguera mientras una mujer tira de él para evitarlo. «¡Son los contratos de préstamo! ¡Los han quemado!», grita. Algunas mujeres lloran sobre cuerpos de hombres, de muchachos, de niños. Otras ayudan a los que han tenido más suerte y todavía viven. Un anciano está sentado junto a la puerta rota de una casa. Se da cuenta de que lo está mirando, sus ojos querrían humedecerse con unas lágrimas que ya no tienen. «Se lo han llevado todo... —dice—. Solo han dejado esta silla. Y lo que no se han podido llevar lo han quemado.»

Abraham empieza a respirar mejor; sus pasos, detrás de sus ojos, lo llevan a un lado y otro de la calle. Comienza a caminar más deprisa, sus zancadas se vuelven más firmes, en su mente ya solo hay sitio para un pensamiento, para una promesa. Para su hermano David. Se dirige hacia donde piensa que los cristianos han ido, aún no sabe cómo podrá enfrentarse a un hombre grande y mucho más fuerte, solo está seguro de una cosa: tiene que cuidar de su hermano.

Una mano en su hombro lo retiene. Su mente dibuja los ojos encolerizados del hombre que le ha robado a su hermano y pierde toda la determinación que un

momento antes había conseguido acumular. Quiere correr, huir de esa garra que lo sujeta, pero es demasiado fuerte. Ni siquiera mira atrás, solo intenta escabullirse.

—¡Abraham! —grita una voz a su espalda—. ¡Abraham, soy Moisés!

El pequeño consigue vencer el miedo y volver la cabeza para ver la cara de quien lo retiene, sus ojos se cruzan con otros que le resultan familiares.

—¡Tu vecino Moisés! ¿No me reconoces? ¿Dónde están tus padres?

Y entonces, por fin, el llanto puede escapar libre de todo su cuerpo, protegerse contra el pecho de alguien conocido, abrazarse a él y desear no soltarse nunca.

—¿Qué haces aquí solo? ¿Y tus padres?

Las palabras no son capaces de salir del cuerpo del pequeño, solo pierde la mirada en la puerta humeante de la sinagoga y la señala con un dedo tembloroso. Moisés lo coge de la mano y se dirige al templo. Al alcanzar la entrada, Abraham se detiene, el brazo de Moisés se tensa.

—Vamos... —dice.

Pero el pequeño no quiere volver a entrar.

—Bien, quédate aquí, no te muevas... ¿Me entiendes?

Moisés entra despacio, se tapa la boca y la nariz con una gamuza que no consigue evitar que el olor a hollín y carne quemada lo alcancen. Encuentra los cuerpos de los que han sido sus vecinos, recorre toda la nave con la mirada, girándose sobre sí mismo, despacio, tratando de convencerse de que sus ojos no le engañan. Cuando ya va a salir, la figura del pequeño Abraham se recorta a contraluz.

—¿Dónde está tu hermano? Aquí no...

Un quejido lo interrumpe. A sus pies, una débil tos capta su atención. El rabino apenas puede mover los párpados para revelar unos ojos idos, unos ojos que ya no conocen. Tiene media cara quemada y una costra de sangre le cubre la mitad de la cabeza.

—¡Ven! —le grita a Abraham—. ¡Está vivo, ayúdame!

Pero Moisés sabe que no podrá hacer mucho por él.

El hombre cava en el huerto con golpes de azada enérgicos, violentos, culpables. Ahonda el agujero hasta que la superficie queda a la altura de sus rodillas. Cuando piensa que ya es suficiente, contempla los dos bultos envueltos en paños que ha dejado a la sombra de la parra. La imagen de un rabino

sangrante le cruza la mente, la de unos ojos blancos de niño, la del llanto de un hermano. Baja la cabeza hacia la tierra, y de nuevo mira los bultos. «Que Dios me perdone», murmura. Ya bajo la parra, desanuda los paños de ambos. Un bebé rígido de piel grisácea, otro sonrosado con la respiración del sueño que causa el agotamiento. Envuelve al muerto en los trapos de David y a este en los de su hijo, al que deposita con cuidado dentro del hoyo. Lo contempla desde arriba, las lágrimas lo vuelven borroso. «Que Dios me perdone», vuelve a susurrar antes de cubrirlo con la tierra.

Entra a la casa con el bebé en brazos. Su mujer sigue inmóvil, con la mirada perdida en un crucifijo al que ya no queda nada que rogar. Parece haberse convertido en una estatua de sal.

—¡Es un milagro, mujer!

Ella vuelve la cabeza despacio, sin interés. El hombre le tiende el bulto que lleva entre los brazos.

—¡Está vivo! ¡Francisco está vivo!

La mujer frunce el ceño, intenta comprender.

—¡Tu hijo, mujer! ¡Cógelo!

Ella abre los brazos sin entender todavía, recibe al niño, aparta los paños de su cara, lo contempla sonrosado, dormido, ajeno. Dibuja una sonrisa que dedica al bebé y luego a su marido. Sus ojos recuperan la luz, sus labios parecen de nuevo vivos.

—¡Estará muy sucio! ¡Voy a cambiarle esta ropa!

El hombre se queda observando a su mujer entrar en la habitación.

Ella tiende al bebé sobre la cama, desata los nudos, descubre el cuerpecito, coge paños limpios del baúl, humedece uno en la jofaina y se lo pasa al niño por el cuello. El frío lo despierta y comienza a llorar. La mujer continúa lavándolo con susurros de amor. Le limpia el vientre, las piernas, las nalgas. Pasa con cuidado el trapo alrededor del pene todavía herido. Mira de reojo el crucifijo que hay sobre la mesilla, esquivando los ojos del Cristo moribundo.

—Se te curará pronto, Francisco... —susurra mientras le besa la mejilla. Después lo arropa y le ofrece su pecho. El niño succiona el pezón con hambre atrasada, la mujer canturrea una canción de cuna—. Nada te volverá a apartar de mí...

Sonríe.

### 3

2007

—Hemos encontrado un segundo pórtico de piedra oculto entre los tabiques, parejo al que ya sabíamos que existía. Cuando terminemos de echar abajo todas esas paredes, va a convertirse en una nave muy grande.

Adnan tomó su vaso de té, dio un sorbo, dejó descansar la espalda contra la fachada de su casa.

—Ermelindo, la entrada no está orientada al este, no puede ser...

—¿Y qué otra cosa podría ser?

—La vivienda de un judío, por ejemplo. Esas tinajas serían su despensa.

—Es una nave demasiado grande para ser una vivienda.

Los dos hombres guardaron silencio, posaron la mirada en el suelo, cada uno dentro de sus propios pensamientos, hasta que unos pasos les hicieron levantar la cabeza.

—¡Hola!

Una chica regordeta, con una caja en los brazos llena de macetas con rosales jóvenes cuyas ramas temblaban al ritmo de sus pasos cortos. Sus rizos rubios recogidos en una coleta. Sonreía con una hilera de dientes irregulares y unos ojos vivos y descarados.

—Hola, Elena —dijo Adnan—. ¿Otra vez con los rosales?

—Sí, como todos los años. ¡No hay modo de que duren! No sé cómo lo hacía mi abuela. Se ve que yo no tengo mano para las plantas.

—¿Y por qué sigues plantándolos?

—¡Se lo prometí a mi abuela Benicia cuando me dejó la casa! Yo cumplo mis promesas, Adnan.

Los dos hombres sonrieron. Ambos la conocían desde pequeña. La

contemplaron alejarse calle abajo protegida por la sombra de la muralla.

—Es igual que su abuela —dijo Adnan cuando dejaron de verla.

Ermelindo asintió.

—No llegues a conclusiones precipitadas —continuó Adnan—. Sigue recopilando todo lo que encuentres y después ya veremos.

—No sé si podré retrasar mucho más la obra. Ladislao no quiere ni oír hablar de más retrasos. Y está el tema de la cantina...

Adnan se encogió de hombros.

—Es mi socio —dijo Ermelindo—. Si se dispara el presupuesto, puede reclamármelo a mí.

—¡Pero si lo tienes cogido por los huevos!

—Adnan..., sabes que yo no soy así.

—Para ser constructor, tienes bastante poca mala leche.

Sábado por la tarde, y Mara y yo no teníamos nada mejor que hacer que pasar el rato en el Ibuit tomando unas cervezas. Mara cogió una de las mesas de la terraza y yo entré a por un par de tercios. Dentro, la gente se refugiaba del calor que todavía retenían las piedras y el asfalto. Se agrupaban junto a la barra, en las mesas del local, llenas. Caí en la cuenta de que el mundo empezaba a celebrar un nuevo fin de semana. El murmullo se levantaba por encima de la música. Encontré un hueco entre un grupo que compartía cervezas y tapas y una chica bajita, un tanto regordeta, que apuró de un trago medio botellín y lo plantó en la barra pidiendo otro a gritos. Levanté el brazo en un intento de que el camarero se percatara de mi presencia, y la chica volvió la cabeza hacia mí. Mostró una hilera de dientes irregulares, sus ojos castaños se achinaron y dibujaron unas arruguitas a los lados.

—Hola, me llamo Elena y soy de aquí. —Cogió su botellín vacío, lo empinó para apurar la posible última gota y lo puso sobre la barra con un golpe—. ¡Que estoy seca! —gritó y volvió a dirigirse a mí—: Tú no.

—¿Yo no estoy seco?

—No, que tú no eres de aquí.

—No, soy de Alcaraz. Me llamo Dante.

—¿Y dónde está eso, Dante de Alcaraz?

—Es un pueblo de la provincia de Albacete.

—Pues, Dante de Alcaraz. ¿Echamos un polvo?

—No estoy solo... —dije mirando hacia la terraza—, gracias.

—Ya, ya sé que no estás solo. No creo que pidas las cervezas de dos en dos para ti solo. A mí eso no me importa.

Por fin conseguí los dos tercios, dediqué una sonrisa a la chica, la rodeé y me dirigí afuera.

—¡Tampoco quiero casarme contigo, Dante de Alcaraz! ¡Jorge, que me tienes seca! —Oí a mi espalda.

Elena. Cuando te hablo de Elena una sonrisa loca me cubre toda la piel.

Elena... Cómo me hacía reír.

Fuera, Mara me esperaba en la mesa, había levantado la cara al cielo y tenía los ojos cerrados.

—¿Cansada? —dije al dejar las cervezas.

—No no... Intentaba disfrutar de la brisa.

Yo no podía cerrar los ojos, prefería disfrutar de la compañía. Ninguno hablamos. El murmullo en la terraza volaba hacia el cielo y era más suave, más tranquilo. Una voz a mi espalda abrió los ojos de Mara y llamó mi atención:

—Hola, Dante de Alcaraz. ¿Puedo sentarme con vosotros?

—Claro —dijo Mara probablemente encantada de que alguien le diera conversación.

Elena apartó una silla, dejó su quinto sobre la mesa y cogió una de las croquetas que teníamos de tapa. Hablaba y hablaba. Mara y yo la escuchábamos, de vez en cuando intercambiábamos una mirada y sonreíamos. Elena movía los ojos a un lado y a otro, como si atrapara cada uno de nuestros gestos, como si, al tiempo que nos contaba, nos fuera analizando. Si yo me dedicaba a arrancar la etiqueta del botellín, ella detenía los ojos en mis dedos inquietos sin parar de hablar. Si Mara volvía a levantar la cara al cielo y cerrar sus párpados, a ella no se le escapaba que yo aprovechaba para contemplarla. Al cabo de un rato, habíamos terminado las cervezas e interrumpí el torrente:

—Voy a pedirme otra. ¿Queréis más?

Mara dijo que sí, Elena negó:

—Yo me voy dentro. Ha sido un placer, Mara de Albacete.

Me dirigí a la barra y me acodé en ella a esperar al camarero.

—¡Jorge, que me tienes seca! —Oí a mi lado. Después me miró y sonrió—.  
¿Cuánto tiempo llevas así?

—¿Así, cómo?

Movió la cabeza, mostró su dentadura irregular. Cogió el botellín que el camarero le había servido *ipso facto*, vació medio de un trago, volvió a mirarme y, de nuevo, su sonrisa, esa sonrisa que parecía saber todo sobre la vida.

—No te enteras de nada, Dante de Alcaraz...

Regresé con dos tercios más y su correspondiente tapa. Y entonces apareció Ladislao y la musiquilla de campanitas que ya sonaba en mi cabeza se vino abajo. Se sentó junto a Mara, nos dedicó su perfecta sonrisa de triunfador. El pelo engominado. Su perfume llegaba hasta mi lado de la mesa.

Y yo ya me sentía multitud.

—¿Cómo estás? —me preguntó antes de dar un trago a la copa de vino que traía consigo.

—Bien —contesté—, pero un poco cansado, casi que me voy a dormir.

Un poco cansado, sí.

Pero no del trabajo.

1393

Abraham desliza el *yad* de derecha a izquierda sobre unos versículos de las Escrituras que ya ha aprendido de memoria. Su cuerpo se mueve adelante y atrás al ritmo que recita. Oye unos pasos renqueantes a su espalda y los golpes de un bastón. Siente una mano torpe posarse en su cabeza.

—Creo que ya puedes descansar. —La mano se desliza sobre su pelo con cierta dificultad.

—Enseguida termino —contesta desplazando el *yad* un renglón más arriba, su cuerpo aún acompañando el rezo.

El rabino se coloca frente a él. Abraham lee el último renglón y se encuentra con su ojo sano. Aunque la costumbre le ha quitado el miedo, todavía evita mirar la mitad quemada de la cara del rabino.

—Necesito que me ayudes a preparar unas medicinas. Moisés está mal.

Abraham se incorpora, enrolla con cuidado el *sefarím*, lo cubre con el peto y lo deposita dentro del *hejal*.

—¿Qué le pasa?

—Los pulmones..., esa tos... Échame una mano con el mortero.

Abraham ha aprendido el arte de la medicina a base de observar y ayudar al rabino durante los dos últimos años, cuando tanto judíos como cristianos pedían

su asistencia ante cualquier enfermedad. El miedo a la muerte no entiende de religiones ni razas. Mezcla corteza de limón, miel y hierbabuena. Ya conoce cómo preparar ese y otros remedios; como también sabe que después el rabino se lo administrará en infusión.

—¿Quieres que te acompañe a casa de Moisés?

—No hace falta, podré arreglármelas.

Abraham se despide, sale a la calle. El rabino sabe dónde va. Dónde acude todos los días desde que encontró el lugar un año atrás, cuando pudieron volver a vivir junto a la sinagoga. Moisés tenía demasiadas cargas como para ocuparse de un pequeño más. Él necesitaría ayuda el resto de su vida. El golpe y las quemaduras lo dejaron medio inválido. Juntos podrían rehacerse, restaurar la sinagoga dentro de sus posibilidades. Los designios de Adonai escapan a la lógica de los hombres. No podría haberle regalado un discípulo mejor, a pesar de lo que tuvo que ocurrir para tenerlo a su lado. Ha intentado que el muchacho olvidara todo aquello. Pero cómo podría. Abraham recorrió cada calle de Los Cerros, esperó en cada puerta, observó a cada cristiano hasta dar con aquel que se había llevado a su hermano: Francisco Guzmán. Un cristiano viejo, humilde, albañil. Desde entonces, cada día se oculta en un recodo de esa calle estrecha y tortuosa, y espera.

Abraham vigila desde el rincón, bajo esa parra a la que ha visto ya teñir sus hojas de ocre, desnudarse para dormir el invierno, volver a despertar con el verde brillante de las yemas nuevas y a perfumarse con el aroma de sus frutos. Hay días que es solo la parra lo que llega a contemplar; pero otros lo ve. Ha presenciado sus primeros pasos, sus primeros balbuceos, en alguna ocasión se ha cruzado con él, agarrado a la mano de la mujer, y ha comprobado que su mirada es la mirada de ella, de su madre, esa mirada que ya empezaba a difuminarse entre los hilos de su memoria y a la que su hermano le ha devuelto la claridad.

El día que lo encontró iba en brazos de la mujer, David sonreía a sus carantoñas. Abraham estuvo a punto de correr hasta ellos y arrebatárselo de sus brazos, como antes había hecho aquel hombre. Solo lo contuvo la presencia del albañil, detrás de ellos, ocupado en el huerto del patio. Miraba con unos ojos muy distintos a aquellos que conoció desde el interior de la tinaja, unos ojos que no podrían hacer pensar en aquellos otros; ojos de bondad. No fue aquella mirada lo que lo detuvo, sino el recuerdo de aquella voz atronadora entre las paredes de una tinaja, el recuerdo de aquellos brazos fuertes y amenazadores que le arrebataron a su hermano. Después, día tras día, acudió al mismo lugar y, poco a poco, la sensatez se fue abriendo camino. Un día el hombre se haría viejo y él

sería el fuerte. Ni siquiera pensó en que, mientras, David también crecería.

Ahora, cada vez que consigue verlo, recuerda los ojos de su madre, su caricia, su confianza en que él sería capaz de proteger a David. Y un poco mayor, un poco más sabio, se plantea en qué consiste esa protección. El rabino siempre dice que a veces nos es imposible conocer los caminos de Adonai. Su hermano está bien, crece sano y se puede ver que esos cristianos lo aman como si fuera su propio hijo. ¿No será mejor dejar que Adonai trace sus senderos? ¿De verdad llevarse a David con el rabino y con él sería una forma de protegerlo? Esa duda lo mantiene oculto, observando sus evoluciones, sin hacer nada más. Quizá sigue viniendo todos los días más por él que por su hermano, más por recordar la mirada de su madre, más por no terminar de perder todo aquello que perdió aquel verano.

Sin embargo, cuando los ve ir a misa los domingos, se da cuenta de que lo están educando en una fe falsa, una fe trinitaria, politeísta e idólatra. Y él tendrá que mostrarle el verdadero Dios.

Y eso sí que es protegerlo.

## 4

2007

*Domingo*, hora del aperitivo. Observaba a Ladislao y a Mara desde la barra del Ibuit, ellos sentados en la terraza. Él tomaba un vermú y ella una cerveza. Sobre la mesa, los aperitivos que habíamos pedido y sus móviles. Me había levantado a por las tapas que faltaban por servir y, también un poco, por alejarme de aquellos coqueteos que ya no se molestaban en disimular.

—No te preocupes —dijo Elena al llegar a mi lado sin que yo me diera cuenta. No sabría decir si debido a su sigilo o a mi obsesión—. Su mujer espera un bebé. —Y ante mis cejas interrogantes—: ¿No lo sabías? No te enteras de nada, Dante de Alcaraz.

—¿Y dónde está su mujer?

—En Madrid. Él va de vez en cuando, cuando no encuentra rollete.

—¿Y ella lo sabe?

—Hijo, qué quieres que te diga... Esas cosas se saben, pero pasa de venir a Los Cerros.

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé! ¡Habrás oído que aquí roban bebés! —Se debió dar cuenta de que no comprendía la broma—. No conoces las leyendas de este pueblo, ¿verdad? Pues mira, algún día te las iré contando. ¿Tomamos el aperitivo o echamos un polvo?

Sonreí mientras recogía los platos que Jorge había dejado en la barra y salí hacia la mesa donde Ladislao y Mara ni siquiera los habían echado en falta. Ni las tapas ni a quien las llevaba.

Su conversación pareció interrumpirse cuando me vieron, ambos tomaron un trago y miraron hacia un lado distinto. El silencio se hizo incómodo hasta que

Elena llegó, cogió una croqueta, se sentó en la silla libre y, con la boca llena, dijo:

—Bueno, y qué, ¿cómo se presenta el domingo?

—Deberías hacer tus propios amigos, Elena —dijo Ladislao con un toque de crueldad que a mí me tensó la espalda, a Mara le sacó una leve sonrisa y a ella no pareció inmutarle lo más mínimo.

—¡Todo el mundo es mi amigo, Ladislao! ¿Aún no te has dado cuenta? ¡Hasta tú!

—Un honor que no me merezco...

—¡Y que lo digas! —respondió Elena sin una pizca de acritud y con esa naturalidad tan suya que ya empezaba a conocer.

Ladislao ignoró el comentario y se volvió hacia Mara, de modo que Elena y yo no tuviéramos dudas de que la pregunta no era para nosotros:

—¿Y si cogemos el coche y nos vamos a la playa?

Mara amplió su sonrisa, apuró su cerveza, se levantó y dijo:

—¡Vamos!

Y allí nos quedamos Elena y yo, viendo cómo se alejaban. Ella con la mirada divertida, yo...

Bueno, no tenía un espejo.

Pero puedes imaginarla.

Cuando te hablo de Ladislao y Mara juntos la frente se me arruga todavía más.

—¡Pues nos han dejado plantados! —dijo ella una vez que los perdimos de vista.

Asentí en silencio, no me apetecía hablar; no era capaz de contagiarme de su eterno buen humor.

—¿Me ayudas a plantar rosales?

Me olvidé por fin de la esquina por donde Mara había desaparecido y me fijé en Elena. Miraba con tanta intensidad que era difícil aguantarle un cara a cara porque uno se sentía *visto*. No sé si me explico. Es evidente que te veía, pero me refiero a algo más profundo. Visto de verdad. Por dentro y por fuera. Accedí porque el domingo se me acababa de agriar y tampoco tenía nada mejor que hacer. Y mi acompañante podría ser demasiado directa, demasiado explícita, pero lo innegable es que era simpática y repartía alegría a quien quisiera compartirla con ella.

Bajamos por las calles estrechas del centro histórico hasta llegar a la muralla,

caminamos junto a ella y aproveché para contemplar esas piedras centenarias imaginando cuánta gente habría recorrido antes esos mismos pasos, cuántos habrían muerto defendiéndola.

—¿Qué piensas? —dijo ella. Caminaba a mi lado, los pies apuntando hacia afuera. Sus brazos adelante y atrás.

—Nada concreto...

—¿No piensas demasiado tú?

Me encogí de hombros.

—¡Deberías pensar menos y vivir más, Dante de Alcaraz! —dijo mientras se detenía frente a una fachada con la cal desportillada y una vieja puerta de madera marrón—. ¡Bienvenido!

La casa pareció abrazarnos como una anfitriona amable para aliviarnos del calor de la calle. La entrada era una pequeña sala de estar con una cocina en el lugar que hace tiempo debió de ocupar una gran chimenea. Uno de los rincones tenía una puerta a cada lado, una pequeña ventana dejaba ver un trozo de la muralla justo enfrente. Del resto de las paredes colgaban unas cuantas estanterías repletas de libros y unas pocas fotografías, muchas de ellas antiguas. En el rincón opuesto a las puertas, un pequeño televisor y, frente a él, un modesto sofá. Una mesa y cuatro sillas junto a la cocina completaban el mobiliario.

—Pues este es mi rincón. ¿Te gusta?

Antes de que pudiera contestarle, ya se había despojado de la camiseta y la había arrojado sobre el sofá.

—Elena, yo... no...

Rio cuando intenté no desviar la mirada hacia sus pechos pequeños.

—¿Estás tonto? ¡En mi casa me pongo cómoda! ¡Faltaría más! Tú también puedes ponerte cómodo si quieres —dijo mientras desaparecía por una de las puertas del rincón.

Preferí quedarme con la ropa puesta...

Volvió a salir, ya en bragas, me señaló una caja que contenía unas cuantas macetas con pequeños rosales.

—Los guardo aquí porque fuera hace demasiado calor. Anda, cógela tú. —Y se deshizo del sujetador.

Yo intentaba mirarla a los ojos, pero era inevitable que me despistara de vez en cuando.

Pequeños y firmes.

Es curioso, la mayoría de la gente pierde mucho desnuda pero con Elena era

al revés. Su ropa no le hacía justicia.

—No pensarás ponerte a cavar así...

—¿Por quién me has tomado, Dante de Alcaraz? —dijo y entró al dormitorio para salir anudándose al cuello una pieza de bikini.

—¿No hace demasiado calor para ponerse ahora a plantar?

Se detuvo con el ceño fruncido. Si no fuera Elena, diría que confusa.

—¿Prefieres...? —dijo.

—Anda, vamos a plantarlos.

—Ay, Dante de Alcaraz... —Abrió la otra puerta y un torrente de sol invadió la habitación.

Se trataba de la salida a un patio bastante grande. Al fondo, junto al muro, los rosales moribundos que supuse que íbamos a cambiar; a un lado, una puerta entreabierta dejaba ver lo que era un aseo con ducha. En uno de los costados crecía una parra vieja y, en el centro, una hamaca de playa, una mesa blanca de PVC y unas sillas a juego.

—Ahí están los rosales. Hay que sacar esos y plantar estos.

—No parecen muy viejos, ¿por qué se te mueren?

—Pues no lo sé. Pero aguantan muy poco. Los riego, les echo abono. Pero nada. No duran.

—¿Y por qué sigues plantándolos?

—Porque se lo prometí a mi abuela cuando me dejó la casa.

—Seguro que ella lo entendería.

—No te enteras de nada, Dante de Alcaraz. Aquí ha habido rosales desde..., desde... ¡Desde siempre! Es una tradición de mi familia. Y no voy a ser yo quien la rompa. Si algún día tengo una hija, le haré prometer lo mismo.

—¿Y si es un hijo? —pregunté divertido.

—Pues tendré que embarazarme otra vez.

Renuncié a entenderla. Me acerqué a los rosales secos. El sol estaba en todo lo alto y no eran horas para ponerse a cavar, pero temía que si lo decía, Elena volviera a tomarlo por otra cosa. Golpeé por primera vez con la azada y esta casi rebotó sin apenas herir la tierra. Un solo golpe y ya sudaba.

—¡Pero quítate la camiseta, hombre, que no te voy a violar!

Me la quité y se la di para que la sujetara.

—¡Pues no estás mal! ¡Ahora los pantalones! Te los vas a estropear —dijo antes de que golpeara por segunda vez.

—No me extraña que se te mueran. En este suelo no crecen ni los cardos.  
Continué cavando y conseguí que el terreno fuera cediendo.

—¡Se te da bien esto!

—Crecí en una granja —contesté sin dejar de cavar hasta que por fin cedió el rosal muerto.

—¡Ya está! —dijo ella con un entusiasmo que era difícil de justificar pero que se contagiaba—. ¡Ahora ponemos estos y hemos terminado!

—Se te morirán igual.

Elena se encogió de hombros:

—Sí, siempre se mueren, qué le voy a hacer.

—Mira, cavo un poco más, vamos a hacer un hoyo grande y acondicionamos la tierra antes de plantarlos. Hoy los guardamos en las macetas y mañana compramos lo necesario.

—¿Harás esto por mí? —dijo con una gran sonrisa. Y corrió hacia mí, los brazos extendidos, y me abrazó.

Sentí su bikini contra mi pecho, su pelo a la altura de mi nariz y sus manos frotando mi espalda. Por un instante me vino la imagen de Elena desnuda un rato antes. Se separó, la sonrisa había mutado a pícara, miró hacia abajo.

—Así que no eres de piedra... ¡Venga, vamos a cavar o terminas rompiendo tu celibato!

Yo aún no la conocía lo suficiente como para saber que cuando Elena se entusiasmaba con algo, aparcaba todo lo demás y se dedicaba a ello con todo su cuerpo y toda su mente. Y por eso me extrañé de que no aprovechara para volver a proponerme un polvo.

Elena.

Cómo me reí siempre con ella.

Comenzamos a cavar los dos, el terreno cedía con dificultad, como si no se hubiera removido en cientos de años. Cada azadón añadía un pedazo de tierra al montón que ya había a nuestro lado. Era una locura trabajar con ese sol, y sin embargo, me había hecho olvidar a Mara y a Ladislao. Así que merecía la pena continuar con la labor. Hasta que descubrí algo extraño en el montón. Dejé la azada en el suelo, me agaché a mirarlo, aparté la tierra de ese objeto redondeado color ocre. Me hubiera gustado disponer de una brocha para limpiarlo mejor. De pronto, una cascada de frío inundó todo mi cuerpo. Oí al fondo las risas de Elena, volví la cabeza y la vi con la manguera en la mano, justo antes de dirigir el chorro hacia mí. Me levanté con el objeto en la mano, me quedé de pie,

recibiendo el agua y su jolgorio.

—¡Que te iba a dar algo, hombre, no pongas esa cara! ¡Pues verás cuando te des cuenta de que se te transparentan los calzoncillos!

No la acompañé en sus risas. Levanté despacio el objeto, y solo entonces ella bajó la manguera y se fijó en lo que llevaba en la mano.

—Parece un cráneo —dije.

—¿Tan pequeño? —dijo ella ya a mi lado.

—Podría ser de un niño.

1401

Francisco camina junto a la muralla con la cabeza alta para contemplar el poderío de esos muros que tantas batallas han visto. Sabe que es hora de volver para ayudar a su padre con la argamasa, pero apura sus sueños un ratito más. Blande un palo como espada. En su imaginación, un ejército de moros espera al otro lado de esas piedras, temerosos de atacar a tan bravo guerrero. Solo hace unos días que ha tomado la ciudad, aún no ha tenido tiempo de limpiarla de infieles. Todavía no sabe muy bien cómo distinguir a un infiel, pero su madre se lo aclarará. Lo que sí sabe es que todo aquel que no crea en Nuestro Señor Jesucristo probará el frío de su implacable acero. Sobre todo, los judíos. Su madre le ha dicho que ellos fueron los que mataron a Jesús. El párroco también lo dice en misa. Y su padre asiente cuando ella le cuenta esas historias sobre los malvados judíos. Mataron a Cristo crucificándolo, y ni siquiera cuando este resucitó, fueron capaces de reconocer su error. Los judíos odian a Cristo y a todos los cristianos, y por eso, según su madre, no merecen ni ese pan ácimo que comen. Francisco los ve a todos frente a sí, eleva su espada de palo y lanza embestidas al aire de su imaginación.

Un gruñido lo detiene. Sus ojos regresan a las imágenes de la realidad, su mano, sin el control de la mente que la maneja, se afloja y deja caer el palo que, un momento antes, era acero. Ahora Francisco solo puede ver esos dientes puntiagudos que lo amenazan unos metros más adelante, esas mandíbulas espumosas; solo percibe el sonido de un peligro, de un odio irracional. Cada ladrido provoca que el cuerpo del niño salte sobre el mismo trozo de tierra que pisa, su garganta ha enmudecido, sus músculos no responden, solo su vista y su oído. El perro vuelve a ladrar arrimando sus cuartos traseros a las piedras del muro, sin decidirse entre atacar o huir por el otro lado de la calle. Francisco por

fin es capaz de dar un paso atrás, el perro se siente más confiado; el niño recula un poco más y el animal ya sabe quién es el que tiene el poder. El niño también lo sabe, lo único que puede hacer es huir. Se da la vuelta y corre hacia su casa con toda la rapidez que sus pequeñas piernas le permiten. El animal arranca tras él, los ladridos aumentan, la espuma de sus mandíbulas se va quedando atrás en la carrera. Francisco siente su galopada cada vez más cerca, los ladridos alcanzando su espalda, el miedo lo obliga a correr sin reparar en el aliento que ya le falta; pero se sabe perdido. El aire apenas llega a sus pulmones, los músculos no le responden y el terror lo obliga a tirarse al suelo y protegerse la cara con los brazos.

—Abraham, tienes que ir a buscar tomillo. Si encuentras aquilea, tráela también. Que Alina vaya contigo. Daos prisa...

El rabino mantiene su mano sana sobre la frente de Moisés. La mujer de este y sus dos hijas están muy preocupadas. Desde que empezaron las toses, ya ha tenido que guardar cama dos veces. Alina agacha la cabeza, intenta contener una sonrisa y espera que nadie haya percibido el leve calor que recorre sus mejillas.

Abraham espera a Alina en la puerta, que lo sigue con timidez. Los demás los ven desaparecer. Moisés, entre toses, sonrío al rabino con una mueca de dolor.

—Eres un viejo alcahuete...

El rabino devuelve la sonrisa del amigo que unos años atrás le salvó la vida.

—Ya conoces a ese muchacho. Para mí, es como el hijo que no tuve. Y aunque sé que me respeta y me aprecia como a tal, soy consciente de que él nunca me ha tenido por su padre. Abraham nunca se casará con quien yo le diga que ha de hacerlo.

—¿Y crees que va a funcionar?

—Eso solo está en manos de Adonai...

—En fin..., algo bueno tenía que traer este mal mío...

Moisés vuelve a perder el habla entre toses que brotan desde sus pulmones, el rabino le acerca un paño limpio y retira el último. Otra vez manchado de sangre.

—¿Crees que llegaré a verlo, rabino?

—¿Dudas de mi arte? —pregunta a su vez para esconder así sus dudas.

Abraham encuentra aquilea junto a la muralla. Mientras la recoge, le va

explicando a Alina lo raro que es encontrarla por allí, sus propiedades y cómo distinguirla de las demás plantas. De vez en cuando, cruza su mirada con la de la chica y sus labios se relajan en lo que pretende ser una sonrisa. Ella no habla, solo atiende a sus explicaciones y mueve la cabeza afirmando haber entendido lo que le dice. Cada vez que Abraham le tiende una planta para que ella la deposite en el cesto, se fija en sus ojos grandes de un negro brillante que contrasta con el blanco de alrededor. Sus labios son gruesos y sonrosados, y cuando sonríen, se aprietan uno contra el otro como dos comadres que se contaran algún secreto. Es más bien pequeña, pero anda con una seguridad que le hace parecer más grande. Sobre la frente, bajo el velo, se adivina un pelo negro y algo ondulado. Abraham sabe que ya ha recolectado suficiente, pero continúa haciéndolo para prolongar esas miradas furtivas.

Unos ladridos apartan su atención de Alina. Se da la vuelta y, de pronto, su corazón parece querer estallar.

Francisco ya solo espera en el suelo, los ojos cerrados, los brazos sobre la cara, cuando oye un golpe seco y un aullido lastimero; después otro golpe más, y más aullidos que se alejan. No se atreve a abrir los ojos, ni siquiera a moverse.

—¡David, David! ¿Estás bien? ¿Te ha mordido?

El pequeño siente unas manos fuertes que intentan destaparle la cara, se resiste durante unos segundos hasta que cede por fin y encuentra el rostro de un desconocido muy cerca del suyo. Un poco más atrás, una muchacha los observa con el susto todavía dentro de sus ojos negros. El muchacho que lo ha salvado se empeña en llamarlo David. Seguramente lo haya confundido con algún otro. Está claro que ha sido un milagro.

—¡Jesús te ha enviado a salvarme!

Abraham se retira un poco, su rostro ahora muestra la seriedad de las cosas que no agradan.

—David... Ha sido Adonai quien me ha traído a cumplir mi promesa.

El pequeño conoce esa palabra. Su madre le ha explicado que Adonai es como llaman los judíos infieles a su dios. Un dios falso que no puede haber enviado a nadie. Francisco lo sabe. Su madre se lo ha contado mil veces...

—¡Aparta tus manos de mí, asesino de Jesús!

Abraham se incorpora, se queda a cierta distancia entre el deseo de besar esa cara tan parecida a la de su madre y la contrariedad del rechazo.

—David, yo soy...

—¿Por qué me llamas David? —lo interrumpe su hermano—. ¡Mi nombre es Francisco! —grita antes de salir corriendo.

Abraham no se mueve, se queda con la mirada perdida en la calle sinuosa por la que ha desaparecido. No habla, casi no respira. En su mente solo hay sitio para una idea. Alina se acerca despacio, y se atreve a rozarle el brazo con la palma de la mano. Él se refleja en los iris negros de ella.

—Mi hermano ahora es un *amusín*... —dice como si lo dijera solo para él.

Alina habla por primera vez desde que salieron de casa de su padre:

—En realidad, solo fue judío una semana, Abraham... No es realmente un converso forzado...

—¿Se te ocurre mayor fuerza que robarte de tu familia y convertirte en quien no eres?!

El tono de Abraham provoca que Alina retire la mano de su brazo y retroceda un paso. El muchacho se da cuenta de que la ha asustado.

—Perdona... No quería... Será mejor que volvamos ya.

Ella empieza a caminar de regreso, Abraham todavía espera unos segundos más, esta vez contemplándola. No deseaba gritarle ni asustarla.

No se asusta a quien uno ama...

## 5

2007

*Adnan* contemplaba el pequeño cráneo con parsimonia. Apenas me había dado tiempo a vestirme desde que Elena lo llamó hasta que apareció por la puerta. Ella ni siquiera se había molestado en ponerse algo encima. Era la primera vez que la veía seria, como si se tratara de otra Elena, de una que todavía no conocía, agazapada dentro de sí misma, acurrucada en el sofá, con las lágrimas a punto de desbordarle los ojos. Intenté pasarle un brazo sobre los hombros pero ella me rechazó.

—No es un cráneo reciente —dijo por fin *Adnan*.

—Entonces, ¿no es él? —preguntó Elena con la voz quebrada—. ¡De todos modos, la leyenda es cierta! —gritó justo antes de correr hacia su habitación, ahora sí, con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

Yo guardaba silencio sin entender nada de lo que estaba ocurriendo. *Adnan* me miró serio y yo esperé alguna palabra que me diera algo de luz, pero él solo dijo:

—Es algo que tendrá que contarte ella si quiere.

*Adnan*. Cuando te hablo de *Adnan* una chilaba blanca se dibuja en mi mente y la paz se aposenta en cada una de las células que componen mi cuerpo.

—¿No deberíamos llamar a la Policía? —dije.

*Adnan* sacó su teléfono y marcó unos números. Mientras esperábamos me preguntó si sabía cuántos años tenían esas casas. Negué con un movimiento de cabeza.

—Cientos —dijo—. *Ermelindo* le ha insistido mil veces que se mude a alguno de sus apartamentos, le ha ofrecido todas las facilidades posibles. Pero ella nunca ha querido abandonarla.

—¿Sospechas que lo sabía?

—¡No! Solo intento explicarte un poco cómo es Elena. Seguro que pensabas que es una frívola. —No supe qué responder—. Ella es especial, distinta. Como nadie que hayas conocido antes.

Bajé la vista al suelo, no sabía por qué Adnan me contaba todo eso.

—Podrá desnudarse delante de todo el mundo, incluso tener sexo con quien se le cruce por delante. Pero no creas que en esta casa entra cualquiera.

Unos golpes en la puerta interrumpieron a Adnan. Dos guardias civiles sudaban al otro lado. Él los invitó a entrar y les mostró el cráneo.

—¿Han encontrado algo más?

Adnan me miró. Yo negué.

—Dejé de cavar cuando lo vi.

—¿Podemos ver dónde lo ha encontrado?

Los guardias inspeccionaron el hoyo y los montones de tierra mientras Adnan y yo los contemplábamos en silencio. Elena no apareció en todo el rato. Poco después, los guardias civiles dijeron que tendrían que venir los de Criminalística y se marcharon. Adnan me pidió que me quedara un rato más hasta asegurarme de que ella estaba bien; después también se despidió. No puse ningún reparo. Me senté en el sofá, me fijé en las fotos de la estantería; tomé una en la que una Elena niña posaba sonriente junto a un hombre. Sus mejillas juntas, sus sonrisas iguales, su felicidad compartida. Devolví el marco a su sitio, cerré los ojos; en cuanto mi mente se vio un tanto desocupada, la imagen de Mara junto a Ladislao en la playa volvió a aparecer. Sacudí la cabeza. No quería torturarme más con aquello, así que decidí comprobar cómo estaba Elena. La encontré tendida sobre la cama, ahogando pequeños sollozos dentro de la almohada. Me senté junto a ella, le puse una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

Levantó su cara llorosa:

—No me mires. Me pongo muy fea cuando lloro.

Elena.

Hasta llorando me sacaba una sonrisa.

—Estaré en el salón. Si necesitas algo...

—¿Harías algo por mí?

—Claro.

—Tumbate aquí conmigo, por favor...

Me deshice de las sandalias y me acosté al otro lado de la cama. Ella me levantó la camiseta; yo esperaba no tenerla que rechazar otra vez, no aquel día, viéndola así. Pero solo apartó la tela de mi pecho para apoyar su cara sobre él. Los sollozos se calmaron y, poco después, sentí su respiración profunda de niña pequeña dormida. La rodeé con el brazo, aspiré el olor a jabón de su pelo rizado, y pronto yo también caí dormido.

No recuerdo lo que soñé, ni siquiera si soñé. Solo que aquello nos ayudó a los dos.

Cuando desperté ella ya no estaba a mi lado. La busqué en la sala de estar y en el patio, pero no la encontré. El sol ya caía y supuse que el sueño quizá la había repuesto, que volvía a ser la misma Elena, que estaría en el bar bebiendo quintos y tirándole los tejos a alguien. Me fui al Icuit, pregunté a Jorge por ella. Él tampoco la había visto desde la hora del aperitivo. Decidí pasear por las calles de Los Cerros por si la encontraba. No sabría decir cuánto tiempo caminé a solas por todo el pueblo, solo que me alcanzó la noche y, aunque sin sueño, no se me ocurrió otro sitio a donde ir que el piso. Mientras volvía a casa, se me avivaron las ganas de contarle todo lo ocurrido a Mara. Pensaba obviar la siesta con Elena casi desnuda. Estaba seguro de que la historia del cráneo captaría su interés durante un rato. Entré rápido, su bolso sobre uno de los sillones me indicó que ya había vuelto de la playa; fui directo a su habitación, abrí la puerta:

—¡Mara, tengo una historia alucinante que contarte!

—¿Tú no sabes llamar antes de entrar? —Era la voz de Ladislao, tendido entre las piernas de Mara.

No dije nada, ni siquiera pedí perdón.

Y creo que di un portazo al salir del piso.

1403

Los ojos de Moisés se abren como si quisieran ayudar a su pecho a aspirar un aire que apenas llega a sus pulmones, su garganta solo emite sonidos de ahogo; la música de la muerte, el canto de victoria de una larga enfermedad. Sus hijos y su mujer esperan el desenlace junto al lecho. El rabino mantiene la mano de su amigo entre las suyas. Es lo único que puede hacer ya. Consolarlo y rezar para que Adonai sea benévolo y termine cuanto antes con esta agonía. Ha visto muchas muertes, todas son tristes. Algunas, trágicas, como las que causa la violencia; otras parecen simplemente un tránsito; pero estas en las que los

pulmones se consumen antes que el resto del cuerpo son agonizantes. Alina, su madre y su hermana lloran; el hijo de Moisés mantiene la tristeza dentro de su pecho. Abraham querría acercarse a consolarla. Ahora tendrá que posponer todos esos planes de formar una familia con ella hasta dentro de un año, pasado el Avelut. Debería haber hablado con Moisés antes, con Alina también; pero nunca encontró el momento, o el valor, para hacerlo con uno o con otra. Un soniquete de oraciones y ahogos rebota entre las paredes y se cuela por los oídos de unas cabezas desalentadas, deseosas de que el sufrimiento de ese hombre bueno acabe cuanto antes.

Unos estertores distintos a los anteriores hacen incorporarse al rabino.

—Ayúdame, Abraham.

Él ya sabe qué tiene que hacer. No es la primera muerte que asiste. Tampoco es la primera de un ser querido. Se acerca al rabino y mira por última vez los ojos abiertos de Moisés. A pesar del sufrimiento, encuentra en ellos la paz. En todos los moribundos halla esa misma paz. En cada uno de ellos ha buscado el horror de aquellos otros ojos muertos, los primeros que vio en su vida, los que ha echado de menos desde aquel día maldito. El rabino ladea el cuerpo con dificultad y Abraham lo ayuda a colocarlo de cara a la pared, después se aleja a un rincón y vuelve con el cojín lleno de tierra virgen que ya trajeron preparado. La madre de Alina entra con una jofaina llena de agua caliente y el rabino comienza a lavar el cuerpo de su amigo con cuidado mientras Alina esparce agua por las estancias de la casa. A una señal de su maestro, Abraham coloca al difunto el *talit* que usó en vida, después despliega el lienzo blanco dispuesto a los pies de la cama y comienza a envolver su cuerpo con él. Lo cubren del todo para guardar la honra del cabeza de familia. La otra hija de Moisés enciende una vela junto a su padre muerto. «El alma es la luz del Señor.»

Una vez preparado el cadáver, todos lo acompañan al cementerio judío.

Abraham escucha las palabras del rabino. Habla de Moisés como del amigo que fue. «Nadie pudo imaginar que yo viviría para llegar a ver este día tan triste», dice. Él recorre con la mirada a los asistentes, cabizbajos. Se detiene en Alina y siente no poder limpiar las lágrimas que recorren sus mejillas. «Fue un hombre bueno y honrado, bendecido por Adonai», continúa el rabino, y rasga su vestidura por el lado del corazón; los demás lo imitan. Abraham también. Al fin y al cabo, casi fue el padre de todos ellos. El rabino recita el Malé Rajamim en recuerdo de su alma y después el Kadish.

Ya de regreso, Abraham y Alina se han quedado un poco atrás. La tristeza de Alina queda menguada por el alivio de ver terminada su agonía. Una especie de vacío flota entre todos ellos, la ausencia del hombre al que quisieron. Abraham lo siente por ella, por la familia que lo acogió y salvó la vida al rabino, por este también, que ha perdido a su mejor amigo; pero nunca, ante ninguna de las muertes a las que ha asistido, ha vuelto a sentir aquella tristeza de un día de zarpazos de fuego, de olor a humo y sabor a miedo. Camina junto a Alina con el deseo de decirle lo que lleva años pugnando por salir; pero sabe que no es el momento. Intenta hallar algo para distraer sus pensamientos entre las calles blancas de Los Cerros y descubre a David en la distancia; camina solo cargando un fardo pesado, convertido en un muchacho fuerte, ya casi tan alto como él. Disminuye la velocidad de sus pasos, Alina se le adelanta sin darse cuenta de que lo va dejando atrás. Abraham continúa con la mirada fija en su hermano, sus pasos cada vez más cortos, hasta detenerse por completo. David camina en su dirección, con la mirada perdida en el suelo y el esfuerzo de la carga.

—¡David! —grita por fin.

Alina regresa de su ensimismamiento y se da cuenta de que no lleva a Abraham al lado. Se detiene y se da la vuelta.

—¡David!

Pero el muchacho no responde, sigue avanzando despacio, concentrado en su camino.

—¡Francisco! —grita por fin Abraham.

Entonces el muchacho sí despega los ojos del suelo y atiende a la llamada.

—¿No sabes quién soy? —pregunta Abraham con la sonrisa de la ilusión en sus labios.

David vuelve a agachar la cabeza y reemprende sus pasos.

—¡David!, ¿no me reconoces?

De nuevo detiene su marcha, alza la barbilla. Abraham lo mira a los ojos, a esos ojos de su madre ahora llenos de algo que nunca vio en ellos.

—Sí..., sé quién eres. ¡Ese judío loco que se empeña en llamarme David!

—No soy un loco... David..., solo soy tu hermano.

Alina se tapa la boca entreabierta con una mano.

—¡Yo no soy David! ¡Estás loco!

Abraham intenta serenarse..., sabe que ha llegado el momento. Su hermano ha crecido y ahora es capaz de entender y decidir que ha de regresar al lugar al que pertenece. Empieza a hablar con palabras lentas, como cuando los vecinos

acuden a él en busca de consejo si el rabino no puede atenderlos en ese momento.

—Escucha..., eres David, hijo de Abraham y de Zamir, nuestros padres. Somos hermanos, nacidos de la misma sangre y la misma carne. Tu madre era judía, como tu abuela, como tu bisabuela... Y así hasta que Adonai liberó a Jonás de la ballena en esta tierra de Sefarad. Eres judío por nacimiento. Te estás haciendo mayor y ya es hora de que sepas quién eres y dónde debes estar.

—¡Yo soy Francisco, judío loco! Nacido en Los Cerros. Hijo de Francisco y de Jimena. Cristianos viejos temerosos de Dios. Tú solo eres un judío que quiere meterme el demonio dentro.

—De todo lo que te han contado..., la única verdad es que naciste en Los Cerros, como yo. Escucha, David...

—¡No me llames más David!

El muchacho vuelve a coger su carga e intenta reemprender el paso, pero Abraham se interpone entre él y su destino. Sus dos miradas se desafían. Abraham echa mano a su cintura y, por un momento, Francisco parece temer que vaya a sacar un cuchillo; mira a un lado y a otro de la calle para evaluar sus posibles escapatorias.

—¿Qué temes, David? —dice Abraham con palabras calmadas mientras se desanuda el cinto—. ¿No recuerdas que fui yo quien te salvó de aquel perro rabioso? —continúa con una sonrisa, dejando caer sus calzones a los tobillos—. Mira esto, David... —dice tomando su miembro flácido con dos dedos—. Míralo y dime si no te recuerda a algo que ves todos los días.

El muchacho mira el pene circuncidado de Abraham.

—Y ahora pregúntate por qué es tan parecido al tuyo y tan distinto al de un cristiano. ¿Has visto alguna vez el de tu padre?

—¡Déjame en paz, judío! —grita David antes de correr con su pesada carga y embestir con el hombro a Abraham.

Este se da la vuelta para verlo alejarse y encuentra los ojos asombrados en la cara sonrojada de Alina. Se fija en sus calzones bajados. Los vuelve a subir en un gesto rápido.

—Ahora tendrás que casarte conmigo... —dice.

Alina agacha la cabeza y reemprende el camino en silencio.

Abraham sonrío.

Los caminos de Adonai, sin duda, son a veces muy sinuosos...

Francisco llega a casa y abandona la carga en el zaguán. Un aroma de cebolla y carne guisada le llega desde los fogones donde Jimena se apura por terminar la comida antes de que llegue su marido. Intenta enjugar unas gotitas de sudor que resbalan por sus sienes con el dorso de la mano cuando siente que, a su lado, una mano joven pero ya curtida le tiende un paño. Se vuelve hacia el muchacho, sonrío y toma la tela, recibe un beso en la mejilla sin decir nada. La mirada fija de su hijo amplía el asombro de Jimena. Hacía ya tiempo que Francisco había dejado de besarla. «Ha crecido tanto...», se dice sin llegar a creer cómo ha pasado el tiempo.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

Francisco asiente con la cabeza.

Jimena toma la cuchara de palo y remueve un poco más el guiso, los aromas de las especias escapan del puchero. Cuando le da a probar una cucharada a su hijo, percibe una sombra en su gesto. No se decide a preguntar, al fin y al cabo ya es un hombre. Imagina que quizá se haya fijado en alguna muchacha.

—Madre... —dice, por fin, el muchacho armándose de valor. Jimena se separa del fogón y atiende—. ¿Por qué los judíos se circuncidan?

La madre siente el calor del fuego en sus mejillas:

—¿A qué viene eso?

—Quiero saberlo.

—No debes pensar en eso... Son cosas del diablo.

Él agacha la cabeza y se aleja de la cocina. La madre se queda con la vista fija en el remolino que la cuchara provoca dentro del guiso. La ha pillado de improviso. No sabía qué responder. Pero él...

El padre llega en ese momento, saluda con una voz y sale al patio. El muchacho lo ve ponerse de cara al muro y manipular los calzones. Se dirige aprisa a él, se coloca a su lado, cara al muro, intenta mirar de reojo a su padre, pero la mano que aguanta que el pantalón no caiga a los tobillos oculta lo que le interesa ver. El albañil sonrío orgulloso.

—¿Has traído lo que te pedí?

—Sí... —responde mientras trata de ver lo que oculta la mano de su padre.

El hombre se da cuenta de su curiosidad.

—¿Qué miras? —pregunta mientras se sacude para terminar.

—Nada... —contesta su hijo, que ya ha podido comprobar lo que quería.

El hombre se encoge de hombros y se dirige al interior.

—¡Padre! —lo llama el muchacho. El padre se da la vuelta y espera

interrogante. Pero él pierde la decisión y observa los rosales—. ¿Por qué solo hay flores ahí? ¿Podríamos plantar algo más útil! —El padre mira el macizo, su gesto tranquilo se pierde entre el chico y el huerto, sus labios se contraen y agacha la cabeza—. ¡Podría encargarme yo!

—¡No! ¡Deja esos rosales como están!

El muchacho no entiende por qué se altera tanto. Al fin y al cabo, su padre le ha enseñado a sacar provecho de todo lo que tiene a su alcance, y un rodal de huerto en el que solo crecen rosales es un desperdicio que no llega a entender. De todos modos, no era eso lo que pretendía preguntarle. Le hubiera gustado saber por qué él está circuncidado, pero después de la reacción de su madre y ahora la de su padre con las flores, quizá sea mejor esperar a encontrar el momento para un tema delicado. Si, como le ha dicho su madre, la circuncisión es cosa del diablo... ¿Por qué él? ¿Acaso nació así? Y de tratarse de eso..., ¿acaso piensa su madre que el demonio está dentro de él, como de los judíos? ¿Por qué nunca le ha hablado del tema? Bueno, eso no es algo de lo que se suele hablar. Y menos con una mujer. Pero ¿y su padre? ¿Por qué lo acosa ese judío?

Comienza a sudar, se persigna varias veces con la velocidad de una liebre que huye de los perros. Se arrodilla allí mismo y reza. El miedo llama a las lágrimas y continúa rezando, las manos tan apretadas que sus dedos se enrojecen y los huesos le crujen. Mira al suelo porque no se atreve a mirar al cielo.

El hombre ha entrado en la cocina y saluda a la mujer. Al cruzar sus miradas, ambos comprenden que algo no va bien. Ella tiene los ojos llenos de lágrimas, él el ceño arrugado.

—¿Qué te pasa? —pregunta el hombre.

—Es por la cebolla... —dice ella—. ¿Y a ti? Se te ve preocupado.

—El trabajo... —dice él.

—¡No va a poder conmigo! —dice fuera Francisco atreviéndose por fin a mirar al cielo—. ¡Te juro que no va a poder conmigo! ¡Seré tan buen cristiano que tendrá que huir de mí!

## 6

2007

*El* lunes a primera hora un ruido de azulejos rotos me recibió en la sinagoga. Los albañiles se afanaban en los tabiques junto a la columna aparecida. Yo bajé con Ermelindo a ver la tinaja recién descubierta. El jefe no podía disimular su entusiasmo:

—¡Tiene que haber más! Esto debía de ser una bodega o algo así.

—El problema es que aquí va el hueco del ascensor. —Los dos nos volvimos al oír la voz de Ladislao a nuestra espalda. El recuerdo de la interrupción de la noche anterior convocó el calor en mis mejillas—. Ya hemos renunciado al garaje para no destruir estas baratijas que tanto te gustan, pero no puedes pretender que construyamos un edificio de apartamentos sin ascensor.

—¡Ya lo solucionaremos! —contestó Ermelindo sin dejar que su socio le aguara el descubrimiento—. Hablaré con el arquitecto a ver qué se puede hacer.

—¿Otro cambio? ¿Más gastos extra? ¡Estoy hasta los huevos de esta obra!

Ermelindo me miró de soslayo, después a su socio:

—Luego lo hablamos, ¿vale?

Ladislao no dijo nada más y se marchó.

—Ya lo convenceré —dijo. Y me guiñó un ojo.

A mí me dio la impresión de que el enfado no se debía al dinero.

O, al menos, no solo a eso.

Uno de los albañiles asomó la cabeza desde los escalones.

—Hay más columnas —dijo—. Ladislao ha dicho que las tiremos, pero yo he querido preguntarle por si...

—¿Más columnas? —preguntó Ermelindo con una gran sonrisa, con la alegría desbordándole los ojos, con el entusiasmo de un niño pequeño—.

¡Vamos!

Habían descubierto seis columnas ocultas, quién sabe durante cuánto tiempo, por capas de yeso y cal. Todas ellas alineadas, el árbol de la vida en sus capiteles. Nos quedamos allí los dos albañiles, Ermelindo y yo, en silencio ante aquellas piedras, como si deseáramos que, una vez descubiertas, nos empezaran a contar qué estábamos descubriendo, nos relataran todas las historias de las que habían sido testigos.

—¿Sabéis qué es esto? —dijo Ermelindo casi con solemnidad—. ¿Sabéis qué estamos recuperando?

Los albañiles y yo esperamos a que continuara. Él se acercaba a las columnas y las acariciaba arriba y abajo.

—¡Vuelvo enseguida! —dijo y corrió hacia la salida.

Unos segundos después oímos el motor de su BMW.

—Entonces, ¿qué hacemos? —me preguntó el capataz al que tanto le daba si sinagoga o mezquita.

—Desescombrad todo esto —dije—. Cuando vuelva, ya os diré.

—¿Y si llega Ladislao e insiste en que las tiremos?

—No hagáis nada más hasta que no vuelva Ermelindo.

Yo me aparté con mi bloc de dibujo a un rincón desde donde tenía una buena perspectiva y no estorbaba a los albañiles. Mis ojos pasaban de las columnas al papel sin reparar en los obreros que se afanaban en despejar los cascotes. Mara llegó un poco después.

—¿Por qué te has venido sin mí?

Continué dibujando, esta vez el calor de mis mejillas no se debía a la vergüenza.

—Mira lo que han encontrado esta mañana.

Mara reparó en las columnas, las repasó una a una, examinó los capiteles. Su mirada tenía aquella luz de los primeros días en la facultad.

—¡Qué pena que las vayan a tirar! —dijo por fin.

Paré de dibujar.

—¿Cómo que las van a tirar?

Mara pareció dudar, se llevó las manos al pelo y jugueteó con él.

—No nos engañemos, Dante —dijo—. Al fin y al cabo, aquí lo que van a construir son apartamentos. ¡Pero son preciosas! ¡A lo mejor las quitan y las exponen en algún museo! Fíjate, cuando veamos ese museo, podremos decir que

nosotros colaboramos en su descubrimiento.

En ese momento, llegaron Ermelindo y Adnan. El jefe ni siquiera reparó en nosotros, solo tiraba de la chilaba blanca y repetía:

—¡Mira! ¡Mira!

Adnan se paseó alrededor de ellas, absorto en los capiteles, también las acarició. Después se acercó a mí.

—Hola —me dijo con ese tono amable que solía utilizar—. ¿Me dejas ver tu dibujo? —Le ofrecí el bloc—. Gracias.

Adnan miraba el dibujo y después comprobaba la realidad. Una especie de inquietud empezó a apoderarse de mí, como cuando algún profesor repasaba uno de mis trabajos conmigo delante.

—¿Me dejas el lápiz? —En cuanto se lo di, comenzó a deslizarlo sobre el papel con trazos ágiles—. ¿Te importa?

—No no... —dije.

Adnan estiró los brazos con el bloc en la mano, como para coger perspectiva.

—Puede ser... —dijo al fin.

—¡Lo es! —replicó Ermelindo—. ¡Estoy seguro! ¡Es una sinagoga!

—Pero esto está lejos de la judería. ¿Qué iba a hacer una sinagoga aquí?

—¿De qué siglo dirías que son estas columnas? ¿Piensas que pueden ser posteriores al XIV? Así, a ojo.

—No no... Son anteriores.

—¿No te das cuenta? Los obligaron a vivir en barrios confinados en el XV.

—Sí, sí... Y aun así... ¿Qué hace entonces todo esto aquí, junto a la casa de la Inquisición? ¿Cómo pudo pasar desapercibido?

—Mira tu dibujo, Adnan... —dijo Ermelindo. Y todos miramos el dibujo—. Ahora mira ahí abajo. —Y todos miramos los arcos de piedra y la nave que parecían formar—. ¡Estamos en una galería de mujeres!

Adnan por fin sonrió como aceptando la evidencia; repasó cada una de las columnas, cada uno de los arcos de piedra a nuestros pies, los escombros, las paredes desnudas o a medio desnudar, y su sonrisa se ampliaba a medida que las recorría una y otra vez, conforme se componía en su mente la imagen de lo que aquellas piedras habían sido.

—¡Aquí estabas! —dijo por fin—. Cuarenta años buscándote y te escondías aquí.

—Tendré que hablar con Ladislao... —dijo Ermelindo—. Se supone que en

esta cota ya iban viviendas.

—Ermelindo —la voz de Adnan sonó grave. Pasó un brazo por sus hombros —, si destruyes la galería de mujeres tendrás un enemigo para toda la vida, que seré yo.

Uno de los albañiles llegó desde abajo antes de que Ermelindo pudiera replicar:

—Jefe, creo que hemos encontrado otro pozo.

Por la noche, en la terraza del Icuit, Elena volvió a aparecer. Mara no había bajado todavía a cenar. Se sentó con su botellín y su desparpajo como si nada hubiera ocurrido. Decidí no remover algo que, por lo visto, le hacía sufrir y comencé a contarle nuestros últimos descubrimientos. Me escuchaba entre trago y trago. Y ella apoyaba los codos sobre la mesa y me miraba como acostumbraba: fijándose en cada gesto, en cada entonación. Hasta que me interrumpió:

—Perdona. —Señaló la puerta del bar, donde un tipo con pinta de turista bebía una cerveza—. Voy a tirarme a ese.

Me quedé con la palabra en la boca mientras se levantaba, cogía su botellín y se acercaba a su objetivo. Observé cómo hablaba con él, cómo el desconocido le tendió la mano y ella le dio dos besos, cómo el tipo abría sus ojos asombrados y cómo desaparecían dentro del bar. Me quedé allí solo, bebiendo mi cerveza. Paseaba la mirada por los clientes de las otras mesas, por los muros de las casas. Me vino a la mente Mara y me pregunté dónde estaría. No quise contestarme. «No hagas preguntas cuyas respuestas no te vayan a gustar», me dije. Y bebí otro sorbo. Un rato después, Elena volvió a aparecer por la puerta del Icuit. Se atusaba el pelo y mostraba su sonrisa de dientes irregulares. Vino directa a mi mesa, pude comprobar el sofoco de sus mejillas. Se sentó a mi lado con un botellín de cerveza lleno.

—¡Uf! ¡Qué a gusto me he quedado! —Bebió un trago—. ¿Tú crees en Dios, Dante de Alcaraz?

—Pues...

—Pues deberías —dijo sin dejarme contestar—. Estás descubriendo una casa de Dios.

—¿Y tengo que creer para eso?

—¿Has apostatado? —preguntó sin hacer caso de mi pregunta. Percibió mi extrañeza—. Pues deberías. Si no crees, pues te sales. No se está dentro de algo

en lo que no se cree.

—¿Tú has apostatado?

—¿Por qué piensas que yo no creo en Dios? —Sus contestaciones con nuevas preguntas me descolocaban. Me encogí de hombros—. ¿Te piensas que porque follo con quien me dé la gana no tengo que creer en Dios? ¿Es eso? —Continué sin responder. Para qué. Ella parecía tener acceso directo a mi cerebro—. ¡Pues no! No creo en Dios.

Me percaté de sus ojos burlones. Todos atendieron a nuestras carcajadas.

—¿Entonces? —pregunté.

—Es que a mí no me bautizaron. No necesito salirme de nada.

Asentí y guardé silencio de nuevo.

—¿Sabes qué te digo, Dante de Alcaraz? —En ese momento, el turista apareció por la puerta y se acercó a nuestra mesa, intentó captar la atención de Elena. Esta frunció el ceño—. ¿Es que no ves que estoy hablando con mi amigo? —le dijo de tan mal talante que el tipo se alejó sin más. Después, como si nada, ella volvió a mirarme—. Que esa sinagoga oculta te viene muy bien. Ni siquiera te has preocupado de dónde estará Mara.

Volvió a leer en mi cara. Se dio cuenta de que sí, sí que me lo había preguntado. Se rio de nuevo.

—¡Ay, Dante de Alcaraz...!, ¿qué voy a hacer contigo?

1405

Abraham contempla las plantas que adornan la pared del patio. Algunas, con flores que dan un toque de color a esa casa de hombres solos; otras, las que pueden cultivar en tiestos para la elaboración de medicinas. El día invita a gozar de las caricias de un sol benévolo. El rabino lo observa desde un ventanuco, entre esos muros que lo han acogido tantos años, y piensa en las noticias que acaba de recibir, en el edicto del rey. Sus vecinos acuden a pedirle ayuda. El rey ha confirmado la prohibición de celebrar contratos con los cristianos y les retira la protección que hallaban en la Justicia. Todas las deudas de los cristianos se consideran usurarias; pero parece que solo cuando hay que devolverlas... Ninguno de ellos las consideró así en el momento de recibir el préstamo. ¿Quién va a conseguir testigos cristianos de buena fama en estos tiempos? Muchos de ellos dependen de esos préstamos, ahora reducidos a la mitad. El rabino no sabe qué contestarles porque a él también se le agotan las esperanzas. Hoy son los

préstamos, ¿qué será mañana? Cualquier cosa que les venga en gana, que los libere de obligaciones, que humille a su pueblo. Muchos han apostatado desde el 91; muchos de ellos, además, rabinos. Se justifican en la meditación de las obras de Maimónides, santo Tomás o Aristóteles, pero es que el miedo es miedoso..., ni siquiera quiere dar la cara. El mismo Maimónides apostató para salvar su vida ante los almohades.

El miedo...

Solo se trata de eso.

Pierde de nuevo la mirada a través del ventanuco. Abraham continúa allí, ensimismado. «¿Qué le pasará por la cabeza?», piensa el rabino. Nunca ha conocido muy bien los vaivenes de la cabeza de ese muchacho. Siempre tan reflexivo, tan firme, con esa seriedad que se le grabó un día a fuego, hace ya catorce años. Ahora, al fin, parece que su hermano no es su principal ocupación. Alina lo ha sustituido o, al menos, desplazado un poco. Ya es hora de que se case, de que tenga su propia familia, de olvidar un pasado demasiado doloroso. De esperar que Adonai les conceda un futuro mejor a los suyos.

«¿Cómo se lo voy a decir?», piensa el rabino. ¿Cómo explicarle a un pupilo que su maestro duda?

Se acerca a él sin que note su presencia a pesar de la cojera y el bastón. Se da cuenta de que, en realidad, Abraham no mira las plantas.

—Esas lavandas están a punto —dice el rabino al llegar a su lado.

Abraham repara en su presencia, sonrío. «Desde luego, esa chica lo ha serenado», piensa el rabino.

—Abraham..., tengo que hablar contigo.

El muchacho detiene la yema de sus dedos sobre una flor azul y descubre en el único ojo del rabino una inquietud nueva. Se da la vuelta para situarse frente a él.

«Ya es un hombre», piensa el rabino. Y se siente orgulloso.

—¿Sabes que hay un nuevo ordenamiento real?

Abraham deja que sus hombros pierdan la tensión que habían acumulado.

—¿Otro más? ¡Ya deberías estar acostumbrado a eso, rabino!

—Sí..., otro más. Algún día alguien se pondrá serio y obligará al cumplimiento de esos ordenamientos.

—¿De qué se trata esta vez?

—No quería hablarte de eso... Es solo que... ¿Sabes la cantidad de apostasías que está habiendo?

Abraham asiente con la cabeza y espera a ver si su mentor se decide de una vez a llegar al lugar al que quiere ir.

—Se han bautizado muchos judíos... Muchos de ellos, rabinos insignes de Toledo, de Burgos... ¿Sabes que Maimónides también apostató?

—¿Cómo no voy a saberlo? Lo obligaron los almohades bajo amenaza de muerte.

—Sí... Y tuvo miedo y prometió la fe de Alá.

—¿A dónde quieres llegar?

—Abraham... Soy viejo... y medio inválido..., tú pronto tendrás tu familia y me quedaré solo... Quizá no me quede mucho tiempo, pero aun así..., yo también tengo miedo...

El muchacho abre mucho los ojos sin querer entender lo que cree que el rabino le está diciendo.

—Abraham, hijo... Los cristianos nunca nos dejarán vivir en paz, ni prosperar, ni que nuestros hijos lo hagan. Y tú tendrás hijos pronto. Quizá deberíamos...

Abraham levanta una mano a la altura de la boca del rabino. Este la toma con dulzura y continúa:

—Hijo..., si tomáramos el bautismo...

El muchacho aparta la mano del rabino de su hombro.

—¡Yo no soy tu hijo!

Se da la vuelta y huye con pasos enérgicos hacia la casa.

—¡Abraham!

La voz del rabino lo detiene, espera sus palabras dándole la espalda, sin desear mirarlo a su único ojo. Las lágrimas están cerca de aparecer. Tanto por lo que el rabino acaba de decirle como por haber gritado a ese hombre que sí que ha sido como un padre para él; como el padre que los cristianos, a los que ahora se quiere unir, le arrebataron.

—¡No renunciaremos a la ley de Moisés! Puede ser duro, pero... Maimónides dice...

—¡Sé lo que dice! ¡Lo conozco demasiado bien! ¡Mejor que tú! ¡Justificaciones de un apóstata!

—Pero, hijo, hablas de Moisés Ben Maimón...

Abraham intenta calmarse, relaja la tensión de sus músculos; por fin se da la vuelta.

—¿Por qué, rabino? ¿Por qué ahora, que estoy a punto de casarme con la hija de tu amigo, el que te salvó la vida? ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué te unes a los que mataron a mis padres y robaron a mi hermano? ¿Por qué abrazas una fe falsa?

El rabino no aguanta la mirada de Abraham y baja la suya. Le gustaría decir que es todo una locura, que los dos olviden lo dicho. Pero el miedo...

Al final se trata de eso.

—Porque es falsa, no puedo abrazarla. Porque es falsa, no debo obedecerla, solo aparentar que lo hago. Porque es falsa, me sirvo de ella y continúo cumpliendo la ley de Moisés. Así por fin nos dejarán en paz. Nos dejarán ejercer los oficios para los que Adonai nos ha dotado. Y a David... —Abraham estira el cuerpo y contrae la mandíbula al escuchar el nombre de su hermano—. Podrás protegerlo mejor; serás uno de los suyos.

El rostro del muchacho se enrojece:

—¡Él es uno de los nuestros! —grita y empuja al rabino.

El bastón se resbala, cae al suelo, y con él rueda el maestro. Abraham ve tirado al padre al que ya apenas recuerda, y su garganta se emboza de culpa; sus ojos de pena. Se agacha y acaricia su brazo antes de ayudarlo a incorporarse y sentarse en una silla. La vergüenza se refleja en ambas miradas enfrentadas. Por fin Abraham es capaz de hablar:

—No lo haré, rabino. Voy a casarme por la ley de Moisés y a educar a mis hijos en ella. No pude cumplir la promesa que le hice a mi madre poco antes de morir, pero no la traicionaré con sus nietos.

El rabino asiente con un movimiento de cabeza, deja caer el peso de su cuerpo sobre el garrote, se toca el mentón quemado. Atiende a la pregunta de Abraham:

—¿Podrías esperar a la boda? Si no nos casas tú..., ¿quién lo hará?

—Claro... —contesta antes de dirigirse con pasos renqueantes al interior de la vivienda.

Al pasar junto al muchacho, este lo detiene con una voz suave.

—Rabino..., es natural que el pueblo ignorante tenga miedo con todo lo que está pasando. Pero todos esos rabinos importantes que se justifican en Aristóteles, en santo Tomás..., en el mismo Ben Maimón..., son solo unos farsantes que desean conservar sus riquezas. No creen en Jesús, ni en Adonai, ni en Alá ni en nada... Tú no eres así, rabino... Piénsalo bien.

El rabino mira con su ojo vidrioso al muchacho, posa su mano libre sobre su

brazo y lo acaricia con unas palmadas. «Que Adonai me perdone...», piensa. Mueve la cabeza a modo de asentimiento.

—Serás un buen rabino —dice antes de entrar, con una mezcla de orgullo y tristeza.

## 7

2007

No fue fácil conseguir que José del Monte accediera a visitar nuestro descubrimiento en verano. El catedrático se encontraba ya en plenas vacaciones, liberado del curso, despreocupado de todo lo que tuviera que ver con la academia. Ermelindo consiguió contactar con él después de mucho insistir en la universidad. Estuvo tentado de probar con otros, pero Adnan había hecho hincapié en la reputación de José del Monte en el ámbito universitario y de la Administración, que tendría que aportar algún tipo de subvención al proyecto. De aquella visita dependía una financiación que convencería a Ladislao.

Ermelindo, Mara, Adnan y yo esperábamos al pie de las gruesas columnas de piedra que sujetaban los arcos apuntados. Alguno de ellos, todavía a medio cegar por tabiques alicatados con azulejos de diseño sesentero. Ermelindo recorría el espacio de una columna a otra como un preso entre las paredes de una celda y, al llegar a cada una de ellas, vigilaba la entrada para comprobar si llegaba alguien. Adnan aguardaba con su tranquilidad habitual, Mara consultaba los últimos mensajes en su teléfono y yo me contagiaba a ratos del nerviosismo del jefe, me apaciguaba con la paz interior de Adnan o intentaba echar un vistazo al móvil de Mara para ver si podía enterarme de con quién hablaba.

—¿No viene Ladislao? —pregunté extrañado de que uno de los socios no asistiera a una reunión tan importante.

Mara bajó su teléfono, Adnan ni siquiera apartó la vista del suelo. Ermelindo se detuvo un momento.

—No —dijo—, ha tenido que ir a Madrid.

De nuevo quedamos todos en silencio, Mara regresó a la pantalla de su móvil y Ermelindo a su rutina de presidiario hasta que por fin oímos la voz del capataz que había ido a buscar al catedrático hasta Jaén.

Llegaron tres hombres. Dos de ellos parecían escoltar al mayor, de pelo cano que probablemente una vez fue rubio, cara roja, más ancha por las mejillas que por la frente, labios gruesos de gesto un tanto simple. Él fue el que se adelantó cuando Ermelindo se acercó con la mano extendida.

—José del Monte —dijo, y su sonrisa se me antojó aún más bobalicona.

Presentó a los dos colegas de su departamento de modo que se notara quién llevaba la voz cantante, que no cupiera duda a quién había que adular. Ermelindo, por su parte, se refirió a nosotros como «los amigos que me ayudan en esto». Mara y yo sonreímos; Adnan no varió su expresión, nadie hubiera podido leer en su rostro qué pensaba de los catedráticos recién llegados. José del Monte echó un rápido vistazo a nuestro alrededor con una pose un tanto altiva.

—¿Y bien? —preguntó.

Ermelindo, con una actitud que me recordaba a un estudiante ante el requerimiento de uno de sus profesores, como si no fuera él quien había enviado al capataz a recogerlos, como si no les hubiera tenido que pagar dietas, los invitó a subir al piso superior, donde las columnas ya se mostraban completas y desnudas.

—Ahí las tienen. —Señaló con orgullo el jefe.

Los tres se acercaron a ellas, les dedicaron especial atención a los capiteles.

—Si miran abajo, desde esta perspectiva se puede apreciar cómo los arcos formaban tres naves. Si se dan cuenta, la puerta del patio está orientada al este, hacia Jerusalén y...

—Sabemos dónde está Jerusalén —dijo José del Monte con tono cortante.

El jefe dejó de hablar, Adnan continuó sin decir nada, y Mara y yo ni siquiera nos atrevíamos a abrir la boca.

—Y dígame, ¿quién ha estado supervisando todo esto?

Ermelindo recuperó ese entusiasmo tan propio de él. Nos señaló a Mara y a mí. El catedrático nos examinó de arriba abajo, como una maruja que ha de aprobar la vestimenta de la vecina.

—Parecéis muy jóvenes. ¿Qué experiencia tenéis?

Mara se adelantó un paso, extendió la mano y José del Monte se la estrechó, le devolvió la sonrisa porque, la verdad, es muy difícil no devolver una sonrisa de Mara, y entonces ella se presentó:

—Hola, soy Mara García. Él es mi compañero Dante. Yo he leído algunos de sus trabajos —«¡Yo también!», pensé—, y me parecieron magníficos. Contestando a su pregunta, este es nuestro primer trabajo. Terminamos la carrera

este curso. Con muy buen expediente, ¿sabe? Y...

José del Monte se dirigió de nuevo a Ermelindo:

—¿Quiere decir que dos estudiantes, un constructor y... —miró a Adnan— un aficionado pretenden hacernos creer que esto tiene algún valor?

—Esto —Adnan habló con un tono pausado, sin darse por aludido con la calificación que el catedrático acababa de darle—, señor, es una sinagoga. Probablemente del siglo XII, podría ser incluso anterior.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Un par de estudiantes?

—Sí, ellos también. Pero lo afirmo yo.

—Y usted ¿quién es?

—No soy catedrático, si eso es lo que quiere saber, ni una eminencia, ni he publicado nada. Pero sé de lo que hablo.

—O sea, un aficionado.

—Sí, que de Los Cerros sabe más que ningún académico, si me permite la inmodestia.

—No, no se la permito. ¿Sabe que yo fui amigo personal de Julio Caro Baroja? ¿Que he trabajado con los mejores historiadores del país? ¿Sabe cuántos trabajos he publicado?

—No me extraña entonces que Caro Baroja se mantuviera casi siempre al margen de la universidad...

Las mejillas anchas de José del Monte se enrojecieron aún más.

—¡No he venido hasta aquí para que me insulten! —Se dirigió a Ermelindo—: ¡Me ha hecho perder el tiempo!

El jefe miró a Adnan: esa expresión amable que siempre adornaba su cara había desaparecido. Por un momento pensé que nunca se lo perdonaría. Pero se recompuso:

—Ni nosotros tampoco. Le recuerdo que su tiempo perdido me ha costado un buen dinero. En cuanto deseen, les llevarán de nuevo a Jaén o donde quieran. Si les apetece visitar Los Cerros, puedo proporcionarles un guía. Por motivos evidentes —dijo señalando a su amigo—, no será el mejor de ellos, al que tenemos aquí, pero los hay muy buenos. Mi capataz está a sus órdenes. Nosotros, si nos lo permiten, tenemos todavía mucho trabajo que hacer.

Los dos catedráticos jóvenes agacharon la cabeza. José del Monte, al contrario, alzó la barbilla, la rojez de su cara subió varios tonos. Se dio la vuelta y salió de la obra seguido por sus dos colegas, que no habían pronunciado una palabra, y el capataz que los había traído.

—¿Por qué te enfadas tanto? —le dijo Adnan a Ermeindo.

—¿Tú has visto a ese tío?

—¡Bah! Es un don nadie con cierto renombre. Un pobre diablo acomplejado que se escuda en sus *amigos*.

—En fin... No creo que nos ayude a conseguir una subvención.

—No..., no lo creo —dijo Adnan.

Mara parecía contrariada, no se había atrevido a despedirse del profesor, aunque yo pude percibir sus ganas de hacerlo. Tenía el ceño fruncido, las manos enredándose entre ellas, la boca a medio abrir sin decidirse a emitir sonidos.

—¿No os dais cuenta —dijo al fin— de lo importante que ese hombre podría haber sido para mi carrera?

«Y para la mía», pensé yo.

Adnan la contempló con esa serenidad tan habitual en él. Pero no dijo nada. Y aquel examen visual me recordó mucho a otra mirada, a una a la que no se le escapaba ningún gesto, ninguna entonación.

Aquella noche Mara sí cenaba conmigo. Los dos, en nuestra mesa habitual de la terraza del Ibut, dábamos sorbos a nuestras cervezas. Mara se quejaba de la oportunidad perdida. Yo estuve de acuerdo con ella en que la subvención habría venido muy bien a la sinagoga.

—¿Qué sinagoga? —dijo ella—. ¡Ni siquiera estamos seguros de que sea una sinagoga! ¡Hemos perdido una oportunidad de que José del Monte se fijara en nosotros! Podríamos haber ido..., no sé, ¡incluso a Jerusalén!

Moví la cabeza, como mostrándole mi acuerdo, aunque no lo sentía. No me cayó bien aquel catedrático altivo, pero no quise llevarle la contraria aquella noche que por fin volvía a cenar conmigo. Ella se levantó y desapareció por la puerta del bar en el mismo momento en que aparecía por ella Elena. Me saludó con la mano, echó un vistazo a uno de los tíos que bebían en la calle, de arriba abajo, como sopesándolo, y se acercó a mi mesa.

—¿Puedo sentarme?

—¿No te ha gustado? —Señalé al chaval al que había echado el ojo.

—¡Bah! Me gustas más tú. Hoy ha venido Mara. Claro, como Ladislao ha tenido que ir a Madrid a ver a su mujer... —dijo.

Debió de escapárseme alguna mueca.

—¿O sea que te alegras? —Me sonrojé—. Pues ella tampoco lo sabe.

Mara volvió enseguida. Su móvil empezó a sonar. Solo cuando oyó la voz al otro lado sonrió por primera vez desde esa mañana.

—¿La playa? ¿Almuñécar? No, no lo conozco... ¿Este fin de semana?  
¡Claro!

Elena la escrutaba. Cuando colgó, le dijo:

—¿Ladislao?

Mara le dedicó una de sus sonrisas.

—Me voy a dormir —dijo—. Ha sido un día muy ajetreado.

Elena esperó a que se alejara.

—No está buena, pero reconozco que tiene algo. No sé... Si fuera torti, yo también me la querría tirar. —Dio otro trago a su botellín—. Pues se va a la playa con Ladislao, parece.

—Eso parece —dije yo sin muchas ganas de hablar del tema.

—¿Sabes qué vamos a hacer? ¡Joderles el fin de semana!

—Elena..., ¿qué pretendes?

—El viernes vamos a hacer el ritual. Yo voy a bailar la danza de la nieve. ¡Se les va a joder la playa!

Me reí, una risa franca, una risa de las que son solo alegría; sin preocuparme por Mara, ni por si la excavación continuará o no, ni por si tendré que volver a casa y soportar un montón de «ya te lo dije». Una risa de verdad.

Eso conseguía Elena.

—Te ríes conmigo... Eso es bueno. ¿No crees que pueda convocar la nieve?

—Sí sí... En pleno verano—dije secándome las lágrimas y dando otro trago a la cerveza.

Elena..., cómo me reía siempre con ella.

1406

Alina sigue a su madre escaleras abajo por un pasadizo tortuoso en el que las rocas dibujan relieves caprichosos. Su hermana camina tras ellas. Abajo, el agua verde azulada de la *mikvé* las recibe con el reflejo de la luz que llega desde la calle a través del hueco en el suelo de la sinagoga; ese hueco junto a la puerta por el que cada verano la luz y el agua del baño sagrado se unen en comunión. La madre se detiene a esperar a sus hijas sin disimular su emoción. Alienta a Alina con un movimiento de cabeza para que comience a desprenderse de la ropa. Esta lo hace poco a poco y se la va entregando a su hermana, quien la deposita con cuidado en el banco de piedra, junto al muro. Cada prenda permite

al frío del subsuelo acariciar la piel de la muchacha. Se eriza, frota sus brazos ahora desnudos. La madre la anima a continuar, Alina se quita el resto de la ropa. Se cubre, tímida, los pechos y contempla los siete escalones de piedra que la separan del agua que la purificará antes de la boda. Los baja despacio ante la sonrisa de su madre y su hermana. Su cuerpo reacciona al helor en los tobillos y, avergonzada, vuelve a cubrirse los pechos. Llega por fin a la base de la *mikvé*, se sienta dentro, adopta una posición fetal y se sumerge hasta que el agua fría la cubre por completo. Al incorporarse, su cuerpo trata de sacudirse el frío a base de temblores. La madre la espera con la ilusión de recibir a su hija purificada, y de los recuerdos de aquel mismo baño que ella tomó hace ya tantos años.

—Tu padre estaría orgulloso.

Recuerda a Moisés y lamenta que no las espere arriba, que no sea él quien la entregue, que no vayan a poder compartir la alegría de desposar a su hija con un hombre bueno y notable como Abraham. La hermana prepara las ropas de la novia mientras la madre la seca.

Ropas modestas de una familia modesta.

El rabino encuentra a Abraham en la bodega de las tinajas, con la mirada perdida en el grano que guarda una de ellas. Y sabe que no es grano lo que está viendo; sabe muy bien lo que ve cada vez que se para ante esa tinaja. Llega a su lado, le acaricia un brazo, Abraham da un respingo y regresa de sus recuerdos. El rabino encuentra en sus ojos esa frialdad que los invadió el día que le informó de su decisión; ese hielo que se le clava en el pecho y duele más que aquel golpe, que aquellas quemaduras que los unieron.

—Alina está ya en la *mikvé*... Se acerca la hora.

Abraham asiente y aparta la vista de la cara desfigurada del hombre junto al que ha vivido. Le gustaría abrazarlo, sonreírle en un día tan importante. Daría lo que fuera por que aquella conversación nunca hubiera ocurrido. Hoy serían los dos felices, los dos llenos de esperanza en un futuro nuevo. Futuro... Dentro de unos días, el rabino se habrá bautizado y un apóstata será quien haya pronunciado el Sheva Berajot de su boda. Siete bendiciones que, sabiendo lo que ambos saben, bien podrían considerarse contrarias a la ley.

—Rabino..., ¡no lo hagas!

El viejo no es capaz de aguantarle la mirada.

—Ahora no es momento para eso. Toda nuestra gente nos espera en la sinagoga para acompañarte, acompañarnos, en nuestra felicidad —contesta

alargándole el *talit*.

—No... No toda nuestra gente. Faltan algunos..., falta mi hermano David, hijo de Abraham y de Zamir, que no están por culpa de... —contesta Abraham mientras toma la prenda blanca de sus manos.

Los dedos de ambos se rozan; los brazos de ambos se contienen en un abrazo perdido, un abrazo que nunca será.

—Y Moisés, nuestro amigo. Lo sé, sé lo importantes que son algunas ausencias... Pero, Abraham..., no me culpes a mí también de eso.

El muchacho agacha la cabeza y murmura la oración antes de vestir el *talit*:

—Tú eres bendecido, oh Dios, rey del universo, que nos ha santificado por tus mandamientos y nos ha mandado ser cubierto en franjas.

El rabino toma el suyo y repite las palabras de Abraham.

Y este no puede evitar un sentimiento de falsedad y rabia.

—Vamos... —dice el rabino animándolo a salir a la nave del templo, esperando que él le ofrezca el brazo para ayudarlo con los escalones.

Pero Abraham pasa de largo, abre la puerta que da acceso a la sinagoga y encuentra dentro el grupo de vecinos que los han acompañado durante estos quince años. Oye por detrás los pasos trastabillados y, antes de que el rabino llegue a su altura, entra para colocarse junto al palio; enfrenta su mirada a la del que muy pronto va a ser su cuñado. Este detecta algo extraño en los ojos de Abraham, desvía su atención al rabino y lo ve recolocarse la *kipá* con una mano temblorosa.

—¿Ocurre algo? —pregunta con un susurro al oído del novio.

Abraham siente que la sangre detiene el recorrido dentro de su cuerpo. ¿Qué pasaría si su cuñado se enterara ahora de lo que ocurre? ¿Estaría de acuerdo con la *ketubah* que redactaron entre ambos? ¿Será válido un contrato si quien lo va a bendecir sabe que va a renunciar a su religión? Intenta mostrar la mejor de sus sonrisas, la sonrisa que nunca debería haberse borrado en un día como hoy. Y le resulta difícil, hasta que el chirrido de la puerta de la vivienda del rabino llama su atención y una visión lo ayuda a dibujar en su rostro toda la felicidad que cabe en el mundo.

Alina aparece en el umbral cubierta por el vestido que ya utilizara su madre y antes su abuela, puede que ese vestido fuera lo único valioso que guardara la familia del pobre Moisés. En su cara, difuminada por el velo, se adivina una sonrisa tímida. Abraham se olvida del escondite en una tinaja llena de grano, se olvida de los presentes y de esas ausencias que tanto duelen; se olvida de un

rabino cegado por el miedo. Solo se centra en el rostro de su novia mientras avanza despacio en compañía de su hermano. Y no deja de mirarla cuando llegan junto a él, ni cuando su ya casi cuñado se retira. Solo cuando el rabino emite un prudente carraspeo, tanto el *hatan* como la *kala* atienden a la ceremonia que terminará convirtiéndolos en marido y mujer.

Es entonces, con ese carraspeo, cuando Abraham contempla el rostro quemado del rabino, cuando el pecho vuelve a apretarle a la altura del corazón y congela su sonrisa.

El rabino se centra en bendecir la copa que sujeta en la mano, pronuncia las palabras con los párpados cerrados, dándole toda la importancia que tiene la que, para él, puede ser la última ceremonia importante. Al terminar la bendición, bebe un sorbo, levanta los párpados y se la ofrece a Abraham con todo el amor que cabe en su rostro desfigurado. Este la toma sin dejar atisbar una brizna de perdón, la lleva a sus labios, bebe de ella; después la acerca a la boca de Alina y, ahora sí, la sonrisa regresa a su rostro. Ella se retira el velo con las manos y también bebe. Abraham devuelve la copa al rabino, se encara de nuevo a Alina y, con la suavidad y el cuidado con el que se tratan las Escrituras, levanta el velo de la muchacha. El rabino tiende dos anillos en la palma de su mano temblorosa. Abraham se pone uno y coloca el otro en el dedo índice de la mano izquierda de Alina. Ella lo cambia al anular y, entonces, ambos vuelven a mirarse sabiéndose ya casados.

El rabino da lectura a la *ketubah* que, a falta de una madre por parte de Abraham, él mismo negoció con la de Alina. No hubo mucho que discutir, solo una tarde sentado junto a una amiga. Abraham se encargó después de redactarla y de plasmarla en ese pergamino que ahora guardarán siempre. Pronuncia el Shevá Berajot, toma la copa, la envuelve con cuidado en un paño blanco y la coloca en el suelo, frente al novio. Se incorpora no sin esfuerzo y lo anima con un gesto a que la rompa.

Abraham ha estado observando al rabino durante la lectura. A pesar de esa debilidad que hasta ahora solo percibía como un declive físico, continúa admirándolo, continúa siendo el maestro que lo ha convertido en quien es. Y, antes de dar el paso para romper la copa, intenta que él encuentre en sus ojos todo su respeto. Después posa el pie sobre el trapo blanco y deja caer su peso sobre él. Siente el crujido del cristal bajo su pie. Siente, en esos crujidos, toda la simbología del rito de sus ancestros, de la destrucción del templo de Jerusalén, de la ruptura del templo que un padre entrega a su futuro yerno. Y se da cuenta de que ahora él ya es responsable de su propia familia. Oye el murmullo feliz de

los invitados que comienzan a felicitar a los novios. Los dos rebosantes de orgullo, de emoción, de expectativas ante una nueva vida.

Un nuevo comienzo.

Una nueva oportunidad.

## 8

2007

*Aguardaba* sentado en el sofá de Elena. Mara y Ladislao ya debían de haber llegado a Almuñécar y no tenía nada mejor que hacer que pasar el fin de semana con su amiga. Cosa, por otra parte, que no estaba mal, porque me hacía reír. Y la risa es un modo de distraer la mente de otros asuntos menos alegres. Me pidió que la esperara allí hasta que se preparara para su danza de la nieve. Y yo obedecí, por qué no. Se había anunciado la primera ola de calor del verano y eso, lejos de desalentar a Elena, la animó aún más a intentarlo. «¡No seas sieso, Dante de Alcaraz!», dijo con su eterna sonrisa burlona.

Apareció al cabo de unos minutos cubierta por completo con velos sedosos de todos los colores imaginables. Era una suerte que su casa estuviera protegida por viejos muros gruesos que no dejaban entrar el calor. Aun así, pude percibir unas gotitas de sudor en su frente y bajo su nariz. Se acercó al aparato de música, que había dispuesto junto al horno, introdujo un CD. Y oí unos primeros acordes que no tenían nada que ver con la música mora que esperaba y, enseguida, reconocí la voz del cantante:

—¿Enrique Iglesias? —pregunté sorprendido.

—¡Claro! ¡Una experiencia religiosa! Eso es lo que va a ser esto.

Elena. Cómo me hacía reír. Y además, ella disfrutaba cuando lo conseguía. No se molestaba, todo lo contrario.

—¡Ríe, ríe! ¡Verás qué temazo!

Y empezó a mover las caderas como una mora de *Las mil y una noches*.

—Si me dices que es la danza del vientre, también me lo creo —dije divertido.

Ella siguió a lo suyo, continuó contoneándose delante de mí, dándolo todo,

cerrando los ojos sin dejar de sonreír. Movía las caderas, se daba la vuelta, se agachaba y volvía a incorporarse, y cada vez que Enrique Iglesias pronunciaba la palabra *religiosa*, un velo volaba hasta mí. La canción volvía a empezar, como si todo el disco estuviera grabado con el mismo tema. De vez en cuando, ella acompañaba con su voz al cantante y ponía énfasis en cada *religiosa*, entonces me miraba a los ojos y otro velo volaba. En la tercera repetición, los velos comenzaban a ser escasos y yo no le veía el ánimo de detenerse. Creía en lo que hacía. O no. Eso no importaba. Elena siempre lo entregaba todo. La vida para ella era eso: aprovechar cada instante al máximo. En un momento dado, se giró hacia mí, sus caderas a un lado y a otro, sus ojos fijos en los míos, su sonrisa. Esa sonrisa llena de franqueza y malicia al mismo tiempo.

—Religiosa.

Tiró de otro de los velos y se descubrió un pecho menudo, redondo, de piel morena. No pude evitar echar un vistazo a su areola circular. Ella lo detectó como siempre detectaba todo a su alrededor y eso pareció animarla. No esperó al siguiente *religiosa* para descubrir el otro pecho y entonces ya no se dio más la vuelta, insistió frente a mí, mostrándose. Ofreciéndose. Tragué saliva, mi sonrisa se había anquilosado. Por supuesto que no me disgustaba aquello, pero no quería que pensara...

Qué tonto.

Elena parecía leer mi mente, y sabía interpretarme demasiado bien y no engañarse. Continuó desprendiéndose de velos hasta que, como si lo hubiera ensayado cientos de veces, el último acorde y el último velo volaron al mismo tiempo. El silencio invadió la habitación. Se quedó frente a mí, quieta, desnuda. No me salían las palabras y ella también lo sabía.

—Anda —dijo con las manos apoyadas en las caderas, sin asomo de pudor—, sal al patio y mira. Ya debe de estar nevando.

Obedecí, me levanté del sofá, intenté disimular la incipiente excitación que no deseaba que la confundiera. Abrí la puerta del patio y una bocanada de sol y calor me abofeteó el rostro. La cerré y me volví hacia ella.

Reía.

—Bueno... ¡No va a funcionar siempre! —Se tiró sobre el sofá—. Ya que estamos, ¿echamos un casquete?

—Elena... —dije, pero no me dejó continuar.

—Ya ya... Anda, siéntate aquí —dijo—. No te preocupes, que no te voy a atacar.

Me senté a su lado, ella se apoyó sobre mí.

—¿Puedo? —preguntó cuando ya lo había hecho.

—Claro —dije.

Me cogió un brazo y se rodeó con él. Llevó mi mano a su pecho y la apretó contra sí, me miró desde abajo, clavó sus ojos marrones en los míos:

—Dante de Alcaraz..., ¿qué voy a hacer contigo? —dijo. Y cerró los ojos.

Al cabo de unos minutos, los dos dormíamos una agradable siesta del borrego.

—¿Qué vas a hacer el finde? —dijo al despertar.

—No sé... ¿Qué quieres que hagamos?

—Dante de Alcaraz... —dijo mientras se incorporaba y se dirigía a su habitación—. Tú no sé, pero yo voy a buscarme un buen polvo.

—¿Y tú por qué no te echas un novio?

—¿Un novio? —Pareció pensar, como si nunca hubiera caído en la cuenta—. Pues... para no joder a los demás... Quiero decir, para joder a todos y no fastidiarlos dedicándome solo a uno —contestó ya desde el dormitorio.

—Ya..., pobres —dije.

—Tú tómatelo a guasa —dijo al volver a aparecer, ya vestida—, pero es que tú no me has catado. No sabes de lo que hablo. Cierra la puerta cuando te vayas —dijo. Y se fue sin más.

Y allí me quedé yo, sentado en el sofá, con su imagen todavía desnuda en mi mente y la de Mara en un hotel de la costa con Ladislao disfrutando de la ola de calor que la danza de la nieve de Elena no había sido capaz de espantar.

Pasé el resto del fin de semana entre el piso, el Ibut y la obra. Ni rastro de Elena. Me dediqué a limpiar con cuidado las tinajas recién descubiertas, paseé por entre aquellos escombros que parecían haber estado escondiendo una sinagoga durante siglos, acaricié las anchas columnas de piedra, volví a dibujar la galería de mujeres, las tinajas, los arcos de piedra.

Y pensé.

Pensé en Mara, pero también en Elena. En Ladislao, casado. En si debía decírselo a Mara o no entrometerme. Busqué la paz entre aquellas piedras que más de ochocientos años atrás debieron de dar sosiego a mucha gente. Como ahora a mí. Y puedo decir que la encontré; que me sentí a gusto en aquel lugar, y que me alegré de haber hecho caso a Ermelindo cuando me pidió que me quedara. Sentí el frescor del agua de los pozos, el olor de las cosas viejas, el tacto de las piedras centenarias.

El sabor de los siglos a mi alrededor.  
Aquel sitio tenía algo especial.  
O, al menos, a mí me lo hacía sentir.

1406

Francisco se arrodilla casi oculto tras una de las columnas. Reza. La penumbra se extiende por la iglesia de Santa María como un velo que invita a centrarse en el interior. Piensa en las palabras de su madre, en el diablo, en ese *defecto* de nacimiento que no se le va de la mente. «¿Por qué yo?», pregunta hacia la cúpula de la nave; las manos apretadas una contra otra, los ojos más allá del techo, las rodillas entumecidas por la piedra fría del suelo. «¿Por qué yo?», repite, una y otra vez, en una letanía interminable. Ahora acude todos los días a Santa María antes de ir a trabajar. Tuvo que esquivar las preguntas de su padre cuando se extrañó de que ya no fuera con él y saliera siempre un rato antes de casa; oyó los susurros entre sus padres y no los pudo entender. Hubiera sido fácil decir que va a la iglesia, pero no tanto explicar el porqué.

Unos pasos trastabillados interrumpen sus pensamientos. Descubre a un hombre encorvado y renqueante avanzar por el pasillo central. El sonido de su bastón rebota entre los muros. Al llegar a su altura, alcanza a ver su cara quemada. Francisco entreabre la boca, murmura un mensaje hacia arriba, ahora como si esperara una explicación. No deja de observar al rabino. Se dirige al altar mayor. Antes de llegar, el párroco sale a su encuentro; cruzan unas palabras que no consigue oír. Francisco se extraña de que un rabino y un cura se reúnan en un templo cristiano, bajo los ojos del mismísimo Jesús crucificado, pero esta vez no pregunta al techo. Se incorpora; frota sus rodillas para llamar a la sangre, y aprovecha la penumbra para aproximarse sin ser visto. Los dos hombres se dirigen a la capilla bautismal y Francisco los sigue oculto entre columnas y oscuridad. El cura enciende unas cuantas velas junto a la pila, la capilla se ilumina y las llamas proyectan sombras tenebrosas sobre la cara quemada del rabino. Su único ojo vivo observa el agua bendita, unos temblores apenas perceptibles agitan la mano que sujeta el bastón.

—¿No has traído un padrino? —El rabino encoge los hombros sin entender —. Hombre de Dios..., ¡necesitas un padrino!

El rabino mueve la cabeza intentando excusar su ignorancia.

—Yo... no sé quién...

—¡Espera aquí!

Francisco observa cómo el cura sale de la capilla con la firmeza que da la confianza y el conocimiento de cada rincón; recula para tratar de refugiarse un poco más entre la penumbra, pero el párroco conoce incluso las oscuridades de esos muros y detecta su presencia como si todas las velas encendidas iluminaran el templo.

—¡Eh, tú! ¡Ven aquí!

El muchacho avanza unos pasos.

—¡Francisco! ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Rezaba, padre...

El párroco sonríe.

—¡Está muy bien que dediques las primeras horas del día al Señor! ¿Estarías dispuesto a hacer algo más por él?

Francisco recuerda su juramento: «¡Seré tan buen cristiano que tendrá que huir de mí!».

—¡Lo que sea para servir a Cristo! —dice con la convicción desbordándole las pupilas.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta el cura sin hacer mucho caso de la repentina devoción del muchacho.

—Catorce, padre.

—Un poco joven..., pero supongo que servirá. ¿Estás dispuesto a ser ejemplo de cristianismo y a procurar que otro lleve una vida al servicio de Dios?

El chico encuentra la respuesta a todas sus oraciones en las preguntas del cura. Jesús le da la oportunidad de servirle, de acercarse a él, de alejar de sí al diablo. Asiente con la cabeza sin ser capaz de articular una palabra.

—¡Pues ven conmigo!

Solo el eco de sus pasos rebotando entre los muros rompe el silencio mientras Francisco sigue al cura hasta la capilla bautismal, donde lo recibe el olor de la cera quemada, una mirada de un solo ojo abierto de par en par, unos labios deformes entreabiertos y el temblor de una mano que sujeta el bastón.

—¡Ya tienes padrino! —dice el cura—. ¿Qué nombre vas a adoptar?

El rabino no contesta, continúa ensimismado con el muchacho que él conoce como David.

—¿Tampoco has pensado en eso? —insiste el párroco.

El rabino por fin reacciona:

—¿No es muy joven...?

—Un poco, sí, pero servirá. Vamos, acabemos con esto ya. ¿Cuál será ahora tu nombre?

—José de Los Cerros.

—Sea.

El sacerdote acaricia orgulloso la cabeza del chico mientras ambos oyen los pasos inseguros de José de Los Cerros cojeando hacia la salida. Francisco cae en la cuenta de que el antiguo rabino debe de estar circuncidado y ahora es cristiano. ¡Todos los conversos están circuncidados! ¿Puede estar el diablo en los conversos? ¿Era cosa del diablo (según su madre) cuando los circuncidaban, pero se libran de él una vez bautizados? No se atreve a hablar con el cura, él ni siquiera sabe que es circunciso; y quién sabe si no le permitiría volver a la iglesia si se enterara.

O algo peor...

Pero ese rabino quizá...

Abraham aguarda junto a la muralla. La lluvia empapa sus ropas, pero nada consigue que aparte la vista de la fachada de la iglesia; de esa puerta por la que entró un rabino y saldrá un apóstata. Su padre, su mentor... El hombre en el que tanto ha confiado. El hombre al que repudiarán ahora los suyos por el pecado cometido. ¿De verdad merecerá la pena perder toda tu vida por el miedo a morir? Con esa decisión, el rabino se está alejando de sus amigos, de todos esos vecinos que venían a pedirle consejo y sanación. Ha perdido su hogar, ha perdido la pequeña familia que formaba con él y Alina. Ha perdido incluso a su dios. ¿De verdad merecerá la pena?

Cuando por fin aparece, nada ha cambiado en él en realidad. Su único ojo, su media cara quemada, sus pasos cortos y torpes. Sigue siendo el mismo hombre, solo que con un pecado dentro que le pesará a él más que a ningún otro. Abraham sabe que nunca dejará de ser el hombre que lo acogió. Sonríe, con una sonrisa que proyecta toda la pena que le aprieta el pecho, pero también todo el cariño que se lo expande. Está a punto de levantar un brazo para hacerle una seña cuando el bastón del rabino resbala sobre la piedra húmeda y la mano que lo sujeta, junto al resto del cuerpo, va a parar a un charco que se ha formado en el pavimento desgastado. Abraham se separa de la muralla y avanza unos pasos rápidos en dirección a él hasta que un joven aparece en las escaleras y corre a

ayudarlo, el anciano se incorpora con dificultad, apoyado en el hombro del muchacho. Este recupera el bastón y se lo ofrece mientras, con una mano fuerte, aunque tímida, intenta sacudir el agua de las telas desgastadas del rabino. Abraham regresa a su esquina, observando a su mentor y a su hermano. Ahora ambos comparten religión. ¿Cómo podrá convencer a David de lo que realmente es si el hombre que lo ha criado a él ha decidido tomar el bautismo?

—¿Se ha hecho usted daño?

—No..., gracias, muchacho...

—Me llamo Francisco —dice esbozando una sonrisa.

José de Los Cerros asiente. El silencio, solo roto por el sonido de la lluvia, se instala entre ambos. ¡Se parece tanto a Abraham! Tiene la misma mirada de su madre, el cuerpo potente de su padre, fortalecido por el trabajo de albañil. Si pudiera ponerlo frente a sus verdaderos padres, quizá hasta él se daría cuenta de que su nombre real es David.

—Sí, lo sé... —es su única respuesta.

—¿Por qué ha tomado el nombre de José?

—José fue padre sin serlo. Cuidó de su hijo, que no lo era, hasta que llegó el momento de hacerse a un lado.

Francisco no termina de entender. Abraham, que ha podido oír su justificación, se queda abstraído en las ondas que las gotas de lluvia dibujan en los charcos. Él sí que comprende.

—¿Eso no es blasfemia? —pregunta el joven arrugando el entrecejo.

El anciano enarca las cejas:

—No lo sé... ¿Lo es, padrino?

Francisco hincha el pecho y eleva los hombros. El orgullo consigue que sus ojos y su boca sonrían. Reflexiona durante unos segundos, como piensa que haría un gran teólogo.

—No..., no creo que lo sea...

—¡Me dejas más tranquilo! —contesta José con un suspiro de alivio—. Gracias por tu ayuda, padrino. Ahora tengo cosas que hacer...

Y comienza a darse la vuelta con pasos torpes, pero el muchacho lo interrumpe:

—¡José!

El nuevo cristiano se detiene y vuelve la cabeza interrogante.

—Tú eras judío hasta hace un rato... A mí me gustaría saber...

Abraham, oculto en la esquina, empapado, siente un pinchazo en el pecho al pensar que quizá por fin David podría entrar en razón.

El rabino converso desanda sus pasos torpes, atiende a lo que el muchacho quiere decir, pero no se atreve, con el mismo interés que si tuviera que ayudar a un hijo.

—Verás..., si eres judío..., estarás... —José gesticula con la cabeza para animarlo a seguir— ... circuncidado.

—Sí, lo estoy. ¿Y?

—Mi madre dice que eso es cosa del diablo y...

—¿Y?

—¡Y yo lo estoy! —suelta de una vez el muchacho como si descargara un peso enorme.

Abraham está a punto de abandonar su escondite para abrazar a su hermano, que por fin ha entendido. Pero las palabras de David lo retienen:

—¿Crees que el diablo está dentro de mí? ¿Por qué nacería yo así? Tú has leído la Biblia... Ahora eres cristiano, ahora puedo fiarme de ti...

José sabe que él no nació así, él mismo circuncidó a David. ¿Cómo explicárselo?

—Escucha, Francisco... Jesús, al nacer, ¿no era judío?

El chico asiente.

—Pues como era judío, a la semana de nacer, según la ley de Moisés, fue circuncidado. La Biblia lo dice. ¿Has leído la Biblia?

Francisco niega algo avergonzado.

—Lo dice en el Génesis: «Todo varón entre vosotros será circuncidado. Vosotros circuncidaréis la carne de vuestro prepucio y esta será la señal de mi alianza con vosotros. En el transcurso de vuestras generaciones haréis circuncidar a todo varón a la edad de ocho días». Y luego dice: «El varón incircunciso, al que no le haya sido cortada la carne de su prepucio, será borrado de su pueblo; ha violado mi alianza.»

Francisco se queda pensativo, el agua ya los empapa a los dos, y unos riachuelos descienden por sus cabezas y sus cuellos.

—Entonces... —dice por fin—, si dice eso la Biblia..., ¿por qué los cristianos no...?

—Eso no lo sé, padrino. Eso tendrás que enseñármelo tú a mí. ¿Sabes leer?

El chico se avergüenza de nuevo y niega con la cabeza.

—No importa —dice José—, solo piensa en algo: si fuera cosa del diablo, ¿habría hablado así Dios a Abraham? Yo, lo que creo, si de verdad naciste así — hace una pausa para que la duda cale un poco junto a la lluvia—, es que es más cosa de Dios que del demonio.

Francisco levanta la cabeza y sonrío. Si ese hombre sabio está en lo cierto, se librará del gran peso que lo oprime. Pero entonces, su madre...

—Mi madre es una buena cristiana. Ella no diría...

—¡Claro que no! Pero debes saber una cosa: es mejor ir a las fuentes. Uno no debe creer del todo lo que oye por ahí. Si aprendes a leer, podrás consultarlo en los libros de los sabios de verdad y, después, formar tu propia opinión. Quizá a tu madre alguien le ha contado una opinión equivocada y ella la ha creído.

—Pero ¿y si se lo ha dicho el cura?

—Los curas también son hombres. Todos los hombres nos equivocamos.

—Eso suena a blasfemia...

José sonrío.

—Pues ya estamos como al principio... ¿Lo es?

El muchacho duda, no contesta. No es eso lo que le ronda la cabeza, sino la posibilidad de leer él mismo ese párrafo de la Biblia que habla de la circuncisión. De pronto, se da cuenta de lo tarde que es. Su padre lo estará esperando. Es probable que ya se haya ganado una buena regañina.

—¡Tengo que irme! —dice, y corre hacia el lado contrario de la muralla donde se encuentra Abraham. Antes de doblar la esquina, vuelve la cabeza y le grita al anciano—: ¿Ves? ¡Al abrazar a Cristo te has convertido en un hombre sabio!

José lo despide con la mano en alto. Abraham, todavía oculto, saborea la nostalgia de todas aquellas charlas que tuvo desde niño con su rabino.

Cuando Francisco desaparece, José de Los Cerros levanta la cara hacia el cielo gris, ve las gotas caer desde muy alto y las deja correr por su piel. Al disponerse a reemprender su camino, encuentra frente a él la figura de junco bamboleante de Abraham, su barba lampiña, su mirada, que todavía refleja la bruma del recuerdo. Todo su cuerpo desgarrado se alegra al encontrarlo; aunque la vergüenza no tarda en invadirlo después de lo que acaba de hacer.

—¿Qué nombre has escogido?

—José de Los Cerros.

Abraham asiente en silencio. Se distrae un rato con las gotas de lluvia.

—No has mentado... —dice al fin.

José se hincha de orgullo al darse cuenta de que Abraham ha comprendido.

—El día llora la pérdida de un gran rabino.

—Mañana saldrá el sol por el hallazgo de otro más grande —contesta José poniéndole una mano sobre su hombro empapado.

—¿Qué hablabas con David? —pregunta señalando con el mentón el lugar por donde se ha ido su hermano.

—Resulta que es mi padrino... —Abraham enarca las cejas—. Sí, no había pensado en eso y el sacerdote ha elegido al primero que ha visto, que ha resultado ser él.

—¿Y eso significa que tendréis que veros a menudo?

—No, eso no creo que signifique nada.

—Pero si lo vieras..., quizá tú, ahora, podrías...

—Ese muchacho está muy confuso... Lo han criado en la ignorancia, la superstición y el odio. Ni siquiera sabe leer un párrafo de su Biblia. Sufre, Abraham, sufre mucho, y no creo que debamos añadir más confusión a su...

—¿No quieres ayudarme?

—Sabes que nada me gustaría más, hijo, pero...

—¡No me llames hijo! ¡Tú ya no eres más que otro cristiano! —grita con voz apagada Abraham, temeroso de que el cura pueda oírlo desde la iglesia, y deja allí a José, empapado, temblequeando sobre su bastón, con la lluvia y la tristeza resbalándole por las mejillas.

Francisco corre por los callejones sin importarle el agua ni el barro. Sabe que su padre ya llevará un buen rato trabajando y que va a tener que dar explicaciones. Al llegar, lo encuentra acarreado un capazo que debería haber transportado él. Acelera el paso y toma la espuerta de sus manos.

—¿Dónde estabas?

—En la iglesia —responde con la cabeza gacha y la esperanza puesta en que su padre no indague más.

—Vaya día de perros para trabajar —comenta el padre, sin querer preguntar más.

Se detiene a contemplar el avance de la obra frente a la fachada en la que trabajan. Su hijo es fuerte, pero quizá necesiten más ayuda para las vigas. Levantar esos maderos entre los dos hasta el techo va a resultar muy difícil. Y no sabe si el alfarero estará dispuesto a pagar más jornales.

Francisco llega a su lado. Contempla la cal, sucia de barro, de la planta baja,

la madera de la puerta, los hierros de la reja, negra, sobria, protectora. Se fija en el piso superior. Se enjuga el agua de los ojos con el antebrazo y se siente orgulloso ante el trabajo ya avanzado de la nueva construcción. El alfarero por fin va a disponer de una vivienda separada del taller gracias a ellos.

—No deberíamos tardar en cubrir... Ya tenemos aquí el mal tiempo.

Una muchacha aparece con dos cuencos de barro donde las gotas de lluvia dibujan ondas, agitan el vapor que desprende el caldo y envían los aromas de carne cocida hasta las ensanchadas fosas nasales de los dos albañiles.

—Mi madre me dijo que les vendría bien algo caliente, con este día...

Francisco, el padre, acuna el recipiente con ambas manos y se lo acerca a los labios, se recrea en el calor que pasea por su paladar antes de alcanzar la garganta. Francisco, el hijo, también lo toma, aunque es otro calor el que recorre sus mejillas al ver de nuevo los ojos marrones de la muchacha bajo la tela que cubre su pelo rizado, al contemplar su sonrisa tímida en los gruesos labios, al rozar, como si hubiera sido sin querer, la piel de la mano que le ofrece el tazón humeante. La muchacha regresa al interior aprisa, con un punto de coquetería que el chico no adivina consciente, pero que se le clava en el pecho sin saber muy bien por qué.

Francisco, el padre, ni siquiera se da cuenta de lo que sucede a su lado. Su preocupación se concentra en terminar la cubierta del nuevo piso antes de que el invierno se les termine de echar encima.

Francisco, el hijo, se sabe demasiado joven y, aun así, es consciente de que ya ha elegido esposa.

## 9

2007

*Elena* desapareció después de la danza de la nieve y no volví a verla. Debí de encontrar un ligue para el resto del fin de semana. Y yo me alegré de que llegara el lunes, de que Mara volviera de su aventura en la costa, de tener algo que hacer y no deambular por las calles a solas.

Un anciano que había vivido en una de aquellas viejas casas de niño avisó a Ermelindo de que, bajo lo que parecía un ventanal, se ocultaba una cavidad donde se arrojaban los escombros de las sucesivas reformas. Los albañiles aceptaron la orden del jefe de desescombrar aquella zona con cuidado, aunque ya empezaban a mostrar un gesto de hastío porque cada hueco encontrado supusiera un esfuerzo extra. Mara y yo los ayudábamos más por mantenernos ocupados que por verdadero interés. Nosotros también empezábamos a cansarnos de aquel verano de calor y polvo de cascotes; retirábamos capazos como mera rutina y removíamos un poco su contenido por si encontrábamos algo. No hablábamos demasiado. Ella no lo decía, pero yo sabía que aquello no era lo que había esperado y, después de lo de Del Monte, el entusiasmo con el que llegamos se había ido convirtiendo en decepción. Aquella obra no iba a suponer nada en nuestros currículos. Y eso a ella le afectaba más. A mí poco me importaba malgastar el tiempo en Los Cerros o en Alcaraz. Prefería esos escombros a la granja. Pero tampoco era como me había imaginado. Nada lo era. Ni el trabajo, ni los restos que pensábamos descubrir, ni pasar el verano junto a una Mara a la que ya solo contemplaba a la distancia que marcaban los pocos pero infinitos metros que siempre había habido entre nosotros. Una distancia que crecía y crecía entre nuestros sentimientos. Es verdad que ahora supongo que aquella distancia siempre debió de ser la misma. Es posible que yo empezara a percibirlo entonces. Es posible que ella empezara a hacerlo notar entonces.

Mara. Cuando te hablo de Mara todavía siento el pinchazo en el pecho.

Pocas horas después de comenzar a desescombrar, ya intuimos que el techo de la cantina era una bóveda de piedra. Mara y yo la observábamos entre idas y venidas con los capazos hasta que ella se detuvo y apuntó:

—Esta bóveda es de arista. No hay vigas de madera, ni forjado. Es distinta.

Pude ver a lo que se refería. Mara siempre se me adelantaba en sus observaciones. Yo ni me había fijado en el techo ni en las paredes. Pensé que ella debería trabajar en una excavación de verdad; que lo llevaba dentro y que nada se le escapaba. Y que yo, como diría Elena, no me enteraba de nada. Quizá ese trabajo no fuera para mí. En cambio, Mara estaba hecha para trabajar con Del Monte. Y yo, no sé muy bien por qué, me sentía culpable de haberla llevado a ese pueblo y de retenerla allí por no quedarme colgado.

Para el jueves ya habíamos llegado a lo que fue el suelo de aquella cantina. Losas de piedra todavía manchadas de barro. Un lugar húmedo, oscuro, ciego, que no parecía comunicarse con el de arriba. Mientras los albañiles colocaban un andamio en el centro, yo me puse a dibujar desde un rincón. Las paredes eran lascas de piedra erosionadas, como si una corriente de agua las hubiera esculpido durante siglos; en un lateral, un saliente tallado en la piedra cumplía la función de banco. No había mucho más que destacar. Quizá, pensamos Mara y yo, no fue más que una bodega o un almacén. Nos disponíamos a irnos cuando un golpe seco y un grito nos detuvieron. Al volvernos, encontramos al albañil tirado, agarrándose un tobillo y soltando por la boca palabras que hubieran sonrojado a la misma Elena. El andamio estaba torcido, uno de sus laterales hundido en el barro y dos de los tablones se habían deslizado hasta el suelo.

—¡No es piedra, me cago en Dios! —gritó el albañil sin soltarse el tobillo—. ¡Es todavía relleno!

—No —dijo Mara—, no es todo relleno. Junto a los muros es todo piedra. Quizá haya algo más abajo.

Después de llevar al albañil al centro de salud, Ermelindo volvió a la obra y bajamos juntos a la cantina.

—Mira, Ermelindo —dijo Mara—. Hemos seguido retirando, y hay unos escalones de piedra que bajan a este pequeño hueco. Quizá ahí abajo haya otra cantina.

—¡Pues a rescatarla!

Unas horas después no quedaba relleno que retirar. Los tres mirábamos con una mezcla de decepción y extrañeza aquel cajón de piedra con restos de lodo

que había resultado ser lo que nos faltaba por desescombrar.

—Bueno —dijo Ermelindo—. Hoy habéis trabajado muy duro. Ya está bien por ahora. Mejor nos vamos todos a descansar.

Mara y yo caminábamos por las calles empedradas de Los Cerros. Cansados, en silencio. Pensativos.

—¿Tomamos algo en el Ibuit? —dije yo para romper el silencio.

—Estoy muy cansada —se excusó—. Voy a darme una ducha y a ver la tele en la cama.

No hubiera sido mal plan, si ella me hubiera permitido tumbarme a su lado, haber visto cualquier película juntos y, de puro agotamiento, haber caído dormidos uno junto al otro. Pero una hora después estaba sentado en la terraza del Ibuit, con un tercio y una ración de croquetas delante de mí, sin ni siquiera pensar en qué podría ser lo que habíamos devuelto hoy al pueblo después de estar enterrado a saber cuántos siglos.

—¡Hola, Dante de Alcaraz!

Elena se sentó a mi mesa, dejó su botellín sobre ella y cogió una de mis croquetas:

—¿Y Mara de Albacete?

—Estaba muy cansada. Se ha quedado en casa.

—¿Y por qué no te has quedado con ella?

Di un trago a mi tercio. No me apetecía contestar.

—¿Y qué hace en casa? —preguntó.

—Ver la tele.

—¡Pues corre a verla con ella!

—¿Para qué? —contesté antes de dar otro trago.

—Ay, Dante de Alcaraz... —dijo—. Tu problema es que lo quieres todo. No te conformas con poco, ni siquiera con mucho. Ha de ser todo. Eres importante para ella, pero eso no te basta. Has de ser el más importante. Y eso no lo tendrás nunca, y mientras no lo asumas, no vas a ser feliz. Quieres lo que no puedes tener. Y eso duele. Ni siquiera eres capaz de echar un polvo con otra. Como sigas así, vas a follar muy poco, Dante de Alcaraz. Porque, asúmelo, puede que un día la pillas cachonda y lo consigas, pero eso pasará una vez. No muchas más. Tu problema es que apuntas muy alto.

—Bueno —dije. No me apetecía que Elena me psicoanalizara—, eso es asunto mío.

Elena posó una mano sobre la mía, la apretó con ternura.

—Es que no te enteras, Dante de Alcaraz. No te enteras de nada...

En ese momento llegó Adnan y saludó fijándose en la mano de Elena sobre la mía.

—Han llegado los resultados del cráneo.

Percibí cómo Elena tensaba sus dedos antes de retirarlos.

—Son muy antiguos. Cientos de años. Ni siquiera se explican cómo han aguantado tanto tiempo. Están extrayendo ADN y querrían compararlo con el tuyo.

—¿Para qué? Si son tan viejos, no pueden ser...

—Tu familia vive allí desde que se recuerda. No es que vayan a investigar, es solo por saber a quién podrían pertenecer.

—Pues vale —contestó Elena, así, sin más. Después apuró su botellín, se levantó y se fue calle adelante.

—¿Te ha contado algo? —me preguntó Adnan.

—No. Solo me ha psicoanalizado.

—A Elena le gusta todo el mundo, no es raro que tú también. Pero si es muy directa contigo, no creas que lo hace por fastidiarte. Todo lo contrario. Ella ha visto algo en ti.

—Sí, que yo no me la quiero follar.

Adnan me miró como se mira a un capullo como yo. Y se fue sin despedirse. Y allí me quedé, con mis últimas palabras todavía rebotándome dentro de la cabeza y castigando mi gilipollez.

Al día siguiente volví a la obra sin esperar a Mara. Mi mente saltaba de la imagen de Ladislao sobre ella a la mirada reprobatoria de Adnan, y después a Mara viendo la televisión sola, distante. Por primera vez, desde mi llegada a Los Cerros, empecé a plantearme que quizá la granja no fuera tan mal sitio al fin y al cabo. Cuando entré a lo que ya todos nombrábamos como sinagoga, me asomé a la cantina que habíamos descubierto. Allí encontré a Ermelindo, Adnan, el capataz y los albañiles rodeando el hueco vaciado el día anterior. Bajé junto a ellos, contemplé aquel cajón de piedra y lo descubrí lleno de agua hasta el primer escalón. Adnan estaba serio, en contraste con el sempiterno entusiasmo de Ermelindo.

—¿Sabes qué es? —preguntó.

—¿Otro pozo? ¿Un pozo raro?

Oí la voz de Mara a mi espalda:

—Una *mikvé* —dijo sin un ápice de emoción.

—¡Sí! —contestó Ermelindo palmeándome la espalda como si fuera mérito mío—. ¡Esta chica es una mina!

—Supongo que esto lo confirma —dijo Mara.

Adnan y Ermelindo asintieron. Y yo no me atrevía a preguntar.

—Y supongo —continuó Mara— que ahora sí que podremos convencer a Del Monte.

—Ese hombre no va a volver a pisar este sitio —dijo Ermelindo—. Y me encargaré de que se sepa lo que despreció.

—Pero...

—No, Mara. Olvida a Del Monte.

—¿Y a quién llamaréis?

—A nadie. —Mara abrió mucho los ojos—. No, esto va a ser cosa nuestra ahora.

—¿Sabéis qué os digo? —Mara se enfureció—. ¡Que no he venido aquí a hacer de albañil! ¡Que este no es un trabajo serio ni con rigor! Que nadie va a reconocer esto como un verdadero hallazgo arqueológico. ¡Y que yo me largo! —gritó justo antes de irse.

Yo me alarmé. Si se iba Mara, ¿tenía sentido seguir allí? ¿No había ido por trabajar junto a ella? La voz de Adnan me sacó de mis pensamientos:

—Ha llegado la hora de parar la obra por un tiempo. Es el momento de bucear en los archivos.

Ermelindo asintió en silencio, con la vista clavada en el agua de la *mikvé* y los pensamientos moviendo el oleaje de su cerebro.

—¿Cómo vas a convencer a Ladislao? —insistió Adnan.

—Ya pensaré algo.

1410

José de Los Cerros pasea por la muralla contemplando el ocaso. Es viernes y dentro de poco, cuando el sol termine de ponerse, será *sabbat*. Ha dejado listos unos trozos de cordero seco. Ahora se le permite cocinar en sábado, pero él no lo hace; se le permite comer cerdo, pero él ni lo desea ni se acostumbra al sabor de esa carne grasa. Ahora los sábados deberían ser un día más y, sin embargo, continúa encendiendo las velas, preparando la mesa para él solo, repasando las Escrituras grabadas para siempre en su memoria. Ahora es un cristiano más; sin

embargo, él sigue sintiéndose judío. Tras su conversión, hace ya cuatro años, se dedicó a estudiar los textos cristianos, pero el Nuevo Testamento no le produjo más que rechazo. Descubrió profecías inventadas que nunca pronunciaron los profetas. Las distintas versiones de la vida de Yeshúa se contradicen al llamarlo hijo de Dios unos, Mesías otros. «Para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente vertida sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quienes matasteis entre el santuario y el altar» (Mateo 23, 35). «¿Cómo puede ser esto? ¡Si el pueblo judío ni siquiera existía cuando Caín y Abel! ¿Cómo puede el pueblo judío ser culpable de toda la sangre derramada? Pero es que, además, Zacarías, hijo de Baraquías, ¡no fue asesinado! El asesinado fue el Zacarías hijo de Yehoyadá que, trescientos años antes, fue mandado apedrear por el rey Yoás en las afueras del templo, no en el altar. ¿Cómo se puede tomar en serio tanta patraña? ¿Cómo se puede, sobre esta base, acusar al pueblo judío de asesinar a Yeshúa? ¡Si según sus propios libros fueron los gentiles romanos quienes lo crucificaron y lo lancearon!» José de Los Cerros no tardó en dejar de estudiar una Biblia en la que no podía creer. Comprendió que su conversión había sido un error a pesar de que ahora pudiera practicar la medicina, a pesar de haber dejado de sufrir persecuciones. Y ahora, solo, continúa cumpliendo la ley de Moisés, la verdadera ley.

Y el silencio de su soledad se le clava en el pecho.

Los aromas de las berenjenas y las cebollas asadas ya invaden la cocina. El calor de las ascuas tiñe las mejillas de Alina de rojo mientras separa el almodrote al otro horno para conservarlo caliente hasta la comida del *sabbat*. Observa a través de la ventana la luz de la tarde que empieza a caer. Aligera la labor antes de que la noche se le eche encima. Se detiene, pensativa, a oír el crepitar del fuego. Casi cinco años ya, que han ido enfriando su ánimo, semana tras semana, rogando a Adonai por un hijo que no llega. Abraham nunca le ha reprochado nada, sigue el mismo amor del primer día, el mismo de aquella primera noche que todavía le eriza la piel al recordarla. Y ella lo ama aún más si cabe. Ha aprendido a hacerlo, ya no se siente aquella niña ignorante del día de su boda.

La comida está lista. Prepara las velas para encenderlas en cuanto la última claridad del día le indique que es el momento y dispone la mesa como para recibir visita; la visita de Dios. Abraham la observa desde la entrada sin hacerse notar. Contempla sus movimientos con los que parece deslizarse sobre el suelo sin llegar a tocarlo. Es *sabbat*. El día en que hacer el amor se convierte en un homenaje a todo lo creado, el día para ser feliz; el día en el que volverá a intentar

sembrar en ella esa semilla que no termina de germinar. Y, sin embargo, siente cierta culpa al dibujar en su mente las curvas que guardan esas telas, al percibir en su boca el recuerdo del sabor de su piel dulce, al recordar sus gemidos tímidos. Sí, el *sabbat* es el día más indicado para concebir un hijo, pero él sabe que, después de cinco años, ya no es eso lo que espera; es consciente de que lo que desea cada semana es volver a disfrutar del bello cuerpo de Alina. El deseo le reseca la garganta. Carraspea.

Alina da un leve respingo con el sarmiento encendido en la mano. Sonríe, acerca el fuego y una llama dorada ilumina el brillo de sus ojos negros, sus labios carnosos, su nariz pequeña.

—Se te va a hacer tarde —dice ella devolviendo la ramita al fuego.

Abraham pasa a su lado y le acaricia la cara. Es la hora. Pronuncia la oración antes de vestir el *talit* y entra en la sala de la sinagoga. Contempla las piedras que forman las columnas robustas, los arcos apuntados, el arca donde se guardan los rollos de la Torá, la *menorá*... Acaricia el brocal de uno de los pozos, escucha el eco del murmullo del agua. Y no puede evitar que le invadan los recuerdos. Apenas puede dibujar ya los ojos de su madre dándole la mano en la galería de mujeres, atentos los dos al culto, y después, ya abajo, en la nave, ayudando al rabino a prepararlo todo. Ahora él es el rabino, él es en quien confía su comunidad, quien tiene que dar consejo. Y echa de menos a ese hombre de cara quemada, echa de menos alguien a quien acudir él mismo, alguien que lo ayude más allá de las Escrituras.

Los hombres empiezan a llegar. Unas voces junto al pozo ciego de la entrada llaman su atención. Acude con el recuerdo de otro alboroto mayor en ese mismo lugar. Un alboroto que marcó su vida. Al salir, encuentra un corro de vecinos rodeando a un hombre débil apoyado en un bastón.

—¡Rabino, este *amusín* quiere entrar en el templo en *sabbat*!

Abraham contempla a José de Los Cerros. La tristeza de su mirada se hunde en las piedras del pavimento.

Cinco años ya. Cinco pasando por la misma calle, contemplando la planta que construyó junto a su padre sobre el taller del alfarero. Cinco años apenas encontrándola por casualidad asomada a una de las ventanas. Cinco años esperando cada domingo la hora de la misa para estar un poco más cerca de ella. Cinco años sin haberse atrevido a contarle a su madre quién es la mujer con la que quiere casarse. Pero el pasado domingo las cosas se precipitaron cuando oyó

por casualidad una conversación del alfarero. «Gracias a la belleza que Dios nuestro señor le ha concedido, será sencillo encontrarle una buena boda», dijo. Una buena boda... Él es solo un albañil. ¿Cómo podría un albañil competir con cualquier buena familia? ¿Cómo podrá convencer a su madre de que la mujer que ha elegido es una conversa?

Su madre...

Si existe en ella un odio que se aproxime al que siente por los judíos, ese es el que profesa contra los conversos. «Esos circuncisos hipócritas», los llama, y cada vez que lo hace, a él le entran ganas de volver a la iglesia para compensar su gran *defecto*. Está convencida de que no hay ningún converso sincero, de que solo se bautizaron para acaparar los puestos próximos al poder, para continuar amasando riquezas y librarse de los ataques que, de cuando en cuando, según ella, dicta Dios contra los que mataron a su hijo. Y así lo ha creído él también. Las enseñanzas de su madre han sido tan importantes como las del cura. Sin embargo, ahora que empieza a pensar por sí mismo, observa al alfarero y su familia en la misa, confesando con el cura, en la comunión, y no los considera unos embusteros. ¡Si ni siquiera son ricos! Eso ya lo pudieron comprobar su padre y él cuando reformaron aquel pequeño taller de alfarería para añadirle unas modestas habitaciones.

Pero sabe que ella no lo entenderá. Volverán aquellos gritos, aquellas lágrimas de rabia, aquella decepción en sus ojos cuando se enteró que el párroco lo había hecho padrino de José de Los Cerros. «¡Tú! —dijo—. ¡Mi hijo, padrino de un converso! ¡Todos estos años criándote en la fe de Cristo para que ahora me hagas esto! ¡Si es que lleváis el mal en la sangre!» Y Francisco no entendió esta última frase, y su padre se levantó de la silla donde siempre aguantaba en silencio los ataques de ira de su mujer para hacerla callar con un tono que nunca le había conocido. Francisco abandonó cabizbajo su casa y corrió a la iglesia. A rezar. A purgar ese defecto de nacimiento que lo convertía en pecador a los ojos de su madre. Allí lo encontró el cura, con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

Y allí le contó en confesión ese pecado que él no quiso cometer, que le vino dado.

—Francisco, te he visto venir a la iglesia a diario, rezar con una devoción que nadie más tiene en este pueblo. Te he visto pasar horas arrodillado frente al altar. Pocas vocaciones he visto como la tuya. Si tú quisieras dedicar tu vida a Dios, yo estaría encantado de...

—Padre —interrumpió el muchacho—, amo a Dios pero... También amo a

una muchacha que...

—Bueno, si ese es tu camino, también podrás honrarle así.

—Pero es que ella es...

El párroco esperó a que se decidiera a hablar.

—... es cristiana nueva.

—¿Puedo saber de quién se trata?

—Es la hija del alfarero para el que trabajamos mi padre y yo.

—Bien alto apuntas, muchacho... ¿Vuestros padres han hablado?

—Mi madre no querrá nunca que me case con una judía.

—Esa familia es cristiana, cumplen con los mandamientos, nunca faltan a misa. No son judíos. Sus padres lo fueron, pero abrazaron la fe verdadera con sinceridad. Tu madre no debe preocuparse.

A pesar de que el cura lo había tranquilizado, seguía sin atreverse a contárselo a su madre.

Quizá nunca fuera capaz.

Y, sin embargo, ahora ha llegado el momento de tomar una decisión. Es ahora o nunca. Si el alfarero llega a concertar un matrimonio, él...

No se puede imaginar qué hará él.

Sus padres esperan sentados a que la comida termine de hacerse. El aroma de la carne de cerdo y los garbanzos en el puchero le recuerda la hora que es. Siente cómo los dos lo miran al entrar, como si su rostro confesara la culpa que le recorre las venas. Por mucho que el cura diga, por muchas misas a las que el alfarero asista con su familia, su madre no lo va a aceptar. A ella es a la que teme. A su padre, no. Él nunca ha gritado, él nunca ha expresado tanto odio hacia los infieles; él calla cuando su madre esparce los fragmentos de su ira alrededor, como si él también llevara una culpa inconfesable dentro. Francisco sabe reconocer la tristeza.

—¿Dónde estabas? —pregunta la madre—. La comida está a punto.

—En la iglesia —contesta mientras se sienta en su lado de la mesa.

Los tres contemplan el cucharón sumergirse en el puchero y vaciarse en los platos.

—Quiero casarme —dice por fin Francisco con voz temblorosa y revolviendo la comida con la cuchara.

Las de sus padres se quedan a medio camino de los labios. Los de su padre, dispuestos a soplar, mantienen el gesto pero no expulsan el aire.

—¡Alabado sea el señor! —exclama la madre—. ¡Mi hijo ya es un hombre!  
—La alegría desborda sus ojos tanto como la ira cuando se enfada. Sus aspavientos remueven el aire de la cocina—. ¿Quién es la muchacha?

Francisco no se atreve a apartar la mirada de los garbanzos.

—Quiero casarme con... —remueve el nudo de los nervios con la cuchara dentro del plato— la hija... del alfarero.

Los excesos de los brazos de su madre se congelan en el aire. Solo los chisporroteos del fuego violentan el silencio. Su padre observa a su hijo con atención, casi sorprendido y orgulloso de su valor. Su madre, en cambio, ha torcido los labios y arrugado la frente como si, de repente, alguien le hubiera robado el aire de los pulmones.

—¡Ni hablar! —grita ella al fin.

«Ya ha comenzado», piensa Francisco, ahora ya no puede flojear; si no se enfrenta a su madre en este momento, sabe que no será posible nunca más. Sabe que ella continuará dirigiendo su vida como hasta ahora. Sabe, demasiado bien, que él no podrá elegir con quién casarse.

—Son buenos cristianos, madre. El cura me ha dicho que...

—¡Ese cura es un demonio! ¡Ya te hizo padrino de un converso! ¡No le permitiré que case a mi hijo con una conversa!

—¡Será ella o no será nadie, madre!

—Hijo... —dice su padre intentando establecer una tregua en una batalla que teme inevitable—, el alfarero no querrá casar a su hija con un pobre albañil... Él tiene mayores aspiraciones...

—¡Intentémoslo al menos! —responde el muchacho suplicando con el gesto, con la voz y las manos temblorosas, un apoyo que necesita más que nunca.

—¡Antes muerta! —vuelve a gritar su madre.

Francisco padre guarda silencio de nuevo. El hijo tampoco habla, la dureza de sus ojos lo dice todo. Una dureza que ella jamás había visto antes, que la llega a intimidar, contra la que no puede luchar. Se vuelve hacia su marido y ataca un flanco mucho más débil.

—¿Es que no vas a decirle nada?

Francisco padre se sabe perdido. O ella o él, no hay término medio. No en este asunto. Ninguno entrará en razón.

—Mujer..., el alfarero no va a..., no hay que ponerse...

El retraimiento de Francisco disgusta a ambos por igual. A su mujer, por no mantenerse firme ante la tragedia que supone dejar entrar a una conversa en una

familia de larga tradición cristiana; al hijo, por no obtener el apoyo de la única persona en la que esperaba encontrarlo.

—Hijo —dice ella con una falsa calma—, déjanos solos a tu padre y a mí.

Francisco arroja la cuchara dentro del plato, salpicaduras de comida motean la mesa. La madre espera a que salga a la calle. Una vez solos, toda la violencia del tono de su voz cae sobre su marido:

—¿Es que no te das cuenta? ¡Es una judía!

—Son conversos, van a misa...

—¡Una judía! Ellos nunca dejan de serlo. Si se casa con una judía como él, tus nietos... ¡Ni siquiera está bautizado! El bautizado es... —Su voz por fin cede y se quiebra, sus pensamientos se pierden por la puerta que da al patio, al jardín de rosales.

## 10

2007

—¿Te irás con ella? —preguntó Elena y, por una vez, sus ojos no parecían conocer la respuesta. O no querían saberla.

Agaché la mirada.

—¿Sabes qué dijo mi padre cuando le conté que vendría a cambio de comida y cama? —Ella negó con la cabeza—. Que iba a trabajar como la mula, por forraje y establo.

—Pues ahora ya sé de dónde te viene eso de no enterarte de nada.

—¿No es eso lo que hago aquí?

Elena repitió el gesto de negación. El silencio, un invitado extraño cuando estaba presente Elena, se instaló en la barra del Ibuit junto a nosotros.

—Adnan me contó lo que dijiste de mí —dijo al fin.

Yo sentí el calor subiendo a mis mejillas.

—Adnan debería saber callar ciertas cosas.

—Tú no lo entiendes. Adnan me quiere. Me protege.

—Bueno, lo siento. No estaba de humor. Sigo sin estarlo.

—No te preocupes. No me he enfadado. Sé que no te enteras de nada, Dante de Alcaraz. Y esa es otra de las cosas que no entiendes.

—Ya..., ¿sabes? A veces me canso de parecerte un estúpido.

—¡A mí no me pareces un estúpido!

—¡Pues deja de decirme que no me entero de nada!

—Es que, Dante, no te enteras. No te enteras de qué pasa por la cabeza de Mara, no te enteras de por qué Adnan te trata así. No te enteras de por qué Ermelindo cree en ti a pesar de que Mara sea la que parece saber más de cada uno de vuestros descubrimientos. No te enteras de por qué estás aquí ni de por

qué me quedo a tu lado en vez de ir a tirarme a ese. —Señaló a un grupo de turistas que tomaban cervezas en el otro extremo de la barra.

No supe muy bien a cuál de ellos se refería.

—Y parece que tú sí. Que te enteras de todo lo que te rodea. ¡Qué sabrás tú! Tú no te has enamorado nunca.

—Qué sabré yo... Es verdad, nunca me he enamorado. Bueno, a lo mejor una vez, pero aún no lo sé.

Bebí de mi cerveza, Elena volvió a fijarse en el grupo de turistas. Tres tipos jóvenes, dos de ellos acodados en la barra, con un montón de botellas vacías frente a ellos. Debía de tratarse del rubio alto, cachas, que reía las bromas de los otros dos. Una risa franca, abierta, despreocupada. Guapo. Hasta yo podía darme cuenta.

—Anda, ve a tirártelo. Sobreviviré.

Ella volvió la cabeza. Por primera vez descubrí que su mirada podía contener la dureza de las piedras milenarias de Los Cerros.

—Vete a la mierda —dijo.

Y se fue.

Elena. No siempre me hizo reír. En aquella ocasión consiguió que sí me enterara de algo.

De lo gilipollas que fui.

Cuando estaba a punto de irme, Mara y Ladislao aparecieron en el Ibut. La cara de ella, luminosa solo como Mara podía iluminarla cuando se sentía feliz. La de él, satisfecha y autosuficiente; segura. «¿Qué puede haber visto Mara en ese tipo? —me pregunté—. ¿Tan distintos somos?» Ella levantó el brazo para saludarme y ambos se acercaron. Pidieron sus bebidas. Mara se inclinaba hacia el lado donde estaba Ladislao. Sus manos se juntaban y él la acariciaba con un roce, sin llegar a cogerla.

—¿Y Elena? —preguntó él.

Lo miré a los ojos sin reflejar ni un milímetro de su sonrisa.

—¿Tengo que saberlo?

Ladislao esparció más su aire de autosuficiencia. Levantó las manos a modo de un «me rindo» burlón.

—Voy al aseo —dijo.

Cuando ya no podía oírnos, Mara me recriminó:

—¿Por qué estás tan borde?

—¿Sabes que tiene un hijo?

Mara tosió como si la saliva se hubiera quedado a medio camino en su garganta.

—¿Qué estás diciendo?

Ladislao ya se abría el camino de vuelta entre el corro de turistas al que Elena había echado el ojo.

—Debes de ser la única que no lo sabe —dije. Dejé la botella sobre la barra y me fui.

No me apetecía meterme en el piso. De lo que de verdad tenía ganas era de pegarme con alguien, de encontrar a alguien con quien poder enfadarme y partirle la cara. Paseé por las calles sin reparar en los portales de las casas antiguas ni en las fachadas encaladas, sin hacer caso de las piedras de la muralla. Sumergido en mis propias miserias. Mis pasos me llevaron hasta la obra. Me detuve frente a la casa del inquisidor, contemplé el escudo y luego lo que suponíamos que había sido una sinagoga. Pared con pared. Estaba enfadado. Enfadado con todos. También con aquel blasón, con aquellos restos que había ayudado a descubrir y que no terminaban de desvelarse. Enfadado, sobre todo, conmigo.

—¿Qué es lo que escondes? —grité al escudo—. ¿Qué hacías tú aquí? —grité a la sinagoga.

—Si te responden, ¿me lo contarás? —Oí a mi espalda. Era Adnan—. ¿Qué haces aquí en domingo?

—Solo desahogarme.

—Sabes que paran la obra, ¿verdad? Y que esto se va a alargar más allá del verano.

Asentí con un gesto.

—¿Y que Ermelindo quiere ponerlos a sueldo?

—No, eso no lo sabía.

—Entonces, tampoco que Ladislao ha puesto como condición quedarse con tan solo uno de vosotros.

—Ya..., entonces creo que puedo ir haciendo las maletas. Mira —dije resoplando al cielo—, por lo menos le tengo que agradecer que me ayude a decidir. ¿Sabes también cuándo me pensaban decir algo?

—Mañana, supongo. Ermelindo es un tío legal.

—Sí sí. Eso ya lo sé. No hay nada que recriminar.

—Creo que ahora viene otro tipo de trabajo. Ahora hay que bucear en los

archivos. Y ya sabes quién trabaja allí. Creo que tú colaborarías mejor con Elena que Mara.

—Pues no estés tan seguro...

Adnan abrió los ojos de par en par:

—¿Qué ha pasado?

—Que hemos tenido unas palabras.

—¿Has vuelto a ser un capullo?

Bajé la cabeza, hasta enfocar las puntas gastadas de los zapatos de Adnan. Cuando lo volví a mirar, encontré unos ojos un tanto burlones y media sonrisa amable. Los dos nos echamos a reír.

—No te preocupes. Ella no te lo tendrá en cuenta.

—Ya. El caso es que voy a tener poco que hacer a partir de ahora.

—Yo puedo ofrecerte lo mismo que Ermelindo. Mi casa y mi comida. Los archivos son libres para ser consultados por quien lo solicite. Podrías ayudarme.

—Adnan, te agradezco el gesto, pero no puedo pedir más dinero a mi padre más allá del verano. Y además de la cama y la comida, me gustaría tomarme una cerveza de vez en cuando.

—Bueno, Ermelindo está dispuesto a pagarte lo mismo que a Mara. Pero, eso sí, tendría que ser en negro, sin darte de alta y sin que Ladislao sepa nunca que lo hace.

Sonreí. Me invitó a caminar calle adelante, en dirección a la muralla.

—Dime una cosa, Adnan. ¿Qué relación tienes tú con Elena?

—¿Ella no te ha contado nada?

Negué con un gesto.

—Pues ya lo hará.

—¿Como con el cráneo?

—Lo mismo.

1412

Francisco camina junto a su hijo. Los dos andan en silencio, los dos vestidos con lo mejor que tienen, los dos levantan la vista cuando distinguen los muros de Santa María. El padre escruta al muchacho, su sonrisa que anuncia una vida nueva, la vida por la que tanto luchó contra su madre. El viejo albañil no sabría decir si su hijo ha llegado a recordar, el día de su boda, a esa mujer que se opuso

con una fuerza tal que terminó por agotarla. Su hijo insistió en que sería Elena o no sería, «¡Entonces no será!», respondía la madre con gritos cada vez más apagados. Hasta que no se sabe si la rabia, el odio o la tristeza consumieron sus entrañas. Ninguno de los médicos cristianos pudo hacer nada por ella, ni siquiera el rabino converso. Quizá el actual rabino hubiera sido capaz, pero Francisco no le reprocha que no quisiera ni conocer los síntomas cuando se atrevió a implorárselo. No había vuelto a pisar aquella sinagoga desde el día en que... Y allí, de pie, amparado por José de Los Cerros, que accedió a acompañarlo, regresaron aquellos ojos aterrados dentro de una tinaja, una mirada ahora convertida en odio, aunque no exenta de aquel miedo.

«¿Cómo te atreves?» Estas fueron las únicas palabras de Abraham, dirigidas a José de Los Cerros, tambaleante sobre su bastón, antes de indicarles el camino de la salida.

«¿Cómo te atreves?», sonó en su cabeza durante todo el camino de vuelta a casa. «¿Cómo te atreves?», escuchó junto a los estertores de su mujer.

Se atrevió.

Porque, a pesar de su carácter agrio, a pesar de tantos reproches, gritos, amarguras, se acostumbró a tenerla a su lado durante todos esos años y no se resignaba a dejarla ir. Llegó a quererla, supone Francisco, aunque es verdad que no entiende las palabras y la pasión de su hijo cuando habla de la que está a punto de ser su mujer porque ese sentimiento no lo ha llegado a conocer nunca. Quizá, un día lejano ya, lo más parecido fue esa sensación en el pecho cuando aquel pequeño agonizaba... Sí, quiso a su mujer, quiere a este muchacho al que acompaña, pero nada se ha parecido nunca a lo que sintió por aquel niño muerto.

Quizá sea eso...

Y si es algo así, puede entenderlo.

Solo unas decenas de metros los separan ya de la iglesia, vuelve a observar la cara sonriente de su hijo. No..., no recuerda a su madre. Descubre al alfarero esperando en la puerta y su mente regresa a los días después del entierro, al momento en el que decidió romper la promesa a la que lo obligó su mujer con su último aliento. «Prométeme que no lo permitirás...», dijo. Y él asintió con la cabeza, sin pronunciar una palabra. «¡Prométemelo!», insistió ella en un grito ahogado en muerte. «Lo prometo», dijo él. Y entonces, cerró los ojos y sus facciones se relajaron para siempre. Nunca había visto la paz en ese rostro. Al menos, desde el día en el que enfermó su verdadero hijo.

No cumplió.

Pecados peores había cometido.

Habló con el alfarero sin decirle nada a su hijo. Fue con la pretensión de tantearlo, dispuesto a recibir, si no burla, sí una negativa rotunda; pero se encontró con un recibimiento amable, con la sonrisa ilusionada de Elena y con una respuesta que no esperaba: «Consultaré con mi mujer y mi hija». Si el alfarero se sintió decepcionado cuando su hija accedió a casarse con el joven albañil, es algo que Francisco no sabe. El caso es que dos días después recibió una invitación para discutir la dote. Cuando su hijo conoció la noticia, esa tristeza que ya parecía permanente en su rostro desapareció de repente.

Y lo abrazó.

No recordaba cuánto hacía que su hijo no lo abrazaba.

Lo abrazó y le suplicó que no fuera exigente con la dote. Al ver las caras de los dos jóvenes el día que se sentaron en esa primera planta que su hijo y él construyeron años atrás, supo que romper la promesa había merecido la pena y aceptó cuanto el alfarero había dispuesto para la boda. Con mucho menos había empezado él.

Y ahora allí estaban los dos, ante el sacerdote, dispuestos a emprender un camino que a él ya se le había terminado.

Abraham contempla a su hermano acercarse a la iglesia junto al hombre que se lo arrebató de sus brazos. Hace tiempo que perdió toda esperanza de devolver a David a la verdadera ley. «Quizá sea mejor así, dada la ola de conversiones que está habiendo y que los ánimos vuelven a estar caldeados contra los judíos. Al final, siempre somos nosotros los que purgamos los pecados de los cristianos.» Enseguida se arrepiente de sus pensamientos, al tomar conciencia de la responsabilidad que ostenta ante los suyos. Una mano temblorosa se le posa en el hombro y lo saca de su ensimismamiento. Al volver la vista, encuentra la cara desfigurada y el único ojo de José de Los Cerros

—Él es feliz... —dice el antiguo rabino alternando su ojo sano entre los de Abraham.

—Al menos, es judía —contesta Abraham volviendo a dirigir la vista a la entrada de la iglesia.

—Es familia cristiana, Abraham... Buenos cristianos.

—Su madre es judía, como su abuela, como lo serán sus hijos. Tú tienes acceso a ellos. Te bautizaste, pero te diste cuenta de tu error. Cumples la ley... Puedes convencerlos de...

—Solo prometiste cuidarlo, Abraham. Y lo has hecho, tanto como has podido. Ahora camina solo. Ya no puedes hacer nada por él... más que...

José de Los Cerros se muerde las palabras.

—¿Qué es lo que puedo hacer por él? ¡Dime!

—Complicarle la vida...

El viejo vuelve a ver la dureza en los ojos de Abraham, esa dureza que siempre ha poblado su mirada, esa dureza que solo el día que decidió apostatar le dirigió a él. El joven rabino no pronuncia una palabra, se da la vuelta y se aleja. José se queda allí, contemplando los pasos del muchacho, suplicando a Adonai que por fin le conceda una felicidad de la que nunca disfrutó.

Su padre les ha cedido el cuarto que tantos años ocupó junto a su madre para trasladarse al que siempre fue el suyo. Francisco contempla a Elena como si nunca antes hubiera visto algo bello; ella, tímida, se mete en la cama y se tapa con la manta hasta la barbilla. Él titubea al acercarse, recorre la tela del camisón con una mano temblorosa; ella cierra los ojos y su respiración se entrecorta. Él no está muy seguro de cómo actuar y, además, teme que se dé cuenta de su... defecto. ¿Qué pensará cuando sepa que es circuncidado? Besa sus labios gruesos y sonrosados, un beso corto primero, se aparta para mirarla, y al encontrar su sonrisa, no puede resistirse a besarla de nuevo. Sus labios se acoplan como si estuvieran hechos los unos para los otros, y así todo empieza a fluir como si ya lo hubieran hecho toda la vida. Francisco se aventura bajo el camisón. La rudeza de sus manos de albañil contrasta con la suavidad de la piel de la muchacha. Las respiraciones se aceleran, los dedos ya no atienden a más dictados que los del instinto. Elena aprieta los hombros anchos de Francisco, se tumba boca arriba y lo atrae sobre ella. Él maldice su torpeza, pero ella lo guía dentro, arquea su espalda, deja escapar un grito ahogado...

Y ya no hace falta guiarlo más.

—Esta noche he engendrado a tu hijo —dice ella abrazándose a él.

El muchacho sonrío, la aprieta entre sus brazos, huele su pelo.

No podría imaginar mayor felicidad.

Abraham encuentra a los hombres reunidos en la sinagoga. Solo el leve rumor del agua corriendo en el pozo de invierno aligera un silencio pesado. Su cuñado Moisés, junto a otros vecinos, lo aguardan. Son hombres sencillos, la mayoría artesanos. Sus rostros muestran la preocupación de las palabras que no

pronuncian. José de Los Cerros también se encuentra entre ellos. A pesar de su bautismo, se le vuelve a tratar como a uno más; pero Abraham no puede evitar una sombra de rencor al cruzarse con su mirada. No olvida lo que esa misma tarde le ha dicho. De todos modos, trata de olvidar su animadversión; su experiencia no les vendrá mal para el tema a tratar. Todos esperan escuchar lo que el rabino tiene que decir; esa gente sencilla no parece darse cuenta de que él también es como ellos. Un hombre que conoce las Escrituras, pero solo un hombre... A veces echa de menos aquellos tiempos en que todo ese peso recaía sobre el viejo tullido.

—¿Qué va a ser de nosotros, rabino?

—Ya se han promulgado leyes contra nuestro pueblo antes. Y aquí seguimos.

—¡Pero es que nos han prohibido desempeñar nuestros oficios! ¿De qué vamos a vivir? —dice uno de ellos.

—¡Y nos echan de nuestras casas! —dice Moisés.

Abraham no tiene nada que decir. A él también le preocupan las leyes promulgadas por la regente Catalina. Pretenden confinarlos en barrios cerrados y no dejarlos salir sino bajo ciertas condiciones, les prohíben ser arrendadores de tributos y, lo que es peor para sus vecinos, herreros, zapateros, sastres, carniceros..., y para él mismo, médicos y boticarios. La obligación de llevar barba y pelo largo para diferenciarlos de los cristianos no le parece tan grave; la de coserse una rodela bermeja a la ropa..., humillante.

—¿Qué podemos hacer, rabino?

—Lo que hemos hecho siempre desde la destrucción del Templo, aceptar lo que Adonai nos depare.

—También podemos hacer lo mismo que José. Podemos bautizarnos, continuar con nuestros oficios, nuestras casas y nuestra ley, como hace él. —Es Moisés el que habla.

—Todos sabéis que no podréis contar con mi aprobación para eso.

—Pero Maimónides... —dice otro de ellos.

Abraham mira al antiguo rabino. Se lo ha debido de explicar a estos hombres, es el único que ha leído a Ben Maimón. Él fue su justificación para su misma apostasía.

—No renunciaré a la ley de Moisés ni aunque mi vida corra peligro, como ya la corrió la de mis padres, la del mismo José. Aunque Maimónides lo justifique con explicaciones enrevesadas. Vosotros... sois libres de hacer lo que deseéis.

Moisés agacha la cabeza, pero se atreve a decir:

—Yo tomaré el bautismo...

Abraham aprieta la mandíbula para soportar que el hermano de su mujer renuncie a Adonai. Un murmullo rebota entre las piedras de los muros. «Yo también... —entiende que dice uno; luego otro—: Y yo...» El rabino levanta una mano y todos callan.

—Se ve que cada uno de vosotros tiene tomada su decisión. En ese caso, creo que deberíais marcharos a casa y actuar en conciencia. Aquí ya no resolvemos nada.

Los hombres abandonan la sinagoga y Abraham se queda solo en mitad de la nave, repasando cada muro, cada piedra, cada arco. El *hejal*, los pozos de invierno y los de verano; la galería de mujeres donde su madre le daba la mano, desde donde ahora Alina lo contempla, donde un día pensó que un hijo suyo daría la mano a Alina. Quizá tengan suerte y esta vez tampoco se cumpla la ley promulgada contra ellos, quizá no se vean obligados a abandonar esos muros.

Cruza la puerta y encuentra a su mujer al otro lado. Sus ojos muestran preocupación, pero su sonrisa la contradice. Abraham se queda en el umbral esperando a escuchar lo que le quiere decir; ella continúa sin pronunciar una palabra; se acerca a él, le acaricia la cara y esta pierde todas las sombras para volverse a iluminar.

—No te preocupes... —dice él—. Saldremos adelante.

Alina se asoma a la sinagoga, comprueba que ya no queda nadie.

—Por fin ha sucedido... —le dice, y Abraham no comprende. Ella toma su mano con suavidad, la dirige hacia su vientre—. Vamos a tener un hijo.

Abraham se olvida de su hermano, de su cuñado dispuesto a apostatar, de la injusta ley promulgada. Durante unos instantes, solo existe la sonrisa de Alina, solo existe ese vientre, solo existen ellos dos.

Ya habrá tiempo para preocuparse del mundo hostil al que va a llegar su hijo.

# 11

2007

*Paseé* el resto de la tarde por las calles de Los Cerros. Bajé la cuesta hasta la capilla anexa a la puerta del Losal, me detuve a contemplarla y me fijé en sus arcos de herradura. La crucé, me volví para mirar la muralla desde el otro lado y continué calle abajo por el barrio de los alfareros, perdiéndome entre callejuelas estrechas, casas encaladas, pavimentos empedrados; sin prestar atención a los escudos de piedra de las fachadas que siempre captaban mi atención, sin pensar en toda la historia que pisaba, que iba encontrando a mi paso. Solo dándole vueltas a la proposición de Adnan, a si Mara ya lo sabría.

¿Cómo no iba a saberlo?

Regresé calle arriba por la plaza de Santa Lucía. Empezaba a oscurecer, una leve brisa aliviaba el calor. Aun así, sudaba. Noté mi camiseta empapada, el flequillo húmedo pegado a la frente, la nuca pegajosa. Cuando llegué al piso, ya solo pensaba en darme una ducha fría. No esperaba encontrar allí a Mara. Al menos, no sola en el salón. Veía una película y apenas me saludó con un hola. Me detuve de pie frente a ella. La contemplé como un rato antes había contemplado los arcos mudéjares. Ella apartó la vista de la televisión.

—¿Pasa algo?

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Mara desvió su atención al televisor para no perder el hilo de la película, después volvió a mí:

—¿El qué?

—Que a ti te contratan y a mí me dan puerta —dije.

Los anuncios interrumpieron la película, Mara apuntó con el mando, bajó el volumen. Pude ver que sus labios se habían contraído, que buscaba una excusa

para no mirarme. Después relajó los músculos.

—¿De qué estás hablando?

—Venga, Mara... No me digas que Ladislao no te lo ha dicho ya.

Hizo como que atendía a los anuncios. Me dieron ganas de apagar el puto televisor.

—Yo no sé nada de eso, de verdad...

—Ya... Bueno... Necesito una ducha.

Los anuncios terminaron y oí cómo subía el volumen de la tele.

«¿Qué ha pasado? —me pregunté mientras el agua se deslizaba por mi piel—. ¿Qué demonios ha pasado para que Mara se porte así? ¿Ladislao? ¿Acaso teme mi desaprobación? No..., eso sería darme demasiada importancia. ¿No será que siempre fue así?»

«¿No será que ahora empiezas a enterarte de algo, Dante de Alcaraz?»

Salí de la ducha, vi la maleta en lo alto del armario, la cogí y la abrí sobre la cama. Me puse frente a las camisetas colgadas de las perchas. Nunca me gustó hacer el equipaje, pero esta vez me apetecía menos de lo habitual. Abrí los cajones y empecé a arrojar mi ropa dentro. Después volví al salón, recogí lo poco mío que había por allí. La película terminó en ese momento y Mara apagó el televisor con el mando. Ni siquiera me preguntó qué hacía. Solo si quería bajar a tomar algo al Ibut.

—Ve tú —dije—, quiero terminar esto.

Tampoco preguntó qué era «esto», dijo hasta luego y se fue. Yo había recogido un bloc de dibujo y un lápiz. Abrí el bloc mientras me dirigía a mi cuarto. Allí estaba ella, en la primera página. Sonriente, guapa. Tal y como había surgido de mi mano, de mi mente. Tal y como siempre la había visto. Arranqué la página, arrojé el bloc sobre la maleta, entré en su habitación y dejé el dibujo sobre su almohada. Cerré la maleta, eché un último vistazo a aquel piso, recordé la ilusión del día que entré junto a ella. Abandoné las llaves sobre la mesa y cerré de un tirón.

1412

Abraham extrae con cuidado el cilindro de cerámica que ha guardado la *mezuzá* de la casa del rabino desde antes de que todos los que él ha conocido nacieran. Contempla la pequeña hornacina vacía, a la altura de la base del tercio superior de la jamba de la puerta. Nunca, desde que la sinagoga y el domicilio

adjunto se construyeron, habían faltado los dos versículos de la Torá guardando el umbral. Acaricia el hueco con las yemas de los dedos, intentando recordar las miles de veces que habrá ejecutado ese mismo gesto cada vez que entraba a la que ha sido su casa durante veinte años. Oye a su espalda el sonido del bastón y los pasos torpes de José de Los Cerros, que se acerca a él hasta colocarse a su lado. Los dos hombres posan la vista sobre el cilindro que Abraham envuelve con cuidado en un paño. José de Los Cerros también pasa los dedos por el lugar que antes ocupaba la *mezuzá*. Detrás de él, una mula meneaba la cabeza y el rabo para espantar las moscas, los bultos que acarrea resuenan sobre ella. Alina ha estado visitando la *mikvé*, ha recorrido cada uno de los rincones de esa estancia extraordinaria, ha aspirado el aroma de la piedra mojada, ha contemplado el agua transparente en el fondo, se ha sentado en el banco, lo ha acariciado para sentir su frío tacto justo antes de volver a la puerta. Sujeta con una mano un pequeño fardo con las últimas cosas recogidas, la otra mano, bajo su barriga ya prominente. Abraham se apresura a arrebatarse el bulto.

—No pesa —dice ella.

Él lo coloca sobre la mula. Después toma la llave de la puerta y se enfrenta a José de Los Cerros.

El antiguo rabino encuentra en sus ojos la ternura del niño que un día vino a vivir con él, la desazón del mismo porvenir incierto, la pena de lo arrebatado.

—Ten... —dice Abraham con la llave en la mano—, al fin y al cabo, siempre fue tu casa.

—La guardaré bien.

—Como siempre hiciste...

José de Los Cerros sujeta la llave, los dos hombres se miran, sus sonrisas intentan disimular la amargura. En este momento, que parece una separación, han reencontrado la unión que perdieron.

—Nunca pensé que viviría para ver esto... —dice José de Los Cerros.

—Nadie pensó nunca que vivirías tanto —bromea Abraham.

Las sonrisas se amplían. Los dos hombres se abrazan, el bastón cae al suelo y la mano que lo sujetaba frota la espalda del muchacho, que aprieta la figura frágil y acaricia la calva quemada del hombre que siempre lo ha salvado.

—Bueno... —dice José al fin—, el barrio judío está ahí al lado, no es que vayamos a dejar de vernos.

—No... —contesta Abraham agachándose a por el bastón para entregárselo al viejo—, por supuesto que no.

José de Los Cerros echa otro vistazo al hueco que ha dejado la *mezuzá*; otra vez, por instinto, lo acaricia. Entra al que un día fue su hogar, al que abandonó al renunciar a la ley de Moisés. Apenas ha cambiado. Pasea por sus estancias vacías, se detiene en la sala de las tinajas, las contempla con su único ojo, observa aquella junto a la que Abraham se detenía a recordar a su hermano robado y ve imágenes de otro tiempo, cuando era joven, cuando las cosas tampoco eran fáciles para su pueblo, pero los dejaban vivir. Entra a la sinagoga. Los arcos de piedra, la pared orientada a Jerusalén, ya sin el *hejal*, los pozos. Una sala ahora desnuda, vacía, en la que casi puede oír ecos de voces pasadas. Toma una lámpara y desciende con torpeza a la *mikvé*. Todavía se le eriza la piel cuando encuentra los siete escalones que conducen al agua inquieta y limpia. Cuelga la lámpara en uno de los muros y comienza a despojarse de la ropa. Ya desnudo, baja escalón a escalón sujetándose a la pared, siente el frío del agua en los tobillos, después en las rodillas, y en todo su cuerpo al sumergirse en posición fetal, lamentando el día en que su debilidad le hizo apostatar, esperando que el baño lo purifique. Al salir, vuelve a cubrir su cuerpo mojado y piensa que, si él no estuviera bautizado, ahora la vieja sinagoga pertenecería a cualquier familia cristiana a la que no le importaría dividirla para revenderla.

El único ruido que oyen a esas horas es el de los cascos de la mula levantando el polvo de la calle. Alina y Abraham caminan junto al animal despacio. La luminosidad de ese día claro se refleja en la cal de las fachadas. Llegan a una modesta puerta con la madera carcomida, con desconchones en los muros, con una pequeña ventana enrejada. Se detienen frente a ella sin decidirse a entrar. Abraham echa un vistazo a su nuevo barrio, algunos vecinos se han asomado a curiosear; sus caras reflejan el mismo desamparo, el mismo futuro incierto. Es Alina la que por fin se decide, desata un fardo:

—¡Bien, pues vamos!

Abraham no le deja coger el bulto.

—Venga, entra y descansa, yo descargo todo esto.

—¡Pero si hemos andado quince minutos!

—Tú descansa...

La mujer entra en la casa y Abraham piensa en la suerte de tenerla al lado, en su serenidad, en ese optimismo que le gustaría compartir. Sigue sus pasos, espera en el umbral a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad del interior. Son tres piezas. Alina ya se ha puesto a arreglar lo que será un minúsculo dormitorio en

el que duda que vaya a caber una cuna. La cocina será justo la entrada, donde una chimenea ahumada espera a volver a ser útil. Al fondo, la sala que han reservado como sinagoga, la orientada hacia Jerusalén. Una sala oscura de paredes desconchadas, muy diferentes a esos otros muros que han dejado atrás. Al fondo, el *hejal*, colocado allí días antes, guarda los rollos sagrados que, por suerte, pudieron evitar que les confiscaran. Abraham sabe que no importa, que una sinagoga no es un edificio, una sinagoga es un lugar de encuentro, un centro para la comunidad, es donde se reúne el pueblo de Adonai. Alina lo rescata de sus pensamientos:

—Estaremos bien aquí.

Abraham abraza a su mujer, le acaricia la barriga. Unos rostros asoman tímidos por la puerta.

—Hola, rabino...

Son los hombres que acuden a su nueva sinagoga, casi los mismos hombres que antes acudían a la antigua; casi los mismos hombres que se han visto obligados a realojarse en la judería. Casi los mismos, salvo aquellos que optaron por tomar el bautismo. Alina se retira, prudente, detrás de unos biombos dispuestos para separar el rincón que hará las funciones de *azará*. Abraham se sitúa sobre la modesta *bimá*, hecha con unos cuantos tablones en los que se ha tallado la estrella de David. Abraham se fija en los asistentes: algunos con las miradas caídas, otros acariciándose las barbas, todos con los rostros de una vida perdida y la inquietud de otra incierta. Se da cuenta de que comparten la misma tristeza, la misma preocupación, y, también, de que él es quien debe animarlos a seguir adelante.

—Adonai pone de vez en cuando a su pueblo a prueba —dice—. Y esto es lo que nos está ocurriendo ahora. Como en su día hizo con Moisés, como hizo cuando la destrucción del segundo Templo. No queráis averiguar sus motivos. Solo seguidlo. En todas estas ocasiones, los ha habido débiles y han renunciado a la ley. Hasta Maimónides lo hizo. No debemos juzgarlos nosotros. Como tampoco debemos pensar que él nos abandona. Nunca lo hace. Ahora tenemos esta sinagoga, este recinto modesto, y aquí lo honraremos.

Los hombres parecen relajar sus gestos, pero Abraham sabe que no ha conseguido calmar su desazón. Nada podrá conseguirlo.

—Ahora id a vuestros nuevos hogares, haced de ellos como hicisteis de los anteriores: un lugar de unión para vuestras familias.

La nueva sinagoga se vacía. Contempla los modestos muros e intenta

convencerse de sus propias palabras. Fuera, Alina cose una rodela bermellón en su ropa. Se acerca a ella, le acaricia la barriga, la besa en la frente.

## 12

2007

*El ruido de las ruedas de la maleta sobre el empedrado era el único en la calle. La parada de taxis estaba vacía y la estación, lejos. La brisa había calmado el calor de la tarde. No había ni un alma. Me senté en un banco. No me arrepentía de no haber esperado al día siguiente para irme, aunque quizá tendría que quedarme sentado toda la noche en ese banco. Pensé en mi padre, en su cara de triunfo cuando le explicara, ya en la granja, que volvía para cuidar del ganado; que quizá con suerte podría participar de algún modo en redescubrir la historia de mi pueblo; pero siempre como una afición, sin desatender lo importante: el negocio familiar. Me sentí ridículo al ser consciente de mi ingenuidad cuando creí que aquel trabajo podría librarme de mi destino. «¿Historia? —dijo mi padre cuando le conté en qué me había matriculado—. ¿Y para qué te va a servir eso?», preguntó sin esperar respuesta. Tuve la esperanza de haberlo conseguido al llegar a Los Cerros, aunque fuera trabajando como la mula, por techo y comida. Supuse que sería el primer escalón, un paso previo a un futuro que sí deseaba, lejos de la granja.*

*Pero solo sirvió para darme un poco más de tiempo.*

*Para permitirme seguir soñando.*

*Para retrasar lo inevitable.*

*—¿Qué haces aquí, Dante de Alcaraz?*

*Ni siquiera me había percatado de que Elena se acercaba.*

*—Esperar un taxi.*

*Arrugó la frente, burlona. No revelaba ni un pequeño resquicio de resentimiento:*

*—¿A estas horas?*

Me encogí de hombros.

—¿Y a dónde vas?

—A la estación.

—¿A estas horas hay trenes?

—No tengo prisa —dije. No me apetecía dar explicaciones.

Elena se sentó junto a mí. Cerca.

—¿Te vas? —preguntó al fin.

Asentí con la cabeza.

—Mira —dijo—, es tarde. ¿Por qué no vuelves al piso, duermes, y mañana pillas el taxi?

—No puedo, ya no tengo las llaves.

—Pues llamas.

Negué con la cabeza.

—No sé qué habrá pasado con *tu amor*, pero está claro que no quieres volver. Venga, ven a dormir a casa y mañana te vas a donde quieras. ¿Para qué pasar la noche en un banco?

No contesté, ella se puso en pie, cogió el asa de la maleta y dijo:

—¡No seas capullo, Dante de Alcaraz! Vamos a casa.

Me levanté del banco y la seguí. Iba tirando de la maleta, con la cabeza alta, el brazo libre adelante y atrás, los pies apuntando hacia afuera. Segura. Yo adivinaba su sonrisa. Solo el ruido de las ruedas nos acompañó hasta su puerta. La abrió, dejó el equipaje dentro, la cerró y se volvió hacia mí.

—Pues ahora, al Ibuit a tomar algo. ¡Tengo hambre! Iba hacia allí cuando te he encontrado.

—No me apetece ir al Ibuit.

—¿Están allí?

—¿Quiénes? —pregunté en un intento de hacerle creer que no la entendía.

—Ay, Dante de Alcaraz..., ¿qué voy a hacer contigo? ¡Vamos!

Volvió a echar a andar delante de mí y yo la seguí otra vez. Al fin y al cabo, ya no tenía llaves ni maleta.

Poco antes de llegar, acortó sus pasos para esperar a que llegara a su lado.

—Escucha —dijo—. Naturalidad. Que piensen que te importa una mierda. ¡Y haz el favor de alegrar esa cara!

Ya en el Ibuit, los vimos sentados en la terraza. Elena me hizo una seña para que no me dirigiera a ellos y me indicó el camino de la barra.

—¡Jorge, que me tienes seca! —gritó nada más llegar.

El camarero se acercó con un quinto en una mano y un tercio en la otra. Abrió las botellas frente a nosotros y nos puso un plato de patatas fritas junto a los vasos.

—¿Qué es esto? ¡Ponnos unas croquetas, que venimos sin cenar!

Jorge se rio, entró en la cocina y salió con un plato de croquetas.

—¡Así me gusta! —dijo Elena. Después elevó su botellín hacia mí. Choqué mi vidrio con el suyo—. Venga, ahora sí, vamos. —Y se dirigió a la terraza.

—Hola, parejita —dijo Ladislao al vernos.

Elena se sentó en una de las sillas libres y yo en la que quedaba junto a Mara, evitando mirarla.

—¡Fíjate! ¡Justo lo mismo os iba a decir yo a vosotros! ¿Sabéis que he pillado a este —me señaló con la boca del botellín— con la maleta en la parada de taxis?

Mara estiró el cuello y la espalda, Ladislao sonrió.

—¿Dónde ibas? —preguntó Mara.

—A casa... —contesté.

—Ladislao —dijo Elena—, tú mañana te vas a Madrid. ¿No podrías llevarlo?

Antes de que Ladislao pudiera contestar, habló Mara:

—¿Te vas mañana?

El jefe asintió.

—¿Y lo sabe esta y yo no?

—Esta se llama... —comencé a decir dejando que mi enfado por fin aflorara; pero Elena me puso una mano en el brazo para detenerme.

Mara ni siquiera me escuchaba.

—¿Y qué vas, a ver a tu hijito? —preguntó, y Ladislao perdió su sonrisa autosuficiente—. ¿Por qué no los traes para que los conozca?

Ladislao dejó la copa con un golpe sobre la mesa, se levantó de modo que casi hace volcar la silla y se alejó conteniendo la rabia. Mara se dejó caer sobre el respaldo.

—¡A la mierda! —dijo como si nosotros no estuviéramos.

Elena tomó un trago de cerveza.

—No los trae para que no le roben al niño. Aquí desaparecen niños, Mara de Albacete...

Mara enfocó a mi amiga. Nunca había visto tanta rabia dentro de aquellos

ojos. Y mira que los había contemplado veces.

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

—Bueno, espero que nunca lo compruebes por ti misma...

—¿Tú sí lo has comprobado? —dijo Mara, y la saliva se le escapó de los labios—. ¿Has tenido que perder algún bebé de alguno de esos que te tiras?

Elena apuró su botellín. Era la primera vez que veía una sonrisa forzada en sus labios. Se levantó sin decir nada y echó a andar calle adelante. Su cabeza alta, sus pies apuntando hacia afuera. Yo no apuré mi cerveza, también me levanté.

—Gilipollas... —dije.

Y por primera vez desde que la conocí, sus ojos parecían desconcertados. No se podía creer que su perrito faldero le mordiera la mano.

Ni siquiera me volví a mirarla, alcancé a Elena al torcer la esquina.

—No le hagas caso —dije—. Es solo que...

Su sonrisa volvía a ser franca.

—¿Qué?

—Que se ve que está enamorada.

—Se hacen muchas tonterías por amor, ¿verdad, Dante de Alcaraz?

—Se ve que sí...

—Se ve que sí —repitió. Y continuó adelante.

Esta vez caminé a su lado.

—¿Sabes que perdí un hermano? —dijo ella por fin.

—¿Qué le pasó?

—Desapareció. Nunca se supo.

—¿Cuántos años tenía?

—Era un bebé.

—¿Cómo puede perderse un bebé?

—No se perdió. Lo robaron. Mi madre después... Bueno, no pudo soportarlo.

—¿Lo perdiste tú?

—Yo solo tenía nueve años... Me empeñé en llevarlo al parque. Lo dejé nada más que un ratito... Los columpios eran una tentación muy grande para una niña de nueve años, Dante de Alcaraz. Fueron unos minutos..., creo. Pero cuando volví ya no estaba... Mi madre nunca me perdonó. «Jamás podrás tener tu propia familia», me dijo. Y tenía razón.

Había dejado de caminar con la cabeza erguida, su cuello se doblaba hacia el suelo como un junco al viento. Le pasé una mano por el hombro, la atraje hacia mí. No sabía qué decir.

—¿Pensaste que ese cráneo sería...?

Movió la cabeza arriba y abajo. Dos lágrimas empezaban a resbalar por sus mejillas. La apreté más contra mí. Ella apoyó la cabeza sobre mi hombro y continuamos en silencio. Solo volvió a hablar al llegar a la puerta de su casa:

—No tengo cuarto de invitados. Tendremos que compartir cama.

Me encogí de hombros.

—¿Y no te asusta? Te advierto que duermo desnuda.

No dije nada. Elena soltó su risa abierta y alegre de siempre.

—¡Ay, Dante de Alcaraz...! Tranquilo. Te respetaré.

Los dos nos reímos.

Elena cumplía sus promesas. Durmió desnuda. Y me respetó.

Al despertar por la mañana, ella ya no estaba. No sabía dónde podría haber ido, pero ya la conocía. Quizá a trabajar. Pensé en pasarme a recoger el otro bloc de dibujo que había dejado en la obra y después dirigirme a la parada de taxis. Pero tampoco quería irme así, sin decirle adiós. Me levanté y busqué en la cocina. Encontré una caja de cereales con fibra, un cartón de leche en el frigorífico. Me serví un tazón y me senté a la mesa a desayunar. Mientras masticaba, me fijé en una de las fotos. Era una Elena niña posando junto a su padre delante de un paisaje verde. Terminé el desayuno, abrí la maleta, tomé los lápices y el bloc y me senté a dibujarlos. No sé el tiempo que pasó. Cuando había terminado, la puerta de la calle se abrió y volvió a aparecer ella.

—¡Buenos días, Dante de Alcaraz! ¿Todavía en pijama? ¡Has debido de dormir bien!

—Buenos días —dije. Al levantar la cabeza descubrí que no venía sola.

Adnan entró con ella.

—Hola, Dante —dijo.

Saludé con un gesto.

—Me ha dicho Elena que te vas.

Asentí.

—Eso es que no aceptas mi oferta. ¿No pensabas decírmelo?

No contesté.

—Sé que no es una gran oferta. Pero es lo que podemos ofrecer. Y pensaba

que además a ti también te vendría bien para no tener que volver a donde no quieres.

Elena se encogió de hombros con una sonrisa.

—Bueno —dijo—, si no te apetece vivir con este tío, siempre podrías quedarte aquí.

—No es por eso, yo...

—¿Y si te dijera que de verdad creo que nos puedes ayudar con esto? ¿No te gustaría terminar de descubrir lo que hay? ¿Y si te quedas unos días más? Siempre estarás a tiempo de irte. Vamos a probar. Date un tiempo antes de volver a la granja.

—Es que es por Mara —dijo Elena dirigiéndose a Adnan—. Está harto, ¿sabes? Cree que huyendo lo solucionará.

—No huyo —dije molesto—. Solo creo que no pinto nada aquí.

Elena rodeó la mesa, se colocó detrás de mí, movió el bloc para contemplar mejor el dibujo. Después me acarició la cabeza y me besó la coronilla.

—Pues pintar no sé, pero dibujar... ¡Gracias! ¡Quédate, porfa!

—Unos días... —dije—. Y después vemos.

—¡Vale! —dijo ella.

—De acuerdo —dijo Adnan.

—Entonces, ¿te quedas con él o conmigo?

Adnan me sacó del aprieto:

—Creo que será mejor que se quede en mi casa para que Ladislao no sospeche.

—¡Mejor! —dijo Elena—. No te ofendas, Dante de Alcaraz, pero es que contigo aquí me voy a convertir en monja. ¡Y yo tengo mis necesidades! —Señaló al dibujo—. ¿Me lo regalas?

—Claro —dije mientras arrancaba la hoja.

Ella lo cogió, buscó un lugar en la estantería y lo colocó de modo que no se doblara.

—¡Pues ya está! —dijo—. ¡Todo arreglado!

1412

Desde que la dejó, unos meses atrás, Abraham no había vuelto a entrar en la vieja sinagoga. Ahora está frente a la puerta del patio y aún le parece que

regresaba a su hogar. Pero sabe que solo es un extraño, que su lugar es otro, el modesto barrio de casas encaladas donde se les permite residir. Acude al aviso que José de Los Cerros le hizo llegar. Esa puerta le trae recuerdos de otra época, de una niñez tranquila, aunque triste casi siempre, recuerdos de estudio y de rezos; recuerdos horribles de sus padres, de su hermano robado.

José de Los Cerros abre la puerta, su media sonrisa quemada le da la bienvenida. Se aparta a un lado para permitirle entrar a esa sala amplia de columnas y arcos robustos. Abraham se dirige a los pozos y puede adivinar, sin asomarse a ellos, en cuáles el agua susurra nerviosa y en cuáles descansa. Desde una de las esquinas, una tos llama su atención. Es Francisco el albañil, apoyado sobre un garrote intentando retener los pulmones dentro de su pecho. Abraham tensa los hombros, frunce el ceño, lanza una mirada rápida y furiosa a su mentor y se dirige a la salida.

—¡Espera! —Oye a su espalda entre toses.

El antiguo rabino también le pide que aguarde un momento:

—Está muy enfermo. Yo ya no puedo hacer nada por él, pero tú...

Abraham ignora las toses del albañil.

—No es asunto mío. Buscad un médico cristiano, yo tengo que volver a mi sitio.

—Le contaré la verdad... —Abraham oye esas palabras a su espalda y reconoce la voz, aquella misma voz que retumbaba entre las paredes de una tinaja. Más apagada, más débil; una voz que ya no lo paraliza de miedo. Cuatro palabras que consiguen que detenga su camino—. Se lo contaré..., le diré quién es. —La tos lo vuelve a interrumpir.

—¿Esputas sangre? —pregunta Abraham.

El albañil asiente entre toses.

—Más vale que lo hagas pronto, o busques a otro médico cuanto antes.

—Escucha, rabino —suplica el albañil entre ahogos—. Mi nuera va a tener un hijo. No te pido que me salves la vida, solo quiero durar hasta conocerlo. Sé que eres el mejor médico de Los Cerros, y sé... lo que te hice. No acudiría a ti si no necesitara conocer a ese niño. Yo también... sufrí una pérdida. El mismo día que tú. Pero eso no me excusa de nada. Pagaré por mis pecados. Se lo contaré... cuando bauticen al pequeño. Entonces tu hermano sabrá quién es. Lo único que deseo es conocerlo.

—Cuéntale ahora lo que pasó. Llámalo y confiesa. Y yo haré todo lo que esté en mi mano por ti.

—¡No! ¡Ese niño ha de ser bautizado antes!

Abraham se enfrenta al viejo albañil y se pregunta cómo alguna vez ese hombre pudo causarle tanto terror.

—¡Mucha altivez es esa para un moribundo!

—¿No lo entiendes, rabino? No temo por mi vida. Solo pido unos meses más. No le contaré nada hasta después del bautizo.

—No creo que aguantes tanto, albañil. Que tu dios te perdone los grandes pecados que cometiste.

Abraham sale de la antigua sinagoga a grandes zancadas, siente el calor en sus mejillas, los puños apretados. Ni siquiera se fija en la gente que mira con recelo a un judío fuera del barrio que se les ha asignado.

José y el albañil se han quedado en la sala de las columnas, mirando la luz que entra por la puerta hasta que la sombra de una figura recortada por la claridad los saca de su ensimismamiento. El albañil piensa que lo ha pensado mejor, que accederá a su petición, pero la voz de su hijo lo desengaña.

—¿Qué haces aquí? —pregunta mirando al padre y al viejo tullido.

—Solo buscaba ayuda para conocer a mi nieto. —La tos tiñe el pañuelo del albañil de rojo.

—¿Otra vez ese rabino?

El padre asiente.

—¡Ya se negó con madre! ¿Por qué iba a hacerlo ahora? ¡Ese maldito judío nos odia! ¿Por qué seguís acudiendo a él?

José de Los Cerros y Francisco se miran el uno al otro.

Ambos saben.

Pero ninguno contesta.

## 13

2007

*Adnan* me invitó a entrar antes que él. Su casa no era mucho mayor que la de Elena, aunque tenía un cuarto más. Me guio hasta la que sería mi habitación y me invitó a dejar la maleta. Después me mostró dónde estaba todo en la cocina; señaló los libros de las estanterías y me animó a coger el que me apeteciera. Esa casa debía de ser tan antigua como la de Elena, aunque mejor reformada. El baño estaba dentro y, aunque sin bañera, el plato de ducha era amplio. Había radiadores en las paredes y los muebles eran mucho más nuevos.

—Me gustaría ir a la obra a recoger mi bloc y lo que me dejé allí.

*Adnan* me ofreció un llavero.

—Siéntete en tu casa. Entrás y sales cuando quieras.

En la obra, los albañiles retiraban escombros por la puerta del patio. Los elevaban desde la cantina de la *mikvé* con un capazo y una polea a través de un hueco en el suelo. Mara estaba al lado, revisando por si encontraban algún pequeño objeto más.

—¿Habéis tenido que agujerear el suelo? —dije al entrar.

Mara tampoco saludó, pero me contestó:

—Estaba ahí. No sabemos por qué. Se puede ver la *mikvé* desde arriba. Lo hemos aprovechado para retirar material.

Miré a través del hueco y, en efecto, pude distinguir el pequeño aljibe. La puerta del patio, a mi izquierda, dejaba pasar la luz del sol. Abajo, los obreros continuaban con su trabajo.

—Bueno —dije—, voy a recoger mis cosas.

Mara asintió y siguió a lo suyo. La observé desde lo alto. Su pelo negro, su figura delgada, sus piernas flexionadas sobre el suelo. Esperé una mirada que lo

arreglara todo. Una mirada que no llegó. Yo aún no había olvidado cómo se portó con Elena, y a ella puede que todavía le retumbara mi «gilipollas» en los oídos. Subí al primer piso, donde había dejado el cuaderno en el que dibujé los hallazgos. Me senté junto a las columnas de la galería de mujeres. Repasé los dibujos recordando mis pensamientos en el momento de bosquejarlos. Y descubrí que siempre confluían en un punto: Mara.

Después salí de allí sabiendo que quizá no volvería a entrar. Pensando en cuánto había cambiado todo en tan poco tiempo; sintiéndome como si esas semanas me hubieran envejecido, como si esas piedras me hubieran contagiado su edad y me hubieran diluido aquella ilusión casi adolescente con la que entré por primera vez. Caminaba por esas callejuelas estrechas de flancos blancos de cal que ya conocía, junto a la muralla que ya no me sorprendía tanto. Caminaba y pensaba en Mara. Y cuanto más me acercaba a casa de Adnan, cuanto más me alejaba de la sinagoga, más me arrepentía de aquel «gilipollas».

Al llegar a la puerta de Adnan, Elena me gritó desde el otro lado de la calle. La vi acercarse con ese andar suyo, esa despreocupación suya.

—Bueno, chico. Ya está bien de remolonear. Tenemos que ir a trabajar. Ahora te pagan.

—¿Tenemos?

—Yo también trabajo, Dante de Alcaraz. Adnan quiere que te enseñe los archivos. ¿Tú sabes lo tranquilo, silencioso e íntimo que es el archivo, Dante de Alcaraz?

Elena debió de ver el temor en mis ojos y soltó una carcajada que rebotó entre la cal de las fachadas.

—Ay, Dante de Alcaraz..., qué fácil es quedarse contigo. Anda, vamos.

Recorrimos la calle Real, una de las pocas travesías largas y casi rectas. Elena se fijó en una pareja que teníamos delante, la mujer empujaba un carrito de bebé. Me dio un codazo y aceleró el paso hasta alcanzarlos, la seguí un poco por detrás.

—¡Hola, Ladislao! —dijo.

Los cuatro nos detuvimos en medio de la acera. La boca de Ladislao se esforzaba por sonreír, sus ojos se entrecerraban. Pasó una mano por la cintura de la mujer y entonces me fijé en ella. Era alta, rubia, de pelo liso. Su cuello, largo, se estiró más al mirar a Elena, sus fosas nasales se dilataron, bajó la vista hasta el suelo sin inclinar un solo grado la cabeza y, desde allí, sus ojos recorrieron despacio a mi amiga.

—¿Qué tal? Soy Elena.

Ella ni siquiera amagó un saludo, Ladislao no nos dijo su nombre.

—¿Es tu hijo? —dijo Elena sin prestar atención al desaire, sin importarle lo más mínimo—. ¡Qué valiente! ¡Aquí se roban niños! ¿No te lo ha dicho tu marido?

—Deja de decir tonterías —dijo Ladislao, y me miró—. ¿Sigues aquí?

—Me quedo en casa de Adnan.

—¿Para qué?

—No me apetece irme...

—Olvídate de esa sinagoga, ¿me entiendes? Esto se va a acabar ya.

—Tenemos que irnos... —dije.

Ladislao y su mujer se quedaron en el mismo lugar en el que los encontramos. Unos pasos más allá, Elena se volvió y gritó:

—¡Cuidadlo bien!

La mujer apretó los puños sobre el carrito.

Elena se dirigió a mí:

—Cuando se entere Mara...

Me encogí de hombros.

1412

Las mujeres pululan nerviosas por la casa, las ollas de agua hirviendo, los paños. Abraham entra al dormitorio y contempla la cara congestionada de Alina.

—Ya está aquí... —dice ella intentando disimular el dolor y cogiendo su mano.

Abraham cruza su mirada con la comadrona y ambos se entienden sin decir nada. Salen del cuarto para que ella no pueda oírlos.

—El niño no viene de cabeza... —dice la mujerona en un susurro—. Rabino..., se nos puede ir...

Elena siente los dolores del parto. Aprieta la mano de su marido, mira a su suegro:

—Será mejor que aviséis a la comadrona —dice.

El viejo albañil levanta la mirada confuso:

—¡Si aún faltan dos meses!

La muchacha contrae sus labios. Francisco se levanta, se vuelve a sentar, de nuevo se pone en pie.

—¿Qué hacemos? —le pregunta a su padre.

—Será mejor que vayas a avisar —contesta entre toses.

Francisco corre hacia la puerta mientras su padre intenta mitigar las toses dentro de un paño y Elena se agarra con fuerza al borde de la mesa, resopla, intenta incorporarse. El muchacho regresa a su lado, la ayuda a levantarse.

—Ayúdame a llegar a la cama...

—¡Ya la ayudo yo! ¡Tú ve a avisar! ¡Rápido!

Abraham recorre la habitación de un lado a otro, los ojos fijos en el suelo. El niño viene en mala posición, su mujer no va a poder dar a luz. Si a Alina le pasa algo... ¿Por qué ese empeño en tener un hijo? ¿Por qué Adonai se lo concede cuando ya no albergaban esperanzas para ahora llevárselos a ambos? ¿Y él? ¿Qué puede hacer él? Si ha de elegir, prefiere conservar a su mujer antes que a ese niño que todavía no conoce. ¿Y si es el bebé el que sobrevive? Adivina su futuro como el del viejo rabino: solo, haciéndose cargo de un pequeño al que no sabe muy bien cómo tratar. Mira al cielo a través del techo. «¡Esto no! —grita—. ¡Esto no! ¡Alina no!»

El viejo albañil deja a su nuera tendida en la cama entre contracciones. Se excusa en las toses para salir del cuarto. Sus fuerzas solo le alcanzan para llegar a la silla junto al fuego y se afana en respirar el poco aire que sus pulmones ya son capaces de captar. Observa los dibujos que forman las pequeñas llamas contra la oscuridad de la cocina. «Dos meses antes...», piensa. Y recuerda al alfarero, aquella primera visita.

Abraham llama a la comadrona:

—Necesito el cuchillo más afilado que podamos encontrar. Y cuerdas, una aguja e hilo.

La sorpresa de la mujer se refleja en el gesto de sus labios.

—¿Qué vas a hacer, rabino?

—Lo que no voy a dejar es que se vaya. No sin intentarlo todo. ¡Encuentra lo que te digo, rápido!

Abraham recuerda antiguos textos leídos. Le hubiera gustado disponer de ellos ahora, no tener que confiarlo todo a su memoria, pero sabe que se ha hecho

antes. Se han extraído niños de los vientres de madres fallecidas. Algunos vivos. En la *Historia natural*, Plinio el Viejo cuenta que el primero de los Césares llevó su nombre por haber sido extraído del útero de su madre, y que Escipión el Africano fue sacado de su madre muerta. Siempre ha supuesto que eran leyendas. Conoce historias de la mitología, de dioses nacidos así: Esculapio, Dionisio... Nunca se ha hecho en una mujer viva pero... ¿por qué no intentarlo? ¿Por qué dejar que se vayan ambos? Recorre a grandes zancadas la habitación, abre la puerta, grita a la comadrona y a las mujeres que esperan fuera:

—¡Traedme lo que he pedido, ponedla sobre la mesa y abandonad todas la estancia!

La comadrona entra en la casa. Francisco, detrás de ella. Elena gime de dolor tendida en la cama, su marido acude a su lado hasta que la mujer lo obliga a salir de la habitación.

—Dos meses de antelación... Quizá no viva —dice seria mientras se remanga.

—¿Y ella?

La comadrona toca el vientre de Elena, introduce sus brazos fuertes entre las piernas.

—El niño viene bien colocado. Ella no tendrá problemas.

Francisco respira aliviado: podrá tener otro hijo, pero no podría sustituirla a ella.

Abraham tiene a Alina tendida sobre la mesa. Están ellos solos, como tantas otras veces; toma el cuchillo del fuego, murmulla susurros de amor que pretenden aliviar el miedo que ambos sienten. La mira a los ojos, consciente de que puede ser la última vez que contemple en ellos la belleza de la vida. Acerca sus labios a los de ella, los besa con toda la ternura de que es capaz. Alina acaricia su mentón, intenta una sonrisa entre dolores; sus dedos tiemblan, el sudor en las sienes, los labios contraídos.

—Te amo —dice el rabino.

Alina pasa las yemas trémulas por sus labios. Otra contracción cierra sus párpados y arruga su frente. Abraham es consciente de que no hay tiempo. Ata las muñecas y los tobillos de su mujer a las patas de la mesa. Se sitúa a su lado izquierdo, teme que si corta por el otro pueda dañar el hígado. Le pide que muerda con todas sus fuerzas un paño enrollado. Coloca el filo todavía

encarnado de fuego sobre la piel y un grito tremendo, hondo, del dolor de la muerte, escapa de la garganta de Alina; un grito que impulsa a Abraham a no demorarse, a seccionar con toda la limpieza que su habilidad le permite. Un grito que se ahoga entre los muros de una modesta sinagoga improvisada; un grito que surge como la lava de un volcán y luego regresa a las honduras de las que ha partido para dejar reinar el silencio. Alina se ha desmayado y Abraham, entre lágrimas, termina de abrir el vientre de la mujer que ama. El vientre que lleva a su propio hijo.

—¡Empuja! —grita la comadrona, y Elena aprieta con toda la fuerza de la que es capaz, expulsando el aire de sus pulmones y las heces de sus intestinos—. ¡Un poco más! ¡Solo un poco más! —insiste la mujer.

Y ella trata de obedecer, deseosa de terminar cuanto antes con tanto sufrimiento.

Francisco y su padre esperan junto a la puerta del cuarto, oyen los gritos de la comadrona y los gemidos de la muchacha. Ambos aguardan otro sonido: el sonido de la vida; el llanto de un hijo, el primero, el más esperado. De pronto, se hace el silencio dentro, los dos hombres se miran a los ojos. Francisco interroga con los suyos a su padre, este se encoge de hombros.

—¡Tú sabrás! —exclama—. ¿Qué pasó cuando yo nací?

Los tejidos de Alina ceden al paso del filo cortante. Abraham se asombra al abrir y descubrir la cara arrugada, contraída por el sufrimiento, de un bebé. ¡Un niño! Lo toma con ambas manos, lo extrae del vientre de Alina con rapidez. Todavía unido a su madre por el cordón umbilical, apenas tiene tiempo para comprobar si vive. No hay tiempo, la vida de su mujer se escapa por las rendijas de los tablones que la sujetan. Y ahora que lo ha visto, ahora que ha descubierto unos ojos cerrados, unos puños minúsculos, un pecho indefenso, la elección no está tan clara como hace unos minutos. Su mujer o su hijo... Ata el cordón con un hilo y lo corta. Lo toma de los pies, boca abajo, azota con suavidad las pequeñas nalgas. Ninguna reacción. Lo azota un poco más fuerte, temiendo romper algo tan delicado; pero continúa sin obtener respuesta. Su mujer, aún abierta. Necesita coser esas heridas cuanto antes, pero... ¿cómo dejarlo? ¡Es su hijo! La desesperación lo obliga a azotar al pequeño con fuerza.

—¡Despierta de una vez!

Y el niño por fin llora. Un llanto de incomprensión por haber llegado a un

mundo duro, muy diferente del lugar cálido y cómodo que hasta ahora ha conocido.

Abraham llama a gritos a la comadrona, esta entra en la habitación a toda prisa, como si hubiera estado esperando la orden desde el momento que fue obligada a abandonarla.

—¡Cuidate de él! ¡Yo aún tengo que hacer!

La mujerona se dispone a lavar al pequeño antes de envolverlo entre paños, pero no deja de mirar de soslayo al rabino inclinado sobre el cuerpo de su mujer inerte, afanado con aguja e hilo como si estuviera arreglando una levita. El niño continúa llorando. Ahora que ha arrancado, no desea detener su protesta, y ella lo lava con cuidado, lo arropa, lo acuna.

Mientras, Abraham termina de cerrar la herida, la limpia con cuidado, con todo el amor que cabe en un hombre. Coloca una cataplasma sobre las costuras. Se acerca a la frente de su mujer, la besa. Después repara en el asombro de la comadrona. Las lágrimas, ahora que la tensión comienza a aligerarse, logran escapar de sus ojos. El niño ha dejado de llorar. Es el turno del padre. La mujerona, todavía con la boca abierta, no deja de mecer al pequeño entre sus brazos.

—¿Respira? —pregunta sin apenas atreverse.

Abraham asiente en silencio.

—¡Es un milagro! —grita la mujerona.

El niño, sobresaltado, vuelve a llorar.

—No..., aún no lo es... Está muy débil. Escucha..., lo que has visto aquí... no ha sucedido. No se puede saber. Cubrámosle las heridas y llamemos para que nos ayuden a llevarla a la cama. Necesitaré de tu ayuda mientras ella...

La comadrona, todavía incrédula, asiente emocionada.

—No me separaré de ella. Ni del niño. Ni de ti, rabino...

Las palabras de su hijo todavía reverberan en los tímpanos del viejo albañil cuando un llanto acude a su rescate; un llanto que borra cualquier pregunta. La puerta se abre y aparece la comadrona.

—¡Enhorabuena, tenemos otro Francisco!

—¿Podemos entrar?

La mujer se aparta para permitirles el paso. Dentro, en la cama, los recibe la sonrisa sudorosa de Elena y una carita arrugada envuelta en paños blancos junto a ella.

—¡Es un niño! —dice la madre orgullosa—. Se llamará Tomás.

Francisco se sienta a su lado, pasa la punta del dedo por la cara de su hijo con cuidado de no romper algo que parece tan frágil. El viejo albañil lo contempla de pie, justo detrás de su hijo:

—¿Está bien? —pregunta.

—¡Muy bien! —contesta la comadrona a su espalda—. ¡Ni siquiera parece un sietemesino!

El viejo albañil cruza la mirada con la de su nuera. Él cree haber descubierto algo en ese cruce de miradas. Algo que no supo ver en la del alfarero en aquella visita.

Alina, ya en la cama, permanece inconsciente; la comadrona se ha hecho cargo del niño, y Abraham, sentado a su lado, sujeta su mano, acaricia su cara, contiene las lágrimas.

—No te vayas..., Alina, no nos dejes solos...

Deja reposar su cabeza sobre el pecho de la mujer, cierra los ojos, percibe los débiles latidos. «Al menos, todavía vive —piensa—. Si la herida sana bien...» Sus silenciosas súplicas se elevan por encima del tejado.

Francisco ha dejado a su mujer y al bebé al cuidado de su padre. Ha corrido en dirección a la iglesia. Todos sus ruegos se han visto cumplidos hoy y es justo agradecerlo. El viejo albañil entra en el cuarto. El niño duerme junto a su madre, ella ve a su suegro y sonrío.

—Ese niño no es sietemesino... —dice sin más preámbulos, tratando de zanjar ese asunto antes de que vuelva su hijo.

La sonrisa de Elena se congela.

—Este niño no es hijo de Fran... —Las toses no le dejan terminar la frase.

La muchacha se incorpora tratando de alcanzarlo para acompañar sus espasmos como tantas otras veces ha hecho desde que enfermó, pero el viejo le aparta el brazo. Ella vuelve a recostarse, un gesto de su frente refleja el dolor del parto, que todavía no se ha ido. Vigila la respiración tranquila de su pequeño, lo arropa un poco más. Su suegro deja de toser.

—Yo... —balbucea la muchacha—, mi padre...

El viejo albañil recuerda a su hijo enamorado, recuerda el primer día que los vio juntos, aquel sentimiento que él nunca había conocido.

—¿Quieres a Francisco?

—¡Lo quiero! ¡Desde el día en que llegasteis a trabajar en mi casa! ¡Desde siempre!

—Y... ¿entonces?

—Mi padre no quería casarme con... —la muchacha duda, el suegro la anima a continuar—, con el hijo de un albañil. Pactó mi matrimonio con el mayor de los Vélez y...

—¿Y...?

—Y él..., una tarde..., no sé cómo supo que no había nadie más en casa... Apareció y... —La muchacha se interrumpe entre sollozos.

—¿Te forzó?

La muchacha gimotea avergonzada.

—No..., solo me dijo que era lo normal..., que pronto estaríamos casados... Y yo..., yo no quería... ¡Ni siquiera deseaba casarme con él! Se puso pesado... y...

Su mirada vidriosa se estrella contra la de su suegro, dura y fría. Suplica que no la obligue a continuar. El viejo aparta sus ojos de los de ella y los dirige al niño, asiente despacio con la cabeza.

—¿El de los Vélez lo sabe?

Ella niega con la cabeza.

—¿Y por qué no te casaste con él?

—Al día siguiente, su padre envió a un criado con un mensaje para mi padre. Cancelaba la boda. Encontraron mejor partido... ¡Él ya lo sabía cuando...! — Los sollozos la interrumpen.

El viejo tose, se calma, le toma la mano. Al menos, su hijo nunca sabrá que ese pequeño no es suyo...

—No te preocupes... Nadie se enterará de esto. No tendré que guardarlo por mucho tiempo...

La muchacha se incorpora, abraza a su suegro, su llanto moja el pecho enfermo.

—¡No diga eso! ¡A usted también le quiero!

El viejo albañil acaricia la cabeza de su nuera. Apoya la mejilla sobre su pelo...

Sonríe.

# 14

2007

*Adnan* nos esperaba en el archivo. No sé por qué había imaginado un salón con las paredes forradas de madera, grandes estanterías hasta el techo, mesas con lámparas de lectura... Se trataba de una oficina aséptica, con una mesa color beis y una silla de trabajo azul en un rincón, y otra mesa más grande en el centro rodeada de más sillas también azules. Elena se sentó en el rincón.

—¡Pues aquí paso mis mañanas!

Abrió el cajón y sacó una taza de cerámica con una jirafa amarilla y lunares rosas dibujada y desapareció por una de las puertas. *Adnan* se sentó a un extremo de la mesa grande, dejó un sobre de plástico sobre ella.

—Quiero que leas esto —dijo.

Me acerqué a él. Dentro del plástico había un viejo papel amarillo con letras en caligrafía ilegible. Las arrugas indicaban que había estado doblado durante muchos años. Me senté al lado, tomé el plástico por una de sus esquinas e intenté leer hasta que pude comprobar que la asignatura de Paleografía no me había servido de mucho.

—No lo entiendo.

*Adnan* sacó otro papel más nuevo, mecanografiado.

—Esta es la transcripción.

Año de nuestro señor de 1412

Hoy he asistido al más increíble de los milagros de la mano del rabino Abraham. Estando su mujer de parto en su vivienda, que a la vez es sinagoga, resultó complicarse viniendo el niño en mala posición de modo que tanto él como la madre tenían las horas contadas. Pero el rabino, no resignándose a los designios de Adonai, mandó traer el

cuchillo más afilado y, con gran horror en mi corazón, nos ordenó abandonar la estancia. Después no dudó en rajar el vientre de la parturienta y extraer al niño, pasando después a coserla como si de una estera se tratase. Los dos, niño y mujer, sobrevivieron a tan tremendo trance, y habiéndome prohibido el rabino contar nada de lo que allí aconteció, escribo este papel para que quede constancia de un hecho tan milagroso e importante, y que un día alguien pueda conocerlo.

Terminé de leer y dejé a Adnan que se explicara.

—Este papel estaba en la viga de mi casa. Lo encontraron cuando hice la reforma. Había estado ahí escondido durante siglos, y llegó casi intacto a mí. Mi casa está justo en el límite de lo que fue la judería. Desde entonces he querido descubrir la sinagoga del rabino Abraham. He buscado en cada rincón de Los Cerros, he estudiado cada descubrimiento, he esperado cualquier pista. Mis esfuerzos se centraban en el perímetro de la judería. Sabía que aquel rabino no debía de ser uno cualquiera. No podía serlo alguien que practica una cesárea siglos antes de las cesáreas documentadas. Y también sé que aquella sinagoga guarda muchos más secretos. No hay constancia de un médico tan insigne en Los Cerros, ni de judíos ricos; aunque pienso que este debió de serlo. Fue este papel que escribió alguien deseando que aquel médico pasara a la posteridad lo que me ha motivado todos estos años. Tengo que encontrar su sinagoga y poder relacionar a su rabino con este papel. Y después pasará a la historia como el primer médico que practicó una cesárea. Se lo debo a los que habitaron mi casa antes que yo.

Elena regresó con su taza con la jirafa amarilla de lunares rosas justo cuando los dos habíamos quedado en silencio. Observó la cara de Adnan, sus ojos muy abiertos, su sonrisa amplia, sus manos aferradas al borde de la mesa.

—¿Te ha contado lo de su sinagoga? —Asentí con un gesto—. ¡Entonces ya eres de los suyos! —Se sentó a su mesa, encendió el ordenador y ya era como si nosotros no estuviéramos allí.

—¿Y por qué no has buscado antes en los archivos? —pregunté.

—Lo he hecho. He pasado aquí casi tantas horas como ella. Pero se ve que no buscaba en el lugar correcto.

—¿Y por qué me necesitas a mí? Ahora tienes más hilos de los que tirar.

—Porque no quiero tardar otros cuarenta años y no puedo estar aquí todo el día. Y porque Ermelindo te va a pagar lo que yo no podría pagarte.

—¡Los dos esperan que encuentres el tesoro! —gritó Elena desde su sitio sin

desatender la pantalla y tomando un sorbo de su taza.

—¿Tienes idea de por dónde empezar?

—Busquemos el rastro de los propietarios de esa sinagoga y llegaremos a él.

—Pero ¿y si al final resultara que no es una sinagoga?

—No puede ser otra cosa, Dante. Vamos a encontrar documentos que lo prueben, vamos a darle en las narices al catedrático engreído aquel y vamos a rescatar parte de la historia de Los Cerros.

—¡Y el tesoro! —volvió a interrumpir Elena—. ¡No te olvides del tesoro!

Adnan se levantó, recogió el plástico con el antiguo papel dentro, lo guardó en su cartera, le hizo un guiño a Elena y se despidió con un gesto del brazo. Yo permanecí allí sentado, pensando en la conversación. No muy seguro de que todo aquello no fuera una locura, una pérdida de tiempo.

—Y qué —Elena se encogió de hombros—, tampoco tienes nada mejor que hacer —dijo como si me leyera la mente.

—Buscarme un futuro...

—¿Eso existe? Deberías pensar más en el presente, Dante de Alcaraz. Y además, ¿quién te dice que no está aquí?

Uno nunca sabe dónde están las cosas importantes...

Pasé el resto de la mañana aprendiendo cómo buscar en los archivos porque Elena me advirtió: «No voy a estar todo el día pendiente de ti, que yo tengo cosas que hacer, Dante de Alcaraz. Tú muévete por aquí como por tu casa mientras no venga algún jefe». Cuando le pregunté si no era su trabajo atenderme, soltó una de sus carcajadas y dijo que ya le gustaría atenderme como ella querría, volvió a su mesa y me dejó entre documentos antiguos, un ordenador y todas las dudas que cabían en mi cabeza hasta que la volví a oír:

—¿Piensas pasarte aquí todo el día? Ya son las dos y media, y yo como.

Me levanté de la mesa y me dispuse a seguirla.

—No, señorito, no. Que yo no trabajo para usted. Esos expedientes a sus sitios antes de cerrar.

—No me extraña que tengas tan pocos clientes... —bromeé mientras recogía mis papeles y devolvía los legajos a sus estanterías.

—¿Has encontrado algo? —preguntó ya en la calle.

—Tú eres Vélez, ¿verdad?

—Sí.

—Pues aparte de un registro de tus parientes demasiado moderno para tener

que ver con la sinagoga, nada.

—¿Y qué hacías cotilleando a mi familia? ¡Mira! —dijo antes de que pudiera responder—, ¡ahí está Mara! ¿Se lo decimos?

Varios pasos antes de que llegara hasta nosotros supe que no haría falta que le dijéramos nada. Pude ver su frente arrugada, sus ojos caídos, sus pasos fuertes como si deseara aplastar la rabia a cada taconazo.

—¡Se la ha traído! —Se dirigió solo a mí, ignoró a Elena—. ¡Me prometió que la iba a dejar y se la ha traído!

Y entonces descubrí en sus ojos la pena. Me volví hacia Elena. No hizo falta que le dijera nada. Sonrió. Y adiviné en esa sonrisa un trazo de amargura.

—Ay, Dante de Alcaraz... —dijo—. A mí no me apetece comer, prefiero echarme una siesta. Mejor te vas con ella.

Se moría de hambre un rato atrás.

Nos alejamos en dirección al piso que antes fue de ambos, Mara dejó caer su cabeza sobre mi hombro y se abrazó a mi cintura. Yo la rodeé con mi brazo y no pude evitar echar un vistazo atrás. Allí seguía Elena, mirándonos. Me despidió con la mano, sin perder la sonrisa, después se volvió y comenzó a caminar en sentido contrario. Sus pies apuntando hacia afuera. Pero esta vez sus brazos no se movían con el brío habitual, y su cabeza se inclinaba hacia abajo.

—¿Qué miras? —dijo Mara desde mi hombro.

No contesté, solo dejé reposar mis ojos en los suyos. Sonrió. Era una sonrisa triste y, sin embargo, dulce como ninguna que me hubiera dedicado.

—Vamos a casa —dijo.

Entramos en el que ahora era solo el piso de ella. Cerré la puerta y al darme la vuelta la encontré frente a mí. Sus ojos ya no estaban vidriosos, me sonreía. Tomó una de mis manos con la suya, me atrajo hacia ella. Acercó su cara a la mía.

—Gracias —me susurró al oído. Después me besó la mejilla.

Las palabras habían huido de mí. Solo pude esbozar un gesto que quería decir «no hay por qué darte, siempre he estado aquí para esto». Tiró de mi mano hacia su cuarto, se tumbó en la cama sin soltarme y me invitó a hacerlo también. Me recosté a su lado, me abrazó, separó un poco su cabeza y me miró a los ojos. Y yo seguía sin atreverme a decir nada que pudiera estropearlo, solo intentaba avivar todos mis sentidos de modo que no se me escapara nada de aquel momento. Cuando acercó sus labios a los míos, yo recibí su beso apenas sin moverme, sin querer pensar en por qué, solo deseando que se detuviera el

tiempo. Apretó su cuerpo contra el mío, sus manos recorrieron mi espalda, se colaron bajo mi camiseta. Tanto tiempo esperándolo...

Uno nunca sabe dónde están las cosas importantes.

Pero yo sí sabía que aquel era el momento, el único que importaba. Deslicé mis manos bajo su blusa, acaricié su piel y tuve la sensación de no haber tocado nada más suave. Nuestros labios continuaban juntos, su lengua jugueteó entre los míos. Sus dedos abandonaron mi espalda para desabotonar su blusa. Interrumpimos el beso para que yo pudiera deshacerme de la camiseta y, lo que vi al descubrirme la cara, fue el cuerpo de Mara desnudo. Me detuve a contemplarla, ella acariciaba mi cara, tendida boca arriba. Besé su cuello, sus hombros, sus pechos, mientras Mara se deshacía del pantalón y después desabotonaba el mío. Nuestros labios volvían a unirse. Esta vez los acompañaban nuestros cuerpos, piel con piel. Me empujó contra el colchón, se incorporó sobre mí, me sentí dentro y todavía mudo, todavía temiendo hacer algo que lo estropeará, la dejé hacer, la dejé moverse sobre mí, la oí gemir, contemplé su cuerpo moviéndose, el vaivén de sus pechos, sus ojos cerrados hasta que los movimientos se aceleraron, por fin mi garganta emitía sonidos que no eran palabras, que solo acompañaban a los suyos y, al poco, se dejó caer sobre mí. Mis brazos la rodearon, su cabeza sumergida entre mi cuello y la almohada. Sentía su respiración agitada calmándose poco a poco.

—Te quiero —le susurré al oído.

Ella se incorporó, me dio un beso en la frente y salió al baño.

Me quedé en la cama desnudo, mi miembro flácido, sin saber muy bien qué había ocurrido, sin desear explicármelo, lamentando que el momento hubiera pasado.

Salió del baño con una camiseta grande.

—¿Tú no te duchas? —dijo.

—Claro...

Al volver de la ducha, vi que Mara dormía de costado. Me quedé un rato a contemplarla, a acompañar su respiración ya reposada. Me vi ridículo en el espejo. Me puse los calzoncillos y me tendí boca arriba al otro lado de la cama, mirando al techo. Creo que todavía sonreía cuando desperté. Lo hice antes que ella. No habíamos comido y el estómago reclamaba mi atención. Sabía que Mara siempre guardaba salchichas en el frigorífico. Calenté un par en el microondas y comí despacio, mirando la televisión sin atender demasiado. Recorrí el salón y volví a ver mis libros en las estanterías, mis llaves sobre la mesa, mi bloc de

dibujo tirado en alguna esquina.

Y todo era luz.

Mara no despertó hasta que ya empezaba a oscurecer. Salió de la habitación con la cara embotada de sueño, se acercó y me besó en la mejilla:

—¿Me doy una ducha y vamos al Ibut? ¡Tengo hambre!

Caminé junto a Mara como si levitara. De pronto, todo había cambiado; había olvidado los motivos por los que había querido marcharme. Poco antes de llegar, pasé un brazo por su cintura; ella se separó un poco, a una distancia suficiente para que mi abrazo no la alcanzara. No me importó: todavía hacía calor. Al tener a la vista la terraza, pudimos ver a Ladislao y su mujer ocupando nuestra mesa habitual. Entonces Mara rodeó mi cintura con su brazo. Puede que mi sonrisa nunca fuera tan amplia como entonces.

—¡Jorge, que me tienes se...!

Elena no terminó la frase. Se fijó en nosotros, y pude ver que algo cambió en ella.

—Hola, par... de dos —dijo—. ¿Qué vais a tomar?

—A mí pedidme una caña y algo de comer... —contestó Mara atenta a la terraza—. Voy a coger una mesa, ¿vale?

—¡Jorge! ¡Una caña, un tercio, otro quinto y croquetas! —gritó después de que Mara saliera—. ¿Te la has tirado?

No quería decir nada. Sentí la palmada de Elena en la espalda.

—Ay, Dante de Alcaraz... No te enteras de nada.

Jorge había dejado nuestro pedido sobre la barra.

—¿Vienes fuera?

—Claro, Dante de Alcaraz, claro.

Durante el breve recorrido hasta la terraza, pude percibir los ojos de Elena clavados en mi nuca.

Elena... A veces no me hacía reír tanto.

Nos sentamos a la mesa, Mara se había situado de modo que podía ver a Ladislao y su mujer. Yo también eché un vistazo. No parecían tener mucho que decirse. El carrito del bebé estaba entre ambos y ella lo mecía con movimientos monótonos, automáticos, pendiente del niño.

—Es malo... —Elena consiguió desviar nuestra atención del matrimonio—. Sí, Ladislao. Es malo.

—No empieces, Elena...

Aquella tarde, que había comenzado como nunca hubiera sido capaz de soñar, se estaba estropeando por momentos. A Mara le había vuelto a cambiar el humor y Elena no ayudaba.

Pero ya sabes cómo es Elena.

—¡Es que es malo, Dante de Alcaraz!

Esperé una reacción de Mara, temí otro enfrentamiento entre ellas. Pero ella no se alteró.

—Además —añadió Elena mirando a Mara—, folla de pena.

—¡Elena! —De nuevo, intenté detenerla.

—¿Qué? ¡Si es la verdad!

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Mara.

—Hija, cómo lo voy a saber... El día que lo conocí, ahí, en el aseo, él se...

—No —interrumpió Mara—, que por qué sabes que es malo.

—Pues esas cosas se saben, Mara de Albacete.

—O sea, que son suposiciones tuyas.

—No no. Nada de suposiciones. Cuando no quise volver a verlo, me fue poniendo por ahí de puta. Él no, él iba de tío decente. Me importará a mí lo que diga... Pero lo hizo con saña, para hacer daño, ya sabes. Cuando venga a verte y no quieras saber nada de él, ya te enterarás, Mara de Albacete. Ya te enterarás...

—O ya se enterará él.

Mara se levantó. Yo la imité.

—¿Nos vamos? —pregunté aliviado de que aquella conversación terminara.

—Yo me voy a casa.

—Pues vamos —dije con una sonrisa que demostraba cuánta razón tenía Elena cuando me decía que no me enteraba de nada.

—No no. Me voy sola —contestó. Y se despidió con un simple gesto de la mano.

Volví a sentarme despacio, tratando de comprender qué había pasado.

—Ay, Dante de Alcaraz..., ¿qué voy a hacer contigo?

1412

El viejo albañil observa desde la puerta el corro de hombres formado en la calle. Conoce esas caras, conoce esos gestos. Los vio hace tiempo, aquel día que salió con un grupo similar, cegado por el odio y la pena, culpando a los judíos de

una blasfemia cuyo castigo le había caído a él. Recuerda los ojos de su mujer, los brazos aferrados al niño inerte. Francisco sabe muy bien lo que allí se fragua. El odio de nuevo acumulado, la miseria, el hambre, la sequía y todas las maldiciones apuntando otra vez a los deicidas, a los usureros, a ese pueblo orgulloso y altivo que los predicadores señalan como culpable de todos sus males. Echa un vistazo nervioso al interior. Justo el día del bautizo de su nieto se está montando otra tormenta como aquella que terminó en la vieja sinagoga con un rabino medio quemado, con unos judíos muertos, con un bebé robado de los brazos aterrados de su hermano... Los hombres se acercan a su puerta, Francisco se dispone a entrar en su casa entre toses. Una voz a su espalda lo detiene.

—¡Albañiles! ¡Vamos a la judería a darles lo que merecen!

El albañil esta vez no se esfuerza en contener la tos. Los hombres armados con aperos de labranza son obsequiados con esputos.

—¿Creéis que estoy yo para eso? —contesta al fin y vuelve a perder la respiración entre toses.

—¡Dile a tu hijo que salga!

Francisco aparece por la puerta, observa a los hombres, pone una mano sobre el hombro de su padre.

—¡Vamos, albañil!

El viejo, conocedor de una circunstancia similar hace mucho tiempo, intenta evitarle a su hijo un error como el que él cometió.

—Hoy bautizan a tu hijo... ¡No puedes ir!

—Lo sé, padre... —contesta calmándolo con una sonrisa, después se dirige a los cabecillas—: ¡Sabéis que odio a esa chusma! —grita—. ¡También sabéis que hace ocho días nació mi hijo! ¡Hoy lo bautizamos!

Los hombres comprenden y continúan calle abajo, sin perder tiempo, intentando reclutar más adeptos a su causa.

José de Los Cerros lo ha preparado todo. Los hombres salieron de la judería la noche anterior protegidos por la oscuridad. Todos han dormido en la vieja sinagoga. Era deseo de Abraham celebrar la ceremonia del Brit Milá en el mismo lugar en el que se celebró la suya. También la de su hermano David. A Alina la transportaron en un carro, junto al pequeño, tapados ambos con mantas. Aún está muy débil para ir por su propio pie, pero la herida cicatriza bien y, gracias a Adonai, no ha habido infección. La comadrona los acompañó, pendiente de ambos, contemplando con fervor al rabino que obró el milagro.

Abraham caminaba junto al carro, las dudas sobre la conveniencia de trasladar a su mujer y a su hijo lo inquietaban a cada paso. Quizá no fuera buena idea ponerlos en ese riesgo sentimental y absurdo. Pero, una vez que entraron en el patio de su antigua casa, la paz del hogar, la paz del lugar de Adonai, le devolvió la tranquilidad. Alina insistió en bajar a la *mikvé*. A pesar de las protestas de su marido, obligó a la comadrona a ayudarla. En esa sala subterránea, sagrada, las dos mujeres sintieron la presencia de Dios mientras sumergían sus cuerpos en las aguas heladas y cristalinas del baño.

Ahora todo está preparado. La gran sala de la sinagoga, sus gruesos muros de piedra, los pozos. Todo como ha permanecido durante siglos, inmutable, indiferente a las acciones del hombre. Alina y la comadrona se ocupan del niño mientras Abraham prepara el instrumental. Es hora de recibir a Moisés en la comunidad.

La turba baja por las calles precedida por un murmullo nervioso. Se aferran a las herramientas de labranza, a cuchillas de curtidores, a antorchas de brea, a utensilios creados para aligerar la vida y no para amenazarla.

Francisco, Elena y el viejo albañil llegan hasta la puerta de la iglesia de Santa María. Desde los escalones, ven pasar al grupo de hombres que se dirigen a la judería. El padre recuerda aquella otra vez. Aquella vez que caminaba junto a un grupo similar, con la cabeza colmada de los gritos de reproche de su mujer y la culpa de su hijo muerto ocupando todo su pecho. Recuerda los gritos de odio de los suyos, los gritos de pánico de los otros; recuerda los ojos aterrados de un niño escondido en una tinaja, el llanto de un bebé... Recuerda y se da cuenta de lo inútil del sufrimiento causado con el fin de mitigar el propio. Tan inútil como lo será esta vez; tan inútil como sería plantarse ante ellos e intentar convencerlos de que desistan, de que así no resolverán los problemas. Se ve demasiado débil, demasiado viejo, demasiado acabado como para hacerles cambiar unas ideas que les han inculcado predicadores exaltados. Desde la puerta de la iglesia, su hijo lo reclama:

—¡Padre!

El albañil sube los escalones despacio.

Hoy bautizan al no hijo de su no hijo...

José de Los Cerros encuentra a grupos de hombres armados con aperos frente a la puerta de la sinagoga. Su ojo aterrado se fija en una azada, una azada

igual a aquella que le reventó la cabeza. Se apresura a entrar, atranca la puerta, la misma que ya atrancó aquella vez. Y que entonces no les impidió el paso. Avisa a los congregados, les pide silencio. Esta vez, la vieja sinagoga no es su objetivo. Abraham ordena a la comadrona que acompañe a Alina y al niño a la *mikvé*, los demás se agrupan en la bodega, y el rabino, como por instinto, resguarda su espalda en esa tinaja en la que ahora ya no cabría. José de Los Cerros se aventura a la calle por la puerta de la vivienda, bordea la esquina por donde los hombres bajaban y los ve alejándose en dirección a la judería. Sus pulmones vacían toda la tensión en un soplido.

—Han pasado de largo —dice al regresar a la sala de las tinajas.

—¿Dónde se dirigen?

José de Los Cerros duda, son malas noticias:

—Creo que a la judería...

Los hombres se exaltan.

—¡Mi familia está allí!

—¡Y la mía! —gritan varios al unísono.

Se aprestan a marcharse, pero un grito de Abraham los detiene:

—¡Os matarán! ¡A todos!

—¡No podemos dejarlos allí!

—No les harán nada a las mujeres y a los niños —replica el rabino intentando aparentar una seguridad menguada por unos recuerdos muy distintos: el de una madre muerta, el de un bebé robado—. Pero si os ven fuera de la judería os matarán. Sí, puede que alguna de nuestras casas acabe quemada o saqueada. Pero acabará así de todos modos. Evitaréis muertes si os quedáis aquí hasta que se serenen los ánimos.

Los hombres renuncian a salir, pero no se calman.

Nada podría hacerlo.

Y Abraham lo sabe.

Algunos, todavía junto a la puerta, tratan de decidir entre correr hacia la judería o quedarse allí escondidos. Abraham se acerca a ellos, levanta el tranco que bloquea la salida:

—Abrid esta puerta si queréis. Si ellos nos ven aquí dentro, se producirá otra matanza. Sé de qué hablo, creedme. Vosotros también. Pero nadie os puede obligar a no defender a vuestras familias y vuestras casas.

Todos recuerdan las historias de casas asaltadas, del rabino tullido, de la sinagoga quemada. Uno de ellos se fija en Alina, débil, abrazada a su bebé.

—Atranca la puerta, rabino —dice.

Abraham obedece, reza la oración antes de vestir el *talit*.

—Celebremos la ceremonia. Hoy somos uno más. Y recemos por nuestras familias. José, ve a comprobar que no hay peligro fuera.

José de Los Cerros regresa a la calle, de nuevo por la puerta de la vivienda. Dobla la esquina y encuentra a otro grupo distinto al anterior, también armado, también exaltado. Los hombres lo descubren.

—¡Eh, tú! ¡Ven con nosotros a darles una lección a esos judíos!

El viejo tullido recula, intenta darse la vuelta cojeando.

—¡Tú! —gritan.

José se detiene. Irá con ellos si es necesario. Cualquiera cosa antes de que se les ocurra entrar a la antigua sinagoga.

Francisco, el padre, observa el agua cayendo sobre la pequeña cabeza de su nieto. Elena sujeta al bebé con orgullo, la felicidad se refleja en el rostro de su hijo. El niño recibe el frío del agua bendita con un llanto de protesta. No son sangre de su sangre, piensa, pero esos rostros lo colman de alegría como si lo fueran. Recuerda a su mujer, su carácter avinagrado, su fervor ciego y rencoroso. Y aun así, la echa de menos; le gustaría tenerla allí, como cuando hace años bautizaron a su propio hijo malogrado. Ella también sentiría su misma felicidad, a su manera. La tos le recuerda que ya no le quedará mucho tiempo para disfrutarlos y lo único que le importa es esa pareja y ese niño. Sabe que tiene una promesa que cumplir. Una promesa hecha a sí mismo, que romperá la que le hizo a su mujer antes de morir. Y es consciente de que lo que ha de confesar puede romper todo eso.

—¡Es un converso! —grita uno de los hombres, azada al hombro—. ¡Uno de ellos! —Y se dirige hacia él, arma en alto.

—¿Es que no me veis? —dice José de Los Cerros—. ¡Soy un tullido que apenas puede caminar! ¿Qué creéis que puedo hacer yo? ¡Solo entorpecería! Sí, fui judío. Y miradme cómo estoy por culpa de mis pecados. ¡Lo merezco! Pero abracé la fe verdadera hace años. Todos lo sabéis. Tomé el bautismo. Ahora, si creéis que he fallado a Dios, ¡adelante! ¡Aquí estoy!

Otro hombre detiene al que se acercaba.

—¡Dejadlo! Es solo un viejo tullido... Este no puede hacer ningún mal.

El brazo que sujeta el bastón tiembla, la pierna sana también, apenas es

capaz de mantener el equilibrio mientras los hombres se alejan. Una vez que han desaparecido, vuelve a entrar en la casa. Encuentra en la vieja sinagoga a los suyos rezando. Casi pueden apreciar el nudo en su garganta.

—Ya se han ido todos... —dice con un hilo de voz.

—Traed al niño —ordena Abraham.

Francisco, Elena y el pequeño regresan a casa. Detrás llega la respiración áspera del abuelo. Los cuatro se han cruzado por el camino con la muchedumbre que subía desde la judería. Algunas caras tiznadas, todos con la expresión de haber cumplido un deber inútil, de que, a pesar del ataque, nada ha cambiado. Francisco sale al encuentro de la turba, su padre observa desde la distancia. Hablan entre ellos. No sabe lo que dicen, algunas cabezas niegan, apenas nadie sonrío. Es fácil calentar los ánimos. No lo es tanto soportar las consecuencias una vez enfriados. Él lo sabe bien.

Abraham y el resto de los hombres han aguardado a que caiga la noche para regresar a sus casas. Encuentran las calles desiertas. No es día para tentar a la suerte. Los unos, reposando la exaltación; los otros, aguardando la calma para, como tantas otras veces, reparar los daños y continuar con sus vidas. Alina y la comadrona se han quedado con José de Los Cerros. Abraham no les ha permitido volver con ellos hasta asegurarse de que los ánimos se hayan serenado. Una luminosidad de llamas los recibe en su barrio. Los hombres ya no pueden aguantar más, se dispersan corriendo cada uno hacia su casa. En las calles, algunas pilas de muebles arden en montones junto a contratos de préstamos. Al final, siempre es lo mismo. El dinero. Abraham no encuentra heridos, llama a cada puerta por la que pasan para preguntar y no parece que hayan dañado a nadie. Solo destrozos, fuegos... Caos.

«Al menos, esta vez no han muerto padres —piensa Abraham—. Al menos, esta vez, no han robado hermanos...»

# 15

2007

No volví a ver a Mara durante unos días. Seguí rebuscando en el archivo por las mañanas y acudiendo al Ibut por las noches con la esperanza de encontrarla. Sé que pude haber ido a su piso, hablar con ella, pedirle alguna explicación quizá. Aunque era consciente de que cualquier aclaración volvería a colocarme en el lugar de antes, en el que siempre había ocupado. Y aún tenía la esperanza de haberlo abandonado para siempre.

«No te enteras de nada, Dante de Alcaraz...»

Esta vez no estaba allí para decírmelo, pero yo ya empezaba a aprender. Elena había salido a tomar el aire. No la acompañé, sumergido como estaba entre documentos que no querían desvelarme nada. Se sentó en un banco del parque cercano, ensimismada con los juegos de luz que las hojas de los árboles dibujaban al compás del viento cuando pasó por delante de ella la mujer de Ladislao empujando el carrito del bebé. Elena se levantó del banco como si tuviera un resorte.

—¡Qué valiente eres! ¿Cómo te llamas?

La mujer de Ladislao dudó entre detenerse o continuar su paseo. Elena se interpuso en su camino y no dio otra opción.

—Pruden... Si no te importa..., se despertará si me paro.

—¡Qué valiente eres, Prudencia de Madrid! —continuó Elena sin hacer mucho caso a su petición—. ¿No sabes que en este pueblo se roban bebés?

Los dedos de Pruden apretaron un poco más el manillar, sus labios se contrajeron. Sus ojos buscaban gente alrededor.

—Tengo que irme —dijo.

—Verás —siguió Elena—. Hay una leyenda en este pueblo que la cuentan

las abuelas. A mí me la contó la mía, a ella la suya y así hasta el principio de los tiempos, supongo. Cada generación tiene su bebé robado. Eso dicen. Te aseguro que en la mía hubo uno y ya no ha vuelto a haber más. O sea, que no tardará en desaparecer otro, Prudencia de Madrid. Déjame que te ayude —dijo, y agarró el carrito intentando sustituir a la madre—, yo cuidaré de él.

La mujer de Ladislao empujó a Elena hasta casi hacerla caer.

—¡Déjame! —gritó y echó a correr con el cochecito.

Elena no terminaba de comprender su reacción.

—¡Que solo quiero ayudar, Prudencia de Madrid! —gritó antes de que la madre girara en dirección a la salida del parque.

Cuando volvió al archivo me contó lo sucedido.

Y de verdad parecía no entenderlo.

—Una extraña le va a una madre contándole historias de que se roban bebés y trata de quitarle el carrito para empujarlo ella —dije—. Y resulta que no entiendes de qué se asusta... ¿Quién no se entera ahora de nada, Elena de Los Cerros?

Elena se me quedó mirando con los ojos muy abiertos. Sus labios, poco a poco, se abrían en una sonrisa, pero se la tapó.

—¡Debe de haber pensado que soy una loca!

—¡No! ¿Tú crees?

Y las risas de ambos resonaron en aquella habitación sin ningún aspecto de archivo.

Poco antes de que empezara a recoger, se abrió la puerta de un golpe. Levanté la vista del documento que leía y vi a Ladislao. Los puños apretados, la cara roja, buscó a un lado y a otro hasta dar con Elena, que también había apartado la vista de su ordenador.

—¡Hola, Ladislao! —dijo ella sin percibir el enfado, sin darse cuenta de por qué estaba allí.

Me levanté y me planté ante él en dos zancadas, justo antes de que se abalanzara sobre mi amiga. Apenas podía sujetarlo mientras intentaba llegar a ella y gritaba por encima de mi hombro:

—¡No vuelvas a acercarte a mi mujer! ¿Me has oído? ¡Ni se te ocurra acercarte otra vez a mi familia!

Oí a Elena a mi espalda. Ladislao había dejado de empujar, pero aún no me parecía prudente soltarlo.

—Si yo solo quería...

—¡Ni te acerques! ¡Aléjate de ella! —Me apartó y retrocedió unos pasos—. ¡Y tú déjame ya! ¡Vaya par de locos!

—Tranquilo, Ladislao —dijo Elena justo antes de que saliera—, aquello del aseo en el Ibuit no fue tan bueno como para ir presumiendo por ahí. No le contaré nada, si es lo que te preocupa.

Vi cómo Ladislao apretaba los puños; agachó la cabeza y salió sin decir nada más. Miré a mi amiga y cabeceé...

—Qué pasa, es verdad: no fue para tanto. De los peores.

—¿Hay alguien en este pueblo a quien no te hayas tirado?

—A ti, Dante de Alcaraz. A ti...

Aquella noche Mara apareció por el Ibuit. La vi nada más doblar la esquina, mientras Elena hablaba no sabría decir muy bien de qué. Saludé con el brazo en alto, y entonces Elena calló y también levantó el brazo y saludó a Mara. La encontramos tranquila, como si haber prescindido de nuestra compañía unos días la hubiera ayudado a digerir el disgusto. Elena soltó una retahíla de palabras propia de ella, y yo un simple hola. Ya había hablado demasiado otras veces. No valió de nada. Elena se ofreció a pedirle una cerveza y unas croquetas. Mara lo rechazó. Casi sin hablar, con amabilidad, como si su mente estuviera en otro sitio; en un sitio apacible, en todo caso. «¿Qué tal?», preguntó. Yo dije: «Bien», y Elena..., bueno, ya sabes, Elena detalló todos sus estados de ánimo del día. Y en ese relato incluyó el incidente con la familia de Ladislao. Mara abrió mucho los ojos mientras su boca se debatía entre la sonrisa y el asombro. Por fin dejó escapar una risa cuando terminó. Creo que era la primera vez que las dos se reían juntas. Después Mara se levantó, le dedicó un gesto a Elena cargado de una simpatía que antes no le profesaba; a mí me rozó la cara con las yemas de sus dedos, y se despidió. Hubo más dulzura en aquella caricia que en la tarde que habíamos pasado juntos. Y créeme cuando digo que no sabría qué elegir si tuviera que hacerlo. Ni siquiera me ofrecí a acompañarla, era mejor quedarme con ese gesto. No hubiera soportado un rechazo.

Decidí pasear a solas, dejé a Elena en el Ibuit, quién sabe, quizá conociera a algún turista sin el lastre que yo suponía. Hacía tiempo que no pasaba por la sinagoga y tuve la necesidad de volver allí, aunque fuera solo a contemplar su fachada. Ya conocía bien lo que había dentro, solo necesitaba sentirme cerca, percibir esa paz que me transmitió desde el primer momento. Recorrí las callejuelas deteniéndome en el olor del final del verano, en la rugosidad de los suelos empedrados, en el sonido de mis propios pasos. Aquella noche no

necesitaba mucho más. Y no era mucho pedir: una caricia absurda, a la que nadie más hubiera dado ninguna importancia, y un paseo por un espacio que ya formaba parte de mí.

Y el silencio.

A veces, el silencio.

Una voz de hombre lo rompió a mi espalda.

—¡Oye!

Acento extranjero. Me di la vuelta, venía acompañado por tres más.

—¿Qué haces aquí?

Me encogí de hombros. No entendía muy bien a qué venía la pregunta.

—Pasear.

—¡Pues se acabó el paseo! —dijo el de la voz cantante.

Y un golpe en el estómago me dejó estupefacto y sin respiración. No tuve tiempo de reaccionar antes de recibir el segundo, esa vez en la cara, que me tiró al suelo.

—¡Vete de este pueblo!

Intenté preguntar de qué iba todo aquello, si no se habrían equivocado de víctima. Saqué la cartera de mi bolsillo, la tendí hacia ellos con la esperanza de que cogieran el poco dinero que llevaba y me dejaran en paz; pero la apartaron de una patada y después recibí otra en las costillas. Les pedí que pararan. «Os habéis equivocado», grité entre sollozos, la cabeza protegida con los brazos. No se detuvieron. Sentía ocho pies golpeándome por todas partes, hundiéndose en mi cuerpo. Me revolvía aunque no había modo de evitarlos. Pronto dejé de gritar, pronto los golpes empezaron a no doler, pronto los gritos se volvieron lejanos. Los puntapiés cesaron. Yo seguía en el suelo, ocultándome dentro de mis brazos. Sentí un tirón de pelo, mi cara salió de su escondite. Pude oler el aliento de uno de ellos muy cerca de mi nariz, recibí su saliva cuando habló:

—¡Vas a irte de este pueblo mañana mismo!

—Pero ¿por qué? —acerté a decir entre sollozos.

—¡Porque hay alguien a quien no le gustas! La próxima vez va a ser peor.

Esas fueron las últimas palabras que oí. Después, la mano que sujetaba mi pelo me empujó la cabeza contra el suelo y ni siquiera recuerdo el golpe.

Solo el silencio.

Por fin, el silencio.

—Tu padre está muy mal, Francisco —dice Elena con un tono de súplica que intenta ablandar a su marido.

—Está en manos de Dios. No le daré otra vez el gusto a ese rabino de negarnos su auxilio.

Elena acaricia la cara de su suegro. Tiene los ojos cerrados, la frente sudorosa. Al menos, no tose; parece que descansa. Limpia el sudor con un paño. El niño empieza a llorar, Elena tiende el trapo a su marido.

—Debe de tener hambre —dice.

Francisco toma el paño y se sienta junto a su padre. El viejo albañil vuelve a toser ya sin apenas fuerza. Una tos muy débil, una tos que parece querer despedirse.

Elena saca al bebé de la cuna. Mueve las piernas, inquieto, sus puños apretados contra sus ojitos cerrados. Lo acuna un poco, lo acerca a su pecho, pero el pequeño continúa la protesta, rechaza el pezón con el que su madre le roza los labios. Ella insiste, pero el niño aparta la cabeza y llora más fuerte. Elena se cubre, se pone en pie, intenta calmarlo con un canto suave.

Francisco sale del cuarto de su padre:

—¿Qué le pasa?

—No lo sé... No quiere comer.

El joven toma a su hijo de los brazos de su mujer. Lo mece como un momento antes hacía ella, recorre de un lado a otro la habitación, lo intenta engañar con un dedo en los labios, tampoco funciona. La tos, ahora más fuerte, y los ahogos del abuelo se enredan con los llantos. Francisco devuelve al bebé a los brazos de Elena y regresa junto a su padre.

Al caer la noche, el bebé continúa llorando, apenas ha dormido en todo el día y no ha comido nada; el abuelo sí duerme. La tos agota sus pocas fuerzas y ya apenas puede abrir los ojos. Francisco y Elena se turnan para acunar a su hijo, intercambian miradas que suplican al otro la ayuda que ninguno de los dos puede dar. En la de la muchacha hay una súplica más concreta que no se atreve a formular. Una súplica hacia el orgullo de su marido, la súplica de una madre desesperada.

—Está caliente... —dice Francisco.

La mujer acerca la mejilla a la frente de su niño.

—Tiene fiebre.

El llanto ha perdido intensidad, ahora es un lloriqueo débil, de puro agotamiento. Un llanto de rendición que se mezcla con el de miedo de la madre.

Sin decir nada, Francisco abandona la casa sin ni siquiera cerrar la puerta, camina calle adelante a toda prisa. Elena no pregunta, sabe que es el miedo quien lo lleva, el mismo miedo que a ella la paraliza.

Abraham contempla a su mujer, sonrío al pequeño que succiona su pecho. Apenas puede creer que los dos estén ahí. Cada vez que recuerda cómo vino al mundo, agradece en silencio a Adonai que obrara a través de sus manos. Porque la vida de ese pequeño, la de esa mujer, no son obra suya, sino de Él. Siente un escalofrío, aviva el fuego de la cocina, se sienta junto a él y acerca las manos. Contempla los muros de esa vivienda modesta y recuerda los de piedra de la sinagoga donde se crio. «No importa el lugar...», piensa. Nunca entre aquellos muros, junto a aquellos pozos casi mágicos, entre aquellas tinajas, en aquella *mikvé*, sintió la felicidad de ahora, entre paredes desconchadas, junto a Alina y Moisés. Esta paz, esta satisfacción plena en el pecho, no la cambiaría por aquellas piedras. «El hogar no son unos muros —piensa—. El hogar son ellos.»

Unos golpes en la puerta interrumpen sus pensamientos. Alina y él no saben quién puede llamar a esas horas. Quizá alguno de sus vecinos haya enfermado. Alina se cubre el pecho, Abraham abre la puerta. La cara desencajada de David aparece al otro lado, su respiración agitada, sus labios contraídos, sus ojos desesperados.

—¡Francisco! ¡Francisco! —llama el viejo albañil sin apenas fuerzas.

Elena acude a su lado, el pequeño todavía llora en sus brazos.

—Tu hijo ha salido... Volverá pronto. —Intenta calmarlo. Intenta calmarse.

—¡Necesito verlo! ¡Tengo que verlo! ¡No me queda mucho tiempo!

Tomás llora, el viejo tose. La muchacha trata de ocultar sus propias lágrimas. Toma una mano del anciano, acuna al hijo con el otro brazo.

—Cálmate..., vendrá enseguida...

—¡Llámalo! ¡Llámalo ya! ¡Tengo que hablarle! ¡Tengo que...! —Las toses le impiden continuar.

—Sí..., cálmate..., ya lo llamo...

El viejo cierra los ojos. Y ella recorre la habitación de un lado a otro.

Ahora ya no necesita disimular unas lágrimas que se funden con las de su hijo al acercarle la mejilla para volver a comprobar su temperatura.

Abraham espera en el umbral a que David le diga qué hace en su casa. Los ojos del muchacho se enrojecen.

—Dicen que nuestros hijos nacieron el mismo día... —Abraham asiente—. Eres padre, como yo... Esta vez has de entenderlo... Dicen que obras milagros...

Abraham arruga el ceño. «La comadrona no ha guardado el secreto», piensa.

—Una vez me dijiste que somos hermanos... Me salvaste de aquel perro cuando era un niño... Esta vez no se trata de mi padre... Esta vez te lo suplico y te pido que pienses en tu propio hijo...

—El viejo albañil ya no...

—¡No te estoy pidiendo que atiendas a mi padre! —Las lágrimas del muchacho ya resbalan por sus mejillas sin contención—. ¡Se trata de mi hijo! ¡Te suplico que lo cures!

David se arrodilla, se abraza a las piernas de Abraham. Dentro, Alina se contagia de las lágrimas de David. El rabino contempla a su bebé dormido, satisfecho de leche. Se inclina, toma por las axilas a su hermano y lo ayuda a incorporarse.

—Vamos a tu casa —dice.

Los dos hombres caminan firmes sobre el barro, endurecido por el frío, de las calles de Los Cerros. Sus respiraciones se condensan nada más abandonar sus bocas. David, unos pasos por delante, Abraham acelera para alcanzarlo.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Solo llora, no quiere comer, tiene fiebre...

Abraham asiente en silencio. Quizá no sea nada... Pero todo es más complicado en un niño que ha nacido antes de tiempo. No le dice nada a David. Para qué preocuparlo más. De todos modos, como siempre, está en manos de Adonai.

Elena apenas siente ya sus brazos dormidos, el llanto no cesa; los puños apretados, el pataleo... Al menos, el anciano parece haberse calmado un poco y se limita a respirar con ahogo. Oye unos pasos apresurados en la entrada. Respira aliviada, sale al encuentro de su marido y se detiene al comprobar que no viene solo. Sabe cuánto orgullo ha tenido que tragar su marido para traer al rabino.

—Déjame que lo vea —dice Abraham extendiendo los brazos.

Ella le pasa a Tomás. El llanto se vuelve más amargo al encontrar un regazo extraño. Elena acude junto a su marido, lo rodea con sus brazos llena de gratitud. Abraham tiende al niño sobre la mesa, lo despoja de las ropas. Al verlo desnudo, una mirada furtiva se escapa hacia su hermano, después hacia la madre. «Este no es un niño prematuro», piensa.

—¿Qué ocurre? —pregunta David sin poder contenerse.

Abraham es consciente de que ha encontrado la extrañeza en su mirada. No, no es sietemesino... O sea, que es probable que tampoco sea hijo suyo...

—No lo sé aún —contesta sin más explicaciones.

David, ante la desnudez de su hijo, aviva el fuego. El rabino examina el cuerpecito, comprueba la temperatura de su frente, le palpa el abdomen, acerca el oído para escuchar los sonidos de su interior.

—¿Cuánto hace que no hace de vientre?

—Hace unos días..., pero como no come...

—Dame luz —ordena el rabino a su hermano dirigiéndose sin más explicaciones al patio.

David sigue sus pasos. Abraham busca entre las hierbas que crecen en el huerto, encuentra una mata de perejil, corta un par de tallos y vuelve dentro.

—Aceite, por favor —dice dirigiéndose a la madre con la tranquilidad que le falta a ella.

Elena le acerca un cuenco, Abraham coge un tallo de perejil, lo empapa en el aceite, sujeta las piernecillas en alto y acerca el tallo al ano del bebé.

—¿Qué haces? —David detiene el brazo del rabino de un agarrón.

—Lo primero que necesita es evacuar. Si quieres, hago lo que sé, y si no, vuelvo a casa.

Los ojos suplicantes de la madre convencen a su marido de que le permita continuar.

—Observa —dice Abraham dirigiéndose a la muchacha—, podrás hacerlo tú si ves que no hace de vientre —dice mientras estimula al pequeño hasta que, de repente, un torrente de heces malolientes se esparcen por toda la mesa.

Elena se apresura a limpiarlo, ofrece un paño al rabino. Este lava al pequeño antes que a sí mismo y los dos padres observan el cuidado con que lo hace, el cariño de un padre primerizo en cada gesto. De pronto, son conscientes del silencio. Tomás no llora. La madre le toca la frente.

—Todavía tiene fiebre...

—Ponedle paños fríos y procura que coma. Si le subiera, volvéis a llamarme

y prepararé alguna medicina. Pero es muy pequeño, esperemos a ver.

La muchacha toma las manos todavía sucias del rabino y las lleva a sus labios. Sus ojos y sus lágrimas dicen más que todas las palabras de agradecimiento que pudiera pronunciar. David le esquivo la mirada, el agradecimiento y el rencor entablan una batalla a muerte dentro de su cabeza. Abraham termina de limpiarse y antes de despedirse, llega la voz ahogada del viejo albañil en el cuarto de al lado:

—¡Francisco! ¡Francisco!

El hijo corre al encuentro de su padre. Abraham se asoma, ve al enfermo tendido en la cama, la muerte ya le ha maquillado la cara con su color. Ahora es un hombre desvalido, agonizante, muy lejos de aquel al que tanto temió.

Al que tanto odió...

«Tanto odio...», piensa.

Y entra a verlo, se coloca junto a la cama, sus ojos se encuentran con los del moribundo. Este lo reconoce, un destello de pánico se instala en su rostro.

—No temas —dice su hijo—. Tomás está enfermo... Ha venido a curarlo.

Abraham se acerca al hombre, le pone la mano en el pecho. No le hace falta más para saber. Mira a David y descubre en él la pena. Ya no es el pánico de un rato atrás, ahora es solo tristeza. No debe de haber sido mal padre. Un crucifijo junto a la cama. Desvía los ojos a la muchacha; el niño, por fin dormido, en sus brazos. También en ella encuentra la tristeza por un hombre al que ama.

—Yo ya no puedo hacer nada por él... —dice, y un escalofrío de remordimiento le recorre la columna—. Os prepararé algo para que duerma y no sufra. Ya no le queda mucho... —Y se dirige al albañil—: Que tu Dios te perdone.

Abraham se da la vuelta para marcharse, David se dispone a acompañarlo, pero su padre lo retiene agarrándole la mano.

—Tengo que hablar contigo... —dice con un hilo de voz.

El rabino escucha las palabras del viejo, pero no se detiene; sale de la casa, a solas.

Es un asunto entre ellos...

## 16

2007

La sonrisa de Elena fue lo primero que pude ver al abrir los ojos. Estaba tumbado en una cama, ella sentada al borde, inclinada sobre mí.

—Hola, Dante de Alcaraz —dijo en un susurro.

Intenté hablar, pero una punzada en la mandíbula me lo impidió. Elena me indicó que guardara silencio con un dedo en sus labios. Acarició mi pelo.

—Te han dado una buena. Suerte que te encontré Adnan.

—¿Cómo estás? —Oí la voz de Mara al otro lado.

Volví la cabeza despacio; el leve mareo no me impidió verla; Ermelindo y Adnan también estaban de pie junto a la cama. Me di cuenta de que me encontraba en un hospital. Cerré los párpados y los volví a abrir dando a entender que me encontraba bien. Pero no, no me encontraba bien. Me dolían la cabeza y tantas partes del cuerpo que, de haber podido hablar, no habría sido capaz de enumerarlas.

—¿Sabes quiénes fueron? —dijo Ermelindo.

—Eran extranjeros... —logré pronunciar.

—¿Los habías visto antes? —insistió Ermelindo.

Negué con un leve movimiento de cabeza.

—No le hagáis hablar —dijo Elena—. ¿No veis que le duele todo?

—Solo dijeron que me fuera de aquí —dije obviando el sufrimiento que me producía articular cada palabra—. Que no le gusto a alguien y que la próxima vez sería peor.

—Ya imagino yo quién es ese...

Todos miramos a Mara.

—¿No lo ves? —se dirigió a Ermelindo—. Te ha amenazado con llevarte a

juicio si no paras de una vez lo de la sinagoga. Solo le interesa el dinero. — Después se volvió hacia Elena—: Es malo. Ya lo dijiste tú...

Elena continuaba atenta a mí y cabeceaba a modo de negación. Mara insistió: —¿Quién si no va a querer que se vaya del pueblo?

—Si ha sido capaz de... —dijo Ermelindo.

Elena le replicó a Mara:

—Es malo, pero no creo que fuera él. Yo no le veo sentido.

—Bueno —interrumpió Adnan—, dejemos que la policía haga su trabajo.

Ermelindo se acercó y posó una mano en mi hombro.

—Esto no se va a quedar así —dijo—. Vamos a cuidar de ti. —Eché un vistazo a Elena a un lado de la cama y a Mara al otro—. No te quejarás de la escolta.

Un pinchazo en el labio abortó mi sonrisa.

—¡Esta noche me quedo yo! —dijo Elena. De nuevo, sus ojos pícaros—. Tranquilo, ya sé que no estás para trotes.

—Vendré mañana a primera hora —dijo Mara.

Y todos menos Elena se despidieron. Ella sacó un libro enorme, se sentó en el sillón y dijo:

—Ahora duerme, que yo tengo para entretenerme.

Y dormí.

Al despertar, era Mara la que dormitaba en el sillón. La luz atravesaba la ventana e iluminaba su perfil. Tenía los ojos cerrados, la cabeza reposaba sobre el respaldo, los labios ligeramente apretados. No deseaba despertarla y empecé a pensar en cómo habíamos llegado hasta ahí.

En el efecto mariposa.

En un rabino que practicó la primera cesárea de la historia y nadie supo de él.

En que no sabía qué fue de aquella madre, de aquel niño, pero sí que por ellos estaba ahí.

Que gracias a ellos, Mara dormía en un sillón de hospital junto a mi cama, y el dolor parecía menos.

Recordé todo lo ocurrido ese verano. Día a día.

Hasta volver a caer dormido.

Y en sueños me llegó la voz de mi padre. Una voz que bien podría venir de otro mundo, de otro tiempo. Una voz que me devolvía al pueblo, a la granja, al cuidado del ganado. Una voz que me desasosegaba, que me devolvía a donde no

deseaba estar. Una voz de la que quise librarme despertando. Pero resultó que aquella voz no me llegaba desde dentro de mis sueños, sino desde un lado de la cama. Mara le contaba lo sucedido antes de dejarme a su cuidado. Mantuve unos minutos los ojos cerrados. Sabía lo que vendría a continuación. Y lo peor es que quizá él tuviera razón.

—Hola, padre —dije después de que Mara se fuera.

Él se acercó a la cama, me besó en la frente, apretó mi hombro con cuidado; con el mayor cuidado que nunca le había visto poner en ningún otro gesto. Pude ver su preocupación, quizá fuera rabia; una rabia que esta vez no iba contra mí, sino contra mis heridas.

—¿Y mamá?

—Se ha quedado en casa ayudando a tu hermana con el trabajo. Quería venir, claro, pero le dije que te llevaría enseguida.

Cerré los ojos. La eterna historia. Mi padre lo interpretó como un gesto de dolor. Tampoco le faltaba razón.

—¿Te duele mucho?

Negué con la cabeza.

Volver.

«La próxima vez será peor.»

«¿Quién serán esos tipos? ¿Por qué querrán que vuelva a un lugar al que no quiero pertenecer?»

Elena irrumpió en la habitación con ese ímpetu que siempre la acompañaba. Aunque esta vez no traía su sonrisa consigo; su despreocupación había desaparecido. Sus ojos, muy abiertos, ni siquiera se fijaron en mi padre; su frente, arrugada, acentuaba la gravedad de su gesto:

—¡Dante de Alcaraz! —dijo nada más entrar—. ¡He encontrado a mi hermano!

1413

El año acaba de empezar. El pequeño Tomás, completamente restablecido, come en el regazo de su madre. Elena lo acuna, canturrea una nana con la vista clavada en la puerta cerrada del patio. Su mente está más allá de esa puerta, junto a su marido. Algo cambió en él aquel día que el rabino vino a curar al niño. Algo que no le quiere contar. Algo que ha terminado de explotar en su interior después del entierro.

Francisco está fuera, sin importarle el frío ni el viento. Solo. Frente a ese huerto con rosales que sus padres tanto cuidaron, que nunca quisieron quitar. Contempla las espinas de los tallos desnudos, desliza la vista bajando por sus troncos leñosos, se hunde con ellos en la tierra, se enreda entre sus raíces.

Busca lo que ya nadie le puede devolver.

Ni siquiera el verdadero Francisco. Ahora solo huesos, barro, raíces, troncos leñosos, tallos desnudos con espinas.

El rabino tenía razón. Siempre la tuvo. Y sin embargo, no puede dejar de odiarlo. Aunque no sabe si ahora es el odio que su madre le inculcó o quizá sea solo el rencor por haber permitido que aquello sucediera. No sabe si esos deseos de machacar a golpes a su hermano son a causa de su raza o de su debilidad.

En realidad, ni siquiera sabe si es realmente odio.

Ahora todo cobra sentido. El odio exacerbado de su madre contra los judíos, ese miedo silencioso, impregnado en la piel de su padre... El *defecto* que tanto lo atormentó. La negativa constante de Abraham a atender al hombre que le arrancó a su hermano de los brazos.

Cierra los ojos y dibuja en su mente a su hijo y a su mujer, lo único verdaderamente importante que le queda. ¿Qué sería de ellos si...? No. Él ya no importa. Aprieta más los ojos.

¿A qué Dios rezarle?

¿Qué pedirle?

1492

El padre Tomás contempla, a través de la ventana y el polvo levantado por los cascos perezosos de la mula, una carreta más llena de miseria y triste incertidumbre que de cualquier otro objeto. No les dejan llevar oro, no les está permitido llevarse los caballos ni las armas. Pueden, eso sí, exiliarse con las letras de cambio que nadie sabe si llegarán a cobrar, y con mercancías que no podrán transportar. La mula agacha el hocico, cabecea, tira de la carga cuesta arriba en un esfuerzo que no solo ha de remolcar lo poco que llevan, sino el peso de tantas generaciones asentadas en esa tierra.

Ahora, a sus ochenta años, después de todo lo sucedido, contemplando esa carreta, el padre Tomás se pregunta si no habrá ido todo demasiado lejos, si tanto odio y tanta incompreensión habrán servido para algo. Si el empecinamiento de esos pobres diablos por no renunciar a la ley de Moisés y abrazar la única fe

verdadera merecerá ese viaje, esa ruina. Ese martirio.

Sobre la carreta descubre a un viejo como él. Considera sus propios achaques, sus ya debilitados músculos, y no desea imaginar cómo será ponerse en el pellejo del judío. El anciano no distingue a Tomás, parapetado detrás del cristal, pero es como si ambos se desafiaran, tan fijo como mira hacia su ventana. Dos miradas enfrentadas como sus padres, como sus abuelos. Dos miradas coetáneas, casi mellizas. El padre Tomás, devoto, inquisidor con merecida fama de implacable, frente al hijo de un milagro. Un milagro judío... ¿Cómo se puede luchar contra un milagro? El padre Tomás se enfrenta a esos ojos que bien podrían haber sido los suyos si todo se hubiera desarrollado de distinta forma, si los caminos del Señor no fueran tan revirados.

Contempla esos ojos ya ancianos.

Y le recuerdan tanto a los de su padre...

Más que los suyos propios.

Su padre, Francisco, que un buen día perdió la cabeza y quiso llamarse David.

Todo ha pasado tan rápido...

La mula ha detenido su marcha. Demasiado peso, quizá; o una parada justo allí, frente a él, para traer a su memoria escenas que le gustaría borrar. Para recordarle la imagen de su padre ya ido; con la cabeza castigada por todo aquello que no pudo asumir. Con el corazón ya tan débil. Recuerda aquella visita, aquella vez que volvió al pueblo a ver a sus padres.

El gesto de su madre al recibirlo, con la alegría de volverlo a ver y la preocupación por su marido mezcladas en un rostro todavía hermoso. Su padre sentado junto a la cocina, mirándolo con ojos confusos, levantándose al verlo, hablándole de usted.

—Bienvenido, padre. David, para servirle.

Así se presentó: «David».

Él interrogó a su madre con la mirada, ella solo agachó la cabeza y se encogió de hombros. Apenas le prestó importancia. Su padre siempre había sido un tipo extraño, silencioso desde que él lo recuerda, aunque parece ser que no siempre fue así. Como si guardara algo dentro que temía que se le escapara si hablaba demasiado. «David, para servirle.» Eso fue el prelude de todo.

—Padre, soy yo, Tomás. ¿No me reconoces? ¿Qué es eso de David? —David entreabrió la boca, los ojos escrutaban su rostro, movía las manos sin llegar a

tocarlo, recorrían sus facciones—. Tomás. ¡Tu hijo!

El padre bajó las manos y sonrió. Asintió con la cabeza y volvió a sentarse junto al fuego y a perder la mirada entre las figuras fugaces de las llamas.

La siguiente ocasión en la que fue a visitarlos, su padre seguía sin atender a su verdadero nombre, lo único que ocupaba sus horas era sentarse junto al fuego y contemplar entre las llamas todos sus delirios.

—¿Y si llamamos al médico judío? —dijo Tomás dirigiéndose a su madre.

Solo entonces su padre reaccionó.

—¡A ese judío no!

Tomás recogió su sotana y se sentó junto a él. Su voz era dúctil, sus gestos suaves.

—Padre, ese judío podría aliviarte el mal que padeces.

Los labios de David se alargaron en una sonrisa, su pecho soltó el aire en lo que pretendía ser una carcajada.

—Nadie puede —dijo.

Y entonces empezó a relatar la historia de un niño robado muchos años atrás. Elena trató de detenerlo, lo cogió por los hombros, lo zarandeó, le rogó que callara. Tomás no entendía nada. Pero David no hizo caso, habló de otro niño muerto; de una madre destrozada por la pena y el odio; de un padre confundido por la multitud; de una turba; de la matanza de judíos; de una sinagoga incendiada; de un rabino medio muerto; de un niño escondido en una tinaja. A cada frase, Elena intentaba detenerlo, y el joven padre Tomás atendía y no sabía si hacer caso a su madre y no creer aquella historia inverosímil, o dar crédito a las palabras que salían de la mente de una cabeza perdida. David continuaba su relato. Y habló de ese hombre roto robando a un niño de los brazos de su hermano; habló de un judío salvando a ese niño de un perro rabioso; habló del odio y el miedo en los ojos de una madre que siempre temió volver a perder a un hijo; de la conciencia aplastada de un padre que había cometido un acto horrible. Habló de la vida perdida. Y, por fin, habló de sí mismo, de sus plegarias a Dios, de aquello que él pensó que era un defecto, de su propia confusión.

—¡Yo soy aquel niño! —dijo—. Mi nombre no es Francisco, mi nombre es David.

Tomás sonrió condescendiente, acarició la cabeza gris de su padre.

—Voy a llamar al médico judío. Quizá él sepa...

—¡No! —gritó David tirando la silla al levantarse.

—Padre, eres Francisco, hijo de Francisco el albañil. Tu familia es cristiana

vieja. Tanto que hasta don Rodrigo te ayudó a que yo entrara en el colegio de San Bartolomé. ¿Crees que iba a hacer eso por un judío?

—No me crees...

—Padre, algo se ha estropeado ahí dentro. —Tomás le señalaba la frente—. Yo rezo por ti todos los días, pero quizá ese judío conozca un remedio.

—¡Ese judío es mi hermano! ¡El que dejó que me robaran! —contestó David mientras se deshacía con gestos torpes el lazo del pantalón.

Tomás, sorprendido, observaba las manos ansiosas de su padre.

—¡Francisco, no! —gritó Elena.

Los calzones cayeron al suelo, David tomó su miembro flácido y circunciso y lo elevó apuntando a su hijo:

—¿Lo ves? ¡Ahí lo tienes! Fue el mismo día de mi circuncisión. Ese día, el albañil entró en la sinagoga junto a los demás, la incendiaron, casi matan al rabino... ¡Y me robó!

Elena se dio la vuelta, mitad avergonzada, mitad atemorizada. El hijo observó el miembro de su padre mientras este continuaba hablando:

—Todos esos años rezando a Dios hasta que las rodillas me sangraban. Todos esos años pensando que esto era una marca del diablo...

El padre Tomás se santiguó.

—Cúbrete, padre.

Pero David continuó zarandeando su pene frente a él, las lágrimas resbalándole por las mejillas; hasta que Tomás se inclinó para subirle el pantalón, y lo volvió a anudar a su cintura. Su madre no podía contener las lágrimas. Terminó de atar el cordón.

—¡Tonterías! —gritó antes de abandonar la habitación.

El viejo se quedó de pie, oyó el llanto de su mujer. Se acercó a ella, limpió las lágrimas con el dorso de su mano.

—No me cree... —dijo.

Y Elena lo dejó allí, mano en alto, y también abandonó el cuarto.

El viejo Moisés, ese judío que nació de lo que todo el pueblo consideró un milagro el mismo día que él, se sienta en una silla que han bajado del carro. Sus ojos, tan parecidos a los de su padre, continúan fijos en aquellos muros que una vez fueron sinagoga.

# 17

2007

—¡Jorge, que me tienes seca!

El camarero dejó el quinto frente a Elena y acudió a atender a un cliente en la esquina de la barra. Ella interrumpió el camino del botellín hacia sus labios al reconocer al muchacho que hablaba con Jorge. Abandonó la cerveza sobre la barra y la olvidó. Se quedó allí, guardando la distancia que los separaba, observando aquella cara que ya había visto antes. Que había visto desde siempre. Aquella cara que se asomaba a su salón desde el cristal de uno de los marcos que ocupaban sus estanterías. Hacía mucho que no había visto aquellas facciones en movimiento. Solo un gesto fijo durante años.

La misma cara que yo dibujé días atrás.

Ni siquiera probó la cerveza. Se fijó en movimientos que ya no podía recordar, en gestos que quizá le fueran familiares cuando era una niña pero que ahora le resultaban desconocidos.

—¿Nuevo objetivo? —oyó a Jorge detrás de ella.

Elena vació el quinto de un trago, lo dejó sobre la barra y siguió al muchacho, que ya abandonaba el bar. Recorrió las calles de Los Cerros persiguiéndolo a cierta distancia. Ni ella misma se explicaba cómo era que no lo había abordado ya. Solo quería descubrir a dónde lo llevaban sus pasos. Se dirigía al centro. Iba orientándose con un plano. En cada cruce contemplaba las fachadas de los edificios viejos; a veces se detenía a observar algunos escudos. Como el que presidía el pórtico del palacio de los Vélez, con el borde inferior redondeado y un castillo ocupando toda la mesa de espera del escudo. Fue entonces cuando Elena aprovechó para acercarse a él.

—¿Sabes? Este palacio debería ser mío.

El muchacho frunció el entrecejo, sonrió divertido.

—¿Ah, sí? Pues resulta que es mío —dijo.

Elena abrió los ojos y la boca. Intentaba buscar las palabras dentro de su cerebro, algo a lo que no estaba acostumbrada; y esta falta de práctica le hacía sentirse muy incómoda.

—¿Por qué dices que debería ser tuyo? —dijo por fin el muchacho.

—Porque yo... Bueno, me llamo Elena Vélez y este es el palacio de los Vélez.

—¿Y tú crees que debería ser de todos los Vélez? —En ese momento, el muchacho fue testigo de un acontecimiento que rara vez se producía: Elena se sonrojó—. Me llamo Arnau Vélez. Se supone que esto es mío. O así lo dejó escrito mi padre.

Elena no podía dejar de mirar aquellos ojos, idénticos a los de la fotografía de su salón.

—¿Seremos primos? —dijo al fin.

—Ni idea. Mis padres nunca me hablaron de Los Cerros. Me enteré de esto en la lectura del testamento.

—¿Se han muerto?

Arnau asintió.

—Vaya, lo siento, primo. ¿Qué clase de nombre es Arnau?

—Un nombre muy normal en Cataluña. En castellano es Arnaldo, pero suena peor.

—Sí, mucho peor, Arnaldo de Barcelona.

—Arnau.

—Seguro que eres clavado a tu padre, Arnau de Barcelona.

—No creas..., no me parecía en nada.

Las palabras volvieron a esconderse en huecos hasta entonces desconocidos de la cabeza de Elena. Sin embargo, sus pensamientos transitaban de un lado a otro del cerebro como haces de luz.

1492

Los ojos de Moisés, sentado en aquella silla, son los ojos de aquel otro rabino al que Tomás visitó cuando aún era joven.

Abraham examinó su pelo moreno, sus ojos negros, tan parecidos a los de su propia madre. Lo miraba como si buscara dentro de él el rastro de sus antepasados. El judío no hablaba, se limitó a esperar a que lo hiciera él. Tomás utilizó toda la melosidad de su voz educada en San Bartolomé, ofreció la mejor de sus sonrisas, esa sonrisa con la que él era consciente que abría corazones.

—Rabino, mi padre está enfermo.

El rabino joven, ese que todos en el pueblo decían que era fruto de un milagro, también aguardaba junto a su madre las palabras del sacerdote que los había visitado en su modesta casa. Abraham preguntó, aunque ya conocía el mal de su hermano.

—¿Qué le ocurre?

—Ha perdido la cabeza, cuenta disparates que...

—¿Qué tipo de disparates? —Abraham conocía la respuesta demasiado bien.

—Dice que es tu hermano, que te lo robaron siendo niños... Está empeñado en que es judío. Rabino, nosotros somos cristianos viejos, si estas locuras llegara a creerlas alguien, yo... —Abraham aguardó a que Tomás continuara—: Mi reputación...

—¿Es eso lo que te preocupa?

El padre Tomás intentó corregir sus palabras.

—Mi padre está sufriendo.

—¿Y crees que yo puedo hacer algo?

—Todo el mundo dice que eres el mejor médico que han conocido. Si pudiera hacer que recuperara la sensatez... Puedo pagarte.

Abraham cabeceó de un lado a otro.

—Yo no puedo curar el mal de tu padre. No es un mal del cuerpo, sino del alma. A tu padre le robaron la vida y, aunque quisiera, yo no podría devolvérsela.

Unas arrugas comenzaron a dibujarse muy despacio en la frente de Tomás al tiempo que su boca y sus ojos se fueron abriendo. Abraham adivinó su perplejidad.

—Tu padre pierde la cabeza..., pero no son imaginaciones tuyas lo que cuenta.

El padre Tomás elevó la voz:

—¿Estás diciendo que todas esas mentiras son ciertas?!

—Estoy diciendo que no son mentiras.

—¿Estás tan loco como él, rabino!

—¿Lo has visto alguna vez desnudo?

Tomás recordó los calzones en los tobillos de su padre, su miembro circunciso. Sin palabras que acudieran a su boca, salió a grandes zancadas. Y allí se quedaron Abraham, Moisés y Alina, contemplando el enfado que perseguía la espantada de aquel cura.

Su madre disponía los platos sobre la mesa cuando la puerta se abrió como si le hubieran dado una patada.

—¡Oídmeme bien los dos! —gritó Tomás al entrar—. ¡Esta tontería se ha de acabar ya! ¡No quiero oír más sandeces ni más embustes!

David sonrió, con una sonrisa que estaba muy lejos de esa habitación, una sonrisa de otro mundo. Una sonrisa que ni siquiera el portazo alteró.

—El verdadero Francisco está ahí —dijo señalando al patio—, donde los rosales. Mi madre cuidaba esos rosales como sí...

—¿Es que no me escuchas?! ¡Ni una patraña más!

Elena trató de calmar a su hijo, pero este abrió la puerta del patio con tanta violencia como la que había utilizado con la de la calle; cogió una azada y se dirigió a los rosales como quien se dirige a acabar con su enemigo. David salió tras él, y Elena, detrás, suplicando:

—¡Hijo, no!

Tomás clavó la azada junto a un tronco. Un tronco leñoso, retorcido por los años. El metal se hundió un poco en la tierra, el rosal tembló como tiemblan de miedo aquellos que esperan su ejecución. La sonrisa de David huyó al mundo del que debía de provenir y la gravedad se instaló en su rostro. Alcanzó a su hijo, trató de detenerlo agarrándole los brazos.

—¡Para para! —gritaba.

Pero el sacerdote ya no podía detenerse, la rabia de sus ojos horadaba el terreno con más fuerza que la azada, el sudor se desprendía de su frente y caía como pequeñas gotas de lluvia que se perdían entre los terrones arrancados al suelo. Apartó a su padre de un empujón y lo hizo caer de lado. Elena corrió a asistirlo, se agachó junto a él, trató de levantarlo, pero David permaneció ahí tirado, las lágrimas en sus ojos aterrados, sin apenas percibir el abrazo de su mujer. Solo repetía con voz cada vez más débil:

—Para, hijo, para... No sigas, por favor...

—¿Dónde está ese niño? —gritaba Tomás fuera de sí—. ¿Cuánto voy a tener que ahondar para que te des cuenta de que es solo una fantasía? ¿Cuántos rosales

me vas a hacer quitar? —continuaba gritando sin parar de cavar.

Hasta que el metal chocó con algo más duro, con algo que no tenía la consistencia de una piedra ni de una raíz. Tomás se detuvo. Contempló a su padre sollozando, a su madre acompañándolo en el llanto, los dos en el suelo del patio, manchados de barro. El cura se inclinó sobre el hoyo, metió las manos para separar la tierra hasta que palpó algo extraño y las retiró como quien las retira de un nido de avispas. Volvió a meterlas para limpiar el hallazgo con la prudencia de quien no quiere aventurarse en un lugar peligroso. Pronto descubrió la superficie de un objeto redondeado, blanco sucio de tierra roja, terminó de desenterrarlo y lo sacó con ambas manos, cuidando de no romperlo: un minúsculo cráneo. Se incorporó con él en las manos, sus ojos idos, los labios incapaces de juntarse. Al darse la vuelta, David y Elena vieron la confirmación de aquello que les contó el viejo albañil justo antes de morir. El verdadero Francisco. David se llevó la mano al pecho, su mirada aterrada se clavó en la de su mujer, su boca se abrió intentando aspirar un aire que sus pulmones parecían no admitir.

—¡Francisco! —gritó Elena.

Y David, sabiéndose muerto, movió la cabeza muy despacio para volver a ver aquel diminuto cráneo.

El cráneo de aquel cuya vida vivió él.

2007

—¿No te das cuenta? —dijo Elena cuando acabó de contarme su encuentro —. ¡Los Vélez robaron a mi hermano!

—Elena..., eso es una locura.

—¿Me ayudarás cuando salgas de aquí?

Mi padre carraspeó desde atrás:

—Dante se viene conmigo en cuanto le den el alta.

—¿A dónde? —preguntó ella.

—Padre —dije—, no voy a volver con usted.

Él apretó los puños, llegó hasta el borde de la cama apartando a Elena, se apoyó en el colchón de hospital y me miró con aquella dureza que me trasladaba a mi pasado inmediato.

—¡Vas a venir conmigo! No te vas a quedar aquí esperando a que te den otra paliza ni desperdiciando tu vida con tonterías. Te vas a hacer cargo de la granja en cuanto estés bien.

—Le he dicho que no. No se enfade, pero...

—¿Que no me enfade? —interrumpió—. Ya aguanté cuando te matriculaste en esa carrera absurda. Y te la seguí pagando por tu madre. Y ya me callé cuando te viniste aquí a trabajar por nada. ¡La culpa es mía por enviarte a la universidad! Se acabó, te vienes en cuanto salgas de aquí.

—Estoy de acuerdo en una cosa —dijo Elena a su espalda. Le pedí que no se metiera, pero... Bueno, se trataba de Elena—: en que la culpa es suya. —Mi padre volvió la cabeza, ya iba a utilizar su apoyo cuando ella siguió—: Pero en el motivo, no. No es culpa suya por enviarlo a la universidad, que, además, digo yo que iría él solito. La culpa es suya por empeñarse en que su hijo sea quien no

quiere ser.

Pude percibir cómo mi padre apretaba la sábana dentro de su puño.

—Si no te importa, esta es una conversación privada.

—Es que sí me importa. Yo creo que ya es mayorcito. Y si no quiere volver a Alcaraz, pues será cosa suya.

—Elena... —intenté mediar, pero mi padre ya no pudo callar más.

—Eso me lo tendrá que decir él. No sé quién te ha dado vela en este entierro.

—¡Pero si lo acaba de decir! ¡Que no quiere! Esperaré con mi vela en la puerta hasta que esto deje de ser un entierro.

Me dedicó una de sus sonrisas, me guiñó un ojo y, tras una mirada digna a mi padre, salió de la habitación.

—Es verdad, padre, ya se lo he dicho. No voy a volver. —Él agachó la cabeza y apretó los labios—. Mi hermana se hará cargo. La granja nunca fue para mí, y usted lo sabe.

Él negó con la cabeza y los ojos cerrados.

—¿Y si cumplen la amenaza? ¿Y si te dan otra paliza? Tu madre está muy preocupada.

—Dígale que estoy bien. No hay por qué preocuparse. Aquí tengo amigos.

—Y allí, a tu familia.

Asentí con un movimiento de cabeza. Él soltó la sábana, me pasó una mano por el brazo. Percibí la caricia de una piel rugosa y trabajada; pero también el calor de un cariño que apenas se atrevía a asomar.

—¿Es tu novia? —dijo. Negué con una sonrisa—. Pues te defiende bien. Si no fuera porque parece que no sé lo que te conviene, te diría que ella te conviene.

Sonreí.

Sonrió.

—Volveré al pueblo. Llama a tu madre de vez en cuando, ¿quieres? Y algún día te la traes, a que la conozca.

Después salió de la habitación despacio. Pude ver cómo se detenía para mirar de nuevo a Elena. Se despidió con un gesto y ella volvió a entrar.

—Tu padre mola —dijo al llegar junto a la cama.

—¿Tú crees?

—Se preocupa por ti, Dante de Alcaraz. Se equivoca en el modo, pero se preocupa por ti.

El viejo Moisés, sentado en esa silla, le recuerda a Tomás a aquel otro anciano con la cabeza perdida. «Aquel pobre loco que murió por culpa de mi propia ira», piensa el cura. Observa cómo el judío atiende a las labores de sus nietos intentando aligerar la carga del carro sin desear participar en la decisión de qué dejan y qué se llevan. Tomás también repara en los muchachos y un escalofrío le recorre la columna. «Yo también soy abuelo —piensa—, un pecado más. Como la muerte de David.»

Él mismo ofició la misa del entierro de su padre. Su madre apenas le mantuvo la mirada. Sus ropas negras, la palidez de su rostro, las sombras del llanto en sus ojos todavía dejaban adivinar la belleza de su juventud. Ya en el cementerio, Tomás descubrió a Abraham alejado del grupo que había ido a despedir a David. Su mirada no se separaba del ataúd, como si pudiera ver a través de las tablas el cuerpo de su hermano. Junto a él, Alina y Moisés. Ella tomaba a su marido por el brazo, un consuelo silencioso y lleno de cariño que el padre Tomás hubiera querido para sí en aquel instante. Cuando empezaron a echar la tierra sobre el ataúd, Abraham se acercó, se agachó a coger un puñado y, mientras lo arrojaba, dijo:

—Hice lo que pude.

Los asistentes se mostraron extrañados ante la presencia del rabino judío en el entierro de un cristiano viejo. Y Tomás supo que no podía dejar que el rumor se extendiera, que nadie debía dudar de su pureza de sangre.

—¡Fuera de aquí, judío!

Elena levantó la vista como si acabara de despertar de un sueño profundo. Observó a su hijo con la boca contraída, el desprecio reflejado en el rostro. Se acercó a Abraham y lo abrazó. Sin más, sin que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra. Tomás supo que aquello se comentaría en Los Cerros tanto como aquel nacimiento milagroso.

—Al fin y al cabo... —dijo con la intención de que lo oyeran todos antes de abandonar el cementerio—, ese judío me salvó la vida cuando era un bebé. Mi madre siempre le estará agradecida.

Elena estaba a punto de replicar cuando Abraham le posó los dedos sobre los labios.

—No importa —dijo—. Ya me voy.

Y los tres judíos salieron del cementerio sin prisa, unidos por el final de una historia que había torturado a uno de ellos durante toda una vida.

Más tarde, cuando Tomás regresó a la casa de sus padres, encontró a Elena junto a los rosales, utilizaba una sola mano para manejar la azada con torpeza, la otra intentaba enderezar el tronco que su hijo había herido. Terminó de tapar el hoyo, aplastó con las manos la tierra removida y, al incorporarse, se santiguó.

Tomás no quiso que percibiera su presencia. También se santiguó y entró en la casa a recoger sus cosas.

Era hora de irse.

## 19

2007

*Adnan* me llevaba a casa después de recibir el alta. El plan era que descansara para terminar de reponerme y, más tarde, retomar la búsqueda en el archivo. Observé las calles a nuestro paso. Los Cerros continuaba con su vida, ajeno a una sinagoga que no se sabía si lo era. Y a una paliza. Y a un hermano robado.

—¿Te ha contado Elena?

*Adnan* llevó la mano desde la palanca de cambios hasta el volante.

—¿El qué?

—Lo de su hermano. Está convencida de que lo ha encontrado.

—Ah, eso... —dijo como si no encontrara las palabras—. Sí sí, me lo contó.

—¿Y qué piensas?

—Bueno, ya sabes cómo es Elena. ¿Sabes que volvió Del Monte? —Desvió sus ojos de la carretera para mirarme—. Se cerró en banda de nuevo. Insiste en que la sinagoga no tiene ningún valor histórico y que no obtendrá ninguna subvención.

—Ese tío es un gilipollas.

—Bueno, sí, pero hay algo... —Era la primera vez que veía dudar a *Adnan*—. Tiene razón en lo de la orientación. Al este solo hay un patio.

—¿Tú también dudas?

—Mira, es evidente que ahí hay algo. Algo antiguo y enigmático. Pero desde que encontré lo de aquella cesárea, busco y busco. Y no sé si mi obsesión me nubla el razonamiento.

Asentí con la cabeza y volví a contemplar las calles. Pensé en mi padre, en la granja, en Elena y en Mara. En la ilusión desmedida de *Ermelindo*. ¿Y si todo

aquello no había sido más que una locura? Repasé con la memoria la nave que habíamos descubierto, la cantina de las tinajas; bajé el estrecho pasadizo hasta lo que suponíamos era la *mikvé*. Regresé mentalmente por el mismo camino, reparé en el hueco del suelo y me detuve en la puerta que daba al patio. Salí. Lo había dibujado todo y ahora se dibujaba en mi mente con el mismo detalle que en mi cuaderno. A un lado de la fachada, me detuve en la pila de piedra encastrada, en los elementos vegetales que la adornaban. Y en el pozo ciego descubierto allí.

No me resistí a compartir mi intuición con Adnan:

—¿No te parece un patio muy especial? Sí, es el patio el que da al este. Y es la fachada más adornada, con un pozo que bien podría ser para abluciones. ¿Se te ocurre por qué?

Adnan negó con la cabeza mientras reducía la velocidad y buscaba aparcamiento.

En casa de Adnan solo me esperaba Ermelindo. Había imaginado que me recibirían también Elena y Mara. El jefe me abrazó. Después se separó y me preguntó cómo estaba. «Bien», dije mientras registraba la habitación por si alguna de ellas me reservaba una sorpresa. Y me descubrí a mí mismo más extrañado por no encontrar a Elena que a Mara.

Ermelindo se sentó y volvió a contarme lo mismo que Adnan en el coche.

—¿Qué opinas tú? —dijo por fin.

—Pues que hay que seguir buscando respuestas. Nadie dijo que esto sería fácil.

—Ladislao exige tirarlo todo.

Vi las dudas en aquellos dos hombres que me habían llevado hasta allí. El entusiasmo de Ermelindo se había esfumado, Adnan estaba superado por sus dudas.

—Bueno —dije—, no es mi dinero. Seguramente para mí sea fácil decirlo. Al fin y al cabo, yo solo vine hasta aquí, sin cobrar, me peleé con mi padre y me llevé una paliza... ¿De verdad estáis pensando en abandonar? ¿Qué más da que fuera una sinagoga o no?

Mis palabras hicieron que Adnan levantara la mirada del suelo. De nuevo mostró un haz de ilusión:

—¡Sí! ¿Qué más da?

Ermelindo nos miró de hito en hito. No quería reconocerlo, pero ambos sabíamos lo que pasaba por su cabeza: nosotros no teníamos dinero que perder. Adnan continuó:

—Lo que hemos encontrado es antiguo. Todo son símbolos judíos. En ese lugar vivieron judíos. Quizá aquel rabino. No se me ocurre mejor lugar. ¿Qué más da si fue sinagoga o no? ¡Tenemos todos sus vestigios!

—¿Y qué hacemos con Ladislao? —planteó el jefe.

—¡Comprarle su parte! Amenázalo con pararlo todo a base de juicios y recursos. ¡Estará encantado de vender!

—Mara dice que fue él quien... —dije yo—. Si pudiéramos encontrar alguna prueba...

—Dante, sabes que Mara..., bueno..., está despechada —dijo Adnan.

—Me dieron una paliza, me amenazaron con volver si no me iba del pueblo. Y todavía no entiendo quién puede quererme lejos si no es por todo esto. Empezaron por el eslabón más débil. ¿Qué iban a hacer, pegaros a uno de vosotros? No, fueron a por el becario pringado. Estoy deseando encontrar una prueba y denunciarlo. Y, de paso, ayudaros con esto.

Ermelindo recuperó esa mirada. Ya sabes, esa donde la ilusión se solidifica.

Después de acordar que seguiríamos trabajando en la sinagoga, o lo que fuera, nos volvimos a quedar solos Adnan y yo.

—Adnan..., ¿y Elena? Esperaba que estuviera aquí. Desde lo de su hermano no ha vuelto a pasar por el hospital.

—Bueno... Está... trabajando.

—¿Le pasa algo?

—Arnau Vélez se fue. Le ha afectado.

—Bueno, si es solo eso, se le pasará. Otra de sus locuras.

—O no...

Supe que quería contarme algo y que era importante; algo que se guarda muy dentro para que nadie pueda descubrirlo por casualidad. Abrió un poco la boca, juntó las manos, apretó los dedos entrecruzados, apoyó los codos en las rodillas.

—Prométeme que no se lo dirás.

Asentí

—Dilo.

—Lo prometo. ¿Qué es lo que pasa?

—Te sorprenderías de lo intuitiva que es Elena. La conozco desde niña y todavía me sorprende a mí... Supongo que esto tendría que llegar tarde o temprano... —Tomó aliento para continuar—. El caso es que... Elena tiene razón.

—¿Te refieres a...?

—Sí, es su hermano.

—¿Y tú cómo lo sabes? —conseguí preguntar tras recuperarme del estupor.

—Lo averigüé. Prometí a su madre que lo haría antes de morir. Y cumplí. Solo que para entonces los padres de Elena ya habían fallecido. ¡Ese niño sustituyó al hijo muerto! Una locura, una de esas cosas que uno no puede imaginar que sucedan. Pero... —Cabeceó, sus ojos comenzaron a inundarse—. El niño estaba bien, en una buena familia. Los visité, lo querían con locura. Me ofrecieron dinero para silenciarme...

Todo el asombro que cabía en mi cuerpo se debió de reflejar en mi cara.

—¿Y lo aceptaste?

—No, pero me comprometí a no contarlo. Y conseguí que hicieran que a Elena no le faltara nunca de nada. Se fue a vivir con su abuela Benicia. Ella la crio. Y siempre pensó que el dinero que le pasaba era mío. ¡Yo no hubiera podido darle ese dinero! Me convertí en una especie de tío. Pasó el tiempo y, ya sabes, todo se vuelve normal. Elena se convirtió en quien ahora conoces y yo me sentí orgulloso de haber contribuido a ello. Un día, no sabría decir cuándo ni cómo, me convencí de que las cosas estaban bien así. Y mi intención de que algún día conociera a su hermano se desvaneció.

Otro silencio. Los nudillos de Adnan, blancos de tanto apretar sus propias manos.

—Pues lo ha conocido... Y quizá debería saberlo.

—En realidad, ya lo sabe. Es Elena, tú me entiendes.

—Sí, es Elena, pero no puedes tenerla en la incertidumbre. No puedes hacerla dudar de su propia cordura. No puedes ocultárselo más.

—Me odiará...

—¡Y con razón! ¿Por qué me lo cuentas a mí?

—Está triste. Ha conectado contigo como nunca lo había hecho con nadie. Si pudieras ayudarla...

Asentí, miré hacia la ventana. La tarde empezaba a caer.

—Adnan, ahora tendrás que contárselo. Es algo que yo no quiero guardar, aunque esperaré a que lo hagas tú. Me voy al Ibut, quizá la encuentre allí.

Lo dejé sentado con la vista todavía en el suelo, los dedos entrelazados.

Y el miedo.

Un miedo desconocido que Adnan no sabía combatir.

Decidí dar un rodeo y pasar por el palacio de los Vélez para evocar aquel día que lo vi por primera vez, junto a ella. «Este palacio debería ser mío», dijo. Me detuve frente a su fachada en penumbra. Volví a oír a aquella Elena del primer día. «¿Echamos un polvo?» «¡Tampoco quiero casarme contigo!» Recordé cómo la creí una loca peligrosa, y retomé el camino hacia el Ibut entre risas apagadas.

En la terraza estaban Ladislao, su mujer y el carrito. Él me vio casi al mismo tiempo, se levantó, se acercó y me saludó con una amabilidad desconocida.

—¿Cómo estás? —dijo ofreciéndome una silla junto a ellos. Rechacé la invitación, me encogí de hombros—. Lo siento mucho, Dante. Hay mucho hijo de puta suelto.

—Y tanto... —dije, y me fui al bar. Antes de entrar, miré atrás. Seguía de pie, con cara de estar aún intentando entender mis palabras.

Jorge levantó un tercio y me lo mostró; asentí con la cabeza y él lo abrió inmediatamente.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bueno, mejor ahora, que puedo tomarme una birra.

Entonces Jorge me señaló a un lado con la cabeza. Elena, con el codo apoyado sobre la barra, la cabeza sobre una mano, ensimismada en la etiqueta del botellín, que intentaba arrancar con movimientos automáticos.

—Lleva así varios días —dijo Jorge.

Cogí mi tercio y me acerqué a ella. Ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia.

—¿Echamos un polvo? —dije a su espalda.

Reconoció mi voz, levantó la cabeza y sonrió.

—Hola, Dante de Alcaraz. —dijo, sin más.

Definitivamente, no estaba bien.

Me acodé junto a ella, tomé un trago. Eché un vistazo a su botellín y vi que estaba vacío.

—¡Jorge, que la tienes seca! —grité, pero ella hizo un gesto para detener al camarero antes de que le sirviera otro quinto.

En ese momento llegó Mara.

—Ahí fuera está ese —dijo—. ¡Tan tranquilo después de lo que te hizo!

Elena se volvió, seria.

—No creo que fuera él —dijo.

Y se fue hacia la salida, cabizbaja. Fui a seguirla cuando la propuesta de

Mara me frenó en seco:

—Dante, ¿por qué no te vuelves a vivir conmigo?

Estupefacto, mi mirada iba de Mara a Elena, que ya salía del Ibut. Le hice un gesto a Mara para que esperara. Mi cuerpo quería regresar a la barra, escuchar de nuevo aquella petición; quizá celebrarlo. Pero mi cabeza tomaba el camino detrás de Elena. En la puerta, miré a un lado y a otro. Ni rastro. Imaginaba que se habría ido a casa; Ladislao me lo confirmó desde su mesa: estiró un brazo, con esa sonrisa satisfecha de triunfador tan suya, señalándome la dirección.

—Tu chica se ha ido por ahí. ¿Qué le has hecho?

Me quedé quieto, orientado hacia la esquina por la que sabía que Elena había desaparecido, después volví a mirar dentro y vi a Mara, obedeciendo a mi petición. «De todos modos —pensé—, la veré mañana.» Regresé junto a Mara. Le pedí otra cerveza a Jorge. Sonreí.

Ay, Dante de Alcaraz...

1492

El padre Tomás cierra los ojos con la imagen de su madre agachada junto al rosal en la mente. Todavía le duele en el pecho cuando la recuerda, lo ha acompañado durante tantos años... Al principio, preocupado como estaba por su reputación, consiguió aislarla en un rincón de su memoria. Después, con el avance de la edad, con el peso de sus actos sobre la conciencia, volvió a abrirse paso, y cada vez ocupa un sitio más destacado en sus recuerdos. Cuando uno ya tiene más pasado que futuro, la mente hace su propio balance.

El Vélez aparece ahora en uno de los recuerdos de su niñez. Su sonrisa amable, sus caricias sobre el pelo, la ayuda que siempre pareció ofrecer a sus padres. «Quizá es que no ha tenido hijos y ve en el nuestro la virtud del que él hubiera querido tener», decía su padre para intentar explicarse tanta amabilidad, para seguir aceptando sus favores sin necesidad de justificarlos. Elena asentía y miraba para otro lado en un gesto que solo mucho después reconocería el padre Tomás. Fue don Rodrigo Vélez quien medió para que el hijo de un albañil entrara en el colegio de San Bartolomé como si del hijo de un señor se tratara.

La relación con su madre nunca fue ya la misma. Después del entierro, Tomás retornó a Salamanca y tardaron años en volverse a ver. Él quiso deshacer los lazos que lo unían a Los Cerros, como si nunca hubiera existido ese pueblo, ese albañil que lo crio junto a su mujer, esa familia de rabinos. Se encerró en su

propia vida, en sus estudios, en su religión, para no dejar entrar a un pasado que no quería admitir. Cuando se trataba de reafirmar su fe ante los demás, fue el más cristiano, el más intransigente con los que la quebrantaban. Predicó contra los judíos, contra los conversos, aun en contra de la familia de su propia madre, de los que decía que solo se bautizaron por conseguir los privilegios que de otro modo les habrían sido vedados. Sus superiores lo alababan, algunos hasta envidiaban esa fe pura, intensa, radical, que a ellos no les había sido concedida. Fue ganando su confianza y adquirió más responsabilidades, más poder, y creyó haber olvidado Los Cerros hasta que recibió una carta de su madre donde le informaba que su mentor, Rodrigo Vélez, había fallecido. No mostró signo alguno de tristeza; apenas lo conocía. Pero todo el mundo sabía quién era Rodrigo Vélez y lo que había hecho por él, así que no le quedó más remedio que regresar.

La última vez que había entrado por la calle de aquel pueblo lo hizo a lomos de una modesta mula. Esta vez su montura había crecido en tamaño y categoría, y los cascos resonaban con orgullo sobre el empedrado de la calle Mayor. Los muchachos se volvían a admirar su caballo azabache y los más viejos reconocían al hijo de Los Cerros cuya buena fama había conseguido traspasar sus murallas.

Quiso hospedarse en la iglesia de Santa María, prefirió no dormir en casa de su madre; pero la visita era inexcusable. No por su deseo de verla, sino porque todo el pueblo estaría muy pendiente de sus acciones. Los Cerros era un lugar peligroso para él después de la muerte de su padre. Sabía demasiado bien lo que un rumor extendido con la dosis justa de malicia podía llegar a suponer en la carrera de cualquier hombre de incipiente importancia. Y él ya disfrutaba de la suficiente como para levantar algunas envidias.

Si su pasado llegara a conocerse, si alguien le diera a la habladuría visos de verdad...

Visitó, por tanto, a su madre en la casa en la que él se había criado, en la misma casa en la que su padre había... ¿nacido? Llamó a la aldaba, esperó, un escalofrío subió por su espalda cuando la puerta comenzó a abrirse. Apareció una Elena vestida de negro, de rostro envejecido, con la tristeza agarrada a sus ojeras. Pero esbozó la sonrisa que una madre nunca podría reprimir.

—Hola, madre.

Ella se apartó para dejarle entrar, cerró la puerta y se acercó a avivar el fuego.

—Tendrás hambre —dijo.

—No no, madre, no te molestes. He comido algo en la parroquia.

—Sí..., he oído que te vieron llegar.

Tomás percibió tristeza en sus palabras, pero ningún reproche, y esto es lo que pareció desgarrarle el pecho.

—¿Cómo fue? —Elena levantó la vista de la cocina sin saber a qué se refería —. La muerte. Don Rodrigo no era un hombre viejo.

—No lo sé. Dicen que empezó a adelgazar sin motivo y en unos meses lo único que le quedaba ya por perder fue el aliento.

Unos golpes en la puerta interrumpieron un silencio incómodo. Elena fue a abrir y al otro lado apareció Alina con un cesto. Al verlo, agachó la mirada, abandonó la carga sobre la mesa y con una sonrisa tímida le dijo a Elena que volvería en otro momento.

—¿Qué es esto? —preguntó Tomás sin apartar los ojos de la puerta ya cerrada.

—Es solo algo de fruta que trae alguna vez.

—¿Desde cuándo te relacionas con judíos?

La madre bajó los ojos al fuego. Había sabido de su llegada al pueblo, de su estancia en la parroquia, y no le importó que no hubiera ido a verla, mucho menos que no hubiera querido alojarse en su casa. Aquel cura ya no parecía su hijo. Aquel cura se parecía demasiado a aquella que ni siquiera fue su verdadera abuela.

—¿Qué hace una judía en esta casa? ¡Dime!

—¿Vas a officiar tú el entierro?

El padre Tomás asintió con la cabeza, pero aún esperaba una respuesta. Que no llegó.

—¡Te prohíbo que vuelvan por aquí!

La madre por fin enfrentó su mirada a la del cura.

—No es asunto tuyo. Son la familia de David y...

—¿David? ¿Ahora tú también llamas David a ese bastardo? ¿Su familia?

La madre se levantó del taburete, dio dos zancadas hacia el hijo, sus ojos mostraban un desprecio que nunca había visto en ella. Levantó la mano y reprimió su cólera antes de abofetearlo.

—¡Tienes razón! ¡Hubo un bastardo en esta casa! ¡Pero no fue David!

Tomás fijó la vista en la mano levantada de su madre, asimilaba cada una de

las palabras, las analizaba, pero no llegaba a comprender. No quería llegar a comprender. Aun así, preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Elena esbozó una sonrisa desprovista de amabilidad, una sonrisa hiriente:

—¿Nunca te has preguntado por qué el hijo de un albañil pudo entrar en San Bartolomé? ¿Por qué tanto interés de un señorito por un crío de una familia pobre que no le tocaba en nada?

El padre Tomás posó la mano sobre el respaldo de una silla, la apartó de la mesa, se sentó despacio, los ojos cerrados, la boca contraída. Hundió su cara entre las manos, sus hombros empezaron a sacudirse. Elena se arrepintió de sus palabras en cuanto creyó que su hijo lloraba; pero al volver a descubrir su cara, encontró una carcajada en el rostro del sacerdote.

—¿Quieres decir que mi padre era don Rodrigo? ¿Que soy un Vélez?

La madre volvió a indignarse ante aquella risa.

—No. Eres el bastardo de un Vélez. Y ahora, vete de esta casa. David fue tu verdadero padre, lo quieras o no. Él fue quien te quiso y quien de verdad cuidó de ti. No vuelvas mientras no estés dispuesto a honrarlo.

«Honrarás a tu padre y a tu madre», pensó Tomás.

Se levantó de la silla, se acercó a la puerta, volvió la cabeza para dedicar una última mirada a su madre y salió.

El padre Tomás todavía ve a su madre, sus ojeras, su decepción, a través del cristal de la antigua sinagoga frente a la cual ahora una mula, un carro y una familia de judíos tratan de emprender un camino sin regreso. Recuerda sus pensamientos de vuelta a la parroquia. ¡Su padre no era un judío, sino un cristiano viejo! ¡Eso lo cambiaba todo!

La ambición. Ese demonio que arrasa con los sentimientos importantes.

El entierro se celebró al día siguiente. Todos los cristianos del pueblo acudieron a la iglesia. El padre Tomás habló de las virtudes que habían coronado a don Rodrigo en vida y le auguró un sitio privilegiado en el reino de los cielos. Su voz afectada, su gesto triste, sus palabras cariñosas pretendían dejar la semilla del plan que su mente había trazado. Si se llegaba a conocer cuál era su verdadero origen, ya nadie podría acusarlo de tener la sangre impura. Es verdad que su madre era cristiana nueva; pero su padre venía de una de las familias más antiguas de Castilla. ¡Nadie dudaría de él!

«Nadie dudaría de mí», piensa asomado a la ventana. Nadie dudó de todos

modos. Ya se encargó él de que fuera así. El Vélez murió sin descendencia directa, tan solo un par de sobrinos. A él y a su madre les dejó la renta que le reportaban parte de sus tierras, y a ellos todo lo demás. Elena nunca quiso tocar aquel dinero, jamás quiso nada de él excepto lo que correspondía a la educación de su hijo. Tomás sí lo quiso, y no se conformó. El día en que su madre le confesó quién era su verdadero padre supo que Benicia y sus hermanos eran sus primos. Ya los había visto muchas veces por el pueblo, sobre todo a Benicia. Ya eran algo más que vecinos ricos, eran su familia. Sobre todo, ella.

El padre Tomás aprieta los ojos, la imagen de una joven y hermosa Benicia dibujada tras sus párpados. Su joven e inocente prima.

## 20

2007

*Mara* me esperaba en la barra, como le había pedido. Me acerqué a ella todavía con la sensación de que debía haber ido tras Elena. Al llegar a su lado, extendió los brazos. Me quedé quieto, intentando entender a qué venía un cambio tan repentino.

—Dante, ¿por qué nos hemos alejado tanto? —Bajó los brazos al comprobar que no correspondía a su invitación—. ¿Por qué no vuelves conmigo?

Contemplé sus ojos negros, su pelo corto, sus labios finos. Pensé en cuántas veces habría querido escuchar algo así desde que la conocí. ¿Cómo no iba a volver?

—Mañana recojo mis cosas de casa de Adnan y las llevo al piso.

*Mara* abrió de nuevo los brazos, pero esta vez no esperó a que yo respondiera. Se acercó despacio a mí, me rodeó con ellos y me susurró al oído:

—Pero te vienes esta noche. No te hará falta el pijama.

Descubrí a Jorge tras la barra, frente a mí. Me guiñó un ojo.

A la mañana siguiente, Elena estaba en su mesa, su mirada se perdía mucho más allá de la pantalla del ordenador. Respondió a mis buenos días con un lacónico «hola». Sus labios cerrados, serios como casi nunca; su mano derecha sobre el ratón, sin moverse, y la izquierda, sobre el teclado, sin pulsar una tecla. Debió de notar que estaba allí de pie, frente a ella, y encogió los hombros como preguntándome «qué pasa»; yo negué con la cabeza para responderle que nada. Me miró de arriba abajo:

—No te has cambiado de ropa —dijo al fin.

—No —contesté.

Cabeceó y volvió a su ordenador. Me dirigí a la mesa de estudio, donde me

esperaban documentos que revisar. Ni un «no te enteras de nada» ni un «Dante de Alcaraz». Ni siquiera una insinuación. Desde que se había cruzado con su hermano, Elena ya no era Elena. Seguramente, volvía a ser aquella niña que lo perdió, aquella que se culpaba, que se sentía culpada. Y yo sabía algo que podría, si no animarla, sí reactivarla.

Pero no podía contarle.

«Ay, Elena de Los Cerros..., ¿qué voy a hacer contigo?»

En ese momento llegó Mara. Habíamos quedado en que me recogería después de pasar por la obra para buscar juntos los antiguos planos de Los Cerros. Queríamos conocer la disposición exacta del edificio que suponíamos una sinagoga, quizá así encontraríamos la explicación a por qué no pudieron construirla con una orientación distinta.

—A ti si te ha dado tiempo —le dijo Elena a Mara, que la miró sin entender a qué se refería—. A cambiarte de ropa.

A Elena, como siempre, no se le escapaba nada. Yo intuía que escuchó la propuesta de Mara la noche anterior; que es muy probable que esperara que la alcanzara cuando se fue y que, cuando no lo hice, supo lo que había pasado.

Elena percibía las señales.

Y no se le escapaba que yo, aquella mañana, era feliz.

Y ella sabía por qué.

Mara se dirigió al archivo y salió con un pliego antiguo que extendió sobre la mesa. Yo seguía allí parado, frente a Elena, esperando que alguna de sus excentricidades me indicara que estaba bien. Ella solo se movió para coger una caja que tenía a un lado de la mesa. La abrió y perdió la mirada dentro. La tapa me impedía ver su contenido. Rodeé la mesa y miré el interior. No dije nada al verlo.

—¿Me ayudarás? —dijo.

—Claro —contesté, aunque no sabía qué tenía que hacer.

Entonces los dos oímos la voz de Mara:

—¡Dante! ¡Lo tenemos!

Señalaba uno de los planos que había estado escudriñando. No me decidía a moverme, fue Elena la que me liberó:

—Anda, ve con tu chica.

Pudo ver el sonrojo de mis mejillas. No quería alejarme así.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —dije señalando la caja.

—No sé de quién son estos huesos. Pero llevan en mis rosales desde mucho

antes que yo existiera. Deberían seguir allí.

—¿Quieres que los volvamos a enterrar?

—¿Me ayudarás?

—¡Dante! —volvió a gritar Mara.

—Claro —dije alternando mi atención entre Elena y Mara—, ¿esta tarde?

Elena asintió con la cabeza, la sonrisa volvió a su rostro. Una sonrisa a la que aún le faltaba luz para recordar a la de siempre.

—Ve —dijo—, no la hagas esperar más.

Me acerqué a la mesa de Mara. Ella me esperaba con el dedo índice señalando el plano.

—¿Ves? —dijo nada más tenerme a su lado—. ¡Era una calle! ¡Esos patios no existían!

Me puse a examinar el plano. Era cierto, allí antes había una calle estrecha. Mara volvió al archivo, yo me quedé frente a aquel trazado urbano y, de vez en cuando, controlaba qué hacía Elena. Había vuelto a apartar la caja y a perder la mirada más allá de su monitor. Mara regresó con un montón de legajos.

—¡Busquemos títulos de propiedad!

Nos sumergimos entre aquel montón de papeles en los que buscábamos alguna pista más, algo que nos descubriera un hilo del que seguir tirando. Ni siquiera nuestros estómagos nos avisaron de que se pasaba la hora de comer, ni me percaté de que Elena ya había abandonado su mesa. Estábamos enfrascados buscando, leyendo documentos, comentándolos. Trabajábamos juntos, nos entusiasmábamos juntos, teníamos el mismo objetivo. Y yo nunca me había sentido mejor, ni más unido a Mara que en aquella investigación en que, por fin, compartíamos el tiempo; lo compartíamos de verdad, con una ilusión común.

—Pues aquí se pierde la pista —dijo Mara.

—En un tal Rodrigo.

Levanté la vista y fue cuando me di cuenta de que Elena ya no estaba en su sitio. Miré hacia la ventana.

—¡Es de noche! —dije.

—Sí, será mejor que lo dejemos para mañana. ¡Ni siquiera hemos comido!

Estaba sumergido en mis pensamientos. Había quedado con Elena para ayudarla con los huesos aquella tarde. Se me había pasado por completo. Un tamborileo de remordimientos empezó a subirme desde el estómago.

—¿Qué tal si vamos a casa y cenamos allí, solos?

Mara me abrazó. Su cara frente a la mía, sus ojos en los míos.

Sus labios sobre los míos.

Lo que siempre había deseado.

—Llevo dos días sin cambiarme. ¿Vamos a casa de Adnan, cojo mis cosas y le contamos?

Mara me besó la mejilla.

—Claro —dijo.

La sonrisa de Adnan se iba ampliando conforme escuchaba.

—Sabía que encontrarías algo —me dijo.

Sentí el cuerpo de Mara tensarse junto al mío.

—En realidad, ha sido ella la que...

Adnan no hizo caso de mi comentario, cogió el teléfono:

—¿Ermelindo? ¡Dante ha encontrado algo!

Mara tenía el gesto serio, los hombros tensos. Intenté cogerle una mano, pero la rechazó. Traté de hacerle una caricia, pero apartó la cara.

—Voy a recoger mis cosas —dije mientras Adnan continuaba hablando.

—No —dijo ella—. Mejor quédate hoy aquí. Estoy cansada.

Se levantó y se fue. Ni siquiera se detuvo cuando me levanté con ella y le pregunté qué le pasaba. Tampoco me contestó. Abrió la puerta y se fue. Y yo me quedé allí, sin escuchar ya las palabras de Adnan.

1492

Un muchacho se acerca al viejo Moisés, posa una mano sobre su hombro caído, este levanta la mirada y le dedica una sonrisa, eleva el brazo y le acaricia la cara. Debe de ser un nieto. Tomás contempla la escena, le cuesta tragar saliva.

Envidia a ese viejo.

Hubo un tiempo en que albergó sentimientos más elevados...

La primera vez que habló con su prima Benicia no supo reconocer esa sensación que parecía agarrársele al pecho. Nunca antes había sentido algo parecido. Lo más próximo fue el día en que lo separaron de su madre siendo aún un crío para llevarlo a Salamanca. Pero no se trataba ni mucho menos de lo mismo. Quizá dolía, no habría sabido explicarlo; sin embargo, aquel era un dolor

suave, un dolor del que no se desea escapar sino sumergirse en él.

Fue en el entierro de su verdadero padre, el tío de Benicia. El padre Tomás sintió la sinceridad de las lágrimas de su prima como propias, aunque a él no le afectó demasiado aquella muerte. Sí aquel llanto. Se acercó a ella e intentó consolarla. Sus hermanos y sus padres le hablaron con la reverencia que en el pueblo se utilizaba para un sacerdote con estudios al que auguran un futuro próspero. Ella no mostró la distancia de las formalidades, sino la gracia de su juventud, la candidez de la confianza en su sotana. Sus párpados caían con dulzura sobre sus ojos marrones con una cadencia musical. Su sonrisa, amplia, carente de timidez, podía atraer la mirada a los labios que la protegían. Era menuda, de formas poco exuberantes pero armoniosas. Y, a los ojos del padre Tomás, el ser más bello que nunca había visto. Una obra perfecta de la creación.

Tan insistente fue su mirada que Alfonso, el hermano pequeño del difunto Rodrigo, carraspeó para llamar su atención. Tomás desvió a su pesar la vista de Benicia y la posó sobre aquel hombre que era su tío carnal, mayor que él, pero con ciertos rasgos que reconocía a diario en su propio espejo.

—Don Alfonso, le acompaño en el sentimiento.

—Gracias, padre... ¿Le gustaría acompañarnos a comer?

Tomás tuvo que contener el deseo de volver a mirar a Benicia. ¿Gustarle? ¡Lo estaba deseando!

La casa de Alfonso Vélez era una construcción reciente, de dos pisos, planta cuadrada muy amplia y unas caballerizas anexas. Lo condujeron a un comedor a través de un pasillo donde colgaban lienzos con retratos. La decoración disponía de cierto lujo rural, muy alejado de la casa de su infancia y del colegio en los que se había criado. Tomaron asiento alrededor de una gran mesa rectangular. Alfonso la presidía. Su mujer, Elvira, a su izquierda y él a la derecha. A su lado, Alfonsito, el hermano mayor; un sitio más allá, Rodrigo, el menor. Y frente a ellos, Benicia.

No faltaron vinos ni carnes, ni dulces a los postres. Tomás nunca había comido tanto. La conversación rondó sobre la vida del difunto Rodrigo, sus múltiples bondades y sus cuantiosas obras de caridad.

—Es una pena que muriera sin descendencia —dijo Elvira.

El padre Tomás percibió en los párpados de Alfonso una vibración nerviosa; su mano, con la copa elevada ante los labios, tembló lo suficiente como para que él se diera cuenta, y sus pupilas se dirigían a él con disimulo y enseguida regresaban al plato cuando descubrían que Tomás lo observaba.

—Me gustaría hablar con usted, don Alfonso —dijo Tomás consciente de que era el momento.

El anfitrión dio la comida por finalizada y lo condujo a un salón, le ofreció asiento junto a la chimenea y se acomodó frente al sacerdote.

—Don Alfonso, mi madre me contó quién fue en realidad mi padre.

El anfitrión se recostó en el sillón, se distrajo con las llamas, volvió a cambiar de postura.

—Creo que ha sido generoso en su testamento, no creo que pueda usted pedir...

Tomás levantó una mano.

—No, no me entiende usted. No quiero pedirle nada. Don Rodrigo ya hizo mucho por mí. Y ahora, una vez junto a nuestro Señor, ha vuelto a hacerlo. No deseo manchar su nombre, solo me gustaría que ustedes me consideraran como parte de su familia.

Los hombros y el cuello de Alfonso parecieron relajarse.

—¡Cómo no, padre! Nos encantará tener a un sacerdote con futuro prometedor como usted cerca de nosotros.

—Me alegro de haberlo aclarado. No querría que entre su familia y yo hubiera ninguna reticencia.

Benicia interrumpió en ese momento:

—Padre, el capataz dice que necesita verlo. Le he dicho que está usted ocupado, pero ha insistido.

Alfonso se levantó, pidió disculpas a su invitado y los dejó en el salón. Ya libre de observadores intrusos, Tomás contempló a la muchacha como había deseado hacerlo desde que la encontró por la mañana. Ella no rehuyó sus miradas, Benicia no era tímida, y le preguntó si había disfrutado de la comida. Él asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra. No deseaba que ningún sonido perturbara la atmósfera.

La muchacha se acomodó en el sillón que había ocupado Alfonso.

—Padre, dicen que usted sabe mucho de las cosas de Dios..., ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro, hija.

—Verá... Mi madre dice que soy..., no sé... Ella dice que demasiado alegre. Que no debería sonreír tanto, que no es de Dios. Pero yo no lo hago a propósito, yo... Bueno, no sé. El párroco me dice que tenga cuidado, que rece más, que pida a Dios que me lleve por el buen camino. ¡Yo no creo hacer nada malo!

—Nunca está de más rezar, hija. Pero Dios no ha creado la belleza para ocultarla, sino para mostrar su bondad. Ocultar esa sonrisa tuya sería como negar su creación.

—Entonces, ¿no cree que sea mala por eso?

—Si tu único pecado es sonreír, no, no lo eres.

Benicia se sonrojó. Miró al suelo, volvió a sonreír, esta vez algo tímida.

—Bueno, el único pecado...

Para Tomás, aquella frase fue una puerta abierta. Desde el principio supo que conocer los pecados que atormentaban a la gente era un poder que Dios había reservado a sus pastores.

—¿Quieres confesión?

—No no... Confieso con el párroco.

—Lo conoces desde pequeña, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Y tus hermanos y tus padres también.

Benicia volvió a asentir.

—¿Y no te resulta difícil confesar algunas cosas a alguien al que conoces tan bien?

—Sí, a veces...

—Pues estaré aquí unos días. Si lo deseas, te oiré en confesión.

Benicia fijó sus ojos en los del cura. Su amplia sonrisa competía con la luz de las velas. Lo miraba con fijeza, casi con descaro. Recorrió las facciones de Tomás desde el pelo, bajó a sus cejas, pasó por la nariz, se detuvo unos instantes en los labios, de donde le costó pasar hasta el cuello. Tomás percibió aquel escrutinio, el corazón le latía más rápido que nunca. Solo los pasos de Alfonso al volver a entrar en la habitación sacaron a ambos del mundo en el que se habían sumergido. Tomás se levantó, aclaró su garganta con un leve carraspeo.

—Bueno, yo debo marcharme ya —dijo—. Ya sabes, hija, si deseas que te oiga en confesión —miró a Alfonso— y tu padre está de acuerdo, me podrás encontrar en Santa María.

—Estaré encantado de que mi familia tenga un confesor tan insigne como usted.

## 21

2007

—¿Es tarde para ayudarte?

Elena me observaba desde el otro lado de la puerta. Llevaba puestos un pantalón de pijama y una camiseta gris con un letrero en el pecho en el que se podía leer «Calvo kien?».

—¡La vista arriba! —dijo—. Ahora tienes chica.

—Yo... leía...

—¿Por qué no estás con ella?

—Esta noche la paso en casa de Adnan.

—¿Problemas en el paraíso?

Miré al suelo sin decir nada.

—Ay, Dante de Alcaraz..., ¿qué voy a hacer contigo?

Por fin sonrió. Por fin volvía a parecer la Elena que había conocido semanas atrás.

—Ay, Elena de Los Cerros... —contesté pellizcándole la mejilla—, ¿qué voy a hacer contigo?

—No lo que yo quisiera, me temo. Entra, anda.

Una lámpara alógena de pie iluminaba la sala desde su rincón. Vi que la foto de su padre estaba sobre la mesa baja, frente al sofá, junto a un quinto de cerveza y un plato en el que solo quedaban unas cuantas migas. La caja que contemplaba por la mañana esperaba sobre la mesa alta.

—¿Quieres que cave el hoyo? —dije señalando la caja.

—El hoyo ya está. Tenemos que hacerle la ceremonia.

—¿Qué ceremonia?

—Pues la que se nos ocurra, Dante de Alcaraz. No vamos a enterrarlo así sin

más.

Sacó una vela de un armario, la encendió, cogió los restos y se dirigió al patio. Seguí sus pasos. Empezaba a refrescar. Elena me ofreció la caja y se frotó un brazo con la mano que le dejaba libre la vela.

—Ponla tú —dijo.

La deposité dentro del agujero en el que descubrimos aquellos pequeños huesos. Iba a empezar a echar tierra sobre ella con la azada cuando Elena me detuvo.

—¡Espera! —dijo. Se acercó a la pequeña tumba improvisada. Y volvió a la seriedad de esos últimos días. La luz de la vela la iluminaba desde abajo y proyectaba sombras sobre su rostro que le daban un aire de solemnidad—. Descansa, pequeño desconocido. Descansa en el lugar que alguien eligió para ti hace muchos años. Ahora regresas a tu sitio, que es como ha de ser. Todos deberían poder regresar a su lugar. De aquí en adelante, yo sabré que estás ahí y nunca te sentirás solo. Ahora te pondremos tu rosal y todo volverá a ser lo que debe. Bienvenido de vuelta a nuestra casa... —Buscó algo que añadir y me miró—. ¿Qué más?

Me encogí de hombros.

—Pues hale, pon el rosal y tapa.

Empuñé la azada y Elena volvió dentro. Coloqué el rosal junto a la caja, rellené con turba, terminé de completar con la tierra, regué con un cubo de agua y entré en la casa. Elena lloraba sentada en el borde del sofá, con una mano sujetándose la cabeza y la otra acariciando la fotografía de su padre. Me senté a su lado.

—¿Qué te pasa?

—No me mires —dijo—, me pongo muy fea cuando lloro.

Rodeé sus hombros con mi brazo.

—Estás preciosa cuando lloras —dije.

Volvió la cara hacia mí, la tenía muy cerca de la mía.

—Qué labios tan bonitos tienes, Dante de Alcaraz... —Se separó de mí, se enjugó las lágrimas—. Bueno, ¿qué ha pasado con tu chica?

A Elena no le gustaba que la notaran triste. Hasta yo podía verlo. Dante de Alcaraz empezaba a enterarse de algo...

—¿Me vas a contar qué te pasa estos días? —pregunté.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero.

Y después el silencio.

A veces, el silencio.

—¿Quieres que me quede esta noche?

Sus ojos, vidriosos; su cuerpo, abrazado a sí mismo; su sonrisa fracasada.

—No. Vete.

1492

Tomás recuerda el día en que encontró a ese viejo en el mismo lugar en el que ahora espera sentado. La misma calle, frente a ese mismo edificio.

Acompañaba a sus padres junto a un carro lleno con unos pocos enseres. Aquella vez eran ellos los que se disponían a ocupar los muros entre los que ahora se encuentra. José de Los Cerros, el hombre que había habitado aquella casa como rabino primero y como cristiano después, acababa de morir. Tomás los miró mientras se acercaba a ellos, no detuvieron su mudanza. La presión contra los judíos se había vuelto a relajar desde que el rey sancionó las ordenanzas de la Asamblea de Valladolid y, poco a poco, intentaban recuperar sus vidas anteriores a las leyes promulgadas por doña Catalina. El pueblo había cambiado en esos años y ni judíos ni cristianos eran capaces de saber si todo volvería a ser como antes. Por su parte, Tomás había sido siempre un firme enemigo de cualquier religión que no fuera la verdadera y no entendía la laxitud del rey ante aquellos que mataron a Cristo.

Se detuvo a observarlos. Todo el pueblo conocía aquella sinagoga. El lugar donde el médico que hacía milagros había vivido junto al rabino tullido, donde se celebró en secreto la circuncisión de ese hijo milagroso. Aquel fue el lugar al que había continuado acudiendo la comunidad hebrea a celebrar sus cultos, a escuchar las palabras del sabio, a purificarse en el baño sagrado. Abraham lo vio allí quieto, lo miró a los ojos, como si pudiera leer sus pensamientos.

—Hola, Tomás —dijo.

El padre Tomás bajó la cabeza y retomó su camino; al volverla a levantar, se encontró de nuevo con los ojos de Abraham.

—Tu madre está muy sola. ¿Por qué no te hospedas con ella?

El rostro de Tomás se contrajo, sus puños se apretaron. ¿Cómo se atrevía ese judío?

—¿Quién te crees que eres tú para...?

—Soy el hermano de tu padre —interrumpió Abraham.

—¡Tú solo eres un judío! ¡No te metas en mis asuntos! —Tomás hizo ademán de marcharse, pero Abraham lo detuvo agarrándolo por un brazo.

—Tu padre era mi hermano, lo quieras o no.

—¡Ese judío no era mi padre!

—Francisco —dijo entonces Abraham, consciente de que era la primera vez que lo llamaba así— fue tu padre, el que te crio y te dio tu religión. Él no siguió la ley de Moisés, pero era sincero con su creencia. ¿Y tú? A pesar de esas sotanas, tú no crees ni en tu propio Cristo. Ni siquiera sigues su mandamiento de honrar a tu madre.

Tomás se soltó de un tirón y continuó calle adelante sabiéndose observado por aquel hombre al que todo el pueblo, judíos y cristianos, respetaban. Sabiéndose juzgado por él. Sabiendo, en el fondo, que aquel hombre tenía algo que le hacía conocer el interior de las personas.

Alcanzó las puertas de Santa María acalorado, con las palabras del judío todavía rebotando dentro de su cabeza, junto a una preocupación que se convertía en rabia. Encontró a Benicia sonriendo desde lo alto de la escalera y, de pronto, toda la rabia, toda preocupación, todo el odio se disolvieron en la poción de una alegría completamente desconocida para él. Subió los escalones despacio, alargando la visión de su felicidad.

—Tal como quedamos, he venido a confesar con usted —dijo ella con un leve sonrojo.

—Claro, hija, sígueme —dijo el cura casi tartamudeando.

La condujo a lo largo de un lateral de la nave principal. Ella caminaba junto a él; sus ojos, siempre sonrientes, se detenían en las gruesas columnas, en los arcos, en las cristaleras. Escrutaba cada rincón, cada detalle, como si todo quedara grabado dentro de su pequeña cabeza. Atravesaron la cruz frente al altar, ambos hicieron una genuflexión y se persignaron. Tomás, sin querer mirar al Cristo directamente, como temiendo mostrar unos pensamientos que eran difíciles de explicar; ella, como siempre, sonriendo, posó su dedo pulgar sobre aquellos labios que Tomás miraba del mismo modo que Adán debió de mirar el fruto prohibido. Atravesaron la sacristía y enfilaron un pasillo estrecho hasta llegar a un modesto cuarto en el que solo había una mesa de escritorio junto al muro de piedra del que colgaba un crucifijo, una silla, un minúsculo armario y una estrecha cama debajo de un ventanuco.

Benicia repasó cada pared con detenimiento. Ya no mostraba los dientes,

solo sus labios extendidos. Miró al sacerdote con una mirada que preguntaba sin palabras o, al menos, eso le pareció a Tomás, porque intentó explicarse:

—Aquí no nos molestará nadie. A veces el párroco es muy celoso con sus feligreses.

Ella tomó asiento junto al escritorio. Tomás sacó la estola del armario y se la colocó sobre los hombros, juntó sus manos extendidas, se las acercó al rostro y cerró los párpados.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—El Señor te acoja con bondad...

—Padre, yo confieso... —Benicia se detuvo. Tomás mantuvo la cabeza agachada, en silencio—, que me van a casar, padre.

El sacerdote abrió los ojos. No es que le sorprendiera tal confesión, sencillamente le agujereó el pecho. La visualizó junto a su futuro marido, dedicándole sus sonrisas tiernas, abrazándolo como se abraza a un esposo, compartiendo con él el lecho... Volvió a cerrar los párpados, esta vez apretados.

—Hija, eso no es un pecado.

—Lo es, padre. No lo amo...

Los párpados del sacerdote se relajaron, su frente desdibujó las arrugas.

—Aun así, Benicia, no es un pecado. Los padres casan a sus hijas y la mayoría de las veces el amor viene después. —Nada más abandonar su boca, se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras.

—Eso me decía yo hasta... hace poco. Ahora sé que será imposible.

—Aunque no lo ames, no es pecado que te casen.

—Estoy en pecado porque amo a otro hombre, padre.

El corazón de Tomás volvió a latir con fuerza.

—¿Ese otro hombre... también te ama?

—Creo que sí, padre.

—¿Crees? —El padre Tomás había elevado la voz. Apenas podía contener el temblor de sus manos—. ¿Te has entregado a él?

—Todavía no, padre. Apenas hemos hablado.

—¡¿Todavía?! —casi gritó el cura—. ¡¿Qué significa ese «todavía»?! ¿Y por qué crees que te ama si apenas habéis hablado?

—Verá, padre. Yo... lo veo todo. —El padre Tomás reflejaba el miedo que sus pensamientos le provocaban—. No, padre, no es brujería ni nada de eso. Quiero decir que veo todo lo que ocurre, que no se me escapa ningún gesto,

ningún detalle. A la gente, por lo general, la mayoría de las cosas le pasan desapercibidas. A mí no. No tenga miedo. Sí, ¿ve? Lo he visto. He notado cómo sus manos temblaban, sus labios se contraían y apretaba los ojos. Todos esos detalles, padre, son los que hablan por la gente. Más que sus palabras. Y es por eso, padre..., que creo que usted también me ama.

El padre Tomás cierra los ojos al recordar estas palabras. Las palabras que de pronto entraron en su vida y lo pusieron todo a dar vueltas. Toma una lámpara y baja a lo que fue una *mikvé*, que ahora no es más que un aljibe. Se sienta en el poyete junto al muro, contempla las pequeñas ondas que provoca la leve corriente en el agua. Después se despoja de la ropa y comienza a bajar los escalones despacio, se moja los tobillos, las pantorrillas, las rodillas. Se sienta. El frío le eriza la piel ya arrugada. Se recuesta sobre un lado y se va sumergiéndose conforme se tiende hasta que sus lágrimas se funden con esa agua que una vez fue sagrada. Aguanta la respiración, desearía no volver a emerger.

Tan solo ese silencio.

Su piel muestra cierto tinte azulado a causa del frío, su vello erizado, mira hacia abajo, contempla sus pliegues fofos, su miembro flácido. Se viste sin secarse, siente el helor de la humedad pegado a la piel. Vuelve a subir los escalones despacio, se dirige de nuevo a la ventana. Los judíos siguen ahí. Dos de ellos examinan las pezuñas de la mula, otros parecen discutir sobre qué dejar y qué llevar. Moisés continúa sentado en una silla, como si todo aquello no fuera con él.

El padre Tomás pidió un puesto en el obispado de Barina, el más próximo a Los Cerros. Se trataba de un cargo adecuado a su formación y muy apropiado para sus aspiraciones. Y, sobre todo, cerca de Benicia. La distancia entre ellos había menguado a apenas una hora. Acudía a menudo a la casa de los Vélez, donde siempre era bien recibido y agasajado como un hombre importante. Ahora, sin una modesta habitación en Santa María, las confesiones a Benicia transcurrían en el confesionario de la iglesia. Ella le propuso realizar la confesión en su casa y él dijo que tendría que consultarlo antes con su padre. Don Alfonso accedió con entusiasmo y, al mismo tiempo, le pidió que oficiara la boda de la niña. Tomás recibió la petición tratando de que su rostro no mostrara sus sentimientos, esbozó una sonrisa en sus labios a la que no acompañaron sus ojos, y su voz apenas tembló al acceder a la propuesta:

—Será un honor, don Alfonso.

Desde entonces, el lugar elegido para las confesiones familiares fue una pequeña salita en un ala del caserón donde se dispusieron un par de sillones y un reclinatorio. Por allí desfilaba la familia al completo, dos días a la semana, y Tomás atendía a los pecados de todos, les daba la absolución y esperaba con impaciencia a que le llegara el turno a Benicia, que siempre aguardaba para ser la última.

Aquel día, al entrar, mostró su habitual sonrisa, se acercó al padre, desenfadada. En lugar de arrodillarse sobre el reclinatorio, se sentó en el otro sillón.

—¿Y los pecados de la familia? ¿Son muy gordos?

Tomás cabeceó y sus ojos expresaron un «no seas mala».

—¡Vamos, a mí puedes contármelo!

La muchacha percibió la mirada del sacerdote huyendo hacia el suelo, sus manos en los reposabrazos del sillón, después en su regazo y de nuevo en los reposabrazos.

—¡Te has sonrojado!

—No puedo romper el secreto de confesión...

Benicia se levantó y se acercó a él. Tomás se ladeó hacia el reclinatorio, pero ella no se arrodilló, le pasó la mano despacio sobre el pelo, después bajó por la mejilla. Tomás cerró los ojos, sin querer mostrar su deseo de que continuara con lo que él nunca se hubiera atrevido a hacer. Los dedos de Benicia se deslizaron con suavidad sobre sus labios y siguieron hasta el cuello. Tomás abrió los ojos y encontró la cara de Benicia muy próxima a la suya, sus pupilas se enfrentaron. El sacerdote supo que ya no habría retorno. Sus bocas se juntaron. Tomás sintió que la calidez de aquellos labios era tal y como la había soñado, que ya nunca podría olvidar la suavidad del contacto con Benicia, que aquello no podría tener fin.

Al separarse, la palma de la mano de la muchacha continuaba sobre la mejilla de Tomás, su respiración se había vuelto más agitada. Su pecho subía y bajaba de un modo que hipnotizaba a Tomás.

El cura arrugó la frente.

—Dios... —fue lo único que dijo.

—Ni tú ni yo creemos en Dios —dijo ella.

Y volvió a besarlo. Esta vez, los brazos de Tomás la rodearon, la atrajeron contra sí, repasaron su cuerpo sobre sus ropas, sus manos recorrieron sus pechos, sus caderas. Benicia se sentó sobre él y continuaron así hasta que Tomás,

sintiendo el roce del cuerpo de la muchacha bajo la sotana, la abrazó más fuerte y exhaló un gran suspiro.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

El sacerdote sintió sus calzones mojados. Avergonzado, no quiso decir nada. Hubiera permanecido allí, quieto junto a Benicia, para siempre.

—Ya casi ha oscurecido —dijo ella antes de levantarse.

Tomás siguió sin hablar.

—Te amo, Tomás... Me amas... ¿Cómo va a ser esto malo?

Le dio un beso en la mejilla, recompuso sus ropas y salió de la habitación.

La boda se celebraría pocos días después. La mente de Tomás no era capaz de ocuparse de otra cosa que no fuera aquel enlace. Benicia pertenecería a otro hombre. La imaginaba desnudándose ante él, dedicándole esa sonrisa contagiosa, tratándolo con el cariño que se debe a un marido. Cerraba los ojos, los apretaba, pero las imágenes no cesaban. Benicia tendida en la cama, el marido sobre ella, tocándola, profanando el templo de su piel. Y, peor aún, la veía a ella acariciándolo a él, gozando con su cuerpo, gimiendo. Y era entonces cuando su puño se cerraba y golpeaba sobre la mesa, abría los ojos y se daba cuenta del vacío de la vida que le había tocado vivir, la vida que otros eligieron por él: su padre, su otro padre, sus abuelos ya antes de que naciera. Miraba el crucifijo, recordaba las palabras de Benicia: «Ni tú ni yo creemos en Dios», y temblaba ante la blasfemia. Y, sin embargo, sin valor para reconocerlo, en el fondo sospechaba que tenía razón. Durante unos instantes, este temor evaporaba el tormento de la boda, aunque no tardaba en regresar y adueñarse de él y todo empezaba de nuevo, como una rueda maléfica girando sobre su propio infierno.

El día de la boda Alfonsito entró corriendo en Santa María preguntando por él. El párroco le indicó la sacristía. Allí lo encontró, con los ojos cerrados, los puños apretados sobre la mesa.

—Padre Tomás... —dijo con la voz cargada de prudencia.

Al descubrir quién lo llamaba, trató de relajar la tensión de sus músculos.

—¿Qué quieres, hijo?

—Mi padre me ha encargado que venga a avisarle. Es mi hermana, que dice que desea confesión antes de la boda. Que si no ve a su confesor, se niega a salir. Dice mi madre que solo son los nervios, pero mi padre insiste en que vuelva con usted.

Tomás y Alfonsito recorrieron a grandes pasos las dos calles que separaban

la iglesia de la residencia de los Vélez.

—Discúlpenos, padre... —lo saludó don Alfonso—. Las novias, ya sabe usted. Lo aguarda en su habitación.

En el cuarto de Benicia, su madre y dos sirvientas la acompañaban. Ante la presencia de Tomás, la muchacha recuperó la sonrisa que había perdido aquella mañana.

—¡Quiero que me dejéis con mi confesor! —dijo.

Su madre ordenó a las criadas que salieran y las siguió. Se cruzó con el padre Tomás, le dijo:

—A ver si usted puede calmarla.

Tomás asintió con la cabeza y esperó a que todas hubieran abandonado la estancia.

—¿Qué te ocurre? —dijo.

—Hoy tendré que entregarme a mi marido...

El sacerdote apretó los puños.

—¿Para eso me has hecho venir?

—Quiero que tú seas el primero —dijo Benicia despojándose del vestido poco a poco e irradiando destellos de aquella malicia que a él lo volvía loco.

Tomás se limitó a contemplar la piel que las telas iban dejando a la vista. En otras circunstancias, habría pensado que esa muchacha era el mismo diablo, la tentación pura que se mostraba ante él. Y, sin embargo, no podía creer que pudiera haber nada malo en Benicia, en la jovialidad de su rostro, en aquella sonrisa de ángel, en aquella piel que iba descubriendo. La muchacha, una vez desnuda, se tendió en la cama y lo miró con la ilusión en los labios, con el temblor del deseo, con la candidez del amor. Y Tomás dejó de pensar en tentaciones, dejó de pensar en el diablo, solo recordó las palabras: «Ni tú ni yo creemos en Dios», y se abrazó a ella sin reparar en los que esperaban al otro lado de la puerta, sin ocuparse de otra cosa que aquella piel suave al tacto de sus manos y de su boca, sin oír nada más que sus suaves suspiros, sin atender a nada que no fuera aquel fuego que surgía entre ambos.

Desnudos, tumbados en la cama, agotados, oliendo el uno al otro, se acariciaban. No necesitaban nada que se interpusiera entre sus cuerpos, ni siquiera las palabras; ni siquiera los pensamientos. Nada más que ellos.

Fue Benicia la que tuvo que romper el instante, la que se incorporó y recogió sus ropas.

—Esta confesión está resultando un poco larga. Habrá que ponerse en

marcha.

Y Tomás le hizo caso, como haría ya en adelante, sin rechistar, pero volviendo a ocupar su mente con las manos de otro hombre sobre la piel que ya era suya.

—¡Escucha! —dijo antes de que ella terminara de vestirse—. ¡No te entregues a ese hombre! ¡Eres mía!

Benicia soltó una carcajada abierta, franca, una carcajada con la que Tomás se sintió avergonzado.

—¿Y qué hago, negarle a mi marido lo que le corresponde? Y si acabamos de concebir un hijo, ¿te encargarás tú de convencer a todo el mundo de que soy la nueva virgen Benicia?

—¡No te cases!

—¿Y enfrentarme a mi padre? ¿O estás dispuesto a que ambos salgamos por esa puerta y desaparezcamos en donde nadie nos conozca?

Tomás bajó la cabeza. Pensó en su nuevo puesto, en el brillante futuro que todos le auguraban. Benicia se le acercó, descargó toda su ternura en los dedos que le acariciaban la cara.

—No te preocupes... Te amo a ti. Fernán solo es... mi marido, el que eligió mi padre, no yo. Siempre seré tuya.

Benicia abrió la puerta y encontró a media familia esperando en la habitación de al lado, desplegó la mejor de sus sonrisas y dijo:

—¿Vamos?

Fue la señal que todos esperaban para ponerse en marcha. De repente, el bullicio volvió a la casa. Cuando el padre Tomás reapareció, las mejillas sonrojadas, el pulso todavía acelerado, el sabor de Benicia aún en sus labios, don Alfonso se dirigió a él con gesto grave. El cura lo vio venir y su cerebro comenzó a elaborar posibles excusas. El patriarca llegó hasta él, se inclinó, tomó la mano del padre Tomás y la besó. El cura trató de disimular el temblor, su preocupación por el olor que podría desprender su piel, si todavía olería a la de ella, si don Alfonso sería consciente de...

—Padre Tomás —interrumpió sus pensamientos con un tono de gravedad. El sacerdote tuvo que esforzarse más en su disimulo—, ha sido una suerte poder contar con usted. ¡Muchas gracias!

El cura apenas pudo balbucear un «de nada» y se excusó para dirigirse a la iglesia a terminar de prepararlo todo, deseando alejarse cuanto antes de aquel hombre, de aquel temor; anhelando, sin embargo, regresar a aquel lecho, a la piel

de Benicia, a esos instantes en los que el mundo fue otro, solo de ellos dos.

## 22

2007

*Encontré* a Mara sumergida en un montón de documentos cuando llegué al archivo al día siguiente. Todavía no sabía qué había pasado, ni por qué no me dejó volver al piso con ella. Elena no estaba en su sitio. Ella no levantó la cabeza y yo contemplaba su pelo negro, ese cuerpo delgado que solo un día atrás se me había entregado y poco después me rechazó.

—Mara...

Me saludó enfadada.

Y yo no sabía qué había hecho.

Me senté a su lado, eché un vistazo a los documentos que revisaba. Parecían antiguos títulos de propiedad. Unos papeles que no me importaban demasiado en aquel momento. Posé una mano sobre ellos para detener su lectura.

—Supongo que ya lo sabes, pero... —Ella pareció incomodarse por la interrupción—. Yo..., bueno, te quiero. Te he querido desde que te conocí. Ayer creí que tú...

Mara prestó atención a la entrada, su gesto se relajó. Yo también oí unos pasos que se acercaban, fastidiado por su inoportunidad. Ermelindo y Adnan entraron en la oficina del archivo.

—Nos hemos deshecho de Ladislao —dijo Ermelindo.

Ya sabes, el entusiasmo de Ermelindo..., el que a mí me faltaba del todo en semejante circunstancia.

Mara echó la espalda hacia atrás.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Adnan se daba cuenta de que había interrumpido algo.

—Ermelindo le ha comprado su parte —dijo.

—Ya... —dijo Mara agachando la cabeza. Mi mano seguía detenida sobre los papeles. Me percaté de que a Mara le importaba más que Ladislao desapareciera que lo que acababa de escuchar—. ¿Y qué va a pasar ahora?

—Ahora —contestó Ermelindo— lo que vamos a hacer es terminar de limpiar la sinagoga, desenterraremos todos sus secretos, la reconstruiremos y la abriremos al público.

—¿Tienes tanto dinero? —preguntó Mara con un punto de acidez que no se nos escapó a ninguno.

Ermelindo no hizo mucho caso, su entusiasmo no le permitía atascarse en nimiedades.

—Los apartamentos que construiremos arriba pagarán gran parte. No es algo por lo que te tengas que preocupar. ¿Habéis descubierto algo más? —dijo señalando la mano que todavía descansaba sobre los papeles.

—Todavía no —contestó Mara—. Hoy Dante no estaba muy por la labor.

Adnan percibió algo que lo llevó a sacarme de allí:

—Bueno, pues entonces tú sigue con ellos. Yo querría hablar con Dante.

Mara volvió a tensar su espalda.

—¿En qué posición me deja esto? —dijo provocando un gesto de incompreensión en el jefe—. No soy tonta. Sé que sigo aquí por Ladislao. ¿Qué va a pasar ahora?

—Bueno —dijo Ermelindo—, ninguno de aquí lo somos. —«Yo no estoy tan seguro», pensé sin decir nada—. ¿Qué quieres hacer tú sabiendo que Ladislao ya no está?

—Cuando vine creí que esto sería un trabajo serio. Habéis ofendido a catedráticos importantes, ni siquiera hay un estudio en condiciones, ninguna institución reconoce que eso pueda ser una sinagoga... El jefe por el que sigo aquí hizo que le dieran una paliza a Dante para terminar con todo esto... No sé, tengo que pensar en mi futuro. Mientras lo decido, seguiré trabajando con vosotros.

—Nos honras... —dijo Ermelindo con un deje de sarcasmo justo antes de marcharse.

Adnan me esperaba en el pasillo. Mara ni siquiera me miró cuando me levanté para irme. Salí del edificio con mis propias palabras aún en la mente, intentando buscar un atisbo de reacción a ellas en Mara. Una señal, por minúscula que fuera, de que habría querido contestarme de no ser por la interrupción.

—¿Qué le pasa a esta chica? —dijo al llegar a la calle.

—No se lo tengas muy en cuenta..., quizá no la habéis pillado en un buen momento...

Adnan sabía que al que no habían pillado en buen momento era a mí.

—Anoche no pude hablar contigo. ¿Cómo estaba Elena?

—No está bien. No es ella.

—¿Qué le pasa?

—La encontré con la fotografía de su padre. Volvimos a enterrar los huesos donde los encontramos y después quiso que me fuera. Creo que es por lo de su hermano. Adnan, no debiste contármelo. No sé por qué lo hiciste, pero si no se lo cuentas tú, tendré que hacerlo yo.

—¿Y de verdad crees que eso la ayudaría?

—¿No crees tú que ya es hora de que lo sepa?

—No, no lo creo.

—¿De verdad te preocupas por ella, o más bien porque te odie por habérselo ocultado todos estos años?

Adnan echó a andar pesaroso. Yo miré el edificio del archivo que acabábamos de abandonar, respiré hondo.

Había dejado una conversación a medias...

Abrí la puerta despacio, vi a Mara leyendo papeles, me acerqué en silencio hasta sentarme a su lado. ¿Me iba a hacer repetírselo?

—Mira lo que he encontrado —dijo.

No, no quería que lo repitiera. Probablemente deseaba que lo olvidara. Bajé los ojos hacia el papel que señalaba. No lo leí, mi mente estaba todavía ocupada con lo que había dejado a medias antes de la interrupción. Esperé a que ella me lo explicara. Yo ya lo había dicho. No me tocaba hablar a mí.

—Míralo —dijo—. Él dividió la finca en dos.

Entendí.

1492

El helor del agua de la *mikvé* le ha anidado en los huesos, siente el temblor que se le ha metido dentro. O quizá sea el temblor del recuerdo de Benicia. Aparta la vista de los judíos, intenta esquivar las evocaciones de su mente; pero los pozos, el hueco donde hubo un *hejal* guardando los rollos sagrados de la

Torá, cada piedra, le traen pasajes de una vida ya pasada. No sabe qué tiene ese edificio, por qué le sucede algo así. Él ni siquiera lo pisó cuando era un niño, ni vivió ahí. Lo único que le unía a esos muros era el día que robaron a su padre de una de aquellas tinajas y tampoco aquel resultó ser su padre. Y, sin embargo, siempre hubo algo que lo atrajo hacia él. Quizá el rabino al que todo el mundo admiraba, o su hijo, con menos carisma pero producto de un milagro. El cariño de su madre hacia Alina después de la muerte de David, un cariño que él no supo conservar. Aquellas paredes, aquellas columnas, eran como su pasado, el lugar donde debió crecer, donde debía haberse casado con Benicia.

Después de la muerte de José de Los Cerros, la sinagoga volvió a cumplir las funciones para las que fue construida, aunque Abraham y su familia no regresaron a vivir en ella, prefirieron permanecer en la modesta casa de la judería. La vivienda del rabino se quedó vacía, pero los judíos volvían a reunirse en la que siempre fue su sinagoga. El padre Tomás predicó en contra de aquella relajación ante la raza que asesinó a Cristo, conspiró desde sus puestos para influir en decisiones que pudieran devolverlos a los confines del barrio que les había sido asignado. Se encargó de que ningún cristiano dudara nunca de su animadversión hacia ellos. Y solo hubo una persona que encontró la verdad en sus ojos, la única que podría hacerlo, la única para la que no guardaban secretos.

—¿Por qué los odias tanto?

Benicia hizo la pregunta con los ojos clavados en el techo. Tomás, sin embargo, no era capaz de despegar los suyos del cuerpo desnudo que yacía a su lado, acercaba la cara y aspiraba sus aromas, besaba sus pechos. Y preguntó a su vez:

—¿A quiénes?

—A los judíos.

Tomás se apartó un poco para enfocar mejor el rostro de Benicia, arrugó el entrecejo.

—¡Son judíos!

—¿Y? —preguntó la muchacha. Le recolocó un par de mechones morenos.

—¡Mataron a Cristo!

—¿Tan viejos son? —bromeó ella.

El cura se incorporó, apartó sus manos de ella.

—¿Tú no te tomas nada en serio?

Benicia posó su mano sobre el hombro de él y lo atrajo hacia sí.

—Yo todo me lo tomo en serio. Sobre todo, a ti. ¿Por qué ese odio? ¿No te duele?

Tomás se dejó llevar, aunque su semblante siguió serio. Comenzó con la historia de una sinagoga asaltada por cristianos, con un niño asustado escondido en una tinaja, con el cadáver de un bebé enterrado entre los rosales, con otro bebé robado. Continuó con la locura de su padre y con la noticia de que no era su verdadero padre.

—¿Somos primos? —preguntó Benicia sin dejar de sonreír. Tomás asintió despacio. Pensó que quizá eso debería haberlo ocultado, que quizá ella ahora... —. ¡Mi querido primo! —dijo abrazándose más fuerte a él—. O sea, que los odias porque se podría descubrir que no vienes de una familia de cristianos viejos sino de judíos aunque, en realidad, sí que eres de buena familia pero no puedes demostrarlo. ¿Es eso?

—¡No! ¡Esos judíos son los asesinos de Cristo! ¡Son blasfemos!

—¿Y me lo dice un cura que acaba de amarme? ¡Tomás! ¡Nosotros no creemos en Dios!

Tomás se incorporó y comenzó a vestirse a toda prisa, no quería mirarla, no quería oírla, solo quería salir de aquella habitación. La amaba, sí. La amaba más de lo que nunca hubiera imaginado que se podía amar. Más de lo que nunca pudo amar a Jesucristo. Pero no quería seguir escuchando verdades. Se dirigió a la puerta a grandes zancadas. Antes de poner la mano sobre el picaporte, un sonido gutural lo detuvo. Se dio la vuelta, allí estaba Benicia, la cabeza fuera del colchón, inclinada hacia abajo y un charco de vómito en el suelo. Tomás volvió corriendo hacia ella, se sentó a su lado, recogió su pelo, le acarició la frente. Se arrepintió de su estúpida actitud.

—¿Qué te pasa?

—No es nada —dijo tranquila, con la tez blanca—. Son las angustias del embarazo.

El cura abrió los ojos de par en par, sus manos se congelaron entre su pelo.

—Vamos, ayúdame a vestirme, mi marido llegará pronto.

—¿Lo sabe él?

Benicia se incorporó, posó la mano sobre su vientre desnudo, negó con la cabeza.

—Primero debía saberlo el padre.

El rostro de Tomás se enrojeció, sus puños se apretaron.

—¿Y cómo sabes quién es el padre?

La muchacha se echó a reír.

—Lo sé. Vamos —dijo con voz melosa—, tengo que vestirme. Ha sido una... confesión muy agradable.

Al salir del cuarto, una de las criadas se dirigió al padre nerviosa.

—Disculpe usted, padre, pero como no puedo interrumpir la confesión... —Tomás se detuvo ante ella—. Están buscándole, insistían en que le interrumpiera, pero la señora nos ha dado instrucciones claras y...

—¿Quién me busca?

—Ha venido un muchacho desarrapado, que le han dicho en Santa María que estaría usted aquí. Dice que venía de Barina, que había ido a buscarle allí y que le dijeron que estaba en Los Cerros. Al pobre muchacho se le notaba cansado, debe de haber corrido mucho.

—¡Pero ¿qué quería?!

La muchacha se sonrojó y respiró hondo.

—Es su madre..., que está mal... ¡Yo no podía interrumpir!

Benicia se acercó a la criada y le acarició el brazo.

—Has hecho bien —dijo con calma—. Gracias por el recado. Puedes retirarte.

La mirada de Tomás se cruzó con la de Benicia, por una vez seria, pero todavía tranquila y comprensiva.

—Ve —dijo ella. Tomás no reaccionó—. Debes ir —insistió Benicia. Lo tomó por el brazo y lo dirigió a la salida—. O no te lo perdonarás nunca.

Caminó en dirección a la que una vez fue su casa, acelerando el paso a cada zancada hasta que se descubrió corriendo por las calles de Los Cerros. Abrió la puerta nada más llegar y se topó con el rostro apenado de Alina, que avivaba el fuego para calentar agua. Entró en el cuarto de su madre. Allí la encontró, tendida en la cama, los ojos cerrados, la cara macilenta, muy alejada de la mujer que él conocía. A su lado estaban Abraham y Moisés. Este último retiraba una compresa de la frente de Elena. El hijo del rabino se retiró para dejarle sitio al lado de la enferma. Tomás contempló sus manos huesudas y débiles.

—¿Qué le pasa?

—Los años —contestó Abraham.

—Tú eres más viejo.

—Nunca sabemos cuándo Adonai decide que es nuestra hora.

—¡No blasfemes en esta casa! ¿No podéis hacer nada por ella?

—Solo intentar que no sufra y esperar a su lado.

—¿Y para eso se llena mi casa de judíos? ¿Para nada? ¡Esta es una casa de cristianos!

Abraham agachó la cabeza, su hijo cambió la compresa de la frente de Elena y dijo:

—Nadie debería morir solo.

—Ninguna madre debería sentirse tan sola como se ha sentido ella. —La voz de Alina llegó desde el umbral. Todos se volvieron hacia ella. Estaba allí, de pie, sujetando una olla con agua caliente. Sus ojos emitían una dureza que ni siquiera su marido y su hijo habían visto antes—. Dejadme con ella, voy a lavarla.

Los tres hombres salieron de la habitación. Tomás continuó hacia el huerto, con paso lento. Se detuvo al llegar a los rosales. Observó el tronco que un día arrancó con rabia hasta que unos pasos que se le acercaban por detrás lo sacaron de su ensimismamiento.

—No creo que pase de esta noche —dijo Abraham a su espalda. Tomás asintió con la cabeza—. ¿Qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres?

Cuando Tomás se dio cuenta de que el rabino también miraba el rosal, entendió su pregunta. ¡El judío también lo sabía! Una chispa le recorrió la columna, se extendió hasta los hombros y bajó hasta alojarse en las manos.

—¿Qué harás con esta casa? Puede que quien venga quiera utilizar ese terreno para sembrar otra cosa que no sean flores.

—¡Nadie más vendrá a esta casa! —gritó Tomás, y se dirigió adentro.

Alina había terminado de lavarla, Elena tenía los ojos entreabiertos y encontró la figura del sacerdote ante ella, sus labios intentaron esbozar una sonrisa. La vergüenza impedía a Tomás sentarse al lado de su madre; ella levantó una mano temblorosa, casi sin fuerza, y entonces él la tomó.

—Hijo... —alcanzó a decir en un ahogo.

Tomás se sentó a su lado, apretó un poco más la mano de su madre, pero ella ya no volvió a abrir los ojos ni consiguió decir nada más. La paz comenzó a invadir su rostro apenas iluminado por la luz de una vela. La llama empezó a titilar; igual que la vela ya gastada, Elena se apagó. Tal y como había vivido: tranquila, amable, discreta.

Tomás sintió las lágrimas resbalándole por el rostro. La culpa lijándole el corazón. «El día que tenga que dar cuentas ante el Altísimo —pensó— va a resultar muy difícil.» Después recordó las palabras de Benicia: «Ni tú ni yo

creemos en Dios».

Pero él no estaba tan seguro.

## 23

2007

Elena llegó al archivo después de que Mara y yo hubiéramos salido. Puedo imaginar su gesto de enfado cuando descubriera que los documentos seguían sobre la mesa sin recoger, sus ojos vivos pasando sobre aquellos viejos papeles cuando fue a ordenarlos ella, esa curiosidad tan suya que la hizo fijarse en algún registro. Puedo imaginarla deteniéndose en los apuntes de Mara y comparándolos con los documentos. Puedo imaginarla haciéndose sus propias preguntas, utilizando el mismo método para buscar lo que a ella le interesaba.

Se sentó junto a la mesa en la que nosotros habíamos trabajado unas horas atrás, abrió legajos, cerró otros, repasó escritos con la punta de su dedo índice. Y vio.

Porque eso era lo que Elena siempre hacía: ver.

Anotó unos cuantos datos en un papel y salió a la calle. Me buscó en el Ibut, me buscó en el piso de Mara. Me buscó por las calles y por otros bares. Y también me buscó en casa de Adnan. Aquel fue el último sitio en el que me buscó.

Ya no volvería a buscarme.

Yo estaba en la sinagoga con Ermelindo y Mara. Y ahora pienso qué habría pasado si me hubiera buscado allí. Si habría cambiado algo.

Me temo que no.

—¿Has visto a Dante?

Adnan se quedó callado en el umbral. Negó con la cabeza sin ser capaz de ocultar que algo lo consumía por dentro.

—¿Qué te pasa, Adnan?

El hombre volvió a negar con la cabeza.

—¿Quieres que te lo cuente a ti? ¡Mira! —dijo mostrándole el papel—. ¡Se llama Francisco!

—¿Quién? —dijo Adnan con un conato de sonrisa.

—El niño enterrado en mi casa.

Adnan tomó el papel, leyó.

—¿Has descubierto a quién perteneció tu casa?

—¡Sí! ¿Tú sabías que era tan vieja?

—Claro. Pero aquí dice quién fue el propietario. Nada más.

—¿Y qué más da? ¿Y si era su hijo? Mira, lo sé todo: se le murió y tuvo tanta pena que quiso tenerlo siempre a su lado. ¡Seguro que se llamaba como él!

Adnan sonrió con tristeza.

—Elena... —dijo.

—Ya, ya sé —interrumpió ella—, te pensarás que es una de mis locuras. ¡Pero estoy segura!

—Elena, entra. Tengo que hablar contigo...

Ermelindo permanecía de pie en el centro de la nave principal con los brazos extendidos. Señalaba la que una vez fue la puerta de la sinagoga a un lado, el fondo de la nave al otro. La obra había avanzado mucho en el tiempo en el que yo no había pasado por allí. Nada más entrar, pude percibir de nuevo todas aquellas sensaciones que me invadían mientras dibujaba entre escombros. Ahora, mucho más limpia, con un techo de futuros apartamentos sobre nuestras cabezas, empezaba a tomar forma.

—Ahí colocaremos un *hejal*, justo donde alguna vez debió de estar. ¡Mirad la amplitud de esta nave! Tuvo que ser un lugar importante. A ese lado —dijo señalando al norte, donde se veía un arco apuntado ojival a medio construir con los restos hallados y completado con material moderno—, estará la puerta de acceso a la casa del rabino. La llamaremos la puerta del Alma. El paso del mundo terrenal al espiritual. La entrada a un mundo de enseñanzas, de plegarias. Los pozos de las esquinas ya están casi terminados.

»Por ahí dejaremos el acceso a la bajada a la *mikvé*. Y arriba, terminaremos la galería de mujeres. Construiremos el relato de cómo hemos encontrado todo, de qué es lo que pensamos que había aquí. Y todo esto entusiasmará a la gente que lo visite tanto como nos ha entusiasmado a nosotros. ¡Hemos recuperado un espacio muy importante para Los Cerros!

Cuando hubo terminado de explicar la reconstrucción, Ermelindo le preguntó

a Mara:

—Entonces, ¿te quedas con nosotros?

—No lo sé... —dijo. Hasta a ella le había ilusionado el recorrido de Ermelindo por aquel trabajo del que nosotros también habíamos formado parte—. Sigo dándole vueltas a lo de Ladislao... —Y me dedicó una de esas sonrisas que, cada vez que conseguía distanciarme, volvían a atraerme como si me tiraran del sedal. Pasó la punta de sus dedos sobre una de las marcas que todavía adornaban mi cara con una ternura cercana a lo que yo siempre había deseado—. ¿Le vamos a dejar irse impune?

—No tenemos pruebas de nada... —dije intentando echarle un cable a Ermelindo.

—¡Se queda! —dijo Ermelindo en un alarde de entusiasmo.

1492

Tomás vuelve a contemplar a Moisés. Su mente lo lleva al día que él y su padre salvaron a Benicia. Y se pregunta si hoy el odio y el orgullo seguirían impidiéndole mostrar agradecimiento.

La única vez que volvió a ver a Abraham fue cuando a Benicia se le complicó el parto. La comadrona salió de la habitación con la preocupación dibujada en el rostro. Cuando el marido, el padre, Alfonsito y él mismo le vieron la cara, los cuatro supieron que algo andaba mal.

—¡La criatura solo ha asomado un brazo! —dijo con el miedo alojado en la voz—. Lo siento, yo..., yo no puedo —balbuceaba sin atreverse a anunciar el fatal desenlace.

El marido se sentó en una silla, los ojos muy abiertos, la boca también, las manos paralizadas sobre las rodillas. Don Alfonso negaba con la cabeza hundida entre las manos. Alfonsito recorría de un lado a otro la habitación. Tomás sintió un nudo en la garganta. ¡No podía ser! ¡No podía perderla! ¡Cualquier cosa menos a ella!

—¡Recemos! ¡Necesitamos un milagro! —suplicó a cuantos pudieran oírlo.

—¡Eso es! —gritó Alfonsito—. ¡El rabino! Él es el único que puede hacerlo.

Corrió hacia la calle, montó el caballo ensillado en el que había llegado y sonaron los cascos galopando en dirección a la judería. Poco más tarde, volvió con Abraham. Este entró guiado por la comadrona. Unos instantes después,

apareció también Moisés, preguntó por su padre y se fue junto a ellos.

Apenas podían oír los gritos ahogados de Benicia, que se les clavaban a todos en el pecho. Su marido, sin poderlo soportar más, abandonó la casa. Don Alfonso contempló con desprecio la deserción.

—Recemos —dijo dirigiéndose al cura, casi suplicándole.

Tomás inició la oración, los demás lo siguieron.

Dentro, a Benicia ya apenas le quedaban fuerzas. La comadrona aguardaba junto al rabino a que diera alguna orden. Este se agachó frente a ella, observó el pequeño brazo.

—¡Acércame una luz!

La comadrona obedeció a toda prisa, Abraham guiñó un poco los ojos para avivar su ya cansada vista. Después se levantó, miró a Moisés y le dijo:

—Está enredado con el cordón umbilical. Tendrás que hacerlo tú. Tienes más fuerza.

Cogió una pierna de Benicia y la abrió, ordenó a la comadrona que hiciera lo mismo con la otra. Moisés se inclinó frente a la parturienta, tomó el minúsculo brazo con delicadeza y lo introdujo dentro de la madre. Introdujo también su mano, se aseguró de que el brazo estuviera pegado al cuerpo, después se incorporó y presionó sobre el vientre, una mano a cada lado, suave pero con movimientos firmes. La comadrona miraba asombrada cómo la abultada barriga iba cambiando de forma, Abraham observaba a su hijo maniobrar y lo animaba diciéndole que lo estaba haciendo bien. Moisés continuaba presionando los laterales del vientre; Benicia, con los ojos cerrados, contenía las lágrimas y los quejidos.

—Un poco más —dijo Abraham sin poder contenerse.

Moisés presionó otro par de veces, el bulto volvió a moverse. Abraham asintió y su hijo se inclinó de nuevo frente a ella, pidió luz, observó. Una gota de sudor resbalaba por la frente de Abraham mientras esperaba a que Moisés le confirmara qué veía. Este asintió. Los dos respiraron aliviados y la comadrona, por imitación, porque no sabía muy bien qué pasaba, también asintió. Moisés se dirigió a la parturienta:

—¡Ahora! ¡Un último esfuerzo! ¡Aprieta!

Benicia sacó fuerzas de donde ya no parecía quedar ninguna y la comadrona contempló asombrada cómo asomaba la cabeza del bebé y, después, todo el cuerpo. Moisés lo cogió por las piernas, le azotó las nalgas y el llanto invadió toda la habitación. Benicia se medio incorporó entre lágrimas para verlo, la

comadrona la acarició.

—Es una niña —dijo.

Abraham miró a Moisés y en sus ojos se podía ver todo el orgullo de un padre.

—¡Bien hecho!

La comadrona salió de la habitación. El marido, que había regresado de su huida, don Alfonso, Alfonsito y la madre continuaban arrodillados siguiendo las oraciones del padre Tomás.

—¡Lo han vuelto a hacer! —gritó—. ¡Otro milagro! —Todos se levantaron—. ¡Es una niña!

Tomás se acercó a ella.

—¿Cómo está la madre? —preguntó sin importarle si alguien percibía su ansiedad.

—Cansada, pero solo necesita reposo.

—¿Podemos entrar? —preguntó el marido de Benicia.

La comadrona asintió y este corrió a la otra habitación. Los nervios se le escapaban entre abrazos y agradecimientos hacia los judíos; se sentó junto a su esposa, la abrazó y la besó en la frente. Benicia le dirigió una de sus dulces sonrisas, ni siquiera se fijó en Tomás, que estaba de pie, en el umbral, con los puños apretados. Cuando la comadrona llegó a su lado, le dijo:

—Los milagros solo los hace Dios.

Y encontró frente a él a Abraham. Moisés, un paso detrás. Los dos rebotaban satisfacción. El rabino le contestó al sacerdote:

—En eso estamos de acuerdo. Él ha querido que todo vaya bien.

Ambos judíos abandonaron la habitación y solo don Alfonso salió tras ellos. Tomó al rabino por los hombros y lo abrazó. Sus lágrimas mojaron la ropa del judío. Abraham, dentro del abrazo del padre de Benicia, contemplaba el gesto de Tomás mientras observaba a la muchacha, que recibía las muestras de cariño de su marido. Observó los puños cerrados del cura, sus ojos enrojecidos.

—Nunca lo olvidaré —dijo don Alfonso al separarse del rabino.

Abraham asintió y, con paso pausado, el brazo sobre el hombro del hijo, abandonaron la casa de los Vélez. Tomás observó a los dos médicos judíos mientras se marchaban. Habían salvado lo único realmente importante en su vida. Y ni siquiera podía agradecerse.

El padre Tomás ve a Moisés y recuerda a aquella niña. Benicia insistió en

llamarla Elena en contra de la voluntad de su marido, que deseaba darle el nombre de su abuela. Sin enfrentarse a él, sin desobedecerle del todo, ella se encargó de doblegar la voluntad del nuevo padre. A Tomás todavía se le clavan en el pecho todas las artes que pudo haber utilizado y que ella nunca quiso confesar. «Convicción —dijo—. No es necesario el enfrentamiento, solo la convicción.» Y Tomás ahora, como entonces, sigue atormentándose por las formas de aquella convicción. Y por la manera en que escrutó el rostro de aquel bebé, sus pequeños ojos, sus manos, cualquier rasgo que pudiera darle una certeza acerca de quién era el padre. Se seca las lágrimas con las palmas de las manos. Jamás lo supo con certeza y, aunque ella le aseguraba una y otra vez que era él, nunca terminó de creerlo. Siempre pensó que ella lo decía para reconfortarle. Buscó con ahínco en los gestos de Elena, en sus expresiones, en sus facciones. Buscó en los que vinieron después. Ni Rodrigo, ni Ponce, ni Elvira. Ninguno de ellos le dio la certeza que necesitaba, la absoluta certeza que nadie, ni siquiera Benicia podría darle.

Por eso nunca fue capaz de quererlos como a auténticos hijos. Por eso no pudo amarlos como a Benicia, como ella misma los amaba. Por eso sintió que cada vez ocupaba un puesto menos importante en las prioridades de ella.

## 24

2007

Elena no separaba sus ojos de los de Adnan. La boca entreabierta. Las lágrimas precipitándose por sus mejillas. Un silencio denso como una niebla de invierno. Hiriente. Adnan sabía que no había nada que pudiera decir para aliviarla; que, a partir de entonces, cada palabra se convertiría en una justificación absurda; que cada gesto lo apartaría aún más de aquella niña a la que quería como a una hija.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —dijo ella al fin. Su voz, entrecortada. Sus manos, apretadas sobre las piernas.

Adnan no sabía muy bien qué decir, no había un motivo especial. Solo que la desazón volvió el día que ella vio a su hermano en el Ibut y a él se le había reavivado el conflicto. Solo que esta vez pesaba demasiado. Solo que si no lo hacía él, lo habría hecho yo.

—No quería que te enteraras por otro...

—¿Por quién me iba a enterar?

—Dante me dijo que...

—¿Dante lo sabe? —interrumpió Elena poniéndose de pie de un salto—. ¿Cuánto hace que lo sabe?

—¡Se queda! —dijo Ermelindo en un alarde de entusiasmo.

Mara se acercó a mí hasta que nuestros brazos se tocaron.

—¿Y tú qué dices? —me preguntó sonriente.

«No te enteras de nada, Dante de Alcaraz...»

Pero aquello estaba cambiando.

Así era Mara. Necesitaba sentirse importante, necesitaba que le rogaran.

Necesitaba estar por encima. Necesitaba ser la primera. La única. Tal y como lo había sido para mí todos esos años.

Y yo empezaba a darme cuenta.

Y puede que ella también.

—¿Volverías al piso? —preguntó.

—¿Como al principio?

—Como el otro día...

Miré a Ermelindo para comprobar si había captado mi sonrojo. No estoy seguro de que siquiera hubiera entendido algo, su interés se centraba únicamente en aquellos muros que nos rodeaban, en su proyecto, en nosotros sacándolo adelante con él. Y yo..., pues parecía que tampoco me enteraba tanto. Mara consiguió acelerarme el pulso como siempre había hecho. Cuatro simples palabras que me llevaban al mundo que tanto deseé desarmaron mis recelos, me hicieron olvidar una conversación interrumpida frente a unos antiguos documentos de propiedad.

Cuatro simples palabras y volvía a ser aquel Dante.

Dante de Alcaraz..., ¿qué voy a hacer conmigo?

Adnan entró en la sinagoga antes de que yo pudiera contestar. Se acercó con los hombros caídos. Ermelindo percibió que algo no iba bien:

—¿Qué te pasa?

Adnan oyó a su amigo, pero no apartó la vista de mí.

—Se lo he contado.

Fui el único que entendió sus palabras.

—¿Cómo se lo ha tomado? —pregunté.

—Nos odia...

—¿Nos? ¿A su hermano también?

—A ti y a mí.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

—Le he dicho que tú lo sabías y... Bueno, ya no ha hablado más. Se ha ido. Nunca había visto odio en la mirada de Elena. Pero hoy... Lo siento, Dante. No sabía cómo afrontarlo y...

No le dejé terminar. Salí de la sinagoga y recorrí a grandes zancadas las calles de Los Cerros, acelerando paso a paso, hasta que llegué a su casa corriendo. Llamé al timbre, volví a llamar, esta vez con timbrazos repetidos. Golpeé la puerta mientras gritaba su nombre. Nadie abrió. Volví a correr, esta

vez hasta el Ibuit. Sin importarme las calles empinadas, ni el empedrado del suelo, ni la respiración, que ya empezaba a fallarme. Llegué al bar, me apoyé en un silla y me doblé sobre mí mismo para recuperar el aliento. Medio repuesto, con la boca muy abierta recibiendo todo el aire posible, la vi en la barra. Un quinto de cerveza en la mano. Un turista alto, desgarrado y bastante feo, a su izquierda, escuchando lo que ella le decía. Una sonrisa extrañada, una negativa con la cabeza, un gesto de desprecio con la mano.

—¡Tampoco quiero casarme contigo, capullo!

Me incorporé. La respiración volvía a su ritmo habitual. Sonreí. Aquella era la Elena que conocía. Entré al bar, ella se había acodado en la barra.

—¡Jorge, que me tienes seca!

—Hola —dije a su espalda.

Volvió la cabeza. Después el resto del cuerpo. Me esquivó y se dirigió a la salida. La intenté detener tomándola por un brazo.

—¡Suéltame! —gritó.

Adnan tenía razón. Nunca había visto esa mirada en Elena.

Y nunca, desde que la conocí hasta entonces, me había dado cuenta de cuánto daño podía hacerme con ella.

Aparté mi mano. La dejé marchar.

Y se fue.

1492

Esos niños judíos que abrazan a su abuelo no le permiten olvidar. Ellos ahí, en la calle, con todo perdido, poseen algo que él no pudo tener nunca, que ya nunca tendrá. Envidia el calor de la familia, pero envidia más la mirada de unas gentes que se dirigen a un lugar incierto y que, sin embargo, está llena de paz.

Cuando llegaron noticias de que el papa había concedido a la reina autorización para nombrar inquisidor, nadie le dio demasiada importancia. Ni siquiera él. Algunos judaizantes defendían que la gente convertida era gente sabia, que su antigua religión perfeccionaba la católica y que guardar algunas ceremonias de la ley de Moisés era algo provechoso, y no hacerlo era de simples. Ninguno fue consciente de lo que se les venía encima, y mucho menos, el padre Tomás.

Sus hijos, o esos que Benicia siempre aseguró que eran suyos, habían

crecido. Ella envejeció de modo que los años solo añadieron dulzura a su sonrisa y la belleza de la serenidad a sus ojos. Los arrebatos sexuales ya no eran los de antaño, pero el amor continuaba siendo el mismo. Las confesiones, los abrazos, las caricias y las conversaciones sustituían cada vez más a menudo al sexo desenfrenado. Fue durante una de ellas cuando Tomás le anunció la noticia:

—Me han propuesto el puesto de calificador de la Inquisición.

Benicia levantó la cabeza de su pecho.

—¿Y eso qué es?

—Es un puesto para alguien formado en Teología, como yo. Determinan en el tribunal si en la conducta del acusado existe delito contra la fe, si hay herejía.

—Es curioso...

—¿Qué?

—Que un hereje juzgue la herejía de otros.

Tomás se levantó del lecho, la frente arrugada; su mirada recorría la piedra del suelo.

—Tendré que ir a Córdoba... —dijo sin querer responder a la última insolencia.

Ella se situó frente a él. Tomás contempló su pelo revuelto, sus hombros desnudos, esos pechos que en otro tiempo conoció erguidos, pero no se detuvo en sus ojos.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó ella.

—Dicen que el puesto es preferiblemente para alguien que resida allí, pero intentaré volver lo antes posible.

Benicia se dio la vuelta, agachó la cabeza.

—Te alejas de mí...

—Benicia, es un cargo importante, sabes que yo...

—¿Importante? ¿Más importante que tu esposa y tus hijos?

—Tú eres la esposa de...

—¡Tuya!

Tomás pensó en su marido, en todas las noches junto a él, algo que él nunca pudo disfrutar, que le había horadado la moral durante tantos años.

—No puedo renunciar a ese puesto. Es un honor que...

—Que te aleja de nosotros. Bien, pues vete a juzgar herejías. Y que tu conciencia te perdone cada condena en la que participes.

—¿Conciencia? ¿Qué dices siempre de creer en Dios?

Esta vez, las palabras de Benicia mostraron una dureza que Tomás desconocía en ella:

—¿Qué tiene que ver? No creo en vuestro dios por estas cosas, porque los que no os siguen son gente mala para vosotros. He visto gente buena que no cree en tu dios, Tomás. Un par de judíos ayudaron a tu hija a nacer, estoy viva gracias a ellos, sin que me preguntaran por mi credo, sin esperar compensación. ¿Qué tiene que ver tu fe vengativa con la conciencia? ¿Y tu conciencia? ¿Ha estado tranquila todos estos años? —Tomás intentó esquivarla, pero Benicia insistió—: ¿Has corrido a confesar cada vez que fornicabas con esta hereje? ¿Con eso te bastaba? ¿Eso te hace menos hereje que yo?

El cura le puso las manos sobre los hombros, Benicia intentó esconder sus lágrimas.

—Vete... —dijo.

—Benicia, volveré pronto. Te amo y me condenaré contigo...

—Esa es la diferencia —respondió ella, apartó las manos, las lágrimas caían despacio por sus mejillas, sus labios gruesos se estiraron en un intento por sonreír—, que yo no creo que podamos condenarnos por habernos amado tanto. Anda, ve —dijo más calmada—; yo no puedo salir con esta cara.

Tomás terminó de vestirse, cabizbajo.

—No tardes en volver. Por favor.

—No lo haré —dijo Tomás antes de salir.

Alfonsito, convertido ya en don Alfonso desde que había heredado la hacienda de su padre, preparó una comida de despedida a la que asistió toda la familia. El anfitrión presidía la mesa y a Tomás le fue reservado el sitio a su derecha. A su lado, como ya era costumbre desde hacía muchos años, se sentaba Benicia, entre él y su marido. Enfrente, la esposa de Alfonsito y los niños.

—Le vamos a echar mucho de menos —dijo Alfonsito entre trago y trago de vino. Tomás percibió cómo Benicia apretaba la pierna contra la suya por debajo de la mesa—. ¡Ahora necesitaremos encontrar otro confesor! Ninguno será como usted, padre, conoce a nuestra familia desde hace tanto...

—Volveremos a confesar con el párroco —dijo Benicia en un tono seco y separando la pierna de la de Tomás.

—¿Tú con el párroco? —se burló su hermano—. ¿Crees que el párroco aguantará tus largas confesiones como lo ha hecho el padre Tomás todos estos años? ¡Qué paciencia la suya!

—No..., no será igual —contestó ella—. En adelante seré más concisa. Y siempre nos queda la esperanza de que el padre vuelva.

—¡Nuestro confesor es ahora alguien muy importante! —dijo Alfonsito—. A partir de ahora tendrá demasiadas ocupaciones para...

—Cuando vuelva —interrumpió Tomás mirando a Benicia—, estaré encantado de seguir siendo el confesor de esta familia.

Partió al día siguiente hacia Córdoba con una mezcla de sentimientos encontrados. Por un lado, su nuevo cargo le daba el prestigio y la retribución que siempre había perseguido. Por otro, tardaría en volver a ver a Benicia y a sus hijos. Durante unas semanas estuvo ocupado en aprender las tareas de su nuevo cargo. Una ciudad nueva, unas responsabilidades mayores y la distancia consiguieron que se olvidara algo de Los Cerros. Benicia dejó de ocupar su mente a todas horas y, por unos días, hasta consiguió llegar a pensar que podía volver a ser el buen cristiano que años atrás creyó ser.

La distancia también ayudó a Benicia a apaciguar sus pasiones, y así descubrió un mundo nuevo en sus hijos, incluso en su marido, al que tan poco había atendido antes. La vida se tornó serena, apaciguada, sin tener que esperar a la siguiente salida de su marido, sin necesitar confesión a todas horas, sin aquella avidez por verlo. Tardó unos días en dejar de pensar en lo que estaría haciendo a cada instante. Se tendía junto a su marido por las noches y este la empezó a encontrar receptiva como nunca la conoció. Tal fue el cambio que no supo qué pensar. Aquella Benicia antaño cansada, que se le entregaba como una obligación conyugal, ahora se acurrucaba junto a él, lo abrazaba con fuerza e incluso le repasaba el cuerpo con sus manos de un modo que él ni siquiera hubiera imaginado.

Aquel repentino cambio lo preocupó y no dudó en aprovechar su siguiente viaje para acercarse a Córdoba a visitar al que siempre había sido el confesor de la familia.

—¡Don Fernán! ¡Qué alegría verle! ¿Qué le trae por Córdoba?

—La alegría es mía, padre Tomás. Tenía unos asuntos cerca y no he querido dejar pasar la ocasión de saludarle. —Las manos de Fernán se movían por sus costados, se cruzaban a su espalda y pronto se volvían a soltar sin llegar a decidir qué hacer—. Y de paso..., me gustaría hablar con usted de un tema delicado...

Tomás tensó los músculos.

—¿Ha ocurrido algo malo?

—Bueno..., no sé..., verá..., se trata de Benicia.

El cura recordó su sonrisa al escuchar su nombre y un escalofrío le recorrió la columna. Imaginó qué le iba a decir el marido.

—¿Está triste?

Fernán mostró extrañeza.

—No no..., quizá... sea al contrario... —Tomás lo animó a continuar con el gesto—. Verá, padre. Creo que desde que usted ha dejado de confesarla ha... — Fernán agachó la cabeza, su tez se enrojeció.

—Ha..., ¿qué? —dijo Tomás impaciente.

—Su moral... se ha... No es que me queje..., antes era distante. —Tomás disimuló un gesto de complacencia ante ese «distante»; pero el «antes» le dejó un poso de intranquilidad—. Ahora... ¡me busca! Y yo soy un hombre, padre, yo... ¡Pero nunca se había comportado de ese modo!

—¿De qué modo? —Tomás tuvo que contenerse para no gritar.

—Se ha vuelto lasciva, padre. ¡A nuestros años! Lo que me preocupa es que a ojos de Dios... Al fin y al cabo, somos marido y mujer, pero quería consultarlo con usted. Ha sido nuestro confesor tantos años que no veo a nadie mejor para pedir consejo. Y el párroco no sabría...

Tomás asintió, los puños apretados, los labios contraídos. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Tanto como para que se entregara de ese modo a los brazos de otro hombre? Respiró hondo antes de contestar:

—Hijo..., creo que tendré que ir pronto a Los Cerros y me encargaré de hablar con ella. Mientras tanto, no permitas que el pecado de la carne entre en una casa tan cristiana como la tuya. Si has de ocupar otra habitación, será mejor que lo hagas.

Fernán aseguró que así lo haría, aunque se lamentaba de poner freno a algo que, en el fondo, siempre anheló desde su boda: sentir a su mujer tan cerca como siempre deseó, como nunca la sintió, como ya había perdido la esperanza de sentirla algún día.

—Es difícil ser buen cristiano, padre...

—La recompensa merece la pena.

Fernán besó la mano de Tomás antes de marcharse. Al inquisidor, las uñas todavía le apretaban dentro del otro puño y casi le hacían sangrar. Supo que tenía que volver.

No le costó convencer al inquisidor general de que sería más útil en Los Cerros que en Córdoba. Le habló de las costumbres relajadas de muchos de sus habitantes, de los conversos que todavía no comían cerdo y continuaban

asistiendo a celebraciones judías, de las actividades judaizantes de algunos de ellos, de las falsas conversiones. Adornó sus exposiciones, escandalizó y se mostró más intransigente que cualquiera. Hasta el punto de que fue devuelto a Los Cerros con el encargo de acabar con aquella situación utilizando toda la dureza necesaria.

Aceleró los preparativos, la imagen de esa Benicia lasciva que él conocía tan bien avivaba sus prisas. Se la figuró junto a su marido como estuvo junto a él y aquellas imaginaciones se le enredaban en las entrañas y lo irritaban de un modo que le hacían desear la muerte de ambos.

Regresó a Los Cerros y entró en Santa María como un torbellino entra por una puerta abierta. Fue al encuentro del párroco y, sin mediar saludo, ordenó:

—¡Mañana sé breve con el sermón! ¡Después hablaré yo!

El párroco ni siquiera se atrevió a rechistar. Su fama había viajado más rápido que él y ya todo el mundo en Los Cerros sabía que se alojaría entre ellos un representante de la Inquisición. Las ejecuciones de Sevilla se comentaban por todas partes y el temor se había extendido pueblo a pueblo. Al día siguiente se cuidó de ser muy breve y cedió su sitio al calificador.

Tomás, con gesto severo, comenzó a explicar lo que era la Inquisición por si alguien todavía no se había enterado. Advirtió que no se tolerarían más actos contra la fe y las directrices de la Iglesia. Alzó un crucifijo y ordenó a todos los fieles que se persignaran; después los obligó a levantar la mano derecha y jurar ayuda al Santo Oficio para perseguir el descreimiento. Dio lectura a una larguísima lista de herejías, deteniéndose en cada una y dirigiendo la mirada a la feligresía, que se esforzaba por mantener la atención, no fuera a ser que el inquisidor (como ya se le había empezado a llamar en Los Cerros) los descubriera despistados y se fijara en ellos. De cuando en cuando, miraba al punto desde donde Benicia, su marido y sus hijos lo escuchaban; en especial, al nombrar las blasfemias y la bigamia. Escudriñaba su gesto, pero no encontraba nada más que aquella sonrisa tranquila y segura de siempre. Un tanto burlesca en todo caso. Apartaba la mirada y, sin parar de leer de modo automático, su mente volaba al dormitorio con ella y a todas sus negaciones de Dios que él nunca contrarió. Al terminar con la lista, recomendó a los fieles que, si habían incurrido en alguno de los delitos nombrados, sería mejor denunciarse a sí mismos antes de los treinta días siguientes, y prometió que, en caso de que el delito no fuera muy grave, la pena sería indulgente y quedarían reconciliados con la Iglesia.

—¡No habrá condescendencia para aquellos que guarden sus delitos tras estos treinta días! —concluyó. Volvió a echar una mirada a Benicia, cuya

despreocupación no había cambiado, y se retiró para dejar al párroco continuar con la misa.

Ya en la calle, Benicia y Fernán se inclinaron ante él y le besaron la mano.

—Nos alegra mucho tenerle de vuelta —dijo Fernán.

—¡No sabe cuánto! —dijo ella.

Tomás se limitó a forzar una sonrisa que Benicia detectó enseguida.

—¿Volverá a ser nuestro confesor? —preguntó ella con un tono de picardía en la voz que solo Tomás advirtió.

Los fieles se agolpaban a su alrededor, todos ellos preguntaban cuándo y de qué modo podían reconciliarse con el Santo Oficio. Tomás se excusó con el matrimonio:

—Claro, esta tarde mismo pasaré por su casa. Ahora, como pueden ver, tengo mucho que hacer.

Aquel edicto de gracia sirvió para confirmar lo que Tomás tanto adornó ante sus superiores para que le permitieran regresar a Los Cerros. La herejía estaba extendida entre los conversos y entre algunos que, sin serlo, habían tenido demasiado contacto con ellos. Decidió que la parroquia no era el lugar adecuado para todo el trabajo que se le avecinaba, y enseguida supo cuál sería el lugar más apropiado para llevarlo a cabo.

## 25

2007

*Ermelindo*, Adnan y Mara llegaron al Ibuit cuando yo todavía no había reaccionado a la marcha de Elena.

—¿La has encontrado? —preguntó Adnan.

Asentí sin mirarlos.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que la suelte...

Adnan me hizo un gesto para mostrar su incompreensión.

—No ha querido hablar conmigo.

—Bueno, se le pasará —dijo Mara poniéndose a mi lado.

Pero yo intuía que no. Que aquella mirada llevaba dentro algo más que un simple enfado. El móvil de *Ermelindo* rompió el silencio en el que habíamos caído los cuatro. Escuchó durante unos segundos mientras me miraba. Asentía serio, contestaba con monosílabos.

—Está conmigo —le dijo a su interlocutor sin apartar la vista de mí—. Vamos para allá. —Guardó el teléfono en el bolsillo y me dijo—: La Guardia Civil cree haber dado con los que te dieron la paliza. Quieren que vayas al cuartel.

—¿Y por qué no me llaman a mí?

—Iban a hacerlo. Les dije que me avisaran en cuanto supieran algo.

Cuando me fui a la universidad, lejos de la protección de mis padres, me refugié en la de Mara. Después llegué a Los Cerros y *Ermelindo* me tomó bajo la suya. Elena, a su manera, también pensó que la necesitaba y no dudó en ofrecérmela. Igual que Adnan. Y ya empezaba a estar harto de que todos ellos me consideraran un desvalido, un tipo que no sabía hacer nada por sí mismo.

Dante de Alcaraz..., ¿qué voy a hacer contigo?

—Ya voy yo. No necesito a nadie.

Los dejé en el bar. Quizá preguntándose qué habían hecho para enfadarme de ese modo. En realidad, no habían hecho nada, era solo que yo todavía tenía aquel «suéltame» clavado en el pecho.

El sargento me preguntó dónde estaba Ermelindo nada más recibirme en el cuartel. «No lo sé —contesté—, esto es asunto mío, no suyo.» Revisó sus papeles sobre la mesa para disimular la sorpresa por mi actitud, se aclaró la garganta.

—Han confesado que alguien les pagó por hacerlo —dijo para ir directo al grano y no recibir otro exabrupto.

Separé la espalda del respaldo de la silla, estiré el cuello, miré los papeles que estaban entre ambos. «Ese hijo de puta —pensé—. ¿Por qué quería que me fuera?» Yo no había sido ni una mota de polvo en la que tropezar. Solo nos hubiera enfrentado Mara. Y en eso también ganó él. Lo odié. Lo odié con toda mi amargura, y no fue por sus aires de superioridad. Lo odié y ni siquiera fue por los golpes. Lo odié por lo poco que le había costado conseguir lo que yo tanto había deseado.

—Se trata de una mujer, tenemos la descripción. No saben el nombre. Si quiere usted leerla...

El guardia me ofreció el atestado. «Una mujer.» Esas dos palabras eran las que rebotaban entre las paredes de mi cabeza mientras cogía el documento. Leí la descripción despacio, fijándome en cada letra, en cada rasgo.

Viéndola en cada palabra.

—Quiero retirar la denuncia —dije devolviéndole el papel.

—¿Está usted seguro?

—Del todo.

Salí del cuartel buscando una explicación que no encontraba ni en la punta de mis pies, ni en el asfalto de la calle, ni en los muros ni las piedras de las casas antiguas.

Y es que no la había.

Caminé recordando aquella noche en el piso. Ella a mi lado, acariciándome el pelo, mirándome a los ojos. Caminé sabiendo ya que todo había sido una gran mentira, que solo se trataba de una soez coartada.

Caminé mientras pensaba en Ladislao, en su mujer y su hijo. En las

sospechas que quiso inculcarnos.

Y entonces lo supe.

Solo fui el objeto necesario para una venganza de celos.

Resultó que Mara sí era capaz de amar.

Pero no sabía hacerlo.

Regresé al Ibut. Allí los encontré, sentados en la terraza. Ermelindo me preguntó, Mara ni siquiera se atrevía a mirarme a la cara. Adnan se había marchado.

—He retirado la denuncia —dije sin apartar la vista de ella.

Ermelindo quiso saber por qué. Me encogí de hombros.

—Cosas que pasan —dije—. Cosas que nos pasan a los gilipollas —corregí.

Mara se levantó, se dirigió a Ermelindo:

—He tomado una decisión —dijo—. Mañana me voy.

Y se marchó, seguida por el asombro de Ermelindo y por mi silencio. Caminaba aprisa. Huía. Dedicué un rato a dibujar varios años de recuerdos, de espera, de desplantes.

Elena tenía razón:

«Dante de Alcaraz..., nunca te enteraste de nada».

1492

Los judíos ya casi están listos para partir. El padre Tomás sabe que es el fin de una época. La que vivieron sus padres y sus abuelos. Y el comienzo de una nueva nación católica, a la que él ha contribuido. En algún caso, más de lo que le hubiera gustado. Desearía deshacerse de aquellos recuerdos. Pero ya es demasiado tarde. Su único consuelo es que él tampoco tardará demasiado en desaparecer y, con él, todo el mal infligido.

Por la tarde acudió como había prometido a la casa de Benicia. Fernán quiso ser el primero en confesar:

—Hace mucho que no le tenemos a usted y ya sabemos lo que se alargan las confesiones de mi mujer —dijo con una chispa de complicidad.

El inquisidor accedió y escuchó sin demasiado interés una retahíla de pecados pueriles que Fernán relataba como si se tratara de una lista aprendida de memoria.

—¿Hizo lo que le dije? —interrumpió el cura para tratar el asunto que de

verdad le preocupaba cuanto antes.

Fernán se sonrojó y contestó:

—Padre..., la mayoría del tiempo sí.

—¿Qué quiere decir «la mayoría del tiempo»?

—Soy un hombre débil... —dijo con apuro—, y mi esposa una mujer hermosa.

Tomás levantó una mano, no quería oír más.

—Hablaré con ella —dijo—. *Ego te absolvo...*

Fernán besó su mano con agradecimiento y salió del cuarto como si hubiera dejado una carga muy pesada. Enseguida entró Benicia. Cerró la puerta por dentro. Llegaba alegre, como siempre, su eterna sonrisa se mostraba amplia. Avanzó hacia él con los grandes pasos que provoca ir al encuentro de lo que tanto se ha esperado. Abrazó a Tomás, hundió la cara en su pecho, lo apretó contra sí con fuerza. Solo se percató de la seriedad de su amante al ir a besarlo. Se retiró un poco para enfocararlo mejor.

—¿Qué te pasa?

—Fernán vino a verme a Córdoba.

—Sí, lo sé, pero no ha querido decirme de qué hablasteis.

—Estaba preocupado por ti.

—¿Por mí?

—Según parece, de repente te volviste lasciva.

Benicia soltó sus brazos y empezó a reír.

—¿Por eso empezó a dormir en otro cuarto a su vuelta? —Tomás ni confirmó ni desmintió—. ¡Ya no soy la niña con la que se casó, pero pensé que le gustaría! —El sacerdote apretó los puños, Benicia advirtió ese gesto que los celos siempre le habían provocado—. Tomás, tú te fuiste, no sabía si volverías, ni siquiera si querías volver. ¿Qué pretendías que hiciera?

—¡Comportarte como una mujer temerosa de Dios!

Esta vez la carcajada rebotó entre las paredes de la habitación.

—¡Tomás! ¡Ni tú ni yo creemos en Dios!

—¿Sabes que podrían quemarte solo por decir eso?

Benicia veía el cuerpo tenso de Tomás y sabía que no eran sus pecados los que provocaban aquella tortura. Serenó su semblante, sus ojos se volvieron coquetos. Comenzó a deshacer lazos, con sonrisa pícara. Poco a poco, se desprendía de las ropas sin que Tomás fuera capaz de apartar los ojos de la piel

que se descubría. Ya desnuda, se acercó a él, volvió a abrazarse y empezó a despojarle de sus hábitos.

Tomás recibió aquella piel como el lugar al que siempre se desea volver, su contacto le hacía olvidar todo aquello que no tuviera que ver con ellos dos, con el amor y el deseo, con la vida que de verdad le hubiera gustado llevar junto a la mujer a la que amaba. Besó los labios de Benicia y fue como regresar al hogar. La abrazó y la tendió sobre la cama. La sintió más dulce, más entregada, más experta que aquellas primeras veces cuando eran jóvenes.

La sintió más suya que nunca.

Desnudos, abrazados, con la respiración aún agitada, Tomás prometió:

—Ya no me iré nunca. Serás mía para siempre.

Benicia apretó más su abrazo y lo besó en el pecho.

—Ya lo soy —contestó.

—No te entregarás más a él.

—Hombre —bromeó Benicia—, él sigue siendo mi marido...

Tomás se levantó con brusquedad.

—¡No lo harás!

Y sus palabras sonaron a promesa.

Al día siguiente, la gente esperaba en Santa María para recibir la indulgencia del inquisidor. El padre Tomás no tardó en cansarse de escuchar confesiones inanes: alguien que aseguraba cocinar con aceite de oliva porque no aguantaba la manteca, pero que prometía acostumbrarse a ella; quien decía haber descansado en sábado y trabajado la tierra en domingo; otros que aseguraban ser buenos cristianos y que pedían perdón si en algo podían haber ofendido al Santo Oficio. Tomás supo que aquello no lo llevaría a ningún sitio, que los fieles confesarían faltas leves con la esperanza de estar en gracia más con la Inquisición que con Dios. Pero así él no se haría un nombre en la nueva institución.

Y eso lo solucionaría pronto.

Abraham había muerto en su ausencia. Nadie podía explicar cómo el rabino había aguantado tantos años si no lo achacaba a su carácter milagroso. El inquisidor mandó llamar a Moisés a su presencia. Sabía que él no tenía jurisdicción sobre los judíos, pero sí sobre aquellos a los que hubiera intentado judaizar. No obstante, Tomás no había olvidado el nacimiento de su primera hija.

—No temas —dijo cuando Moisés estuvo frente a él.

—No temo —contestó el judío con calma.

—¿Has intentado judaizar a algún cristiano?

—Solo he hablado de Adonai a quien así me lo ha requerido.

—Lo sé, lo sé... —Tomás intentaba sonar amigable—, pero sin embargo conoces a conversos que han seguido acudiendo a vuestros ritos.

Moisés se mostró incómodo.

—No voy a hablar de nadie a quien pueda causarle algún mal.

—Sabes que el Santo Oficio tiene medios para que lo hagas...

—Algo he oído.

—No te preocupes, no te pido mucho. Solo un testimonio que...

—Ya le he dicho que no haré mal a nadie —interrumpió Moisés.

—No lo entiendes, no puedes hacer mal a un muerto. Solo necesito que hables de José de Los Cerros. —Moisés escrutó con incredulidad los ojos del sacerdote cristiano—. Con eso bastará. Todo el mundo sabe que fue bautizado y que después continuó cumpliendo vuestra ley. Basta que lo confirmes ante el tribunal. No es mucho pedir, sobre todo si a cambio te ofrezco alejar al Santo Oficio del pasado de tu familia.

Moisés estuvo tentado de contestar que sus pasados se unían en el que fue su abuelo, muerto por cristianos. Pero prefirió no desenterrar la historia que torturó a su padre durante toda su vida y que, por otro lado, no haría mella en Tomás. Lo conocía desde que ambos eran niños y sabía del odio que ese sacerdote llevaba dentro. Si se fiaba de su palabra, quizá lo dejaría en paz una vez conseguido lo que deseaba.

—Si lo que dice es cierto...

—¿Dudas de la palabra del Santo Oficio?

Moisés negó con la cabeza y aún se atrevió a porfiar:

—El viejo rabino nunca hizo mal a nadie...

—¿Sabías que mi padre fue su padrino de bautismo? —Moisés asintió—. ¿En qué lugar deja eso a mi propio padre? ¡Tomó el bautismo y después renunció a la verdadera fe!

«La verdadera fe —pensó Moisés—, esa fe politeísta y agresiva, esa fe profesada por ignorantes.» Pero guardó silencio, como siempre tuvieron que hacer los suyos.

El proceso contra José de Los Cerros fue rápido, fácil. Tomás sabía que, una vez conseguida la testificación del hijo de un milagro, sería mucho más sencillo obtener la del resto de judíos, conversos y cristianos viejos que conocieron al

viejo tullido. Las declaraciones no dejaron lugar a ninguna duda; los testigos, amedrentados, contaron lo que sabían y algunas cosas que no sabían. Todos ellos fueron incitados a delatar conductas inadecuadas de ahí en adelante, y así el padre Tomás obtuvo una red de denunciantes que se encargaría de sembrar la inquietud. Nadie podía ya fiarse de nadie, y ese miedo evitaba conductas contrarias a la fe. Los inquisidores estaban a punto de acordar que José de Los Cerros fuera quemado en efigie, pero Tomás pidió intervenir:

—¿En efigie? ¿Quemar un monigote? ¡El pueblo nos tomará a broma si nuestro primer acto aquí es quemar un muñeco! ¡Debemos quemar sus huesos!

Se instaló una tribuna en un lateral de la plaza desde donde los miembros del Santo Oficio asistirían al auto de fe. Los vecinos se habían congregado frente a ella y aquellos que se acogieron al edicto de gracia fueron desfilando ante el tribunal para adjuar de sus pecados, mostrar su arrepentimiento y su deseo de reconciliación con la Iglesia católica. A todos los asistentes se les invitó a mostrar su adhesión. Nadie se atrevió a no hacerlo. Benicia, junto a su marido y sus hermanos, estaba también frente a la tribuna. Sería, por una vez. Tomás, orgulloso de su lugar de privilegio, de mostrar su influencia ante ella. De ser, por una vez, el poderoso entre ellos dos.

Las sentencias se fueron leyendo una a una. Al llegar a José de Los Cerros, un murmullo se elevó sobre la plaza. Los restos del hereje serían quemados en acto público.

El viejo rabino fue inhumado, sus huesos llevados a la plaza, donde de nuevo se había congregado el pueblo. Esta vez, una pira ocupaba el centro. Una efigie atada a un poste y los huesos a sus pies. Leída la sentencia, fue el propio Tomás el que encendió la hoguera. Sus ojos brillaban, su pecho se hinchaba. Benicia contempló su sonrisa, una sonrisa muy alejada de aquellas que había conocido durante tantos años. Un escalofrío le recorrió la columna y, ante las primeras llamas, el instinto la llevó a abrazarse a su marido.

Tomás los vio al darse la vuelta, la antorcha que sujetaba en una mano cayó junto a la pira, los músculos se tensaron y el brillo de satisfacción de aquellos ojos se convirtió en el frío del hielo de los celos. Se acercó al estrado que ocupaban sus superiores y contempló las llamas como todos los demás, aunque con la mente ocupada en aquel abrazo. Alguien felicitó su determinación, pero la atención de Tomás había volado junto a Benicia y su marido, a escenas de abrazos, de cuerpos desnudos, de Fernán sobre su cuerpo, de la sonrisa llena de placer de ella. La felicitación se repitió en un tono más alto y solo entonces regresó de su propio infierno. Forzó una sonrisa.

—No hemos hecho nada aún..., solo quemar unos huesos. ¡Necesitamos algo que de verdad los amedrente!

Y él ya sabía quién iba a ser.

Las pertenencias de José de Los Cerros fueron confiscadas. Y su única posesión conocida había sido la vieja sinagoga, donde todavía Moisés, como antes su padre, como antes el viejo rabino tullido, celebraba sus ceremonias religiosas. El inquisidor tomó posesión y apenas permitió a Moisés sacar los rollos sagrados de la Torá. Los dos hombres enfrentaron sus ojos al cruzarse. El cura, desafiante, como si ese fuera el fin de una guerra que empezó dos generaciones atrás. El rabino, con la intención de mantener la dignidad. Moisés echó un último vistazo a los muros entre los que había vivido su padre, donde se celebró la ceremonia de su Brit Milá, donde también sus hijos fueron circuncidados. Su familia ya se había visto obligada a abandonar aquellas piedras y después consiguieron regresar. Pero algo le decía que esta vez sería la última. Que ya no volvería a pisar el lugar por el que su padre había sentido una devoción que le había transmitido a él.

El lugar al que estaba unido su pasado.

Tomás entró en la sinagoga con la actitud del conquistador. Recorrió cada estancia a solas. La sala donde los judíos habían celebrado su fe durante siglos, la modesta vivienda del rabino, la galería de mujeres, las escaleras que lo conducirían por primera vez a la *mikvé*; pasó las manos por las gruesas columnas que aguantaban los arcos apuntados, menos altos que anchos. Dejó para el final la bodega de las tinajas. Entró en ella alumbrado por la luz de un candil, deslizó las yemas de sus dedos sobre el barro cocido, se detuvo en cada una a mirar el interior. Imaginó la mirada aterrada de un niño allí dentro, las grandes manos de un albañil arrebatando un bebé de sus brazos. Repasó el techo abovedado de piedra, descubrió una estrella de David tallada. Quizá estaba escrito. Quizá su vida estaba destinada a este lugar.

Aunque, entonces, Benicia...

Ni se hubiera podido acercarse a ella.

El abrazo a su marido volvió a dibujarse en la mente de Tomás. Los celos despertaron de su breve letargo.

¡Aquello debía terminar!

El padre Tomás ha bajado a la cantina de las tinajas siguiendo los mismos pasos que aquel día. Ahora ya no está tan seguro de que estuviera escrito, de que

no fuera él quien forzara el destino. Levanta la vista, la estrella de David sigue ahí. Ni siquiera se preocupó de borrar los símbolos judíos. Quizá aquello sí que tenía un sentido.

Los judíos por fin están listos para reemprender la marcha. Moisés se levanta de la silla que habían dispuesto para él, y los jóvenes la colocan sobre los demás bultos. Lo ayudan a subir al carro. El viejo rabino se acomoda y se despide de los muros de la que fue la sinagoga de sus antepasados. Sabe que, cuando esa mula empiece a andar, será la última vez que pueda contemplarlos; que todo su pasado quedará atrás; que esos muros, ahora en manos del inquisidor, ya no contarán la historia de su familia.

La decisión estaba tomada. Aquellos abrazos no se podían repetir. Si aquello sucedía delante de todo el pueblo, qué no sucedería entre los muros de su casa, donde nadie podía verlos. Tomás estaba seguro de que Benicia no se lo contaba todo, de que no lo había hecho nunca. Le aseguró que los hijos eran suyos pero él no conseguía distinguir sus propios rasgos en aquellos rostros. Ahora se daba cuenta: nunca había sido suya, no más que en los escasos momentos que habían pasado juntos. Pero ahora él tenía el poder. Y la decisión de que aquello cambiara por fin.

—Don Alfonso, me alegro de verle aquí.

Alfonsito había acudido al nuevo despacho del inquisidor, instalado en una sala de la antigua sinagoga. De una pared colgaban un telar rojo y un enorme crucifijo. Un escritorio, un bargueño y una mesa de maderas nobles sobre una alfombra de tonos ocres completaban el mobiliario. El padre Tomás descansaba en un sillón de piel seca. Alfonsito, aún de pie frente a él, repasó los objetos dispuestos en la mesa: un tintero, una pluma, unos pergaminos enrollados. Apreciaba al padre Tomás tanto como lo apreció su padre, pero ahora era inquisidor y ser llamado por el Santo Oficio no tranquilizaba a nadie.

—Padre Tomás..., espero no haber ofendido...

—¡Tranquilo, don Alfonso! Le conozco desde que ambos éramos muy jóvenes. He oído sus confesiones desde entonces y, créame, el Señor le tiene reservado un buen lugar. —Alfonsito exhaló el aire que parecía haber retenido desde que recibió el recado de ir a verle—. Sin embargo..., sí hay algo que me preocupa.

—Padre, le aseguro que... —Volvió a tensarse.

—No no, no se trata de usted. Es por su cuñado.

Exhaló de nuevo.

—¿Ocurre algo con Fernán? Le advierto que él y yo...

—Deje usted de preocuparse, hombre. Ya le digo que el Santo Oficio no podría nunca tener algo contra usted. Pero él..., creo que esconde algo. Durante todos estos años lo he sospechado. Recuerde que también he sido su confesor mucho tiempo. Y uno llega a conocer a sus feligreses por los pecados que confiesan y por el modo en que lo hacen. Don Fernán siempre ocultó algo, sus confesiones eran..., no sabría decirle...

Alfonso agachó la cabeza. Es cierto que alguna vez escuchó alguna broma de boca de su cuñado que bien podría considerarse blasfemia. Pero también se las había oído a su hermana. Tomás detectó en su silencio la prueba de que estaba cerca de alcanzar su objetivo.

—¿Recuerda el día que nació su sobrina?

—¿Elena?

—Sí..., todos nos preocupamos mucho.

—Sí, fue un gran susto.

—¿Recuerda quién propuso llamar al rabino?

Ambos sabían quién lo propuso. Ninguno de los dos había podido olvidar aquel día; ninguno de los dos deseaba pronunciar en voz alta lo que recordaban. A Alfonso le aterraba que el inquisidor pudiera relacionarlo con judíos a raíz de aquella propuesta que él hizo. A Tomás le interesaba que el temor por las consecuencias de aquella iniciativa se acentuara.

—Fue todo tan... terrible —balbuceó Alfonso—, no recuerdo bien..., estábamos tan asustados...

—Sí... —dijo Tomás despacio—, fue un día horrible. Pero haga memoria, seguro que se le puede aclarar un poco. ¿No fue acaso su cuñado quien pidió que vinieran los judíos?

—¡Sí sí! —dijo el Vélez sin dar tiempo a que el padre pudiera recordar mejor—. ¡Cogió el caballo y fue a por ellos! —continuó Alfonso recordando sus propios actos.

Tomás pensó que no hay nada como el miedo para cambiar el pasado.

—¿Recuerda que después salió de la casa y ya no regresó hasta que la niña y la madre estaban a salvo?

—Sí sí, lo recuerdo muy bien. —Esta vez, Alfonso no tuvo que mentir, y eso le supuso un alivio.

—¿Sabe dónde fue?

—No..., lo siento. Mi padre se indignó con él y siempre lo creyó un cobarde, pero ninguno le preguntamos a dónde había ido.

—Yo sí. —El inquisidor hizo una pausa de efecto. Saboreó la expectación del otro mentiroso—. Se lo pregunté en su siguiente confesión. No puedo contarle lo que me dijo, ya sabe. Pero fue entonces cuando supe cómo es su cuñado. Parecía arrepentido, le perdoné sus pecados. No volvió a confesar nada similar y pensé que se había corregido. Pero ahora sospecho que no fue así.

»El caso es, don Alfonso, que yo, como calificador de la Inquisición y confesor de la familia, no debo denunciarlo. Pero creo que debería hacerse. La herejía es un mal contagioso. La peor de las enfermedades. Porque no solo acaba con nuestra vida en ese mundo sino que nos condena para toda la eternidad. Y estoy preocupado por su familia. Alguien debe cortar por lo sano. Solo hace falta una denuncia. Como sabe, los denunciados permanecen en el más estricto secreto. Con eso bastaría para poner en marcha el proceso, y el tribunal tiene medios para hacerlo confesar. Si nos equivocamos, quiera Dios que así sea, a su cuñado no le sucederá nada. Está en manos de Dios. Entiende lo que le estoy pidiendo, ¿verdad?

Alfonso asintió con la cabeza, entre el horror y el alivio.

—En su familia siempre han sido buenos cristianos. Sé que hará lo correcto y que el Santo Oficio le estará muy agradecido en adelante.

El Vélez supo lo que tenía que hacer. También supo que, de no cumplir con las expectativas del inquisidor, sería fácil que este perdiera la confianza en él. O que recuperara la memoria sobre quién llamó al médico judío.

Y no se debía perder la confianza del Santo Oficio.

—Bueno, don Alfonso —continuó Tomás. La calma de su voz mostraba su satisfacción—, pues eso es todo lo que tenía que decirle. ¿Ve como no tenía usted que preocuparse? En todo caso, solo por su cuñado, sé que lo aprecia usted; por eso mismo le he hecho llamar, para que entre ambos hagamos lo mejor por él y por su hermana, a la que tanto queremos los dos. En fin, ¿no desea usted confesión? Si quiere, ahora tengo unos minutos para dedicarle.

Alfonso miró al padre intentando saber cuál era la respuesta adecuada. La verdad, no tenía ningún deseo de confesar en aquel instante.

—Verá, padre..., no he hecho examen de conciencia.

—Bueno bueno, ¿ni una mentirijilla que confesar? —bromeó Tomás con el regodeo que había descubierto en la crueldad—. En fin, si todos fueran como usted, ¡qué sería de nosotros, los pobres curas! Vaya usted en paz. ¡Y haga ese

examen de conciencia para cuando pase por su casa a tomarles confesión!

La denuncia no tardó en llegar. Tomás decidió viajar a Córdoba con aquella delación. Se trataba de un tema delicado, él había sido su confesor durante muchos años y no quería que un hilo suelto pudiera enredársele entre las piernas. Esta vez no se despidió de Benicia, partió a la mañana siguiente. Se presentó ante el inquisidor y le adornó el relato:

—He sido confesor de don Fernán desde que entró a formar parte de la familia Vélez. No puede imaginar mi sorpresa. No sé si será culpable de estos graves delitos que han denunciado contra él, pero es una familia importante y, aunque me duela en el alma, el ejemplo debe cundir.

—Le agradecemos su diligencia, padre Tomás. No debe dolerle que quien ofende a Dios sea castigado, pues por mucho que lo apreciemos, amamos mucho más a Dios. Cursaré orden que partirá mañana mismo para que él y toda su familia sean traídos a Córdoba y encerrados en los calabozos del Santo Oficio mientras dure el proceso.

—¿Toda su familia? Pero la denuncia...

—¿Cree usted que estas herejías son solo cosa de un marido?

—Pero sus hijos —«Mis hijos», pensó Tomás— hace ya tiempo que formaron las suyas. No creo que ellos... Los conozco bien.

—Si son inocentes, Dios no permitirá que parezcan culpables ante nosotros. Pero por la confianza que le tenemos, accedemos a que apresen solo a él y a su mujer.

«¡Benicia!», pensó Tomás alarmado. Apenas era capaz de mantener el nerviosismo de sus manos escondido de quien pudiera observarlo con un mínimo detenimiento.

—¡Pero la denuncia es solo contra don Fernán! He sido confesor de doña Benicia desde que los dos éramos muy jóvenes. Lo soy de toda su familia y estoy en disposición de asegurar que...

—Hemos tomado una decisión. Si como usted afirma, la esposa es inocente, cosa que no dudamos si es usted quien lo dice, pronto volverá a Los Cerros.

Tomás abandonó la sala envuelto en escalofríos, dejó el edificio apresurándose a cada paso. Hasta que corrió, corrió con el pánico invadiendo cada uno de sus huesos, con el miedo, aquel miedo que le había causado placer en otros, ocupándole los pulmones sin dejar lugar al aire, helándole la sangre, acelerándole el corazón y ralentizándole las piernas. Corrió y montó en su

caballo; cabalgó sin importarle la oscuridad, sin cuidarse de los peligros de la noche en el camino. Porque su cabeza solo le daba vueltas a una cosa: Benicia. ¿Cómo no calculó que esto podría pasar? Y un temor, un gran temor: que Benicia confesara que no creía en Dios, que confesara quién era el padre de sus hijos. Hora y media después de su partida, la saliva del caballo se había convertido en espuma, resoplaba de modo entrecortado por los hollares, su paso se volvió inseguro. Tomás se dio cuenta de que le había exigido demasiado, ni siquiera era consciente de cuánto tiempo había pasado desde su partida, de cuánto dispondría antes de que las órdenes del tribunal llegaran a Los Cerros.

Dejó que el animal detuviera el paso, desmontó. Los sonidos de las rapaces nocturnas apenas rompían de vez en cuando el silencio. Supo que no podría seguir hasta que el caballo hubiera descansado. Se adentró entre los árboles intentando horadar la oscuridad con su mirada asustada. Le preocupaba haber sido tan inconsciente como para quedarse sin montura. Sabía que los enviados del tribunal no partirían en caballos, que, por tanto, serían mucho más lentos. Llegaría con tiempo suficiente de avisar a Benicia si viajaba al paso. Se sentó con la espalda apoyada en un árbol, se abrazó a sí mismo intentando esquivar el frío y esperó atento a cualquier sonido que pudiera delatar alguna presencia no deseada. No tardó en aparecer.

El ruido de unos cascos llegó desde el camino, unas toses roncacas, las ruedas de un carro y las voces de al menos dos hombres atravesaban la oscuridad para avivar el pánico de Tomás. Se incorporó, aguardó en silencio, abrazó el cuello de su caballo, lo calmó con caricias y susurros cerca de las orejas. El carro se aproximaba a su altura en sentido contrario. Pronto distinguió la luz temblorosa y tenue de unos candiles. Unos gritos dirigidos a las mulas y un chasquido alteraron al animal. Tomás apretó su abrazo, pero el caballo no pudo aguantar más su nerviosismo. Los hombres del carro charlaban con voces altas; por sus palabras se podía intuir que compartían bebida. Otro latigazo y otro grito a las mulas, ya a su altura, provocaron que el caballo de Tomás no pudiera evitar un relincho nervioso.

—¿Quién vive? —gritó una de las voces, ahora temblorosa—. ¡Vamos armados! ¿Quién vive?

Tomás, abrazado a su montura, aunque esta vez más por sentirse protegido que por transmitirle una calma de la que ya carecía, guardó silencio con la esperanza de que la carreta continuara su camino.

—¡So, mula! ¿Quién hay ahí? ¡Tenemos los arcabuces listos! ¡Mejor será que siga su camino, que nosotros seguiremos el nuestro en paz!

Tomás se dio cuenta de que los hombres temían tanto a algún asaltador como él mismo.

—¡Gente de paz! —gritó sin abandonar la protección de la oscuridad.

—¡No son horas ni lugar para gente de paz!

—¡Lo mismo podría decir yo! ¡Les habla el Santo Oficio!

Al escuchar las dos últimas palabras, los hombres bajaron sus armas. Uno le indicó con un gesto de cabeza al que llevaba las riendas que avivara a las mulas.

—¡Nosotros seguiremos nuestro camino! ¡Ya vamos tarde hacia Córdoba!  
¡Con la paz de Dios quedéis!

—¡Con ella vayáis vosotros!

Las mulas comenzaron a andar, los dos hombres miraban recelosos hacia atrás. Las riendas en las manos de uno, el aguardiente en las del otro.

—Un sitio extraño para representantes del Santo Oficio —dijo uno de ellos tras un trago.

—Mejor no entrar en sus asuntos —dijo el otro tras otro trago.

Los pulmones de Tomás soltaron el aire que un momento antes se negaban a expulsar. Suspiró sobre el cuello del caballo, miró al cielo: todavía no clareaba. Resolvió esperar a que la noche despejara, alerta. Decidió ser más sensato durante el resto del viaje.

Llegó a Los Cerros la tarde de dos días después, hambriento desde el desayuno ingerido en la última fonda, pero no se detuvo a comer, fue directo a casa de Benicia, golpeó la puerta con insistencia, hasta que la criada la abrió.

—¿Dónde está tu señora?

La criada se fijó en el aspecto del padre Tomás, desaliñado y polvoriento. Solo se atrevió a decir que entraría a avisar de su llegada, pero el cura la apartó de un empujón y entró a grandes zancadas.

—¡Benicia! ¡Benicia!

Ella salió a su encuentro, la sonrisa amplia, los ojos muy abiertos.

—¡Padre Tomás, está usted de vuelta!

Se detuvo al encontrar el polvo del camino en sus vestimentas, la barba sin afeitar y, sobre todo, el miedo que se desbordaba por sus ojos.

—¿Qué le ha pasado?

—¡Tengo que hablar con usted! —fueron sus únicas palabras, sin mediar saludo, sin ofrecer la mano para ser besada.

Benicia lo condujo al cuarto de las confesiones, entraron ambos, cerró por

dentro y, al darse la vuelta, corrió a abrazarlo. Tomás la apartó de él, no antes de que ella percibiera el temblor de todo su cuerpo.

—¿Qué ocurre?

—¡El Santo Oficio os va a detener! —exclamó sin más preámbulos.

—¿A quiénes?

—¡A Fernán y a ti!

—Pero... ¿por qué?

—Hay una denuncia contra Fernán, es una acusación grave.

—¿Una denuncia? ¿De quién?

Tomás pausó entonces su mente acelerada, trató de moderar sus palabras, debía medir muy bien lo que hacía ver que sabía.

—Las denuncias son anónimas, yo... no lo sé.

Benicia detectó la inseguridad de su voz, esta vez fue ella la que se separó unos pasos más de él, su frente se frunció.

—¿Lo has denunciado tú?

—¿Cómo puedes pensar eso?

Benicia continuó examinándolo, ningún gesto se escapaba a su escrutinio.

—Bueno... Sería el modo de separarme de él para siempre. No me digas que ni siquiera lo has pensado.

—¡No no! ¿Cómo puedes decir tal cosa?

Benicia prefirió no insistir, era consciente de que lo que podría destapar en esa capa que Tomás intentaba cubrir con su frente arrugada, sus manos inquietas, sus miradas esquivas, no le gustaría.

—¿Y por qué a mí? ¿No dices que han denunciado a Fernán? Sería a él a quien tendríamos que avisar.

—Quieren interrogaros a los dos. Créeme, conozco los interrogatorios del Santo Oficio, terminarás confesando cualquier cosa.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—¡Lo que me preocupa es lo que pueda pasarte!

—¿Y lo que le pase a él?

Tomás agachó la cabeza.

—Entiendo...

—¡Debes huir! ¡Ya!

—¿Huir? ¿Y a dónde voy a ir?

—Donde sea, lejos de Castilla.

—¿Vendrías conmigo?

El sacerdote dio un paso atrás. Benicia mostró una sonrisa triste.

—Tranquilo..., conozco la respuesta. Esperaré a Fernán. Haremos lo que él decida.

Tomás se dio cuenta de que nada estaba saliendo como él esperaba. ¿Los dos huyendo juntos? ¿No volverla a ver sabiendo que estaba con él?

—¡No! ¡Has de partir ya!

—Tomás..., vete, por favor... —Benicia señaló la salida.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron.

—¡No pueden encontrarme aquí!

La mujer volvió a sonreír, esta vez con desprecio.

—Aguarda aquí... —dijo con la tristeza alojada en su garganta—. Adiós, Tomás.

—¡Benicia! —Ella se volvió a escucharlo antes de salir—. ¡Te amo! ¡Dios nos ayudará!

No había enfado en su gesto, ni siquiera decepción, solo la tristeza del engaño.

—Ni tú ni yo creemos en Dios. Recuérdalo. Tú mucho menos que yo. Será mejor que salga antes de que entren ellos y te encuentren aquí. Adiós, Tomás.

## 26

2007

No sabía muy bien dónde había despertado. Tras el sueño, el día anterior volvía a mi mente una y otra vez. No deseaba abrir los ojos, no deseaba estar despierto, ni tener que levantarme y enfrentarme de nuevo a todo aquello. Me hubiera gustado quedarme en aquella cama. Y dormir. Dormir el resto de los días. Pasar el resto de mi vida perdido en unos sueños no más reales de lo que había vivido hasta entonces. No oír a nadie, nada. Sumergirme en el silencio.

A veces, el silencio.

Mi cuerpo no obedeció a mi deseo. Abrí los ojos y repasé las paredes del cuarto de Adnan. Y otra punzada se me clavó en el pecho. Elena, su última mirada. Aquel «suéltame» cargado de rencor.

Me levanté, preparé café. Me quedé allí, quieto, la vista clavada en el fuego mientras esperaba a que saliera.

—Buenos días. —Oí a mi espalda.

Adnan estaba ya vestido y duchado. Ni siquiera lo había oído levantarse. No me apetecía hablar con él. No debió habérmelo contado. No debió decirle a Elena que yo lo sabía. Quizá, ahora, si no me odiara, ella sabría qué decir para animarme. O prepararía una de sus absurdas danzas. O, simplemente, se quedaría a mi lado. Pero ya no había nadie en Los Cerros en quien apoyarme, nadie que me retuviera allí. Y Adnan tenía mucha culpa de ello. Aunque era consciente de que no toda.

—¿Me sirves un café? —dijo.

—Es tu café...

Tomó la cafetera, sirvió dos tazas, las puso sobre la mesa. Me invitó a sentarme. Perdí la mente en el remolino que provocaba la cucharilla al remover

el azúcar. Sabía que Adnan intentaba hablar, que no podía culparlo de mi estupidez. Sabía todo eso, pero no era capaz de escapar de mi desazón.

—¿Qué tal el trabajo en la sinagoga? —dijo para cortar aquel silencio denso.

—Casi terminado.

—¿Te ha hablado ya Ermelindo de la propuesta que quiere hacerte? —Levanté la vista del café—. ¿No te ha dicho que quiere que te hagas cargo de ella?

Negué con la cabeza.

—Dante..., lo siento.

—Nunca debiste contármelo. ¿Quién era yo para saberlo? Eso era un asunto de familia.

—Ella te hizo parte de su familia. Yo también.

Pensé en Mara. Años detrás de ella, tratando de complacerla, de ganármela y lo único que conseguí fue una paliza. Y en Elena. Llegó a mi vida sin buscarlo, sin pretender nada, y sin esfuerzo alguno, me hace parte de su familia.

—Bueno, ya no tiene remedio. Da igual.

—Creo que lo que Ermelindo tiene pensado te gustará. Y también podrías trabajar conmigo. Hacer visitas guiadas por Los Cerros de vez en cuando. A todos nos gustaría que te quedaras.

—¿Incluso a Elena?

—Se ha ido.

—¿Ido?

—Sí. Se lo dijo a Ermelindo. No quería hablar con ninguno de nosotros.

Volví a sumergirme en la taza de café. «¿Para qué quedarme? Vine aquí por un amor estúpido y encontré a una amiga.» Y ya no estaban ni uno ni la otra. Adnan leyó mis pensamientos, su tono se volvió animado:

—¿Sabes que he estado revisando las notas de los registros de Mara?

El timbre de la puerta sonó en ese momento y Adnan fue a abrir. Volvió con Ermelindo. Los dos sonreían como si la vida fuera algo que mereciera la pena. El jefe se sirvió una taza de café y se sentó junto a nosotros.

El entusiasmo de Ermelindo... Se concentraba en lo que Adnan quería contarnos.

—Sabéis que llevaba cuarenta años buscándola. Entre lo que he averiguado todos estos años y lo que habéis encontrado ahí dentro y en los archivos, conozco toda su historia.

El padre Tomás contempla la calle ya vacía de judíos, como el resto del pueblo, como toda Castilla. Vacía como quedó su alma; como quizá siempre la tuvo. «Se van, —piensa—, como se fue todo lo demás.»

Tomás volvió a aprovechar la noche para iniciar su regreso a Córdoba. Esta vez no galopaba, esta vez ya no había prisa: las carretas con reos son muy lentas. El caballo marcaba un paso cansino y despreocupado, y Tomás ya no temía a los asaltadores. Si acaso, de vez en cuando esperaba que alguno le saliera al paso y acabara con todo de una vez. Paraba en alguna fonda para dar de comer y beber al caballo y dejar que descansara, y emprendía el camino sin él ingerir nada, ni dormir, ni siquiera hablar con los viajeros que pernoctaban en ellas a salvo de los peligros de la noche. Hacía caso omiso a las advertencias del posadero sobre lo arriesgado de viajar a esas horas y solo, por muy representante del Santo Oficio que fuera.

Entró por las calles de Córdoba avanzado el día, la gente se fijaba en el caballero de barba crecida, cubierto de polvo del camino y se apartaba a su paso. Todo el mundo conocía ya en la ciudad a los inquisidores.

Benicia y Fernán llegaron dos días más tarde. Tomás observó desde la distancia la carreta entrando a la cárcel de la Inquisición. Pudo contemplarlos: cansados, tristes y, lo que más le dolía, abrazados el uno al otro, compartiendo el miedo y la preocupación. Benicia levantó la vista, como queriendo quedarse con toda la luz del día que no sabía cuándo volvería a ver. Entrecerró los párpados al sol y, al bajar la mirada, lo encontró. El corazón de Tomás se aceleró con una mezcla de dolor, remordimientos y el amor de toda una vida. El rostro de Benicia pasó del miedo a la dureza, su boca se contrajo, su brazo se apretó más contra el de su marido. Volvió la cabeza hacia él y lo besó; lo besó en los labios sin preocuparse por el público que se había congregado ante los reos. Lo besó con toda la dulzura que fue capaz, después posó la cabeza sobre su pecho y le lanzó otra mirada muy cercana al odio. Tomás apretó los puños y se marchó cabizbajo, consciente de que había perdido lo único que había amado en su vida. Recordó a su madre y pensó en el daño infligido a ella también.

Los presos pasaron varios días encerrados en espera de que el proceso fuera cumpliendo sus procedimientos. Se interesó cada día por los progresos, visitaba

la prisión y preguntaba al carcelero por su situación, inquiría al fiscal y después al receptor y más tarde al notario. Tenía una decisión tomada: como calificador, podría librarlos a ambos si dictaba que el comportamiento de los reos se limitaba a una falta leve. Sabía que el tribunal y el fiscal podrían extrañarse, perder la confianza en él. Y, por una vez, no le importó.

Por fin fue llamado ante el tribunal. El receptor, junto al notario y el alguacil, ya debían de haber terminado la relación de bienes que el tribunal confiscaría si se iniciaba el proceso.

—Padre Tomás, tenemos algo que decirle sobre los reos de Los Cerros.

Tomás trató de controlar su nerviosismo, esperaba que le pidieran su opinión sobre la denuncia, llevaba días preparando su intervención, respiró mientras aguardaba a tomar la palabra, buscó la tranquilidad que lo ayudaría a sonar convincente.

—Hemos decidido que, debido al especial vínculo que tiene usted con los reos, sea otro el calificador que se encargue de este caso.

Todo el discurso que había preparado se vino abajo.

—Pero... —balbuceó.

—No queremos que el aprecio que tiene a esta familia pueda interferir en sus decisiones. Ha ido usted a la cárcel a diario, ha estado inquiriendo al notario, al fiscal... Creemos que está usted muy implicado, y es mejor así.

—Pero...

—La decisión está tomada.

Tomás respiró hondo. Se obligó a calmarse, miró al tribunal y dijo:

—¡Se pone en duda mi compromiso con el Santo Oficio!

—No es eso, padre Tomás. Pero tampoco dudamos de su amor por esta familia. Si lo desea, podrá asistir a cada instancia del proceso. No tendrá voz. Pero recuerde en todo momento el secreto inquisitorial.

—Pero...

—Es todo lo que tenemos que decirle. Mañana se interrogará al denunciado.

Cuando Tomás entró en la sala del secreto, los dos inquisidores y el fiscal ya tomaban asiento detrás de una robusta mesa de madera oscura; detrás de ellos, una ventana por la que entraba la luz amortiguada por unas cortinas granas. A un lado, una mesa más pequeña servía de escritorio al notario, que ya preparaba sus plumas y tintero. Una silla, en un rincón de la sala, estaba reservada para el padre Tomás. La ocupó, entrelazó los dedos y guardó silencio.

Poco después entró Fernán, le indicaron que se situara frente a la mesa del tribunal, de pie. Llevaba la ropa sucia, la barba sin afeitar, la luz encarnada le dañaba los ojos, acostumbrados a la oscuridad. Hizo ademán de acercarse a Tomás, pero no se lo permitieron. En su mirada había súplica y perplejidad.

—¿Nombre?

—Fernán de los Cobos... —Y prosiguió con una larga lista de sus antepasados, todos ellos cristianos viejos.

—¿Sabe el motivo por el que está aquí?

Fernán negó con la cabeza y echó un vistazo a Tomás, que tenía las manos entrelazadas, atento a sus palabras.

—¿No reconoce haber cometido delito alguno?

—Soy un buen cristiano. El padre Tomás puede... —dijo señalando hacia el rincón.

—El reo volverá a su celda y meditará si mantiene su postura o decide confesar su delito. Concederemos nueva audiencia dentro de unos días.

Fuera de la sala, Tomás se acercó al fiscal:

—¿Y la mujer?

—Necesitamos primero la confesión del marido, después veremos qué es de ella.

—¿Puedo verla?

—Sabe usted muy bien que no están permitidas las visitas.

Cinco días después se celebró la segunda admonición. A Fernán se le veía más demacrado, las cuencas oculares más hundidas, la barba crecida, las manos sucias. La moral más débil.

—Quizá —dijo cuando se le dio la palabra— haya pronunciado alguna vez alguna frase inoportuna. Sin intención de ofender a nuestro Señor, de eso pueden estar seguros. Si supiera de qué se me acusa, yo podría decirles...

Fue enviado a su celda de nuevo.

Como en la tercera admonición Fernán tampoco confesó delito más grave que algún pecado menor, el tribunal decidió abrir la acusación contra el reo. El fiscal procedió a la lectura del acta denunciatoria. Fernán, mientras escuchaba la lectura de los cargos que tenían contra él, abría los ojos más y más a cada palabra.

—... y se le acusa, por fin, de blasfemia contra nuestro Señor, atribución de falsos milagros a un judío y proselitismo a favor estos. ¿Acepta los cargos el

reo?

—¡Pero todo eso es falso!

—El padre Guzmán jurará ayudar fielmente al acusado. Si en el transcurso del juicio descubriera su culpabilidad, podrá abandonar la causa inmediatamente y sus honorarios serán retribuidos. Lleven al prisionero a su celda.

Al terminar la vista, el padre Guzmán se acercó a Tomás:

—Tengo entendido que es usted el confesor de don Fernán y su esposa.

—Así es...

—Como abogado de la defensa, me gustaría contar con usted como testigo de abono.

Tomás calculó con rapidez las consecuencias de aceptar la propuesta.

—He sido apartado como calificador de este caso por mi implicación, no sé si debo...

—Esperemos pues que ese desdichado pueda decir en su escrito de tachas quién lo denunció. Es probable que sea su única esperanza.

—A no ser que sea culpable... —dijo Tomás.

El padre Guzmán se marchó sin decir nada más. Tomás se quedó pensando en aquel escrito, tratando de adivinar si Benicia podría haber puesto a su marido sobre la pista del denunciante. Maldijo el día en que se le ocurrió empezar ese proceso. Evocó el abrazo de Benicia a Fernán y las uñas empezaron a horadarle las palmas. Añoró los días tranquilos de Los Cerros, pensó en la ambición que lo había llevado hasta allí y se preguntó por qué no pudo conformarse con lo mucho que ya tenía, con aquellos días de confesión junto a Benicia que los celos le habían hecho perder para siempre. Su esperanza se centraba en que al menos a ella no le ocurriera nada, en poder volverla a ver por Los Cerros, aunque fuera a distancia, aunque ya nada volviera a ser lo mismo.

Fernán no pudo adivinar quién fue su denunciante en el escrito de tachas y el tribunal decidió que, con hechos tan graves, casi probados, se imponía recabar su confesión mediante la tortura. Tomás los acompañó por pasillos oscuros y húmedos hasta llegar a una sala con distintos ingenios cuyo aspecto ya denotaba dolor. Era la primera vez que los veía. El notario, antes de sentarse y disponer sus plumas y su tintero, evidenciaba su nerviosismo: manos temblorosas, piernas inquietas, se mordisqueaba el labio inferior. Tomás recordó los escritos que habían salido de aquella sala, tan difíciles de leer, con el trazo inseguro, algún borrón... Pronto fue consciente de por qué.

Fernán fue despojado de toda su ropa, después lo inmovilizaron atándole los

pies y los brazos a la espalda. La cuerda que apresaba sus manos rodeaba una polea. El torturador tiró de ella y Fernán no pudo reprimir el primer grito de dolor. El notario dio un pequeño respingo sobre su silla, no levantaba la cabeza de su papel, con la pluma preparada. A una seña, el torturador dejó caer al reo y, un instante antes de que este tocara el suelo, lo detuvo. Un sonido seco salió de sus hombros y rebotó entre las piedras de los muros. El inquisidor esperó a que la voz del reo cesara:

—¿Confiesas ahora tus graves pecados?

—Yo no he hecho nada... —dijo Fernán entre sollozos.

A una mirada del inquisidor, el torturador volvió a tirar de la cuerda, solo el primer movimiento de sus hombros ya dislocados provocó que los gritos regresaran. A otra seña, el torturador volvió a destensar la cuerda.

—¡Paren, por Dios, señores! ¡Confesaré! —suplicó el reo entre lágrimas. El notario apuntaba cada una de sus palabras—. Mi esposa siempre ha dicho que no cree en Dios y fui yo quien la convencía de que Él había obrado un milagro a través de las manos de unos judíos. Sí, es cierto, ¡mi hija vive por el milagro de un judío! ¿Es lo que deseaban oír? ¡Por el amor de Dios, no me vuelvan a subir!

El inquisidor miró al notario, quien le indicó con un gesto que había tomado nota. Tomás escondió la cara entre las manos, consciente de lo que aquella declaración suponía.

La primera vez que volvió a ver a Benicia fue en la sala del secreto, sentado en el mismo rincón donde asistió al juicio de Fernán. La vio entrar despeinada, sucia, mucho más delgada. Sus labios, antes sonrosados, ahora agrietados, habían perdido su eterna sonrisa. Su proceso se inició con los interrogatorios, las admoniciones. Tomás asistía a él con el miedo enredado entre sus huesos. Temía que su orgullo la condenara, temía que admitiera no creer en Dios, temía, sobre todo, que una palabra suya lo implicara a él.

Benicia no confesó ningún delito, se limitó a negar cualquier acusación y a guardar silencio. Su postura era altiva, orgullosa, daba la sensación de que aquella mujer no temía al tribunal o, quizá, de que ya había perdido cuanto merecía la pena conservar.

Esta vez la sala de torturas parecía más pequeña. Tomás hubiera podido afirmar que los muros se abalanzaban sobre él, que el techo había descendido, que los aparatos se habían vuelto más lúgubres y el notario más nervioso.

Benicia fue obligada a despojarse de la ropa. Tomás la contempló, la miró de un modo muy distinto a como tantas otras veces lo había hecho. La encontró

muy delgada, los huesos de las costillas se marcaban bajo su piel; los pechos, vencidos, esos pechos que lo habían acogido confesión tras confesión, los mismos que habían amamantado a sus propios hijos. Benicia se desnudó con la mirada fija en él.

Aunque no como entonces.

Era una mirada desafiante, que llevaba implícita una acusación, un «tú me has traído hasta aquí». Tomás temió que Benicia lo contara todo, que su venganza se llevara a cabo por fin. Se dio cuenta de que estaba perdido, elucubró excusas, ataques para defenderse de unas acusaciones calumniosas y vengativas. Se descubrió a sí mismo, dentro de sus propios pensamientos, mezquino y ruin, acusándola de los más graves pecados con tal de librarse él. «Quizá —pensó— sea hora de asumir mis culpas...»

Benicia intentaba esconder su desnudez delante de aquellos hombres, de la mirada fija de aquel al que tanto había amado, del mayor error de su vida. Sintió las cuerdas rodeándole el cuerpo, el roce del esparto seco contra su piel; sintió la presión aumentando a cada vuelta del torno; sintió cómo la soga le atravesaba la piel, cómo la mirada aterrada de Tomás le atravesaba el alma. La presión se iba haciendo insoportable, tan insoportable como la perspectiva de lo que sería su vida si conseguía salir viva de aquella situación. Sentía el escozor a cada vuelta, el dolor de la maroma presionando sus pechos, su vientre.

Otra vuelta de torno más.

Y otra.

Se había prometido no gritar, no suplicar. Se había prometido no llorar delante de él. Pero las lágrimas pugnaban por salir.

Otra vuelta.

Y otra más.

El dolor invadía sus entrañas. Las lágrimas ya no aguardaron más. A una señal del inquisidor, la presión se aflojó, su cuello ya no era capaz de aguantar más el peso de la cabeza, descolgada sobre su pecho. La devolvieron a la celda y fue como si hubiera regresado al hogar. A un hogar oscuro, de paredes frías por donde se filtraba la humedad, de las que colgaban las argollas donde sería engrilletada. Un hogar que compartía con unas ratas más libres que ella, que podían merodear con impunidad, que le disputaban el pan y el caldo sucio de la comida.

Un hogar sin dolor.

Pero la comodidad, la calidez y la compañía del hogar duraron poco.

Unos días después fue conducida otra vez a aquella sala aterradora. Entró y vio allí a Tomás de nuevo. Lo encontró guapo, como siempre se lo había parecido, quizá más delgado; triste, como casi siempre desde que lo conocía excepto en los momentos que compartieron desnudos, llenos de aquella felicidad imposible. Volvió a fijar la vista en él mientras la despojaban de la ropa, volvió a jurarse no perder la dignidad ante él. Se juró soportar el dolor porque él tenía que compartirlo, él debía sufrir con ella. En la alegría y en el dolor. ¿No se trataba de eso? Miraba a Tomás mientras las cuerdas la abrazaban y este no podía aguantar su mirada. Suplicaba piedad cuando las cuerdas llagaban su piel y no apartaba la vista de Tomás sabiendo que él querría taparse los oídos. Tragaba el dolor y notaba el sabor salado de sus lágrimas y lo transmitía al rincón de aquella sala para que también se alojara en él.

Pero llegó un momento en que ya no pudo soportar tanto dolor aunque este fuera compartido. Llegó ese momento en que la mente dice basta y deja de defender al cuerpo con sugerencias, cuando las heridas ya han socavado demasiado la piel y el escozor se adentra en el alma.

Llegó ese momento y Benicia dijo basta.

—¡No creo en vuestro dios! ¡No creo en el dios que me hace esto! —Volvió a levantar la vista hacia Tomás, sacó fuerzas de sus últimas reservas, serenó la voz—. ¡No creo en un dios que tortura a sus apóstoles con el celibato! ¿Acaso lo hizo Jesús? ¡No creo en el dios que se opone al amor entre un hombre y una mujer! Yo...

—¡No! —interrumpió Tomás aterrado.

Benicia todavía fue capaz de sonreír. Una sonrisa torcida, llena del dolor de la tortura y el desengaño.

—No creo —dijo sin más, y guardó silencio.

El notario, con el mismo gesto de asombro que el resto de los presentes, confirmó que había tomado nota. El inquisidor le indicó con la mano que siguiera anotando, ordenó que se aflojaran las cuerdas y se dirigió al rincón:

—Padre Tomás, usted como confesor de esta mujer..., ¿nunca había escuchado ninguno de estos graves pecados?

Tomás miró a Benicia: la cabeza levantada, lágrimas en las mejillas, aquellos ojos que antes irradiaban alegría, muy abiertos, expectantes.

—No..., nunca.

Benicia dejó caer la cabeza, cerró los párpados y respiró.

Una calle vacía, un alma vacía, una sinagoga vacía. Eso es todo lo que ha quedado. El padre Tomás se enjuga las lágrimas con el puño. Se sienta sobre uno de los escalones que acceden a su despacho, contempla el crucifijo. «Ni tú ni yo creemos en Dios», recuerda. Las lágrimas desenfocan el Cristo, aparta la vista hacia la llama de una de las velas, también borrosa, que dibuja una hoguera mucho mayor, una que no huele a cera sino a ceniza y carne quemada, una hoguera cuyo recuerdo duele más que cualquier quemadura.

Sobornó al carcelero para que le permitiera visitar a Benicia poco antes de la ejecución. Entró en la celda y percibió el olor a orines y a humedad. Descubrió un bulto al fondo, tendido contra la pared, intentando esquivar el frío encogiéndose sobre sí mismo. Una rata huyó buscando la protección del muro al descubrir su presencia.

—Benicia —llamó en un susurro.

La mujer levantó la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —dijo cuando por fin pudo descubrir quién la llamaba.

—He venido a verte para...

—¿Confesión? —intentó bromear Benicia entre toses insanas—. Pues creo que he debido de perder mucho desde la última vez.

El padre Tomás se agachó junto a ella, su mano comenzó el gesto de acariciarle la cara pero ella la apartó.

—¿Qué quieres? —dijo con la sequedad que provoca la sed y también el odio.

—Arrepiéntete ante ellos, Benicia... No te pido que lo hagas por mí, sino por ti.

—¿Y si no estoy arrepentida?

—¿Qué más da? ¡Miente! Si te pones en gracia con Dios...

—¿Iré al cielo?

—No morirás en la hoguera. Te estrangularán antes de morir y...

—Ya..., una gran diferencia...

—Créeme, lo es...

—¿Creerte? ¿A ti?

—Benicia, he visto a otros morir en la hoguera... ¡No quiero verte pasar por algo así!

—Tendrás que soportarlo, calificador. Es el precio que pagarás por tu

cobardía. Por haberme hecho creer que me amabas todos estos años. Mi precio por haberlo creído.

—¡Te amo!

—¿Sí? ¿Y cómo lo has soportado? Te amé solo a ti. Debí darme cuenta antes de cómo eres. Toda una vida desperdiciada. Ahora pagaré mi error. Y ese pobre hombre con el que me casaron también pagará por mí. Vete ya, calificador, no hay nada más que hablar.

Tomás, en un intento desesperado por convencerla de que de verdad la amaba, trató de abrazarla; Benicia lo apartó con la escasa fuerza que le quedaba en los brazos.

—No me obligues a gritar al carcelero, a contar todo lo que ni los calambres de dolor han podido sacarme. Amor... ¡Qué sabrás tú lo que es!

Tomás se incorporó despacio, se disponía ya a salir cuando volvió a oír la voz de Benicia a su espalda:

—¡Calificador!

El cura se detuvo, la mano en la puerta, la mirada en el suelo.

—Recuerda esto toda tu vida: ¡ni tú ni yo creemos en Dios! Recuérdalo con cada arresto, cada tortura, cada condena a la que asistas. Recuérdalo siempre y vive con ello.

La base del cadalso estaba formada por grandes troncos secos, con ramas finas y paja embutidas entre ellos y a su alrededor. Sobre la tarima, de tablas delgadas, cinco gruesos postes, lúgubres, en espera de los infelices que arderían con ellos. La plaza elegida era amplia y la gente comenzaba a tomar posiciones para presenciar el espectáculo. Quemar herejes siempre era buena noticia, los demás se sentían a salvo de un contagio peor que la peste.

Tomás esquivó a un par de niños juguetones a los que sus madres amenazaban con no dejarles ver la quema si no se portaban bien. Niños cristianos, como él lo había sido, niños que no sabían en qué consistía una herejía, que ni siquiera se habían planteado qué se iba a quemar allí. Niños que crecerían con esas imágenes en la retina, con el eco de los gritos, con el olor a carne quemada. Niños que pronto se habrían acostumbrado a semejante salvajada. Los hombres ocupaban las primeras filas, cerca de lo que pronto sería fuego y dolor, se apretaban unos contra otros; algunas mujeres sin niños, o con los niños en los brazos, también, nadie quería perder su posición. Solo se apartaban cuando lo descubrían a él, con una mezcla de respeto y temor. Tomás

avanzó hasta situarse delante de todos ellos. «Es el precio que pagarás por tu cobardía», recordó. Había decidido pagarlo. Pero sabía muy bien que ese no sería el precio. No todo el precio.

Era consciente de que ya jamás dejaría de pagarlo.

Un murmullo procedente de un lateral de la plaza indicó que comenzaba el espectáculo. Los reos y los verdugos se acercaban al cadalso, el griterío y los insultos aumentaban. Subieron todos al entarimado, situaron a cada condenado de espaldas a su poste. Vestían el sambenito. Tomás solo se fijaba en ella. Parecía que se había lavado la cara, sus ojos volvían a poseer el brillo de la emoción que siempre la inundaba, el brillo de la vida que había querido comerse a dentelladas. Su gesto era altivo. O muy mal la conocía, o sus labios cerrados mantenían a raya aquella sonrisa burlona que lo volvía loco. No tardó en identificarlo entre la gente, y sus ojos ya no volvieron a mirar a otro lado. No había odio en ellos, no se adivinaba rencor. Una mirada firme que Tomás se tuvo que esforzar por mantener. Ambos sabían que sería la última.

El inquisidor levantó las manos para ordenar silencio. Apenas se oyó el crepitar de las antorchas dispuestas para encender la pira. Se dirigió a los reos y les conminó a arrepentirse de sus pecados, morir en gracia de Dios y evitar las llamas del infierno. Todos cayeron de rodillas menos ella. Benicia desvió entonces la mirada a Fernán. Este, a su lado, también la contemplaba desde abajo, avergonzado, suplicando comprensión. Benicia asintió con su cabeza y sus párpados, y Tomás pudo contemplar cómo sonreía. Las lágrimas de Fernán caían sobre las tablas. El inquisidor habló a la mujer:

—¡Arrepiéntete y evitarás el infierno!

Benicia desvió la mirada a Tomás, todavía no se le había borrado la sonrisa. Solo el temblor de sus manos delataba su miedo.

—Solo me arrepiento de haber amado más a un hombre que a Dios. —Un murmullo se extendió entre la muchedumbre. Ella volvió la cabeza hacia su marido—. Espero que tu Dios exista, y que te lleve junto a él. Te lo mereces, Fernán. Y si así fuera, por favor, perdóname.

—¡Sea pues! —gritó el inquisidor.

Los reos fueron atados a los postes por el cuello. A cuatro de ellos les retorcieron la cuerda desde atrás, apretándola más y más. Alguno movía los pies, todos abrían mucho las bocas intentando conseguir aire. Casi al mismo tiempo, los cuatro dejaron de moverse y sus cuerpos se convirtieron en nada más que fardos. Benicia no volvió a mirar a su lado, se fijó en Tomás. Las lágrimas

recorrían las mejillas de ambos.

—¡Prended!

Los verdugos cumplieron la orden de inmediato, la paja no tardó en encenderse. El humo se colaba entre las tablas y rodeaba los postes con los reos. Pronto las llamas empezaron a crecer. Benicia empezaba a quedar oculta por humo y llamas; Tomás contenía la respiración, como si esperara un milagro.

Pero ni él ni ella habían creído nunca en Dios...

Al fin se oyó un grito. Entre las llamas, pudo ver cómo Benicia se retorció, se contorsionaba, movía su cabeza ardiendo hasta que, de repente, el silencio se apoderó de la plaza. Algunos se tapaban la nariz para evitar el olor a carne quemada. Pronto los asistentes perdieron el interés ante lo que ya solo era una simple hoguera y empezaron a marcharse, aliviados porque se habían librado de cinco herejes. Tomás permaneció frente al fuego sin pestañear, como si ella todavía lo estuviera mirando. De pronto, el cadalso se derrumbó y un millón de chispas saltaron desde el centro hacia el cielo. Las fue siguiendo una a una hasta que se extinguían.

—Aquí ya está todo visto —le dijo uno de los hombres que guardaban el lugar.

—Me quedaré un poco más —contestó Tomás sin dejar de seguir las pavesas que emprendían el vuelo.

—Le advierto, padre, que lo que hay ahí no es agradable de ver. A veces revientan y se les salen todas las entrañas.

Tenía razón. Cuando las llamas se extinguieron, lo que allí quedó no era agradable de ver. Tomás se alejó a pasos cortos; las manos caídas a los costados, las convulsiones agitando su pecho, las lágrimas goteando desde su nariz.

El padre Tomás aparta la vista de la vela, esconde la cabeza entre los brazos sobre la mesa. El sueño comienza a vencerlo. Imágenes borrosas de Abraham y su hijo ayudando a nacer a Elena, su primera hija con Benicia. Y la otra Elena, su madre, junto a su padre, David, con la cabeza ida; unos huesos enterrados junto al rosal.

Y Benicia, siempre Benicia

2007

*Ermelindo* se impacientó:

—¡Cuenta de una vez!

Adnan apuró su café, se sirvió otro, despacio, volvió a la mesa, se sentó, nos miró.

—La casa del inquisidor y la sinagoga fueron una sola finca. La Inquisición se la requisó a un tal José de Los Cerros. Un converso al que quemaron en efígie. La sinagoga le perteneció. Él debió de ser aquel rabino milagroso del que hablaba el escrito que encontré. Probablemente se bautizó por la presión que había en la época contra los judíos. Fue juzgado por proselitismo, pero ya después de muerto. No puede ser otro. Un tal Francisco fue su padrino. Creo que aquel hombre era un sabio. Muy probablemente escribió libros que serían quemados con él. Ese hombre sería admirado por su comunidad, salvaría vidas con su conocimiento. ¡Y todo eso aquí! ¡En Los Cerros! ¿Cuántos como él no habrán salido en los libros de historia? ¿Cuántos habrán escondido para siempre los siglos? ¡Pues a José de Los Cerros lo hemos rescatado!

—¿Y por qué la Inquisición no destruyó la sinagoga? —pregunté sin querer decir que Adnan había supuesto la mayoría de sus deducciones.

Ermelindo miraba a uno y otro lado. Su entusiasmo, desbordado.

—Codicia. ¿Qué otra cosa?

—La finca ya la tenían. Alguien decidió no destruirla. Y está ese papel que descubrimos: «En diciéndome la verdad y entregándome el papel lo digo todo». ¿Qué es lo que tenía que contar? ¿Por qué lo ocultó? ¿Quién lo ocultó?

—Los inquisidores no eran unos ignorantes —respondió Adnan cada vez más convencido de su propia historia—. El inquisidor tenía remordimientos.

—¿De qué?

—De haber quemado todos aquellos escritos de un hombre que hacía milagros.

—Y así se escribe la historia... —dije.

A Adnan le molestó mi ironía:

—¿Qué te pasa?

—Que si escuchara esto José del Monte nos daría en los morros de esa manera que a él le gusta. Y creo que esta vez con razón. No tiene ningún rigor.

—¿Rigor? —Adnan levantó la voz. La mención al catedrático lo había sacado de sus casillas—. ¿Y crees que ese estirado sí lo tiene?

Ermelindo puso las palmas de las manos sobre la mesa. No había dejado de sonreír ni siquiera cuando la conversación entre Adnan y yo había empezado a caldearse. Disfrutaba con ello.

—¿Qué más da? —dijo—. Mirad, tenemos una serie de datos objetivos. Y un relato que construir a partir de ellos. Podremos seguir investigando e ir cambiando el relato con lo que vayamos descubriendo. ¡Pero ya tenemos algo que contar a los visitantes! ¿No os parece emocionante visitar un sitio escondido durante quinientos años? No hace falta entrar en detalles dudosos. Sabemos que fue una sinagoga, sabemos que justo al lado estaba la casa del inquisidor. Sabemos que alguien no quiso destruirla. ¿Por qué? ¡No hay que responder a la pregunta! ¡Casi mejor no hacerlo! Solo hay que plantearla. Cada uno inventará su propia historia. Y saldrán encantados con ese misterio. —Entonces se fijó en mí—. Será un sitio mágico para visitar, un centro de interpretación. Un lugar en el que la cultura y la historia de Los Cerros crecerán. Y quiero que tú te hagas cargo de él. Adnan tiene su empresa y yo la mía. Necesito a alguien que quiera este sitio como nosotros, alguien en quien confiar.

Ya sabes de qué te hablo cuando te hablo de Ermelindo...

¿Quién podía negarse a su entusiasmo?

¿Quién hubiera querido hacerlo?

Yo no.

Así que acepté. Ermelindo se levantó, apuró su café.

—Se me olvidaba —dijo. Sacó unas llaves del bolsillo y me las ofreció—. Son de Elena. Vino a verme. Dijo que ya no estaba tan enfadada, pero que se iba. No dijo a dónde. Pero me pidió que te diera sus llaves y que así ya tendrías dónde quedarte. Y que como pago, le cuidarás sus rosales.

Tomé las llaves. Las sopesé.

—De todos modos, como Mara se ha ido, puedes quedarte en el piso si lo prefieres. Es más cómodo.

El piso...

Hace un momento no tenía dónde caerme muerto y ahora me sobraba sitio. Y el caso era que ya no quería caerme muerto.

—Gracias —dije—. Me quedo en casa de Elena a cuidar sus rosales.

1492

El padre Tomás despierta, la postura le ha agarrotado el cuello. La vela, ya casi consumida. Sobre su mesa, las declaraciones del último proceso; unos pliegos recibidos el día anterior. Los desenrolla, echa un vistazo y adivina el horror del notario en su letra insegura. No desea leerlos. Otra notificación del obispo aguarda también desde la víspera sobre su mesa. Esta sí la lee.

La Iglesia pretende convertir la antigua sinagoga en un templo cristiano.

Las calles de Los Cerros ya no le parecían las mismas. Los vecinos se apartaban al paso de su montura, más por temor a que el jinete se fijara en ellos que a ser arrollados por el caballo. Al padre Tomás el pueblo le parecía más pequeño, más estrecho, más lóbrego. Pasó por delante de la que fue la casa de Fernán y Benicia, todas las contraventanas cerradas. Se fijó en la que correspondía a la habitación donde Benicia y él se encerraban. Llegó hasta la antigua sinagoga, desmontó y entró en ella. Repasó los papeles de su despacho, los asuntos pendientes. Tomó una pluma para firmar algo y volvió a dejarla sobre la mesa sin ánimo nada más que para cerrar los ojos. Necesitaba refrescarse, el recuerdo de la *mikvé* se los abrió de nuevo. Bajó los estrechos escalones que llevaban a la sala del baño. Se despojó de las ropas y recordó a Benicia frente a él, besando cada tramo de piel descubierta. Se sumergió en el agua helada, el frío le erizó la piel, le cortaba la respiración al cubrirle el pecho. Permaneció allí sentado, en el que una vez fue un baño sagrado, hasta que empezó a amarotarse. En la bóveda de aquella nave solo encontraba escenas de un tiempo ya pasado, de una felicidad que no volvería.

Al regresar arriba, oyó unos golpes en la puerta. La abrió y se encontró a Alfonsito. Su cara mostraba los signos de la aflicción, la tortura del remordimiento.

—Padre Tomás, he recibido noticias de su vuelta.

—Hola, don Alfonso, pase, pase —dijo el padre, aunque anhelaba la soledad.

—Vengo a hablarle de sus hijos... —Tomás abrió mucho los ojos—. Los de... Benicia... —Le costaba pronunciar su nombre—. El Santo Oficio requisó todos los bienes. Ellos nunca escrituraron las posesiones de Fernán a sus nombres. Ahora se han quedado sin nada. Elena y Elvira están bien, sus maridos disponen de buena situación. Pero ellos y sus familias... Están alojados en mi casa de momento. Ya sabe, creo que... se lo debo. —Alfonsito no se atrevió a decir *debemos*.

—Sí, necesitarán de nuestra ayuda. Don Alfonso..., usted hizo lo que debía hacer.

—Padre Tomás, si hubiera sabido las consecuencias...

—Había pensado en proponerle a usted para el cargo de familiar del Santo Oficio. No creo que haya en este pueblo nadie más indicado. Sin embargo, dadas las circunstancias, al ser un cargo con buenos honorarios, puede que fuera una ayuda para el mayor, Rodrigo.

Don Alfonso asintió. No deseaba aquel cargo. Ya había tenido suficiente trato con la Inquisición y, en adelante, intentaría evitarlo.

—¡Pues no se hable más! —dijo Tomás levantándose.

—Aún nos queda Ponce.

—Don Alfonso, yo no puedo asegurar el futuro de todos sus sobrinos... Usted también tendrá que poner algo de su parte.

2009

*En vísperas del verano, Ermelindo, Adnan y yo aguardamos frente a la puerta de la sinagoga. Los tres emocionados, los tres pensando en todo lo que hemos pasado para llegar a este día. Todo está preparado. Envié las invitaciones hace dos semanas. Una de ellas a Mara. La sostuve frente a mí durante un buen rato. Ermelindo y Adnan no habrían entendido por qué no se la mandaba. O quizá sí. Quizá aquel guardia civil le contó a Ermelindo quién encargó mi paliza y él no me ha dicho nada. De todos modos, es un tema que no quiero remover. Y ni siquiera me importa que venga Mara. Supe que ahora trabaja con José del Monte, cuya invitación también envié al mismo tiempo. Me extrañaría mucho que acudieran el catedrático o su discípula. Aventajada, me temo, a tenor de lo que llegué a conocer de ella.*

Otra tarjeta la guardé en mi cajón. No sabía dónde enviarla. Pero ella tenía que tener la suya. Quizá algún día pueda hacérsela llegar. Quizá Elena decida en algún momento desvelarnos su paradero. La he recordado un montón de veces durante estos dos años de ausencia. Nunca con su última mirada, sino con las primeras. La he imaginado en cualquier bar gritándole al camarero que la tiene seca. Entrándole a cualquier guiri y advirtiéndole que tampoco se quiere casar con él. La he evocado risueña, alegre, ejecutando la danza de la nieve ante algún afortunado. Y cada vez que ha venido a mí su imagen, he sonreído. A veces, hasta he soltado una carcajada.

Así es Elena.

Sacando sonrisas por donde pasa.

Mis padres están en el hotel. Mi hermana y Perico también. Nunca imaginé que esos dos acabarían juntos. Perico es un buen granjero, como mi hermana. A los dos les gustan el campo y los animales. No necesitaban estudiar una

Ingeniería para saber llevar la finca. He descubierto la satisfacción de mi padre cuando he ido a la estación a recogerlos en coche y mi madre se ha preocupado por si puedo pagarlo. Cuando por fin la he convencido de que sí, entonces se ha volcado en mi alimentación. «Estás muy flaco, hijo», ha dicho. Sé que los dos están contentos. Por primera vez desde hace años, no hemos discutido. Nos hemos reído durante la comida cuando mi padre ha contado la poca maña que me daba para ordeñar. «Y es que nunca le gustó», ha dicho. Perico entonces ha soltado con ese acento serrano suyo que una teta es una teta y el carraspeo de mi padre ha puesto fin a las risas. Pero solo por fuera. Mi hermana y yo nos mirábamos y nos partíamos por dentro.

¿Conoces el efecto mariposa?

Pues un simple aleteo nos ha traído a todos hasta aquí.

Alguien que no quiso destruir una sinagoga hace cinco siglos.

Abrimos por fin su puerta, enciendo todas las luces. Echo un último vistazo a las estanterías de la pequeña tienda que hemos montado en la entrada. Libros de autores locales, postales, fotografías de los hallazgos, libretas y lápices serigrafiados... Todo está listo. Volvemos a salir y extendemos una cinta en el umbral. El alcalde accedió a inaugurarla. Los invitados comienzan a llegar. Veo a mis padres vestidos con sus mejores galas. Se colocan junto a mí. Ermelindo y Adnan saludan a unos y otros. Yo a unos cuantos. «No te preocupes por nosotros y ponte a lo que tengas que hacer», dice mi padre. Lo cojo por el hombro. «Yo actúo dentro», digo.

El alcalde corta la cinta no sin antes haber soltado un discurso de media hora elogiando lo que los buenos empresarios, como Ermelindo, junto a los buenos políticos, como por supuesto él, pueden conseguir juntos. Entro el primero, me coloco en una esquina de la pequeña tienda, junto al acceso de la propia sinagoga. Espero a que todos se hayan situado a mi alrededor. Echo un último vistazo. Ni rastro de Mara. Ni rastro de José del Monte. Ermelindo, Adnan, mis padres, mi hermana y su novio frente a mí. Casi toda mi familia. Solo falta una.

—Bienvenidos a un lugar mágico —digo. Carraspeo un poco. Los nervios le restan limpieza a mi voz. Recuerdo las obras, el día que encontramos la *mikvé*, las horas dibujando aquí dentro. Inspiro hondo. Y recupero la paz que siempre me ha transmitido—. Bienvenidos a la Sinagoga del Agua.

Y la historia que desde hoy voy a contar, la primera de muchas veces, fluye entre unos muros que han recuperado la vida.

El padre Tomás lee de nuevo la comunicación del obispo. Se levanta del sillón en ese despacho de inquisidor y entra a lo que una vez fue la cocina de José de Los Cerros. Un poco más allá, la bodega con las tinajas donde la vida de su padre cambió sin ni siquiera haber empezado. Sí, su padre. Tarde lo reconoce. En realidad, don Rodrigo nunca lo fue. Solo lo concibió, como él a sus propios hijos, los de Benicia. Al menos, él sí la amaba. ¿Amaría Rodrigo a Elena? ¿Por eso lo ayudó a convertirse en lo que es? Si es así, no hay mucho que agradecer. Si no hubiera sido por sus influencias, quizá él ahora sería un simple albañil, habría disfrutado de un hogar con unos hijos suyos de verdad. Sin embargo, nunca podría haberse acercado a Benicia. Duda sobre qué habría sido peor, pero se decide cuando cae en la cuenta de que, de no haberlo conocido, Benicia seguiría viva.

Contempla los pozos de la sala donde los judíos oraban. El agua cristalina corriendo por dos de ellos, los otros dos esperando a su estación. Pozos de invierno, pozos de verano, como una especie de encantamiento que se hubiera apoderado de aquel lugar hace ya muchos años, que influyera a los que allí habitaran, a los que bebieran sus aguas, a los que se bañaran en su *mikvé*. Le hubiera gustado compartir todo eso con Benicia, bañarse junto a ella en ese pequeño aljibe de aguas siempre claras. Que la vida hubiera sido otra, que ambos hubieran sido judíos, quién sabe si él rabino, y haber vivido allí, junto a ella.

Cabecea consciente del absurdo. «Ni tú ni yo creemos en Dios.» Ella tampoco hubiera creído en el de los judíos. Por otra parte, ahora estarían viajando a un lugar desconocido, tendrían ante sí un destino incierto, como Moisés y los suyos.

Sube los escalones de la *mikvé* aprisa, sale afuera, recorre las escasas calles estrechas que lo separan de Santa María. Encuentra allí al párroco.

—¿Es esto idea suya?

El párroco lee con atención el pliego que Tomás le ha ofrecido, después se lo devuelve.

—No. Yo no tengo nada que ver con esto.

—¡Haga que me ensillen un caballo!

Una hora después, el animal, exhausto, se recupera en las caballerizas del obispado de Barina. Tomás aguarda en la sala anterior al despacho del obispo hasta que le es permitido pasar.

—¡Buenos días, padre Tomás! ¿Qué trae al Santo Oficio a nuestra presencia?

—En realidad, eminencia, hoy vengo a título particular.

—¿Y qué se le ofrece?

—Verá, es sobre la antigua sinagoga de Los Cerros, en la que ahora dispongo de mi despacho. El lugar está desaprovechado y...

—Sí sí. ¿No ha recibido mi notificación? He pensado que podríamos convertirla en una pequeña iglesia.

—Sí, de eso quería hablarle. Está muy cerca de Santa María, a la que el pueblo le tiene mucha fe y aprecio, y no sé si...

—Quizá tenga usted razón... Puede que un convento...

—En realidad, eminencia, yo ya había hablado con el tribunal de Córdoba —miente Tomás— con el fin de adquirir el edificio para uso personal. Verá, llevo ocupando una celda de Santa María ya muchos años y me gustaría...

—Así que se me ha adelantado usted —contesta el obispo dejando entrever cierto fastidio.

—Verá, eminencia, el Santo Oficio ya dispone de otros bienes confiscados en Los Cerros. Le diré en confianza, por el aprecio que le tengo, que las costas del juicio de don Fernán todavía no han sido recuperadas. Quizá el Santo Oficio estaría dispuesto a que su eminencia se hiciera cargo de la hacienda a cambio de muy poco. Esa hacienda podría dar buenas rentas al obispado. Yo, sin embargo, no necesito más que un modesto sitio donde terminar mis días.

El obispo relaja su gesto mientras su mente hace unos rápidos números que superan, con mucho, a los que ya tenía en la cabeza con la vieja sinagoga.

—Querido padre Tomás, un hombre de su categoría, tan piadoso y tan útil para la Santa Madre Iglesia, se merece un lugar mejor. —Tomás conoce demasiado bien este tipo de circunloquios, sospecha que al obispo no le ha agradado la propuesta; hace ademán de interrumpirlo, pero este lo detiene con una mano en alto—. Pero si es esa humilde morada la que usted desea y, pudiendo haber adquirido la vivienda de don Fernán, mucho más adecuada al prestigio que tiene en toda la comarca, se la ofrece a la Iglesia, no hace más que hablar de su desprendimiento y santidad.

Tomás inclina la cabeza aceptando el halago.

—Gracias, eminencia.

—Gracias a usted. Vaya usted con Dios, padre Tomás.

«Ni tú ni yo creemos en Dios», piensa Tomás. Y esta vez, no es Benicia recordándose en su mente, sino él deseando decírselo a la cara a su eminencia.

Contando con el obispo como aliado y dado su prestigio en el tribunal de Córdoba, Tomás no tarda en conseguir los títulos de propiedad de la sinagoga. Entra con ellos en la mano, contemplando cada estancia, sabiéndolas suyas. Mide los pasos a lo ancho, después a lo largo, anota mentalmente, satisfecho.

Por una vez siente que ha hecho algo bien.

Cuando Rodrigo y Ponce fueron llamados a presencia del inquisidor, ninguno de ellos cayeron en que se trataba del padre Tomás, ese que había sido el confesor de su familia desde antes de sus nacimientos; solo recordaron qué les había sucedido a sus padres y cómo el Santo Oficio había truncado su futuro. Llevaban años viviendo gracias a la generosidad de su tío Alfonso, al que nunca podrían agradecerle lo suficiente todo lo que había hecho por ellos desde que el tribunal los había dejado en la más absoluta de las miserias. Ya casi no echan de menos la alegría de su madre, ya casi vuelven a ser unos más en el pueblo, reconocidos por su familia y respetados. Y ahora, de nuevo el Santo Oficio entra en sus vidas.

Se inquietan el uno al otro si han cometido algún acto que pudiera llevarlos al mismo final trágico que a sus padres, los dos niegan, los dos aseguran haber andado con sumo cuidado desde el juicio. Entran al despacho del padre Tomás. El pudor les impide darse la mano como cuando eran pequeños.

—Hola, hijos —saluda Tomás con voz suave.

—Hola, padre —contestan ambos a la vez, como su padre los obligaba a saludar al cura que venía a tomarles confesión.

Tomás recibe ese *padre* con un significado muy distinto al que ellos le dan, con un significado que solo Benicia y él conocían.

—Me alegro mucho de volver a veros. Tengo noticias para vosotros que...

—¡Padre, le juro que nosotros no...! —interrumpe Ponce sin poder resistir más.

Tomás se fija en las manos de ambos, temblorosas.

—Estad tranquilos, hijos. No es el Santo Oficio el que os llama, es solo el que durante tantos años ha sido vuestro confesor y ha apreciado a vuestra familia como propia. —Los dos hermanos parecen relajarse—. Tengo entendido que seguís compartiendo casa con vuestro tío. —Ambos asienten—. Pues bien, quiero hacer algo por vosotros. Este viejo edificio es grande, demasiado para mí. Yo solo necesito un despacho y, pronto, ni siquiera eso. No es mucho, viniendo de donde venís, pero de aquí saldrían dos casas holgadas para vuestras familias.

Rodrigo y Ponce no dicen nada. Tomás no sabe si no han entendido su oferta o es que todavía están acobardados.

—¿Qué decís?

—¿Está usted diciendo que nos ofrece la vieja sinagoga como vivienda? —es Ponce quien habla.

Se le ve más atrevido que su hermano, más vivo, más como Benicia... Rodrigo es más apocado, más... como él.

—Eso es lo que digo. Pero hay ciertas condiciones.

Ponce frunce el ceño, casi da un paso atrás. Tomás lo ve desconfiar, su actitud le provoca ternura. Le recuerda tanto a su madre...

—Habrà que convertirlo en dos viviendas. Las obras las dirigiré yo, y vosotros os comprometeréis a respetar lo hecho incluso después de mi muerte.

—¿Eso es todo? —pregunta Ponce.

Tomás asiente.

—Pero nosotros no tenemos dinero para esas obras... —dice Rodrigo.

—Correrán a mi cargo.

Rodrigo sonrìe, Ponce no termina de fiarse.

—Disculpe, padre, ¿por qué hace esto por nosotros?

Tomás se levanta, se sitúa frente a los dos, posa un brazo en el hombro del mayor, ya satisfecho; otro en el del pequeño, tan desconfiado.

—Porque para mí sois como mis propios hijos. Hay una cosa más. Pero esto es solo para Rodrigo. He conseguido que seas familiar de la Inquisición de Los Cerros. Sabes lo que eso significa: prestigio, respeto, dinero... —Se dirige a Ponce—: Lo siento, él es el hermano mayor... Pero te miro y sé que no necesitas a nadie para salir adelante.

—No se preocupe, padre —contesta Ponce aliviado de no tener nada que ver con la Inquisición.

—Sé que no es mucha compensación, pero dejaré establecido que, a mi muerte, la casa de mis padres pase a ser para la primera de tus hijas. También en esto hay una condición: que siempre se mantengan los rosales en el mismo lugar del patio y que ese cuidado se siga transmitiendo de madres a hijas. Mañana mismo empezarán los preparativos. Ahora, id con Dios.

«No creo en Dios», piensa Ponce como respuesta a la despedida. Pero calla ante uno de los que quemaron a sus padres.

Las obras avanzan a buen ritmo. Tomás pasa más horas observando las evoluciones de los obreros que sentado en su despacho, donde ya apenas queda nada que hacer. Otros calificadores más jóvenes han ido asumiendo sus tareas. Él lo agradece. Ya nada le interesa más que esas obras, disimular esos muros de modo que dejen de parecer una sinagoga, de modo que nadie quiera destruirlos por su origen. Parecerán otra cosa, pero continuarán allí, año tras año, generación tras generación, sus descendientes los ocuparán, beberán el agua de sus antepasados. Sí, porque David fue su antepasado, no importa quién lo concibiera. Se bañarán, y quién sabe si se purificarán como lo hacían ellos.

Tomás abre la mano en la que guarda una pequeña cajita de cerámica que los judíos debieron olvidar al abandonar la sinagoga, la abre y encuentra dentro la *mezuzá*. Corta un trozo de papel, empapa la pluma en el tintero y escribe:

«En diciéndome la verdad y entregándome el papel lo digo todo».

Contempla su propia letra. Una cobardía más. Una promesa de confesión que nadie encontrará jamás. Lo guarda junto al texto sagrado para los judíos, cierra la pequeña caja de cerámica y acude a la que hasta hace poco era la puerta que separaba la sinagoga de la vivienda del rabino. Está a medio cegar con piedras y argamasa. Encuentra un hueco apropiado, introduce la cajita y toma un puñado de argamasa todavía fresca para terminar de ocultarla. Después se lava las manos con el agua fresca del pozo que queda junto a esa puerta, contempla el cubo lleno. Y bebe por última vez el agua de los suyos.

Encuentra a Rodrigo en la calle. Su cara, ilusionada, mirando a lo alto de la que será su nueva vivienda. Un cantero repasa los últimos detalles de un trabajo que él no había ordenado. Se coloca a su altura. Rodrigo, al percibir su presencia, balbucea:

—Espero que no le importe, padre...

Tomás mira hacia arriba. Descubre un flamante escudo de la Santa Inquisición presidiendo la puerta. Le da unos golpes en la espalda.

—Eres familiar de la Inquisición de Los Cerros. Que todo el mundo lo sepa.

Recorre las calles despacio, sus piernas cansadas ya no le responden igual. Sujeta una llave oxidada en la mano, una llave vieja que el mismo Abraham, el médico que hacía milagros, le entregó muchos años atrás. La encaja en la cerradura de una puerta vieja y carcomida que se abre con el quejido de un inoportuno despertar. La luz se cuelga entre millones de motas de polvo flotantes. Las telarañas invaden la cocina pero, aun así, puede distinguir allí a su madre inclinada sobre el fuego, y a su padre sentado junto a la mesa ahora polvorienta.

Entra y se fija en la puerta del patio, también cede con chirridos y pesadez. El interior es una jungla de malas hierbas y matojos. Sin embargo, un olor dulce lo invita a dirigirse al fondo. Un enjambre de rosas se levanta, majestuoso, sobre todo ese herbazal. Se acerca a ellas, acaricia sus pétalos con cuidado de que no se desprendan. Se arrodilla frente al rosal que una vez arrancó, sobre la tierra compactada. Las lágrimas comienzan a inundar sus ojos.

—Te rezaría —dice—, pero de qué serviría el rezo de quien no cree en Dios.

2009

Las emociones de la inauguración no me han dejado dormir. Ni siquiera lo he intentado. Las noches ya anuncian el verano que empieza mañana y se está bien en el patio, disfrutando de una copa de ron y de un café, dejándome envolver por el aroma de las rosas, mirando al cielo sin nada más en qué pensar que en la cara de Ermelindo mientras asistía a mi visita guiada, en la más serena y no menos orgullosa de Adnan. En las lágrimas que se le saltaban a mi madre. Decido cortar unas rosas para dárselas mañana antes de llevarlos a la estación. Me acerco al rosal, contemplo el suelo ahora removido, bien abonado, húmedo. Hasta mi padre daría su aprobación. Corto una rosa con el tallo largo cuando un sonido a mi espalda me sobresalta.

—No son horas, Dante de Alcaraz...

Me doy la vuelta y allí la veo. Con su bolsa en una mano, las llaves en la otra. Su sonrisa. La de siempre, la que tanto hemos echado todos de menos. La alcanzo en un par de zancadas y la abrazo. La alzo en volandas y siento también su abrazo y su risa contagiosa. Mira la botella de ron sobre la mesa:

—¿Cuánto has bebido?

La bajo al suelo, no aparto mis brazos de ella.

—¿Dónde has estado?

—Había puertas que cerrar. —Elena ve en mis ojos que no entiendo nada—. Fui a buscar a mi hermano. Tenía que contarle. Tenía que hacerme perdonar por no haber podido resistirme a aquellos columpios que lo cambiaron todo. Es difícil pedir perdón, Dante de Alcaraz...

—¿Lo conseguiste? —digo atento a todos sus gestos.

Ella desvía la mirada hacia los rosales, sonrío con cierto deje melancólico.

—Al final no le conté nada. Fue él quien me habló sobre su vida, comprobé cuánto amaba a sus padres adoptivos. Ahora están todos muertos y solo

quedamos él y yo. ¿Qué iba a conseguir? Más dolor. Y entonces pensé en Adnan. Y, por supuesto, en ti, Dante de Alcaraz... ¡Y aquí estoy! —dice volviendo a apoyar su cabeza contra mi pecho.

Y entonces recuerdo la invitación que no envié, la que aún está guardada en un cajón.

—¡Ven! —digo, y la agarro de la mano y tiro de ella.

Deja caer la bolsa antes de salir afuera.

—¿A la calle? —pregunta—. Te veía tan contento que pensaba que...

No le hago caso, la arrastro por las calles solitarias de Los Cerros. Los dos corremos, ella ríe. Por fin nos detenemos frente a la puerta de la sinagoga. Saco mis llaves, la abro, enciendo las luces y la invito a que pase. Me coloco en la esquina de la pequeña tienda.

—Bienvenida a la Sinagoga del Agua —digo.

Y la llevo de estancia en estancia, le muestro cada detalle. Frunce el ceño en la que Ermelindo quiso que fuera la sala del inquisidor después de que Adnan nos contara su versión de la historia.

—No me gustan los inquisidores —dice.

Cambia el gesto en la sala de las tres culturas, observa cada objeto, lo retiene en su memoria como ella hace siempre. Hago que se detenga frente a la puerta del Alma y, entonces, la abro y la invito a entrar. Elena abre la boca, mira hacia arriba, hacia los lados. Puedo ver el vidrio de sus ojos, la alegría de sus labios y yo no paro de contarle todo. Ella se sumerge en la historia que le cuento. Abro la puerta del patio que una vez fue la entrada a la sinagoga, le muestro el pozo ciego, le explico para qué lo utilizaban y luego la coloco junto al hueco que descubrimos en el suelo y que no quisimos tapar. Lo cubrimos con un cristal y desde arriba podemos observar la bajada a la *mikvé*. Señalo el pasadizo iluminado que desciende.

—Nos queda lo mejor —digo.

Y ella se entusiasma como un niño pequeño. Bajamos al baño sagrado. Elena percibe el silencio, la paz, contempla los tonos esmeraldas en el fondo, la piedra desgastada por la paciencia del agua durante siglos.

Y entonces sucede.

Comienza a amanecer sin que hayamos sido conscientes de cuánto tiempo llevamos aquí. Y, de repente, un rayo de sol se cuela por la puerta del este y atraviesa el cristal hasta llegar a la *mikvé*. Al poco, lo acompaña otro rayo más, y después todo un haz de luz viene a bañarse como si hubiera estado esperando

durante siglos para volver a purificarse. Todo el baño queda iluminado por el sol que saluda a través del hueco. Lentamente, una vez purificado este nuevo sol, el de un verano nuevo, comienza su retirada. Elena y yo lo hemos contemplado en silencio, agarrados el uno al otro, desde el momento en el que el sol ha llegado a tomar posesión hasta el que ha dado por concluida su visita. Una vez hechos de nuevo a la penumbra, nos miramos, los dos tragando saliva, los dos conscientes de haber sido testigos de algo único.

—¿Tú sabías esto? —pregunta ella.

—No tenía ni idea —respondo.

—Porque si lo sabías, es que me has traído aquí para...

El rubor de mis mejillas.

Ha vuelto con ella.

Elena ríe.

—Ay, Dante de Alcaraz..., ¿qué voy a hacer contigo?

Le paso un brazo por la cintura, la atraigo hacia mí. No hace falta que se lo diga, sabe cuánto me alegro de verla.

—Tú caes... Tarde o temprano, tú caes. —dice. Y apoya su cabeza sobre mi hombro.

## ALGUNAS LECTURAS RECOMENDADAS

Si te quedas con ganas de conocer el entorno histórico de esta novela, puedes seguir leyendo a estos autores, sin cuya ayuda no me hubiera sido posible escribirla:

ALMAGRO ALISES, José Ángel, *Úbeda en Sefarad*, Úbeda, El Olivo de Papel, 2012.

CARO BAROJA, Julio, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Tres Cantos (Madrid), Istmo, 2000.

COLMEIRO, Manuel, *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999.

CRESPO, José Miguel, MUÑOZ MORENO, José y VILLAR SIERRA, José Manuel, *Sinagoga del Agua*, Úbeda, El Olivo de Papel, 2010.

DE LA CRUZ VALENCIANO, Luis, *La Inquisición española*, Valencia, Universitat Jaume I, 2012.

DE ROJAS, Fernando, *La Celestina*.

DÍAZ-MAS, Paloma, *Las prendas de la novia. Canciones de boda en la tradición judía sefardí*, en actas del curso «Folklore, literatura e indumentaria», edición en línea, 2008, pp. 159-173, disponible en <[http://digital.csic.es/bitstream/10261/8660/1/prendas\\_novia.pdf](http://digital.csic.es/bitstream/10261/8660/1/prendas_novia.pdf)>.

GALVÁN RODRÍGUEZ, Eduardo, *El secreto en la Inquisición española*, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2001.

GONZÁLEZ HERNANDO, Irene, «Cesárea», Madrid, base de datos digital de Iconografía Medieval, Universidad Complutense de Madrid, 2013, disponible en <<https://www.ucm.es/bdinconografiamedieval/cesarea>>.

LE GOFF, Jacques *et al.*, *El hombre medieval*, Madrid, Alianza, 1990.

LÓPEZ ROJAS, Andrés Domingo, *La Sinagoga de los Cerros*, Universidad

Politécnica de Madrid, Escuela de Arquitectura Técnica, trabajo fin de máster 2013.

PEREIRO, Álex Santi, *Listado de nombres sefardíes*, Barcelona, esSefarad.com, 2014, disponible en <<https://esefarad.com/?p=53677>>.

PÉREZ, Joseph, *Historia de una tragedia*, Barcelona, Austral, 1993.

—, *Los judíos en España*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

RUBIO, Adela y Santiago BLASCO, «La boda aragonesa y la sefardí», *Trébede*, n.º 4-5, Zaragoza, 1997.

SUÁREZ BILBAO, Fernando, *Cristianos contra judíos y conversos*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, 2004.

VALCÁRCEL GONZÁLEZ, Mariano, *Una vuelta por Úbeda*, Úbeda, El Olivo, 2003.

VIÑUALES FERREIRO, Gonzalo, «El pogrom de 1391 en la diócesis de Toledo. ¿Legitimidad, identidad y violencia en la Castilla de la Baja Edad Media?», en Leandro Martínez Peñas y Manuela Fernández Rodríguez (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz, El ejército y la guerra en la construcción del Estado*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, 2012, pp. 93-108.

(Autor desconocido), *Algunos aspectos históricos de la operación de cesárea*, Círculo Social Cristino Naranjo, La Habana, 1996, disponible en <[http://bvs.sld.cu/revistas/his/vol\\_2\\_98/his03298.pdf](http://bvs.sld.cu/revistas/his/vol_2_98/his03298.pdf)>